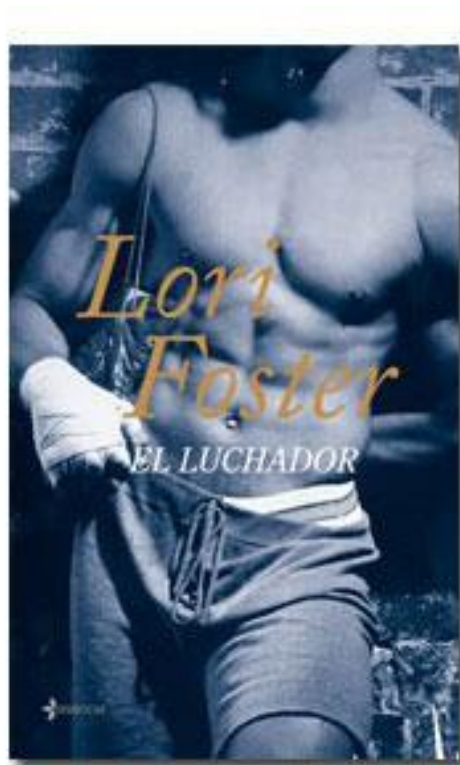


ELLUCHADOR

Soñando Despiertas

LORI FOSTER

El luchador



Lori Foster

SOÑANDO DESPIERTAS

EL LUCHADOR



LORI FOSTER

EL LUCHADOR
LORI FOSTER

CAPÍTULO 1

Un zumbido sordo reverberaba en su cerebro y, por un momento, Dean Conor revivió el instante en que aquel gran puño chocó contra su sien la noche anterior. Había estado a punto de perder el conocimiento.

A punto.

Aun así, y mientras las sombras crecían a su alrededor, había retenido a su oponente por la rodilla, forzándole la articulación con una hiperextensión, utilizando hasta el último gramo de la fuerza que le quedaba... Dos segundos después, el árbitro detuvo el asalto con un toque de su silbato.

Al principio, Dean había protestado. No habían acabado con él. Ni mucho menos. Dean Conor nunca se daba por vencido.

Entonces cobró conciencia de los vítores del público.

Su oponente no había podido soportar el dolor en la pierna y había golpeado la lona. Dean había vencido al número uno con una palanca de rodilla. Salía así nuevamente vencedor en un combate, aunque esta vez sabía que no había sido sólo cuestión de técnica, fuerza y velocidad, sino también de suerte.

El persistente zumbido sonó de nuevo, seguido de susurros. ¿Qué demonios era?

Dean abrió los ojos y lo lamentó de inmediato. El resplandeciente sol de la mañana se coló por un hueco de entre las cortinas y se le clavó dolorosamente en el cerebro.

Dean tenía un vago recuerdo de la mujer, suplicándole que le diera su autógrafo justo antes del combate. Mientras avanzaba por el largo pasillo que lo conducía al cuadrilátero, la mujer se había descubierto el impresionante escote y le había dado un rotulador negro.

Su comportamiento juguetón la había convertido en una de las fans favoritas del público, de manera que Dean no se había negado a estampar su firma sobre el pecho izquierdo. Los gritos enfervorizados de la multitud casi habían acallado la estruendosa música de rock duro que resonaba por todo el recinto.

Había sido una noche espantosa.

Apoyó un hombro contra la pared, tanto en busca de apoyo como para mostrar una actitud despreocupada y dijo:

—Buenos días.

La chica se volvió hacia él.

— ¡Huracán! ¡Estás despierto! Por fin.

Si no estaba equivocado, la mujer no llevaba nada debajo de la camiseta.

—Estoy despierto —confirmó, y la miró con la cabeza levemente inclinada, devanándose los sesos sin éxito tratando de recordar su nombre.

Ella se rió como si se hubiera percatado de la situación.

—Tiffany —lo informó.

—Sí. —Ni en un millón de años habría acertado con el nombre—. Y dime, Tiffany, ¿cómo has entrado aquí?

Ella adoptó al instante una actitud tímida.

—Te traje a casa.

— ¿Simón dejó que hicieras eso?

Su entrenador-manager-agente jamás lo perdía de vista, por lo que le costaba imaginar que lo hubiera dejado irse con una extraña cuyas inequívocas intenciones eran follárselo hasta la muerte. La mayoría de los luchadores contaban con un equipo de personas a su servicio. Dean tenía a Simón Evans. No necesitaba a nadie más.

—Estaba también allí, pero no podía quedarse. Mencionó algo sobre unas entrevistas en directo tras el combate.

Sí, aquello tenía sentido. Desde luego él no se encontraba en condiciones de conceder entrevistas, por lo que, naturalmente, Simón lo había relevado en la tarea.

— ¿Y sigues aquí porque...?

La sonrisa de la mujer se debilitó un tanto. Contoneándose hacia él para asegurarse de que todo su cuerpo vibraba con el movimiento, le dijo con un seductor ronroneo:

—Anoche no conseguí que te despertaras.

—Pero ¿lo intentaste?

La carcajada de Tiffany recorrió la columna vertebral de él abriéndose paso hasta alojarse en su dolorido cerebro. Era obvio que tratarla de forma grosera no haría ceder un ápice su determinación.

—Olvida la pregunta. —Dean la imaginó buscando sexualmente su cuerpo embotado por los medicamentos y el fuera de combate.

Para su sorpresa, el pensamiento lo excitó y lo asqueó a un tiempo. La mujer se detuvo frente a él y le colocó la palma de la mano sobre los genitales.

«Oh-oh.»

Las comisuras de la suave boca femenina se levantaron con satisfacción.

—Esperemos que haya más suerte esta mañana.

El sentido de autoconservación se apoderó de él y la agarró de la muñeca.

—Necesito una ducha.

— ¿Quieres que te frote la espalda?

Dean lo pensó. Por un momento consideró echarla, pero finalmente decidió que qué demonios. Estaba dolorido, pero no tanto como para rechazar su ofrecimiento. Después de todo, no estaba muerto.

—Vale. —Al volverse para salir, todavía sujetándola por la muñeca, vio el sobre que había encima de la mesa, y recordó que había oído el timbre de la puerta—. ¿Qué es eso?

—Es sólo una carta —contestó ella, acurrucándose y restregándose contra él—. Entrega especial.

Eso explicaba el timbre y las voces. Mientras Tiffany aplastaba sus pechos en la espalda de Dean, éste cogió el grueso sobre. Al leer la dirección que había en el remite, se quedó sin aire en los pulmones.

En los veintiún años que habían pasado desde la muerte de sus padres, ni una simple postal, ni una nota había llegado de esa dirección; nada. Para él, Harmony, Kentucky, había dejado de existir. El tío Grover se lo había llevado de allí y Dean no había tenido ocasión de mirar atrás. Jamás.

—Espera. —Apartó a la rubia y empezó a abrir el sobre... pero de repente vaciló. Dios, ¿le habría sucedido algo a alguna de sus hermanas? Ese pensamiento lo puso furioso. Joder, ¿acaso podía considerar pariente a alguien con quien no había hablado y a quien no había visto en dos décadas?

Deslizó un dedo por debajo de la solapa de cierre del sobre y la rasgó.

—Huracán —se quejó Tiffany—, ¿no puedes leerla más tarde? — Y para subrayar su impaciencia dio un apasionado mordisco en la espalda.

—Ay, maldita sea, déjalo, ¿quieres? —soltó Dean, quitándose a Tiffany de encima.

—Pues no puedo quedarme mucho rato. Tengo que ir a trabajar —protestó ella con cierta petulancia.

—Ha ocurrido algo. Me tengo que ir —dijo Dean con tono ausente, desplegando varias hojas de papel.

—Pero ¡si te he preparado tortitas! —exclamó ella, resoplando con tanta fuerza que casi le levantó el pelo a Dean.

Este alzó la vista y la dirigió hacia los fogones. Era verdad. Pero desde luego él no le había pedido que lo hiciera. Las groupies eran así: agresivas, descaradas, ansiosas por añadir una muesca más al poste de su cama.

—Gracias. —Y se lo agradecía en serio. El desayuno le iría de maravilla. A continuación, levantó la carta—. Pero esto es importante. ¿Qué tal si lo dejamos para otro día?

La chica empezó a hacer pucheros... durante un par de segundos; luego, adoptó una expresión calculadora.

—De acuerdo. Si además me consigues pases juntos al ring para el combate que se celebrará en agosto en Atlantic City.

Las entradas que le había pedido costaban unos seiscientos dólares si se compraban ya. Al cabo de unas semanas, su precio se duplicaría.

—Claro —contestó él dándose la vuelta nuevamente distraído—. Apúntame tu nombre y dirección. Me ocuparé de que las recibas.

— ¿Tú también estarás allí? —preguntó ella, deslizando un dedo por la espalda de Dean hasta la cinturilla de los bóxers—. Lo digo por retomar nuestro asunto.

—No me lo perdería por nada del mundo —mintió él, mascullando entre dientes.

Ella lanzó un chillido y se puso de puntillas para depositar un húmedo beso en la nuca de Dean.

—No lo lamentarás —susurró tras él.

—Estoy seguro —respondió, prestando atención nuevamente a la misiva.

Entonces se dio cuenta de que la fecha, en la parte superior izquierda, era de hacía tres meses. De modo que hacía tiempo que la carta andaba dando vueltas por ahí. Dean leyó la escritura de rasgos femeninos.

Querido Dean:

Espero que cuando leas esta carta estés bien. Sé que ha pasado muchísimo tiempo, y lo lamento. La tía Loma siempre decía que no había manera de localizarte. Al final, cuando el tío Grover murió, decidí investigar un poco. Y así fue como di contigo.

Dean dio la vuelta a la página y leyó por encima el contenido de la siguiente hasta llegar al final. Ponía: «*Esperanzada, Camille*».

Su hermana, Cam. ¿Cuántos años tendría? Veintitrés. Y Jacki veintiuno. Recordó cuando no eran más que unas niñas, Cam de dos años y Jacki sólo un bebé, y se le hizo un nudo en la garganta del tamaño de un melón.

Ahora eran mujeres hechas y derechas que ya no necesitaban a su hermano mayor. Si es que alguna vez lo habían necesitado.

Un horrible dolor le llenó el pecho; no era como el dolor que le machacaba los huesos y los músculos. Era jodidamente peor.

Hizo una bola con los papeles y trató de deshacerse de ellos. Pero no pudo. Apretó los dientes. Los ojos le ardían.

Lentamente, abrió los dedos.

—Aquí tienes, cariño.

Dean alzó la vista y vio a Tiffany, vestida con vaqueros y sandalias, y la misma camiseta de antes sólo que anudada a un costado, que le tendía una tarjeta. Se había cepillado el pelo y se había puesto un poco de pintalabios.

Emanando aún vibraciones de «Ven a por mí», dejó la tarjeta en la mesa y sonrió.

—Nos vemos en agosto.

—Vale. Agosto —contestó él, confinándola al rincón más alejado de su mente. Apenas fue consciente del ruido de la puerta al abrirse y cerrarse, pero sí sintió el novedoso alivio de estar solo.

Otra vez.

Exactamente lo que a él le gustaba.

Con el corazón martilleándole con lo que le pareció un sentimiento de rabia absoluta, aunque probablemente sólo fueran nervios, se sentó a la pequeña mesa y alisó los papeles que antes había arrugado.

Me encantaría verte. ¿Podrías venir de visita? Por favor. Hay tantas cosas que me gustaría contarte, y tantas cosas que te quiero preguntar. Quiero explicártelo todo. Quiero que lo sepas todo. Quiero que me conozcas. Quiero que seamos una familia.

Dean emitió un gruñido. Los habitantes del infierno querían agua fría; eso no quería decir que la consiguieran.

Pero no pudo evitar seguir leyendo, más de lo mismo, más súplicas, más... desesperación. Sí, de algún modo la desesperación estaba presente, entre líneas. Sutil pero detectable.

O tal vez fuera su jodida imaginación, agudizada por todos los golpes que había recibido en la cabeza.

Cuando terminó de leer la carta, se quedó allí sentado, paralizado, indeciso. Agitado. Ansioso. Joder, y tan esperanzado como Cam decía estarlo en la carta. Aunque él no lo admitiría jamás ante nadie. Pero tampoco en eso podía mentirse a sí mismo.

Sorprendentemente, se olvidó de las magulladuras y de las heridas. Sin saber muy bien qué hacer a continuación, se dirigió a la encimera y cogió la fuente de tortitas. Las cubrió con sirope y, todavía de pie, se las comió una tras otra.

Por lo menos, Tiffany era buena cocinera.

Negándose a pensar en nada más que en el aquí y ahora, Dean dio buena cuenta del desayuno, y después se permitió el placer de una larga ducha caliente. El agua atenuó parte de la rigidez que sentía y, tras un enérgico frotamiento, se sintió renovado y limpio de todo resto de sangre. Después se secó, se tomó un analgésico, se afeitó, se lavó los dientes y...

Se rindió.

Tal como Cam le pedía en la carta, iría a casa. Hablaría con ella. Y con Jacki. Pero nada había cambiado, y así se lo haría saber a sus hermanas. No tenían en común nada más que la sangre. Y, pensándolo bien, eso no valía de mucho.

De haber significado algo, los tres se habrían criado juntos en vez de en dos extremos opuestos del país. Si importara algo, alguna de sus hermanas habría tratado de contactar con él antes.

Después de cuatro horas de debate interno, Dean realizó unas cuantas llamadas, hizo el equipaje, entregó la llave en la oficina inmobiliaria que le alquilaba la casa semanalmente y reservó un vuelo.

Simón estaba furioso, pero se le pasaría. Dean no había entrado en detalles acerca de la necesidad de emprender aquel súbito viaje, estando como estaba después del combate, y Simón no lo presionó. Tenía el número del móvil de Dean y éste le había prometido llamarlo en cuanto llegase a Harmony.

No era como cuando tenía que entrenar tres veces al día, preparándose para un combate. Tras sus recientes viajes por Europa, Reino Unido y Boston, estaba en camino de subir de categoría. Ya tenía ofertas pendientes de algunos patrocinadores, pero podían esperar. Merecía unos meses de descanso.

Merecía ver a su familia.

Y, sobre todo, merecía tener la oportunidad de ser retribuido.

De pie en el rellano del primer piso, con los brazos cruzados sobre la fría barandilla de hierro, Eve Lavon contemplaba a la gente que bailaba al son de la música country en el piso inferior. En muchos aspectos, Roger's era el escenario perfecto para una fiesta de solteras. El discreto bar ofrecía bebidas, baile, habitaciones privadas, un entorno festivo... pero, demonios, detestaba a Roger. No le apetecía en absoluto hacer negocios con aquel cerdo.

Sin mirar, Eve alargó la mano hacia la botella de cerveza que había dejado sobre una pequeña mesa a su lado. Se la terminó y a continuación dio media vuelta y se dirigió a la barra a por otra.

Se detuvo al ver a un hombre alto, de aspecto rudo y que parecía haber recibido una paliza, de pie en la entrada del bar.

Lo vio escudriñar el lugar con recelo, los labios fruncidos en un gesto de disgusto y en el cuerpo una actitud de cansancio. Resultaba obvio que Roger's no era lo que esperaba.

Por fuera, Roger's Rodeo parecía un tranquilo bar, pero una vez dentro, era sin lugar a dudas un ruidoso club de dos plantas; se componía de una planta a nivel de calle y otra primera abierta desde la cual podía observarse la inferior asomándose a la barandilla que la circundaba. Ambas disponían de una barra de bar y de una serie de habitaciones privadas. Pero la acción estaba en el piso inferior: baile, un toro mecánico, billares y máquinas de pinball.

A lo largo de la barandilla del piso superior se había dispuesto una hilera de mesitas para dos dejando también un espacio suficiente para los espectadores. Esa noche, Eve había ido a mirar y decidir si iba a organizar o no una fiesta en una de las salas privadas de abajo. En Harmony, Kentucky, no había demasiadas opciones, y la mayor parte de ellas eran propiedad de Roger. El grupo que había contratado sus servicios no quería salir de la ciudad, de modo que...

El recién llegado clavó la mirada en ella, y Eve notó que el corazón se le aceleraba. Al parecer, en aquella noche de trabajo iba a haber lugar para un poco de placer.

El hombre echó a andar. Tenía un aspecto... demasiado intenso. Y parecía haber recibido una buena tunda. Pero era de lo más sexy. Duro como una roca y lleno de magulladuras, todo virilidad y seguridad en sí mismo a pesar de sus golpes.

Para su sorpresa, cuando llegó a su altura, su boca se ladeó en una semisonrisa y, rodeando a Eve, se apoyó en la barandilla.

¿Así que le gustaba jugar duro? A Eve esa actitud le pareció divertida y le interesó. De modo que se volvió y retomó su posición en la barandilla.

—¿Es la primera vez que vienes por aquí?

—Y probablemente la última —contestó él con voz grave, sin apartar la mirada de los bailarines del piso inferior.

Una voz bonita, profunda. Eve notó que un cosquilleo le recorría el vientre.

—No, si tienes intención de quedarte en Harmony un tiempo. Roger's Rodeo es el único sitio decente donde venir a tomar unas copas en compañía.

—Beber a solas también tiene sus ventajas —dijo él, elevando un musculoso hombro.

—¿Por ejemplo?

—Menos ruido —contestó el hombre, al tiempo que se volvía hacia ella y le recorría el cuerpo con la mirada atrevidamente—. ¿Estás bebiendo sola esta noche?

—Ya no —respondió Eve, haciéndole un gesto con la botella de cerveza vacía—. Y, dime, ¿te ha pisoteado un toro o se te olvidó abrir el paracaídas cuando saltaste del avión?

Dean se le quedó mirando la boca.

—Era un toro ruso, y con peores intenciones que el propio diablo.

—¿He de entender que ganó el toro?

—Lo cierto es que no.

—Ah. Bueno, las apariencias engañan.

Dean la miró fijamente.

—Espero que no.

Esas tres palabras destilaban sensualidad. Eve casi dejó escapar un suspiro. ¿Cómo podía un hombre poseer tan poderoso atractivo? Hacía mucho que no se sentía así. Quería acercarse más. Quería tocarlo.

Incluso en aquel atestado bar, con olor a alcohol y sudor flotando en el aire, pudo detectar su aroma. Intenso y con reminiscencias de aire libre; sugería que llevaba muchas horas conduciendo, probablemente con las ventanillas bajadas. Eso le gustó.

Su cabello revuelto era castaño claro, casi del mismo tono que sus expresivos ojos. Su más de metro noventa se erguía ahora ante Eve superándola en por lo menos treinta centímetros. Llevaba unos gastados vaqueros y una camiserita negra que se adaptaban a su cuerpo sin ceñírsele demasiado, aunque sus sólidos músculos eran perfectamente visibles. Lo que fuera que hiciera, mantenía su cuerpo libre de grasa.

Eve miró tras de sí, vio una mesa vacía y dijo:

—¿Quieres que nos sentemos?

—¿Sentarnos es mi única alternativa por ahora? —preguntó él, buscando con su mirada la de ella.

Que el Cielo la ayudara. Quería derretirse allí mismo. En lugar de eso, su boca esbozó una sonrisa fanfarrona.

—Por ahora.

Los labios de él se arquearon formando una abierta sonrisa.

—Entonces, sí, quiero que nos sentemos, especialmente si además puedo tomarme una cerveza.

Eve rodeó con sus dedos una de las muñecas de Dean con el pretexto de guiarlo. Notó que tenía los huesos anchos, la piel tibia y el vello rizado. El hecho de no poder abarcar con los dedos toda la circunferencia de su muñeca hizo que el corazón le bombeara sangre al doble de su ritmo normal.

De camino hasta el lugar semiprivado al que se dirigían, Eve se detuvo un momento en la barra.

—Tráenos unas cervezas, ¿quieres, Dave?

—Marchando.

—Gracias —dijo ella.

Llegaron a la mesa justo a tiempo de impedir que se la quitara otra pareja.

Una vez allí, tuvo que soltarlo; entonces le tendió la mano para presentarse.

—Por cierto, me llamo Eve.

Él miró la mano extendida, pero no se la estrechó. En lugar de eso, se la cogió y, llevándose la palma a los labios, depositó en ella el más tierno de los besos. Sin soltarla, susurró:

—Hola, Eve.

Cálmate, se dijo ella. Inspiró profundamente y se inclinó sobre él como si fuera a revelar un secreto.

—Vale, me has engatusado. Ya puedes relajarte.

El le acarició la cara interna de la muñeca con el pulgar mientras negaba lentamente con la cabeza.

—No, me parece que no voy a poder.

—¿De veras? —dijo ella, y se maldijo por el graznido que salió de su garganta. Tuvo que carraspear antes de continuar—: Inténtalo, ¿quieres?

—¿Me dejas que te pruebe antes?

—¿Probarme? —Oh, sí. Aquello sonaba genial—. ¿Quieres decir...?

Con un pequeño tirón, Dean la atrajo hacia sí con una mano, mientras posaba la otra en la parte inferior de su espalda con suavidad. Eve no se sintió forzada en ningún momento.

Más bien se sintió... seducida.

¿No era acaso una sensación única?

—Un beso —contestó él, y su aliento rozó los labios de Eve—. Sólo un beso pequeño.

¿Sería capaz de controlarse? Lo dudaba. En Harmony no había hombres como aquél. Su experiencia era limitada. Nunca antes había conocido a alguien...

Una sensación ardiente y húmeda recorrió su labio inferior confundiéndole los pensamientos. Con suma delicadeza, el hombre reseguía el contorno de su boca con la punta de la lengua hasta llegar a la comisura y vuelta atrás; sin poderlo evitar, Eve entreabrió los labios.

Dean no se mostraba dominante. Al contrario, el contacto de su boca sobre la de ella era sumamente leve, pero hizo que Eve se le acercara en busca de más.

Él ladeó la cabeza casi imperceptiblemente y ahondó con la lengua en la boca de ella, rozándole los dientes, insistiendo hasta encontrar su lengua... y entonces retrocedió.

Con la respiración entrecortada, Eve aún tardó un poco en darse cuenta de que había dejado de besarla. Abrió los ojos despacio y se encontró con la intensa mirada del hombre.

—Vaya.

Algo pareció brillar en los ojos castaños de él, como si un volcán hubiera entrado en erupción, y Eve supo que acababa de sellar su destino... al menos por lo que a esa noche se refería.

—Y ahora —comenzó ella, tratando de recuperar la compostura—, ¿qué tal si...?

Alguien le agarró el brazo desde atrás. El contacto la tomó desprevenida y retrocedió dando tumbos hasta casi caer.

El hombre hizo gala de unos reflejos increíbles. En cuestión de un segundo, Eve estaba libre de la mano que la sujetaba, de pie y a salvo detrás de él. Ella oyó, no obstante, el tono sarcástico de Roger.

—¿He interrumpido algo?

Mierda, mierda y mierda. ¿Cómo podía haberse olvidado de Roger el Repulsivo?

Salió de detrás de la espalda que la protegía para enfrentarse al gesto reprobador de Roger. Al mirar al hombretón al que acababa de conocer, lo vio inexpresivo. No parecía furioso. Ni preocupado. No parecía el tipo de hombre que reaccionase por instinto ante una situación a la velocidad del rayo.

—Lo lamento —le dijo.

—Ahórrate las excusas —le espetó Roger.

—No te lo estaba diciendo a ti —le aclaró ella, colocándose entre los dos hombres y empujando a Roger para apartarlo—. No sé cómo, pero se me había olvidado que había quedado con Roger esta noche para hablar de negocios —le explicó a Dean con una sonrisa.

—Negocios, ¿eh?

—Él es el dueño de este antro, yo soy organizadora de fiestas y eventos —le explicó Eve levantando los hombros en señal de disculpa—. La ciudad no deja demasiadas opciones, de manera que me veo obligada a usar este sitio de forma regular.

—¿Obligada? —gruñó Roger—. Sin mí no tendrías negocio.

Aquello pasaba de castaño oscuro y Eve se dispuso a poner a Roger en su sitio, pero él se le adelantó.

—Sé una chica educada y preséntame.

—Claro —dijo ella, consciente de que no debería haber provocado a Roger. El hombre tenía razón. Sin él y sus locales, no gozaría de un negocio tan lucrativo—. Roger Sims, el propietario. —Eve hizo un gesto hacia Dean—. ¿Y tú eres?

Dean sonrió.

Roger dejó escapar una mordaz carcajada.

—¿Ni siquiera sabes su nombre? ¿Por qué será que no me sorprende?

Los dos ignoraron a Roger.

Apoyando un hombro contra la pared, el joven dijo:

—Casi todo el mundo me llama Huracán.

—¿De veras? —«Qué extraño», pensó Eve. Ciertamente que su aparición había causado estragos en ella como si de un huracán se tratara, pero ése no podía ser su verdadero nombre—. Oh, un momento. ¿Se trata de algún apodo? ¿Eres luchador?

Roger se acercó.

—Espero que se trate de una broma.

Huracán le guiñó un ojo a Eve, que lo encontraba realmente fascinante porque, de alguna manera, el sobrenombre le iba que ni pintado.

—¿Y cómo fue que te pusiste ese apodo? Quiero decir, ¿por qué no Torbellino o Destructor?

—Yo no lo elegí. Te lo ponen y, si se adapta bien a tu persona, te lo quedas para siempre.

—Menuda idiotez —masculló Roger.

Dean le dirigió una fugaz mirada, pero no lo consideró digno de su atención, y la devolvió de nuevo a Eve.

—¿Cuánto durará vuestra reunión de negocios? —le preguntó.

Que no le prestaran atención no pareció gustar demasiado a Roger.

—Durará bastante, de modo que será mejor que te vayas olvidando —contestó en lugar de ella.

Con la voz y el gesto más inexpresivos que quepa imaginar, el hombretón se acercó a Roger y dijo:

—No me gustas mucho.

—¿Y se supone que eso ha de molestarte?

—Sólo estaba afirmando un hecho.

Roger se hinchó como un pavo.

—¿Estás buscando pelea?

Eve reprimió un pequeño gemido. Roger era el típico matón al que le gustaba provocar a cualquier pobre diablo para que soltara un primer golpe. Entonces, se daba la vuelta y hacía que arrestaran al tipo por haber empezado una bronca... broncas que luego Roger se encargaba de terminar.

—No. —Se limitó a contestar el aludido.

—Entonces...

Tomando a Eve del brazo, Huracán la apartó unos pocos metros de Roger.

—¿Cuánto crees que tardaréis? —le preguntó, después de colocarle con delicadeza un mechón detrás de la oreja.

Ella se sentía eufórica. Por fin aparecía alguien a quien le importaba un comino lo que Roger pensara. Alguien racional que no se dejaría convencer para meterse en una estúpida competición entre machos. Huracán podía ser su caballero de brillante armadura. ¿Estaría en Harmony para quedarse? Ojalá fuera así.

—No mucho —contestó ella, volviéndose hacia Roger a continuación—. Acepto la fecha de la que ya hemos hablado. El precio que me diste me parece bien. Siete horas, desde las ocho de la noche hasta las tres de la mañana. Tres habitaciones privadas. Uso exclusivo del toro mecánico. ¿Trato hecho? —Y Eve extendió la mano.

Roger apretó los dientes.

—Tienes que firmar el contrato —dijo al fin, pero en vez de aceptar la mano que ella le ofrecía, cerró los dedos en torno a su muñeca—. Podemos ocuparnos de ello en mi despacho ahora mismo.

Como siempre, Roger apretaba demasiado, y Eve hizo un gesto de dolor, esperando en parte que su caballero intercediese.

Pero no lo hizo.

La contención que mostró la dejó perpleja y la estremeció al mismo tiempo. Ella tiró del brazo tratando de liberarse de Roger.

—¿Desde cuándo necesitas que te firme un contrato en el acto?

Cuanto más se esforzaba por escapar, más le apretaba Roger la muñeca.

—El verano es una época de mucho trabajo, ya lo sabes. Si quieres que te reserve la fecha, tendrás que firmar. —Y decidido a salirse con la suya, tiró de ella para obligarla a caminar.

Sin querer, a Eve se le escapó otra mueca de dolor.

Huracán abandonó su postura indiferente y se irguió en toda su estatura.

—Sin ánimo de ofender tu espíritu de mujer liberada, ¿necesitas ayuda? —preguntó como si estuviera hablando del tiempo.

Fulminando a Roger con la mirada, Eve le contestó:

—No, porque va a soltarme ahora mismo.

Pero en vez de hacerlo, el hombre tiró de ella un poco más.

—Si quieres...

—Lo siento, pero no puedo permitirlo.

De nuevo, Huracán se movió con agilidad y rapidez. En cuestión de un segundo, agarró a Roger por la muñeca y se la estrujó.

Con un gemido de dolor, el otro abrió la mano, liberando así a Eve. Y casi al mismo tiempo, tiró con fuerza para soltarse de la presión que ejercía sobre él Huracán; éste lo dejó ir.

Probablemente porque no lo esperaba, Roger se tambaleó hacia atrás, se detuvo al chocar con una mesa, perdió el equilibrio y se cayó sentado en el suelo. La mesa se volcó sobre él causando un tremendo revuelo.

Menos mal que Dave no les había llevado aún las cervezas, o se habrían roto al caer.

Por dentro, Eve se rió al ver el aprieto en que se encontraba Roger. Por fuera, imitó a Huracán y fingió indiferencia.

—¿Lo has hecho a propósito? —preguntó Eve a Huracán mientras Roger intentaba recuperar la compostura.

—Mi propósito era que te soltara.

—Podía habérmelas arreglado sola.

Él le levantó el brazo y le rozó suavemente con el pulgar la piel enrojecida a causa de la presión de la mano de Roger.

—¿Antes o después de que te magullara?

—Es una situación complicada.

—¿De veras? —Se apoyó contra la pared—. ¿Y cómo es eso?

Antes de que ella pudiera responder, Roger consiguió ponerse en pie. Con la cara roja y temblando de ira, masculló entre dientes:

—Quiero que salgas de mi local. Ahora mismo.

Huracán la miró cariacontecido.

—Supongo que tú no puedes irte de aquí conmigo.

Eve deseaba enormemente poder hacerlo.

—Lo siento, no.

—Fuera.

Poniéndose de puntillas, Eve se cuadró delante de Roger.

—Ya vale, Roger. Tú has provocado esta situación, y lo sabes.

—El me atacó.

—Porque me habías puesto la mano encima. Otra vez.

Las aletas de la nariz del hombre se abrieron.

—Y las manos de otro hombre están bien, pero las mías no, ¿verdad?

Eve apenas podía respirar. No comprendía a Roger y nunca lo comprendería.

—Sea como sea, haré que Cam vea cómo eres realmente —le prometió.

—Yo podría decir lo mismo —replicó Roger, irguiendo los hombros—. Y si no fuera por Cam, te diría que te buscaras otro sitio para celebrar tus fiestas. Deberías alegrarte de que sea tu amiga.

Las palabras de Roger aún flotaban en el aire cuando éste se dio la vuelta y se fue de allí con paso airado.

Un poco avergonzada por el estallido de cólera, Eve miró a Huracán a hurtadillas. Este permanecía quieto detrás de ella, su rostro como una máscara, atravesándola con la mirada.

De alguna manera difícil de explicar, le pareció que él tenía un aspecto muy, muy diferente.

—Bueno. —Eve enlazó las manos en señal de disculpa—. De verdad que no sé cómo me las arreglo para meterme siempre en esta clase de líos, pero creo que con ésta ya he tenido bastantes situaciones desagradables por un día.

—¿Quién es Cam?

El tono y la postura de Huracán indicaban desinterés, pero sus ojos decían algo totalmente diferente. Refulgían de emoción. ¿Estaba enfadado con Roger y trataba de ocultarlo? ¿Cómo podía saberlo ella cuando hacía tan poco que se conocían?

—Cam Conor. Mi mejor amiga.

Él hizo un pequeño gesto de asentimiento antes de preguntarle:

—¿Qué tiene que ver ella con Roger?

Eve se frotó la frente.

—Desgraciadamente, Roger quiere que se casen. Ya se lo ha pedido un par de veces, y aunque Cam aún no le ha dicho que sí, tampoco le ha dicho que no.

La música estruendosa y la cacofonía causada por las voces no bastaron para mitigar el denso silencio que se instaló entre ambos. El la observaba con persistente fijeza, lo cual la intimidó un poco. Aun así, Eve trató de reírse.

—Pero eso es problema mío —dijo, y al ver que sus palabras no rebajaban la tensión, preguntó—: ¿Qué te parece lo que has visto de Harmony?

—No es gran cosa.

Se maldijo por desear que volviera a sonreírle, aunque sólo fuera un poco.

—¿Y yo? —Eve ladeó la cabeza hacia él—. ¿Te he dejado impresionado?

—Llevas una vida interesante.

Aliviada, Eve dejó escapar una suave carcajada ante la burlona observación.

—No creas. Casi siempre consigo manejar bien a Roger. No porque le tenga ninguna simpatía al tipo, sino porque puede que Cam se case con él. Así que me muerdo la lengua, trato de guardarme mis opiniones y...

—¿Rechazar sus avances?

Ahí sí que no podía darle la razón.

—Yo no lo llamaría tanto avances como interés innecesario. Siempre he creído que lo hacía porque soy amiga de Cam. Como si se esforzara por trabar amistad conmigo porque Cam y yo somos íntimas.

—No es por eso.

Ella hizo una mueca.

—Entonces, ¿quién sabe? Nunca he logrado entender a Roger.

Claramente para cambiar de tema, Huracán preguntó:

—¿Y ahora qué?

Eve miró la hora y quiso maldecir al destino.

—Me temo que mi carroza está a punto de convertirse en una calabaza.

—Deja que lo haga. Tengo un coche de alquiler en la puerta.

Aquel hombre era una tentación demasiado grande.

—Escucha, no suelo ligar con tíos en los bares. Y nunca lo hago con luchadores profesionales apodados Huracán. —Dejó escapar una carcajada carente de alegría—. Roger tenía razón en una cosa. Esta noche no he hecho gala de mi mejor educación. De todos modos, como lo más probable es que no vuelva a verte, no tengo que preocuparme de lo que puedas pensar de mí.

—¿Eso crees?

—Sí. Y en ese caso... —Eve recorrió el espacio que los separaba y extendió las manos hacia él.

Descaradamente experimentado, Dean la estrechó entre sus brazos hasta que pudo sentir todo su cuerpo y, sin perder un segundo, aplastó su boca contra la de ella. Aquel beso no se pareció en nada al primero. Audaz, ardiente, devorador; la dejó sin fuerzas y con el cuerpo palpitando placenteramente en demasiados puntos.

Aturdida, deseando de todo corazón poder tener tiempo para permitirse una fugaz aventura amorosa, Eve dijo:

—Vaya otra vez.

Él le sostuvo la cara con una de sus enormes manos, mientras le acariciaba la línea de la mandíbula con el pulgar.

—En cuanto a lo de no volver a verme...

«Por favor, por favor, pídemelo número de teléfono.»

—¿Sí? —preguntó ella, esperanzada.

Él sonrió ampliamente, y vaya si causó estragos.

—No cuentes con ello.

Confusa e incapaz de decir nada, Eve permaneció allí de pie, viéndolo marchar. No había duda de que era igual de atractivo por detrás que por delante.

CAPÍTULO 2

Dean conducía lentamente calle abajo. Los recuerdos penetraban en su mente, desagradables, perturbadores, bombardeándolo con un cúmulo de emociones encontradas. Tantas cosas habían cambiado y aun así parecían seguir igual. Veinte años deberían haber borrado cualquier rastro de su vida anterior. Pero entonces vio la tapa de la alcantarilla en la calle y recordó que una vez se quedó atrapado debajo. Vio el árbol de la esquina y no pudo evitar hacer una mueca de dolor al acordarse de la vez que se cayó de él y se quedó sin respiración.

Y recordó a su madre, tan hermosa, tan distraída, tan bromista. Siempre ocupándose de cualquier cosa menos de sus hijos. Se reía por nada, o al menos, nada que él pudiera entender. Recordó las muchas niñeras y asistentas que habían desfilado por la casa, siempre trabajando a jornada completa, y cómo, siempre que podía, su madre delegaba en ellas.

Recordó que su padre normalmente no estaba en casa. Trabajaba mucho y, cuando llegaba, quería relajarse. Eso significaba meterse en la piscina sin que los niños lo molestaran, o ir a jugar al golf con sus colegas. Siempre que sus padres estaban juntos, discutían.

Día tras día, siempre igual. Ni siquiera los nacimientos de Camille y Jacqueline habían logrado que sus padres frenaran el ritmo de vida o se volvieran más hogareños. No eran felices juntos, pero tampoco separados. Entonces se produjo el accidente de coche en el que perdieron la vida, y la rutina diaria de Dean se vino abajo.

Pasando de largo el camino de entrada de la casa, aparcó junto a la acera y apagó el contacto. Transcurrieron unos minutos; sin moverse del asiento, observó la casa en la que había vivido nueve años. Parecía la misma. Paredes de madera blanca. Contraventanas verdes. Tejado gris. Puerta principal roja.

El jardín estaba pasado de moda, pero bien cuidado. Algunos árboles habían crecido, otros habían desaparecido. No había habido muchos más cambios.

Entonces miró con más detenimiento. Las tablillas del tejado parecían un poco estropeadas. La pintura de las paredes se estaba desconchando en algunos puntos. El camino de entrada y la acera mostraban alguna grieta aquí y allí. Los canalones se veían levemente oxidados. Tal vez se debiera a su experiencia en reformas, pero veía cada pequeño fallo, cada señal que delataba el abandono.

Antes de darse cuenta, había salido del coche. Con los brazos cruzados y apoyado en el techo del vehículo, dejó que lo penetrara la visión de la casa y el jardín, la sensación de estar viéndolo todo como un adulto.

Maldita fuera, era extraño estar en «casa».

Había jugado al balón con los niños del barrio en ese mismo jardín. Había estado a punto de ahogarse en la piscina de la parte de atrás al resbalar un día, cuando se estaba metiendo en el agua. También una vez había perseguido a Jimmy Barker alrededor de la casa hasta que Jimmy había terminado tropezando y se había roto uno de los dientes de delante. Más allá de la piscina del patio trasero, había una arboleda por la que solía pasear cuando quería estar solo.

Algunas cosas no habían cambiado; otras lo habían hecho de manera irreversible.

¿Qué aspecto tendrían ahora sus hermanas? ¿Estarían tan estropeadas y marchitas como la casa? ¿Acaso eso le importaba?

Se apartó del coche de alquiler, cerró con el mando a distancia y se guardó las llaves en el bolsillo de los vaqueros. Las gafas de sol antirreflectantes que llevaba le protegían los ojos mientras enfilaba el sendero hacia la puerta principal. Sentía un peso en el pecho como si fuera plomo y un puño invisible le apretaba la garganta, pero no vaciló. Podían llamarle muchas cosas, pero no cobarde.

Llamó a la puerta y esperó.

Y esperó un poco más.

¿Había hecho todo ese camino para encontrarse la casa vacía? ¿Debería esperar un poco por los alrededores hasta que regresaran o tal vez sería mejor volver más tarde?

Tras unos minutos, Dean creyó oír salpicaduras de agua que procedían de la parte de atrás. Tal vez hubiera alguien allí, disfrutando del bonito día de verano en la piscina. Con los pulgares metidos en los bolsillos delanteros, bajó del porche y rodeó la casa. Había un montón de malas hierbas aunque la mayor parte permanecían camufladas entre el césped bien cortado.

A medio camino del patio trasero, detectó voces femeninas que charlaban animadas.

Más específicamente, detectó la grave voz de Eve.

Lleno de curiosidad, tomó el recodo y vio a dos mujeres tomando el sol en sendas tumbonas junto a la piscina. Se encontraban perpendiculares a él, de cara al sol, y parecían muy entretenidas.

Una de ellas llevaba una enorme pamelita, gafas de sol y un bañador azul de una pieza del tipo de los que se usan para natación. De alguna manera, sabía que era Camille, a juzgar por el estilo conservador de la prenda. Una sensación de añoranza comenzó a corroerle las entrañas y, durante unos segundos, no pudo apartar la vista de su hermana.

Su hermana... Una mujer adulta, delgada, alta y evidentemente recatada, a juzgar por el tipo de bañador que llevaba.

El desconocido anhelo trató de expandirse, pero Dean lo sofocó sin piedad y su mirada se desplazó a la otra mujer.

Eve.

Ésta llevaba un diminuto bikini negro que dejaba a la vista mucha más piel. La tenía dorada por el sol, y un atrevido piercing en el ombligo relucía bajo el resplandeciente sol de verano.

—No te vas a creer lo que hice anoche.

Sin percibir la presencia de Dean, Eve se echó hacia atrás el oscuro cabello. Estaba mojada, el agua se deslizaba, sinuosa, por la garganta, el vientre y los muslos.

El instinto de depredador se apoderó de él, haciendo que la boca se le curvara en una sonrisa. Conocía aquella sensación. Era lujuria. El anhelo por la caza. La excitación carnal.

Conocer a sus hermanas a solas sería una situación incómoda. La presencia de Eve suavizaría el impacto. No podría haberlo planeado mejor.

—De ti me lo creo todo —replicó Camille—. Cuenta.

—Conocí a un hombre.

Cam se echó reír debajo de la pabela.

—No me digas. —Se movió ligeramente, cambiando de postura una de sus largas piernas—. Conoces hombres allá donde vas. Eso no es nada nuevo. Eres como un imán.

—Tú también atraes un buen montón de miradas.

—Puede. Pero no el mismo tipo de miradas.

A Dean no le cabía duda. Eve poseía un aura de sensualidad que no había percibido en muchas mujeres. La noche anterior se había sentido atraído por ella en todos los sentidos. Si aquel capullo de Roger no hubiera aparecido...

Eve curvó los dedos de los pies.

—Sí, bueno, pero esta vez... yo le devolví la mirada.

—¿En serio?

—Bueno... hice algo más que mirar.

Cam se puso alerta.

—¿Por ejemplo?

Por un momento, Eve se cubrió la cara y, dejando escapar un gemido, extendió los brazos a ambos lados.

—Fui mala.

—Oh-oh. ¿Cómo de mala?

«No lo suficiente», pensó Dean. Pero no dijo nada. Siguió escuchando. Retrasando el inevitable encuentro con Cam.

Con una gran sonrisa, Eve giró la cabeza hacia su amiga.

—Del todo, completamente.

Dean se acercó un poco más, sin hacer ruido sobre el mullido césped, y sin que las mujeres se dieran cuenta por tanto de su presencia. Algo que le pareció justo, dado que él era el tema de conversación. Se detuvo junto a la verja combada que rodeaba el porche trasero y se dispuso a escuchar.

Cam estaba riéndose de nuevo, no con la risa infantil que él recordaba, sino con una risa de mujer.

—Conque del todo, ¿eh? ¿Te acostaste con él?

—¡No! Claro que no. Sólo hablé con él. —Eve vaciló un momento antes de admitir—: Pero quería hacerlo. Si Roger no nos hubiera interrumpido, creo que, tal vez, lo habría hecho.

Dean sabía que lo habría hecho. Joder, Eve le había mandado señales que hasta un ciego habría visto. Y al besarla... Aún sentía el fuego cada vez que lo recordaba. Habrían acabado en la cama. Él lo sabía. Ella lo sabía. Pero tal vez no quisiera decírselo a Cam.

—Entonces deberías alegrarte de que Roger os interrumpiera, ¿no?

—Puede. Cerró nuevamente los ojos—. Pero Cam, es que era un tío con un cuerpazo, y además era encantador. Y no lo digo sólo por su aspecto.

—Sigue.

—Solo se. Tenía algo. Era muy viril, pero no iba de macho, ¿comprendes lo que quiero decir? Y, oh Dios mío, qué bien olía.

Dean se quedó un tanto perplejo al oírlo. ¿Él olía bien?

—Me daban ganas de... comérmelo.

Mierda. Como siguiera hablando así mucho más acabaría empalmándose. Tal vez fuera ya momento de anunciar su presencia. Fue a hacerlo, pero entonces habló Cam.

—Dime que te dio su número.

Eve dejó escapar un gemido.

—Esperaba que me pidiera el mío, pero no lo hizo, y a pesar de que yo sea una mujer audaz y él el hombre más guapo que he visto en mi vida, me alegro de no volver a verlo.

—¿Por qué? Pareces estar loca por él.

—Lo deseaba, que no es lo mismo. Flirteé con él. Lo besé. — Se mordió el labio—. Le dejé bien claro que estaba interesada en él. Y eso es todo. Me comporté como una... descarada mujerzuela. Eve se cubrió el rostro—. Es una pena, pero ya no puedo deshacer tan desafortunada actuación.

Viendo la oportunidad de presentarse, Dean sonrió.

—¿Fue sólo una actuación?

Los chillidos de las dos mujeres habrían asustado a cualquiera. Ambas se pusieron inmediatamente de pie y Cam se cubrió con una gruesa toalla.

Menos mal que Eve no tenía ninguna a mano. Se quedó mirándolo con unos ojos que parecían aún más azules bajo el ardiente sol del mediodía. Tenía las mejillas rojas y su pecho subía y bajaba debido al nerviosismo.

Sí, a él también le daban ganas de comérsela. Aún no era el momento, pero pronto lo sería.

Dean se volvió hacia su hermana.

—Camille, ¿no?

—¿Quién es usted?

Eve ahogó un gemido.

—Es él... —Eve no sabía qué decir, tragaba con dificultad y se había quedado sin aliento—. El tipo de anoche. Del que te estaba hablando ahora mismo.

Inmediatamente, Cam se colocó delante de su amiga.

—¿Qué está haciendo usted aquí? Esto es una propiedad privada. —Cam había pasado de ser una mujer dulce a una amazona en un abrir y cerrar de ojos. Aunque las gafas de sol de gruesa montura de pasta ocultaban buena parte de su rostro, Dean podía ver la ceñuda advertencia de que se apartara—. ¿Cómo sabía dónde encontrarla?

¿De manera que se preocupaba y protegía a Eve? Eso le agradó, aunque Eve no necesitaba su protección. Sin embargo le gustó ver que su hermana tenía determinación.

—Lo cierto es que venía buscándote a ti, no a ella. —Dean se volvió y añadió en dirección a Eve—: Pero me alegro de que esté aquí.

Las dos lo miraban mudas.

Suspirando, Dean se metió la mano en el bolsillo y sacó la arrugada carta.

—Me escribiste. Hace varios meses, lo sé, pero estaba de viaje y al correo le ha costado dar conmigo.

Cam se subió las gafas a lo alto de la cabeza.

—¿Que te escribí?

En vez de tratar de explicárselo, Dean dio un paso y le tendió la carta. La muchacha medía más de metro setenta. También era alta, aunque él la superara en quince centímetros por lo menos.

Temblando, Cam cogió los arrugados papeles. Sosteniéndolos entre las manos, se quedó mirándolos fijamente, parpadeando muy seguido, mordiéndose los labios. Cuando miró a Dean, tenía los ojos llenos de lágrimas y de aquella maldita esperanza.

Mierda, mierda, mierda. Dean se preparó. O al menos pensó que lo hacía. Pero ¿cómo demonios se prepara un hombre para el reencuentro con una hermana a la que hace años que no ve?

—¿Dean? —preguntó ella con voz demasiado chillona y un tono absurdo—. ¿Eres... eres tú de verdad?

A él no le dio tiempo a responder. Antes de que pudiera reaccionar, Cam lo abrazó con fiera vehemencia. Dean no recordaba la última vez que una mujer se había aplastado contra él de forma platónica. Su madre nunca había sido una mujer cariñosa. Una palmadita en la cabeza, cosquillas debajo de la barbilla... pero no aquel contacto de cuerpo entero lleno de cálida emoción.

Las interinas que habían vivido en la casa se habían mostrado amables, pero nunca habían sido tan afectuosas. Luego, había tenido varios profesores que se había preocupado por él, había conocido a muchas mujeres cuando trabajaba en la construcción, también a las mujeres de sus compañeros, a las amantes de una noche de su tío. Pero... ninguna lo había tratado como si fuera un tesoro, algo más que un amigo.

Ninguna se había abrazado a él como si fuera su salvavidas.

A través de la impresión, Dean se percató de varias cosas: del gorjeo de los pájaros, de la suave brisa, de la fija atención de Eve y de la suavidad de Cam, de su agradable aroma. Cerró los ojos e inhaló.

Sus sentimientos se rebelaron, pero de una manera totalmente desconocida. Cam no era una frágil chiquilla, aunque su fuerza no era nada en comparación con la de él. Sin embargo, su abrazo le resultó... agradable.

Jodidamente agradable.

Deliberadamente, Dean mantuvo los brazos quietos a ambos lados del cuerpo, mientras luchaba por bloquear la necesidad de consuelo. Siendo como era uno de los mejores luchadores de artes marciales mixtas del mundo, estaba completamente seguro de que no necesitaba que nadie lo consolase. No de aquella manera.

No ella.

En busca de una rápida distracción, miró a Eve.

Las gafas de sol ocultaban su expresión a la mujer, pero Eve no contaba con la misma ventaja. Dean vio desconcierto, bochorno y algo más en ella. Lo miraba fijamente, ruborizada y con los ojos como platos.

Sus labios se entreabrieron y la respiración se le aceleró. Dean la examinó detenidamente, tomándose su tiempo. Comparada con Cam, Eve era menuda, al menos en altura. Pero tenía curvas de sobra, y todas en los lugares precisos. Se había referido a su atrevido comportamiento de la noche anterior como si se tratara de una anomalía. No parecía una mujer tímida, pero aun así, con él había reaccionado de una manera especial.

No dejaría que olvidara la química que había entre ellos. No dejaría que la sofocara. De una manera u otra la tendría, y sería él quien impusiera sus condiciones.

Finalmente, Cam se apartó de él, pero sólo un poco, lo justo para mirarlo a la cara y sonreír como si se hubieran resuelto todos sus problemas.

Sorbiendo por la nariz y riendo al mismo tiempo, trató de disculparse.

—Lo siento mucho, Dean. No pretendía echarme a llorar encima de ti —dijo, mientras alisaba con gesto ausente la camiseta de su hermano, como si necesitara sentirlo, absorber su esencia—. Había ensayado mil veces este momento en mi cabeza. Rezaba por que te llegara mi carta y volvieras a casa, pero no... —Se le quebró la voz y tuvo que carraspear. Dos veces—. Dios mío, eres tú de verdad. —Y empezó a reírse de nuevo.

Sintiéndose como un imbécil, Dean dijo «Sí», porque no se le ocurría nada más. Prefería luchar con tres locos imbatidos, gratis, antes que enfrentarse a todo aquel sentimentalismo.

Cam le puso las manos en los hombros.

—Eve tiene razón. Eres muy guapo. Y grande. Creía que Jacki era alta, pero... mírate.

Jacki, su hermana pequeña. ¿Era aún más alta que Cam? ¿Cuándo la vería?

Por dentro, los instintos de Dean se rebelaron. Por fuera, estaba tan rígido que podría partirse. Apretó los dientes y dejó que Cam siguiera con su parloteo.

Esta se puso de puntillas y le pasó una mano por los cabellos.

—Hasta tenemos el mismo color de pelo —comentó absolutamente complacida—. ¿Te has dado cuenta, Eve?

Todavía muda, su amiga asintió con la cabeza.

—Oh, Dean, me alegro tanto de que estés aquí. —Y volvió a abrazarlo.

Dean no sabía qué pensar. Cam se mostraba tan endiablidamente familiar con él, tocándolo y estrechándolo como si lo conociera. Como si hubieran crecido juntos. Como si de verdad fuera su hermano mayor en vez de un perfecto extraño.

—Pero ¿qué ha pasado con mis modales? —prosiguió ella en voz alta y llena de excitación, sin dirigirse a nadie en particular—. Vamos dentro y prepararé algo de beber. Tenemos que ponernos al día de un montón de cosas. —Y, diciéndolo, se cogió de su brazo y lo arrastró hacia la casa—. ¿Has venido de muy lejos? ¿Dónde estabas cuando recibiste mi carta? ¿Dónde vives?

Muchas preguntas a la vez. Dean miró a Eve por encima del hombro. Ésta, que parecía haberse quedado clavada en el sitio sin quitarle los ojos de encima, despegó de repente los pies del sitio y pasó junto a ellos como un rayo en dirección a la casa.

—Iré a vestirme —masculló.

En su veloz huida medio a la carrera, Dean la observó con interés. El era un bruto de tomo y lomo, mientras que Eve era esbelta, y tenía un generoso y redondeado trasero en consonancia con un bonito pecho. Antes de que se fuera de Harmony, conocería aquel cuerpo de infarto de forma íntima. Pensar en ello le sirvió para suavizar la realidad de tener que enfrentarse a su pasado.

—Lo siento —volvió a decir Cam—. Te estoy acribillando a preguntas. Debes de estar pensando que estoy como un cencerro.

No la conocía lo suficiente como para hacer una valoración de su estado mental.

—No pasa nada.

—De una en una, te lo prometo. Así pues..., ¿dónde estabas antes de venir aquí?

Dean dejó a un lado su reserva. Si Cam podía mostrarse tan tranquila, él también.

—Cuando recibí tu carta estaba en Las Vegas. Antes, había estado fuera del país.

—¿Dónde? —quiso saber ella juguetona—. ¿En algún lugar exótico?

—En Europa casi todo el tiempo.

Cam fingió que iba a desmayarse.

—¡Europa! Cómo te envidio.

—Viajo mucho. No es para tanto.

—Para mí sí. Yo nunca he salido de Kentucky.

—¿Nunca?

Eve había entrado tan de prisa en la casa que se había dejado las puertas correderas abiertas, y Cam lo instó a entrar en una fresca estancia que se usaba para desayunar y como sala de estar adyacente a la cocina.

Dean echó un vistazo a su alrededor, reencontrándose con el hogar de su niñez.

—Lo dices en broma, ¿no? —le preguntó a su hermana.

En aquella sala había visto los dibujos de la tele, en aquel sofá se había tumbado en pijama. Allí había jugado con Cam, cuando ésta tenía dos años, sobre el suelo enmoquetado. Algunas cosas habían cambiado: unos pocos muebles, las ventanas, incluso el color de los marcos de las mismas. Pero fundamentalmente todo seguía igual.

—No. Cuando terminé el instituto fui a una universidad local un tiempo, pero... —Se apresuró a cambiar de tema con nerviosismo, como si le diera vergüenza no haber obtenido el título—. ¿Qué te apetece tomar? ¿Un refresco, té, café?

Dean la miró.

—¿Tienes cerveza?

Cam palideció.

—Lo siento, no. —Tras echar un rápido vistazo al reloj de la pared, empezó a retorcerse los dedos con nerviosismo.

¿Acaso consideraba que las dos de la tarde era demasiado pronto para beber?

—¿Ocurre algo, Cam?

—No, es sólo que... —Cam se encogió de hombros—. Lo siento, pero la tía Lorna no aprueba la bebida. Nos prohíbe tener alcohol en casa.

Grover le había contado muchas cosas sobre Lorna, entre ellas lo muy beata y mal bicho que era. Por su culpa, él no conocía a sus hermanas. Lorna había prohibido que mantuviesen contacto.

¿Llegaría pronto a casa y por eso Cam había mirado la hora?

Poco deseoso de toparse con problemas tan pronto, Dean se encogió de hombros y la siguió a la cocina.

—Té helado sin azúcar entonces, si tienes.

—Claro que sí. —Cam le ofreció una silla como si fuera un caballero galante—. Por favor, siéntate. Ponte cómodo. ¿Tienes hambre? Puedo prepararte un sandwich.

—No, gracias.

—¿Sopa? Nos quedó de ayer. O tal vez...

—No tengo hambre —la interrumpió él. Por Dios, Cam hablaba sin parar. Supuso que debía de ser por la excitación del momento.

El momento de su reencuentro.

Joder.

—¿Unas galletas? Son caseras. Las he hecho esta mañana. Avena y pasas.

¿Protectora y con una vena a lo Martha Stewart¹? Su hermana era una paradoja interesante.

—No suelo comer dulces.

A juzgar por la forma en que reaccionó su hermana, fue como si hubiera dicho que tenía dos cabezas.

—¿Y eso por qué?

—Para estar en forma.

—Pues realmente lo estás —replicó ella, mirándolo con una media risa. Se quitó el sombrero y las gafas y lo dejó todo en la encimera, mientras se dirigía al frigorífico—. No hay más que verte. Eres puro músculo.

Dean no quería que su hermana creyese que era un fanático, así que decidió explicarse.

—Soy luchador profesional, Cam. Mi dieta es una parte importante de mi estilo de vida.

¹ Mujer de negocios norteamericana, que ha hecho una fortuna, entre otras cosas, con sus libros de cocina y de decoración del hogar. (N. de la t.)

Deteniéndose en seco, ella se volvió y lo miró boquiabierta.

—¿Luchador?

No muy seguro de si su mirada era de repulsa o de intriga, optó por no decir nada.

—¿Nada de galletas, pero sí bebes cerveza? —Cam frunció las cejas con gesto de suspicacia y puso los brazos en jarras—. ¿Cómo es eso?

Dean se dio cuenta entonces de que su hermana bromeaba, y le sonrió.

—En algún sitio tengo que poner el límite. No puedo dejarlo todo, y prefiero prescindir de lo dulce. Sin embargo, limito el alcohol a las épocas en que no compito y por tanto no tengo que entrenar.

—Debes de tener una increíble fuerza de voluntad. Yo lo intento, pero me vuelve loca el dulce.

Pues no se notaba. Cam tenía una figura delgada y atlética. Dean supuso que debía de ser algo genético. Recordaba a su madre como una mujer esbelta, y a su padre como un hombre delgado y fibroso.

Cam no dejaba de mirarlo mientras le llenaba el vaso de té helado.

—Eres luchador profesional dices. ¿Boxeador?

—No exactamente boxeador. —En vez de seguir ocultándose ras las gafas de sol, Dean se las quitó y las dejó encima de la mesa.

Al mirar a Cam, ésta se fijó en sus ojos y de inmediato cambió otra vez de tema.

—¡Dean! También tenemos los mismos ojos. ¿No es asombroso?

Él no pudo evitar sonreír. Le divertía el derroche de entusiasmo de Cam.

—¿Siempre eres así de animada?

Eve entró en ese momento con paso tranquilo.

—Lo es —contestó por Cam—. Enfermizo, ¿no crees?

Volviéndose en la silla, Dean la miró. Eve evitó su mirada, pero a él no le importó. Ambos sabían lo que ella sentía, igual que sabían lo que resultaría de todo aquello.

Se había recogido el pelo mojado en una coleta, lo cual destacaba sus pronunciados pómulos y el voluntarioso mentón. Los pantalones vaqueros cortos que llevaba dejaban casi tanto de su trasero a la vista como la braguita del bikini de antes. Una camiseta de tirantes de un delgado tejido proclamaba que no llevaba sujetador. Tenía unas piernas preciosas.

—Puede que Cam y yo compartamos color de pelo y ojos, pero nuestro carácter es diametralmente opuesto —dijo Dean, sin dejar de examinar detenidamente el cuerpo de Eve.

Cam se echó a reír.

—¿Significa eso que eres un ogro? No me lo creo. No hay más que ver cómo me estás aguantando.

—Yo sí me lo creo —dijo Eve, poniéndose de puntillas para alcanzar un vaso en el que servirse un poco de té—. Su apodo en el cuadrilátero es Huracán. —Alzó el vaso en dirección a él a modo de brindis—. ¿No te parece representativo?

Aquello sí le resultaba familiar. Juguetear verbalmente con una mujer atractiva, aumentar la tensión sexual. Mucho, mucho más fácil que aquel... aquel ataque de sentimentalismo que Cam se empeñaba en lanzarle.

Disfrutando con el nuevo juego, Dean se aseguró de que Eve viera cómo le miraba los pechos antes de continuar hablando.

—Me llaman Huracán porque, a algunos, les doy la sensación de que lucho de forma un tanto desordenada. —Alzó la mirada hacia los ojos de ella, y se dio cuenta de su expresión atónita e impresionada. Dean sonrió lo justo para hacerle saber que sabía lo que sentía y pensaba—. La mayoría de los luchadores poseen una técnica que los diferencia. Los posibles contendientes la estudian para hacerse una idea de a lo que se van a enfrentar. Pero yo soy impredecible. Cambio mis movimientos de un combate a otro.

—Mirándola con audacia, declaró—: Hago lo que sea necesario para ganar.

Eve entornó los ojos.

—¿Acaso es una advertencia?

—Por supuesto.

Ajena al intercambio de indirectas de carácter sexual entre los dos, o deseosa de pasarlo por alto, Cam cogió una silla y se sentó frente a su hermano.

—¿Ganas a menudo?

—Sí. —Joder, no tenía motivo alguno para mostrarse tan orgulloso al hablarle de aquello. Lo que Cam pensara de él no debería importarle un comino. Aun así continuó—. Lo suficiente como para haber sido el plato fuerte del programa de combates de la SBC en las últimas cuatro ocasiones.

—¿Qué significa SBC?

—Desafío de Lucha Extrema²

—Parece algo confuso.

—No lo es. Los participantes pueden golpear con las manos, los pies, las rodillas o los codos. Se trata de forcejear para someter al contrincante, con llaves al cuello, barridos, derribos, patadas o palancas. Ninguna disciplina predomina más que otra.

Eve se unió a ellos y se sentó a la derecha de Dean.

—Ya. Y si eres tan bueno, ¿cómo es que te han dado esa paliza? —lo provocó ella.

Cam pareció ofenderse con la pregunta de Eve, pero a Dean no le importó explicarlo.

—Yo no lucho contra blandengues, por eso. Sólo los mejores contendientes se ganan el derecho a retarme. Además, unos cuantos moratones no pueden considerarse una paliza. No cuando el otro terminó mucho peor.

Cam hizo una mueca de dolor.

—¿Qué puede ser peor? No es que dude de ti —se apresuró a decir—, pero parece como si algo muy pesado te hubiera arrollado. No pensaba decir nada, no quería ser descortés, pero ya que has sacado el tema...

Dean estuvo a punto de soltar una carcajada al pensar en Cam tratando de ignorar las heridas, los moratones y los puntos que lucía... y el hecho en sí lo cogió por sorpresa.

² .Es un deporte de combate en el que se mezclan varias disciplinas de artes marciales como jiu-jitsu, judo, kárate, boxeo, kickboxing o lucha libre. Normalmente, se trata de una combinación de todas ellas.

—La mayor parte de lo que yo tengo es superficial. Pero las heridas que sangran tanto como para impedir la visión o que pueden suponer una amenaza para la salud del luchador, éstas son las que dan la victoria. Huesos rotos, dislocaciones y desgarrones musculares pueden mantener a cualquiera lejos de la competición durante meses.

—¿Huesos rotos?

Dean hizo girar el hombro.

—No abundan las lesiones graves, pero las he visto todas. —Y muchas las había sufrido en propia carne, aunque no pensaba contarle eso a su hermana—. Gané mi último combate gracias a una palanca de rodilla.

—¿Qué es una palanca de rodilla?

—Una técnica de sometimiento del jiu-jitsu brasileño. Es una de las que se utilizan para ganar, aunque la mayoría de los luchadores de la SBC conocen una docena o más de ellas.

—¿Y cómo se hace una palanca de rodilla?

Al imaginar el encuentro con su hermana, no se le había ocurrido pensar que terminarían hablando de la SBC. El interés de Cam le resultaba sorprendente, y, aunque le gustaría negarlo, tuvo que admitir para sí mismo que le agradaba.

—El concepto básico en toda llave de sometimiento ejecutada con la pierna es hacer palanca sobre las articulaciones del contrincante para inmovilizarlo. —Estirando la pierna, Dean mostró cómo sería el movimiento—. Se bloquea la articulación y, con la cantidad de presión adecuada, se puede someter a cualquiera.

Cam lo miró con los ojos como platos.

—Porque si no se somete, podría romperse o dislocársele algo —casi susurró.

—Eso es.

—Fascinante. —Eve pasó un dedo por la condensación que se había formado en su vaso—. A mí me suena a pelea de bar. ¿De verdad los hombres pagan para ver eso?

Dean la miró calibrándola. Qué sabihonda y descarada era. Y todo porque sabía que la había oído decir que estaba loca por él. Eso estaba bien. Le gustaban las mujeres ardientes.

Reclinándose en su silla, Dean enlazó las manos sobre el abdomen. Eve siguió el movimiento con la mirada, pero en seguida la apartó.

—Al contrario que en una pelea de bar, en este caso se trata de un solo hombre peleando contra otro. Sin armas. Y en los combates hay un árbitro. A la hora de puntuar, se hace según reglas aprobadas por una comisión deportiva. Los combates tienen lugar en directo, delante de montones de personas, en Nevada, California, Nueva Jersey, Massachusetts y Florida. La SBC presenta luchadores con gran experiencia, muchos de ellos campeones olímpicos.

Hay contendientes de Brasil, Rusia, Japón, Holanda, Inglaterra y muchos otros países. Con gran frecuencia se agotan las entradas, y algunas pueden cotizarse a precios muy elevados. Básicamente, se trata de dos hombres dentro de un cuadrilátero acordonado en el que pelean hasta que uno de ellos queda fuera de combate o golpea la lona varias veces.

Cam se mostró sorprendida.

—¿Que se golpea la lona?

—A veces, si sabes que no puedes aguantar el dolor de un brazo, una pierna, una rodilla o un tobillo, puedes rendirte, abandonar la lucha. Se puede dar el caso de que un luchador quede inconsciente a causa de una llave de estrangulamiento, debido a que se ha quedado sin oxígeno, pero también puedes golpear la lona varias veces cuando notas que estás a punto de perder la conciencia. De vez en cuando, la decisión corresponde a los jueces, pero normalmente nadie quiere llegar a ese extremo.

—Sí, Dios no quiera que el combate termine sin que alguien se rompa una pierna —ironizó Eve.

Esta vez, Dean no pudo contener la carcajada.

—Los luchadores están bien entrenados y son inteligentes. Además, los médicos siempre están cerca.

—¿Inteligentes? —Eve asintió en señal de burlona conformidad—. Sí, tienen pinta de ser realmente brillantes.

—Eve.

¿De manera que Cam había cambiado de bando? Parecía estar defendiéndolo frente a Eve. Dean negó con la cabeza.

—No pasa nada, Cam. En lo que a la SBC concierne, hay varios tipos de mujeres. Tenemos las groupies, que se vuelven locas por algún luchador en concreto. Luego están las que miran con superioridad el asunto aunque no lo comprendan. Y, por fin, aquellas que sienten verdadero interés por el deporte en sí. —Ladeó la cabeza—. ¿A qué grupo perteneces tú, Eve?

Ésta lo miraba con el cejo fruncido, esperando poder darle la vuelta a la situación.

—Cuando hablas de groupies te refieres a esas mujeres que se echan a tus brazos, ¿no?

—Exactamente —contestó él, sosteniéndole la mirada—. En mi último combate, firmé un autógrafo sobre el pecho de una que terminó siguiéndome hasta mi casa.

Cam se aguantó la risa como pudo, pero Eve se puso rígida como un palo.

—Igual que un cachorrito —masculló casi con un gruñido—. Imagínate.

—Sí, era joven —admitió Dean con mejor humor, y a continuación sonrió con complicidad—. Pero lo suficientemente mayor.

Cam decidió intervenir para aliviar la súbita tensión.

—Si todos los combates se celebran en Estados Unidos, ¿por qué viajas tanto?

Dean dejó en paz a Eve... por el momento.

—Por diversos motivos. Es importante adquirir experiencia cerca de los mejores, lo que significa viajar a distintos campos de entrenamiento. Y yo tengo patrocinadores por todas partes, hago giras promocionales y cosas así.

Cam parecía impresionada, pero Eve seguía mirando fijamente su vaso de té, por lo que Dean no pudo calibrar su reacción.

—Todo eso lo hago en mi tiempo libre. Cuando me estoy preparando para un combate no hay tiempo libre que valga. A veces entreno seis horas al día, o incluso más. Nunca es demasiado. Para casi todos los luchadores que conozco practicar artes marciales es su vocación.

—¿Es tu caso?

De jovencito entrenaba para olvidar la rabia. Grover lo había animado a ello, pero era Dean quien se había pagado las clases, cuidando siempre de que no interfiriesen con el trabajo. O con los estudios.

—Siempre he disfrutado compitiendo. Empecé a tomármelo más en serio en la universidad, cuando Grover murió. Fue entonces cuando descubrí la SBC. Uno de los patrocinadores me vio pelear y se ofreció a subvencionarme si competía profesionalmente. Los primeros triunfos me sirvieron para pagarme la universidad.

—¿Compaginabas los estudios y la lucha?

Cam lo dijo como si le pareciera algo extraordinario.

—La mayoría de los luchadores han cursado estudios superiores. Algunos de los más jóvenes aún están estudiando. Otros son hombres de negocios, o profesionales de algún tipo.

—No parecen dos cosas compatibles.

—Un idiota no llegaría muy lejos en la SBC. Se trata de una competición tanto física como mental. Tienes que ser capaz de pensar con rapidez estando bajo presión, y superar a tu oponente.

Cam aceptó la explicación.

—Tiene sentido, pero sigo pensando que a partir de ahora eso me dará motivos de preocupación.

¿Y por qué habría de preocuparse? Estaba claro que no tenía motivos. Aunque fuera su hermano, apenas lo conocía.

—Es un deporte de contacto, pero los médicos están muy atentos para garantizar la seguridad del luchador.

Eve arrugó la nariz.

—Sigue pareciéndome algo espantoso.

—A mí en cambio me parece fascinante —reconoció Cam extendiendo la mano por encima de la mesa para acariciar la magullada mejilla de Dean—. ¿Te hiciste esto en tu último combate?

—Sí. —Y menos mal que el pelo ocultaba la mayor parte de los puntos que habían tenido que darle en la parte superior de la frente, cerca de la sien—. Recibí tu carta a la mañana siguiente de una pelea. —Cambió entonces la dirección de la mirada hacia Eve—: Y ganarla.

—Ojalá lo hubiera sabido. Podría haber ido a verte. —Cam lo miraba hinchada de orgullo—. ¿Cuándo volverás a competir?

—No lo haré en un tiempo. He decidido descansar un poco. — Para visitarla, pero no se lo dijo—. No participaré en ningún combate en unos meses.

—¿Te ganas la vida peleando?

—Sí. Pero también reformo casas, un negocio igualmente lucrativo.

Las dos mujeres parecían totalmente confundidas.

—Compro casas en mal estado a buen precio, las arreglo y luego las vendo por un precio mayor —explicó Dean.

Eve lo miró con el rostro encendido. Se inclinó hacia delante en su asiento como si fuera a decir algo, pero Cam se apresuró a silenciarla.

—¿Te gusta viajar?

Estaban ocultando algo, pero Dean no acertaba a adivinar qué.

—Siempre me ha gustado. Grover se dedicaba a la construcción por todo el mundo. Yo viajo con motivo de competiciones y giras promocionales. —¿Qué iba a decir Eve? ¿Y por qué Cam se lo había impedido?—. Pero ya basta de hablar de mí. ¿Qué me dices de ti?

Por alguna razón, a Cam parecía avergonzarle ser el centro de atención.

—Nada tan emocionante como ser un luchador profesional que viaja por todo el mundo —dijo ella, riéndose con timidez—. Dirijo el motel de Roger.

Al oír el nombre de Roger, Eve se ensombreció.

—¿El mismo Roger que podría convertirse en tu marido?

Cam se volvió hacia Eve.

—¿Le has contado lo de la proposición de matrimonio?

La otra se encogió de hombros.

—Después de que el bueno de Roger lo provocara para que iniciara una pelea, hablamos un rato de él, sí.

—Oh, Dean. Lo siento mucho. —Cam dejó escapar un largo suspiro—. Roger tiene un problema de inseguridad.

—No me digas —dijo Dean, con un tono seco como polvo.

Cam asintió con la esperanza de poder convencerlo.

—Es ridículo, dado todo lo que ha conseguido en la vida, pero es como si tuviera que demostrarse algo a sí mismo. Espero que no te diera muchos problemas.

—En absoluto.

—Afortunadamente —intervino Eve—, Dean rechazó el reto. —Apoyó un codo en la mesa y lo observó detenidamente—. Y ahora que sé un poco más sobre ti no puedo evitar preguntarme por qué lo hiciste.

—Estoy acostumbrado a que los idiotas me reten. No es nada nuevo.

Se terminó el té con un largo sorbo. Sólo pensar en Roger le dejaba un sabor asqueroso en la boca, pero no era asunto suyo. ¿Qué más le daba a él si Cam decidía casarse con él?

Pero Eve no lo dejó estar.

—La mayoría de los tíos se sentirían tentados de aceptar y demostrar así su capacidad o algo. El orgullo masculino y todas esas sandeces.

—Lo habría matado —contestó Dean—. No tengo necesidad de cargar con algo así sobre mi conciencia.

Cam permaneció en silencio, pero Eve se había picado. Apoyó ambos codos en la mesa y se inclinó hacia él.

—Nunca se sabe. Eres grande, pero Roger tampoco es pequeño. ¿Sabías que jugó al fútbol americano en la universidad?

Dean se encogió de hombros. Le importaba un comino lo que hubiera hecho ese tío.

—Era un running back muy bueno. Probablemente podría haberse hecho profesional de no ser porque un golpe en la cabeza le causó problemas de vista.

—Me alegro por él —replicó Dean, imitando la postura de ella, de forma que el espacio entre ambos se redujo hasta que sus alientos se rozaron y pudo ver las espesas pestañas que enmarcaban sus ojos—. Aun así, no habría tenido ninguna posibilidad conmigo. No tiene el porte de un luchador, ni los reflejos de un luchador, ni la inteligencia de un luchador.

—A juzgar por tus palabras, es un hombre con muchos defectos, ¿no? —Bromeó Cam—. ¿Debería sentirme insultada en nombre de Roger?

Joder. Al darse cuenta, Dean retrocedió.

—No pretendía insultar, sólo estaba mencionando los hechos. Pero deberías decirle a Roger que se mantenga alejado de otras mujeres.

Eve cerró los ojos presa del pánico.

Cam enarcó las cejas en un gesto interrogativo.

Y entonces, una voz femenina distinta rompió el silencio.

—Alguien podía haberme dicho que teníamos visita.

Dean se volvió. De pie en la sala había una chica alta, con el pelo teñido rubio, revuelto y disparado en todas direcciones, como si se hubiera puesto gomina y luego se hubiera pasado la noche dando vueltas en la cama. Mediría como mínimo un metro setenta y siete. Una chica espigada, de huesos largos... su hermanita pequeña.

Ante su mirada, Dean sintió que su corazón empezaba a latir con un ritmo desatado. A juzgar por su apariencia, su postura y su actitud, estaba clarísimo que era un problema andante.

Y por alguna insensata razón, eso le gustó.

De manera que su hermanita pequeña se había convertido en una chica problemática, justo lo contrario que Cam, por lo que había visto. Sólo se llevaban dos años, aunque Cam parecía mucho más madura que Jacki.

El sol se colaba por la ventana de la cocina como una miríada de círculos dorados de diversa intensidad. Jacki se volvió hacia él y Dean pudo ver el atrevido tatuaje que la chica llevaba en la cadera, visible bajo la camisa recortada y los pantalones de cintura extremadamente baja que, a pesar de sus largas piernas, le llegaban hasta el suelo.

—Jacki, te has levantado pronto —balbuceó Cam, levantándose de un brinco y dirigiéndose hacia ella. Con una enorme sonrisa, añadió—: Tesoro, éste es nuestro hermano, Dean.

CAPÍTULO 3

Sueño, aquello empezaba a ponerse interesante, pensó Eve. Dean escrutaba a Jacki como si estuviera acostumbrado a tratar con jovencitas rebeldes de veintiún años. Y Cam, la pobre, parecía atrapada entre el placer de anunciar la presencia de Dean y el pavor a lo que su hermana pudiera decir.

Jacki parpadeó con sus pestañas que lucían una excesiva cantidad de rímel y dijo:

—No jodas.

—Vigila esa lengua —la riñó Cam con el cejo fruncido.

—¿Qué he dicho?

Dean se echó a reír.

—Nada que no haya oído antes.

—Amén —concluyó Eve. Personalmente, entendía mejor la actitud de Jacki que la de Cam. Las dos hermanas no lo habían pasado muy bien en los últimos tiempos.

En vista de que, obviamente, Jacki acababa de levantarse, Dean miró la hora.

—¿Una noche larga?

La chica frunció los labios, lo miró de arriba abajo y se volvió hacia la cafetera, como si reencontrarte con tu hermano, al que no veías desde hacía años, fuera de lo más habitual.

—Una fiesta que te cagas. La cabeza me va a estallar. ¿No hay café hecho, Cam?

—Siéntate antes de que te caigas mientras yo te lo preparo.

Eve observaba a Dean mientras éste contemplaba el comportamiento de sus hermanas. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que Cam se ocupaba de Jacki como si fuera su madre y que ésta la dejaba hacer.

—Vale. —Arrastrándose hacia la mesa, Jacki se sentó pesadamente en una silla y, tras mostrar a todos sus amígdalas con un bostezo bastante poco elegante, le sonrió a Dean—. A la tía Loma le va a dar un ataque.

—Jacki —la advirtió Cam, sin dejar de preparar el café—. Yo se lo diré a la tía Loma. No te preocupes por eso ahora.

—Ya. ¿Y qué vas a decirle? —Jacki se escurrió en el asiento repantigándose—. Se preguntará por qué ha vuelto el hijo pródigo. —Miró a Cam—. Supongo que tú lo invitaste.

—Así es.

—Claro. —Se volvió entonces de nuevo hacia Dean—. Y tú aceptaste la invitación, obviamente. Pero ¿por qué? ¿Al final resulta que tenemos dinero y nadie me lo ha dicho?

Cam se quedó de una pieza.

Incluso Eve se sintió consternada ante la abierta indirecta. Jacki siempre se comportaba de forma escandalosa, lo hacía adrede, pero aquel sarcasmo era demasiado incluso para ella.

—¿Pródigo? Yo no diría tanto —dijo Dean sin inmutarse.

—Ja. —Jacki enarcó las cejas—. ¿Y el dinero?

—¿Quieres que comparemos nuestras cuentas bancadas? —preguntó, echando un rápido vistazo a los viejos electrodomésticos de la cocina, el descolorido papel de las paredes y las superficies de los muebles, llenas de marcas—. Estoy seguro de que yo saldría ganando.

—¿De veras? De manera que tengo un hermano triunfador. Mejor que mejor. Pero eso no explica qué estás haciendo aquí. La tía Loma siempre decía que nunca volveríamos a verte.

Dean sintió como si algo le atenazara el corazón.

—¿Y alguna vez os dijo por qué?

—Sí —contestó ella con voz aguda e impostada—. Los hombres son todos unos cabrones que sólo se preocupan de sí mismos.

—Ya vale, Jacki —la cortó Cam, apresurándose a terminar con el café—. Guarda las uñas ahora mismo.

—Parecía ella, ¿verdad? —replicó Jacki con una amplia sonrisa.

Eve iba a decir que sí, pero Cam se le adelantó.

—No, no parecías ella, parecías una niña malcriada. Y ahora, déjalo.

—Sí, mamá.

Dean se echó a reír.

Eve se sintió aliviada al ver que no se había ofendido, pero a Jacki su buen humor pareció confundirla.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —quiso saber, apoyando ambos codos sobre la mesa—. Si es que se puede saber.

—Es sólo que llevas demasiada carga encima.

Eve se percató de la relajada sonrisa de Dean y de la dulzura que había en sus ojos. Realmente, era un hombre devastador en más de un sentido.

—Y si no tienes cuidado —continuó con suavidad—, esos flacuchos hombros tuyos se partirán bajo el peso de tu desmesurado resentimiento.

Oh-oh. De todos los insultos que Dean había soltado, probablemente llamarla flacucha fuera lo que más daño le haría. Eve aguardó el estallido de cólera de Jacki. Este no tardaría en llegar.

La chica se levantó de golpe de la silla.

—He cambiado de idea. Ya no quiero café. —Hizo un gesto de despedida a Dean y una inclinación de cabeza a Cam—. Voy a ducharme y a vestirme.

Cam se puso rígida.

—Quería que nos conociéramos un poco —le dijo a Jacki intentando detenerla.

—Ya he hecho planes con mis amigos. —Y con eso, la chica salió de la habitación.

Cam se apresuró a disculparse con Dean.

—Lo siento mucho, Dean. Por las mañanas no está de muy buen humor.

—Es por la resaca. Eso puede poner de mal talante a cualquiera.

—Jacki no bebe.

Era obvio que la chica se había pillado una buena la noche anterior, pero Dean no quiso llevarle la contraria.

Eve agradeció su contención.

—Si me perdonáis, iré a... —Las palabras de Cam murieron en sus labios, y a continuación salió en pos de su hermana.

—Es hora de irme —comentó Eve, observando marcharse a Cam—. Te has metido de lleno en el meollo de la cuestión. Mercado inmobiliario, alcohol y formas femeninas... los tres temas tabú de la familia Conor.

Casi lo sentía por Dean. La situación tenía que ser incómoda para él. Pero cuando levantó la vista, no lo vio en absoluto preocupado por cómo habían ido las cosas.

No, lo que vio fue el ardor de todo el fuego del infierno. Y una clara intención.

—Yo...

Dean se levantó de la silla y rodeó la mesa en dirección a ella.

Eve sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—¿Qué vas a hacer?

Él plantó una mano en la superficie de la mesa mientras apoyaba la otra en el respaldo de la silla de Eve, encerrándola.

—Voy a besarte.

La forma en que lo dijo, con un tono grave y profundo, la hizo estremecer.

—No es una buena idea.

Él miró la boca de ella.

—Es una idea genial, y lo sabes. —Se inclinó aún más—. Tú misma lo dijiste. La química surgió entre nosotros anoche —murmuró.

—Anoche no sabía que eras...

Dean posó su boca sobre la de ella, cálida, firme y deliciosa. Eve se dejó caer como un peso muerto. Al notar la lengua de él dentro de su boca, la acogió con la suya. Un gemido gutural vibró muy dentro de su cuerpo, y Dean se apartó tan sólo unos milímetros para mirarla con aquellos ojos dorados suyos.

Ay, Dios. Si por lo menos se hubiera dejado puestas las gafas de sol, apartarse resultaría más fácil. Eve suspiró.

—Ni se te ocurra empezar algo que no puedas terminar —susurró con voz entrecortada.

La avidez sexual brilló en los ojos de Dean.

—Créeme, cariño, lo puedo terminar.

Que el Cielo la ayudara.

—Vale. —Eve tragó saliva y lo apartó de sí antes de que pudiera besarla de nuevo—. Estoy segura de que puedes. Pero verás... debo irme dentro de veinte minutos. Tengo una cita con un posible cliente.

—Cena conmigo esta noche.

Ella negó con la cabeza.

—Imposible. Acabas de reencontrarte con tus hermanas. Estoy segura de que desearán...

—Yo te deseo a ti. Y cuanto antes mejor.

Saltaba a la vista que aquel hombre solía dejar claro lo que quería.

—¿Y si Cam ya ha hecho planes? Soy su mejor amiga. No puedo chafárselos.

—Pasaré todo el día con ella hasta la hora de la cena.

—También Cam tiene que trabajar. —Viendo que el hombre no se rendiría, y consciente de que en realidad tampoco quería que lo hiciera, Eve trató de pensar en algo con rapidez—. Esta noche voy a cenar con mi familia. Pero después... —Se le quebró la voz al notar las manos de él alrededor de su cuello, y sus juguetonas caricias en la nuca.

—Dime la hora y la dirección —contestó él con apenas un susurro, mientras sus labios rozaban los de ella con suma delicadeza—. Allí estaré.

En vista de cómo se sentía en ese momento, temblorosa y totalmente excitada, no creía poder sobrevivir hasta entonces. De no ser porque quería mucho a sus padres, cancelarían la cena.

—¿Las ocho?

Tras un gesto de asentimiento, Dean apresó nuevamente su boca y, sin saber cómo, Eve se encontró apretándose contra su duro cuerpo. Él la sujetaba con una mano por la nuca, mientras la otra descendía por su espalda y se ahuecaba contra su trasero. Se lo acarició y estrujó antes de hablar con voz ronca por el deseo.

—Dios mío, qué culo tienes.

Con ambos brazos, la estrechó aún más contra la parte inferior de su cuerpo. Eve contuvo la respiración. Aquel hombre era puro músculo, calor chisporroteante y fuerza contenida. En aquella postura, podía sentir cada centímetro de su cuerpo, y se hizo una idea mental de cómo sería.

Habría gemido, pero Dean no le dio la oportunidad. De pronto, sin saber cómo, estaba de nuevo sentada en la silla, confusa y desconcertada, mientras él estaba en la suya, con una expresión de aburrimiento en la cara.

¿Qué demonios...?

Cam entró en la cocina y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero entonces miró a Eve y permaneció en silencio. Deteniéndose en mitad de la estancia, miró a ambos con suspicacia.

Eve sabía que tenía que decir algo, pero lo único que pudo hacer fue esbozar una sonrisa que a buen seguro debía de parecer culpable y falsa. ¿Cómo había oído Dean que Cam se acercaba? Ella sólo podía prestarle atención a él, a su sabor, a su cuerpo musculoso y cálido, y a su excitante aroma.

—¿Todo va bien? —preguntó Cam.

Dean respondió por Eve, evitándole tener que intentar recuperar la voz que había perdido.

—Supongo que Jacki no estaba al corriente de la carta que me enviaste.

Cam se sonrojó.

—Así es. Lo siento. La única que lo sabía era Eve.

Agradecida por el cambio de tema, ésta metió baza.

—Pero no se me ocurrió atar cabos cuando anoche apareciste en el bar. Cam te escribió esa carta hace mucho tiempo.

—¿Y tampoco le dijiste nada a Lorna?

Cam negó con la cabeza.

—Porque ella no quería que te pusieras en contacto conmigo —añadió.

Su hermana miró a Eve, que le sonrió con la esperanza de tranquilizarla.

—Lorna nunca hablaba de ti, Dean. Cam era tan joven cuando te fuiste...

—Cuando me alejaron de aquí.

Cam parecía haberse quedado de piedra, incapaz de responder. Eve, sin embargo, no tenía ese problema.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me fui por decisión propia. Por Dios, si no era más que un niño. No me dieron opción. Grover me sacó de aquí porque Lorna se negó a hacerse cargo de los tres.

Cam negó con la cabeza.

—No, eso no puede ser cierto.

—¿Cómo lo sabes si Lorna nunca hablaba de mí?

A ciegas, su hermana tanteó en busca de una silla.

—Pero... verás, yo apenas te recuerdo.

—Querrás decir que en seguida te olvidaste de mí.

Dean lo dijo sin emoción alguna, pero Eve no pudo evitar sentir un aguijonazo de dolor. ¿Qué otras ideas equivocadas tendría? Probablemente no fueran peores que las de Cam.

Negando con la cabeza, ésta tendió las manos hacia las de su hermano y se las apretó con fuerza.

—Lo siento, Dean, pero sólo tenía dos años. Era casi un bebé. Habían ocurrido muchas cosas; la muerte de nuestros padres, el funeral, los amigos y los vecinos que se acercaron hasta aquí. Todo era extraño y muy distinto. Tú no estabas..., lo mismo que papá y mamá, y Lorna no hablaba de ti.

Eve vio cómo Dean tensaba la mandíbula y se fijó en la inequívoca forma en que retiró las manos de las de Cam, como si no pudiera soportar que lo tocara mientras discutían de aquel tema en particular.

Ambos hermanos estaban sufriendo, y Eve deseó poder hacer algo para ayudarlos.

Cam inspiró profundamente para relajarse.

—Cuando tenía dieciséis años, descubrí algunos álbumes de fotos en el desván. —Una fugaz sonrisa le iluminó el rostro—. En algunas salías tú con Jacki y conmigo en brazos, jugando con nosotras, mojándome con la manguera del jardín, besando a Jacki en la cabeza...

—Éramos hermanos. Era un comportamiento normal. —Dean parecía más distante que nunca—. ¿Adonde quieres llegar?

—Sentía curiosidad por ti y le pregunté a Lorna quién eras. Se enfadó cuando le dije que había encontrado las fotos, y entonces me di cuenta de que nunca hasta entonces había visto imágenes de nosotros tres de antes de que nuestros padres murieran. Las había de después, casi todas con amigos y vecinos, pero ninguna de cuando Jacki y yo éramos bebés. Y... ninguna de ti.

—Supongo que cuando se deshizo de mí, también se deshizo de todo lo que tuviera que ver conmigo. —Entornó los ojos—. ¿Qué me dices de nuestros padres? ¿Has visto fotos de ellos?

Cam negó con la cabeza.

—No muchas. Al menos no antes de que encontrara las del desván.

Dean sonrió con suficiencia.

—De haber sabido que existía, Lorna también habría tirado ese álbum.

Cam miró a su alrededor sin ver, confusa. Cuando volvió de nuevo la vista a Dean, su necesidad de comprender algunas cosas era más que evidente.

—¿Me estás diciendo que Lorna pretendía que no supiéramos nada de ti? ¿Que ambas creciéramos ignorando el hecho de que teníamos un hermano mayor? Pero... —Cam frunció el cejo con fuerza—. No comprendo por qué habría de hacer algo así.

—No quería que quedara rastro, supongo.

Eve pensó entonces que Cam debía de haber crecido con la sensación de que faltaba algo en su vida y sin saber qué. Con toda seguridad, Lorna jamás se lo habría contado.

Al ver el dolor que se dibujó en el rostro de su amiga, Eve supo que ésta acababa de darse cuenta de lo mismo que ella.

—Yo tengo fotos, por si tienes curiosidad por nuestros padres —ofreció Dean, como intentando suavizar el golpe.

—Tengo curiosidad por ti —contestó ella, mirándolo fijamente—. Deseo comprender todo esto. Deseo conocerte.

—Si quieres —respondió él, con la mandíbula tensa, ignorando la súplica de Cam—, puedo enviártelas. O puedo hacerte unas copias.

La confusión embargó a Cam de nuevo.

—¿Y cómo es que tú tienes fotos y yo no tengo ninguna?

—Cuando Grover me sacó de aquí, se llevó dos álbumes y algunas de las fotos enmarcadas que había por la casa. —Dean se tironeó del lóbulo de la oreja—. No las robó ni nada de eso, simplemente, Lorna no las quería.

—¿Se lo dijo ella?

Dean se encogió de hombros.

—Grover me dijo que sería un doloroso recordatorio para ti y para Jacki de lo que habíais perdido.

Con una inclinación de cabeza un tanto ausente, Cam aceptó la explicación.

—Supongo que tal vez fuera ése el motivo.

—Puede.

Irguiéndose con renovada determinación, Cam volvió a tomar las manos de Dean entre las suyas.

—Lorna no me mintió, Dean. Cuando le pregunté por ti tras ver las fotos, me dijo que eras mi hermano. Pero me contó que tú quisiste irte con Grover, que querías vivir aventuras...

—Pues sí te mintió, ¿no crees?

Al oír eso, Cam pareció tan perdida, tan herida, que Eve la rodeó con los brazos. Dean observó el gesto y apartó la vista de las dos.

—¿De verdad creías que un niño de nueve años que acababa de perder a sus padres querría abandonar todo lo que le resultaba familiar? —preguntó él—. ¿Mis amigos, mis pertenencias? ¿Crees en serio que quería abandonar la vida que tenía aquí? —Se volvió hacia Cam—. Lorna te mintió.

La voz de Dean no se alteraba por nada; no subía de tono ni se volvía más grave. Lograba enmascarar su expresión con sumo cuidado y habilidad, sin embargo, Eve leyó la verdad y el dolor que se ocultaba tras esa indiferencia; no así Cam.

—¿Y por qué habría de hacer Lorna algo así? —preguntó Eve—. No tenía ningún sentido.

—Como he dicho, yo sólo era un niño. —Dean hizo una inclinación hacia Cam—. Pero Grover me hablaba mucho de ti y de Jacki, casi tanto como de Lorna. De manera que tengo mi propia opinión.

Eve decidió que era buen momento para irse. Después de dar un nuevo apretón tranquilizador a Cam en el hombro, se levantó.

—Vosotros dos tenéis mucho de qué hablar, y yo tengo que ir a casa a prepararme para una reunión. Ya voy retrasada.

Dean se puso en pie antes que ella.

—Te acompañaré a la salida.

¿Dejando a Cam allí sentada, sintiéndose dolida e insegura de sí misma y de su propia vida? Eve movió la cabeza negativamente.

—No hace falta.

—Aún no me has dado tu dirección.

Eso distrajo a Cam, que empezó a mirarlos con sumo interés; Eve casi se sonrojó.

—Ahora lo hago —contestó, y, como si estuviese en su propia casa, fue a un cajón, sacó papel y boli y apuntó algo—. Aquí la tienes. He anotado también mi móvil debajo por si lo necesitaras para algo. —Tal vez para cancelar la cita con ella si se arreglaban las cosas con sus hermanas.

Cam los miraba alternativamente.

—¿Vais a salir juntos? —preguntó.

—Sí —respondió Dean.

—No —corrigió Eve. Se acercó a la puerta y se puso las chanclas—. Quiero decir que, tal vez pero no será hasta tarde, y siempre y cuando no interfiera en vuestros planes. Sé que Dean y tú tenéis mucho de qué hablar. —Eve dirigió a Dean una elocuente mirada—. No quiero entrometerme de ninguna manera.

Él clavó de nuevo la mirada en Eve.

—He quedado esta noche con ella, ¿no es así, Eve?

—No si Cam tiene otros planes —repitió ella con firmeza.

—Hum... —Cam se mordió el labio inferior—. Esperaba que quisieras quedarte a cenar con nosotras, Dean. Y tú también estás invitada, Eve, si quieres venir...

—Ya había hecho planes para cenar —se apresuró a decir su amiga.

Finalmente, Dean se volvió hacia Cam.

—Yo también tengo que irme. Quiero ocuparme de algunos asuntos, pero me gustaría ver un poco la ciudad. ¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche? Jacki también, claro. ¿Se te ocurre algún sitio agradable?

El alivio aflojó los hombros de Cam.

—Eso sería genial, si no te importa cenar pronto. Tengo que volver al trabajo a las siete.

Dean consultó la hora.

—Podría pasar a recogeros a las cuatro y media.

—Perfecto.

—¿Estará de acuerdo Jacki?

Cam entornó los ojos.

—Aquí estará.

—Bien. Yo me voy entonces. —Eve abrió las puertas que daban al patio.

Dean la sujetó por el codo. Ella observó que, al contrario que Roger, no la cogía con fuerza. Y, sin embargo, era más consciente del contacto con Dean de lo que jamás lo hubiera sido con Roger.

—Te acompañaré —dijo él.

—No —se negó ella, señalando con un gesto de la cabeza hacia Cam, Con la esperanza de que él captara el mensaje—. No es necesario.

—Sí lo es.

Eve trató de soltarse, pero aunque Dean no la sujetaba de manera agresiva, tampoco parecía tener intenciones de soltarla.

—Ya me iba de todos modos. —Dean cogió las gafas de sol y le hizo a Cam una inclinación de cabeza—. Gracias por el té. Te veo dentro de unas horas.

Su hermana vaciló, insegura, y, finalmente, se lanzó sobre Dean. Éste soltó a Eve, azorado con las cariñosas atenciones de Cam.

—Me alegro tanto de que estés aquí —le dijo la muchacha—. Vamos a solucionar todo esto, ya lo verás.

Eve se percató de que Dean no participaba del abrazo, sino que se limitaba a soportarlo, mostrándose frío y distante, aunque Cam no pareció darse cuenta. Finalmente, ésta retrocedió un paso, sonriente, feliz y muy esperanzada.

—Hasta esta tarde.

Dean hizo un gesto de asentimiento.

—No quiero que Eve llegue tarde. Hasta luego —añadió, agradecido por tener un buen motivo para escapar.

Eve dejó que Dean la acompañase hasta el coche antes de protestar.

—No me puedo creer que te vayas dejándola de esa forma —dijo con tono disgustado.

—¿A quién?

Eve se detuvo de golpe y lo miró con el cejo fruncido de pura incredulidad.

—¡A tu hermana!

Dean aún se sentía descolocado después de la calurosa bienvenida que le había dispensado Cam, por no mencionar el efecto de sus asombrosas revelaciones: Ella no sabía de su existencia.

Antes de verla y que hablasen, su idea era desairarla a cada gesto, hacerle saber que no la había necesitado antes y desde luego no la necesitaba entonces. Pero ahora todo era distinto: la situación, sus hermanas y sus propios sentimientos hacia ellas.

—Volveré a verlas esta noche. —Y como no se sentía aún demasiado preparado para pensar en ello, no estaba dispuesto a permitir que Eve lo regañara—. No te preocupes.

Ella se apartó de él.

—¿Que no me preocupe? Cam es mi mejor amiga, casi una hermana. Estaba claro que no deseaba que te fueras. Te pidió que vinieras por una razón. Podrías haber hablado de ello. Podrías haberle explicado esa teoría tuya en vez de dejarla...

Dean se inclinó y la besó. Aun cuando lo estaba censurando por su comportamiento, Eve tenía la boca más suave y sexy que había probado.

Ella retrocedió unos pasos, lo miró con los ojos cargados de deseo y le susurró sin demasiada convicción.

—Para.

—No.

Eve no discutió. En vez de eso, cerró los ojos invitándolo abiertamente, y Dean posó su boca sobre la de ella.

A pesar de la actitud claramente antagónica que le había demostrado hacía un momento, sus labios se entreabrieron al contacto con los de él.

Había estado con mujeres fáciles en su vida. Mujeres que se habían acercado a él por motivos interesados. Mujeres calculadoras. Pero jamás se le había derretido una mujer en los brazos como Eve estaba haciendo en ese momento.

Mientras la apoyaba contra la puerta del coche, Dean giró la cabeza un poco para tener mejor ángulo y hundió la lengua en su boca.

Demonios, qué bien sabía. Y qué a gusto se sentía con su cuerpo contra el suyo, el contrapeso ideal al torbellino emocional que Cam le había causado con sus atenciones. Al tocar a Eve, casi podía borrar el recuerdo de sus hermanas y todo lo relacionado con su reencuentro.

Anticipando la velada que disfrutarían juntos, Dean desplegó los dedos sobre su estrecha espalda. Pensó en el momento en que la tuviera a solas, desnuda debajo de él...

Eve giró la cabeza para tomar aire, momento que Dean aprovechó para advertirle con no demasiada delicadeza que no se inmiscuyese.

—Manten la nariz fuera de mis asuntos con mis hermanas, ¿de acuerdo?

Eve se quedó boquiabierta. Atónita ante la amonestación, frunció el cejo y se dispuso a mandarlo al infierno... pero antes de que pudiera decir nada, Dean la besó de nuevo. Gimiendo, se apoyó contra él... durante unos segundos.

Y entonces explotó. O trató de hacerlo, pero él la estrechaba contra su cuerpo con tanta fuerza que lo único que logró con su estallido de dignidad fue liberar su boca.

—Oh, vamos, Eve, no te enfades —susurró Dean.

Ella apoyó la mano en el torso de él y lo hizo retroceder.

—Retíralo ahora mismo.

Otra característica única de aquella mujer. No recordaba que ninguna otra le hubiera echado una bronca. Disfrutaba mucho con ella, pero alzó las manos en gesto de rendición.

Una vez libre, se dedicó un momento a tomar aliento profundamente varias veces, intentando calmarse, antes de mirarlo a los ojos. En la mirada de Eve había hostilidad. En la de Dean, sólo curiosidad.

Ella inspiró hondo antes de preguntar.

—¿De verdad me has dicho que no me entrometa?

—Sí —confirmó él. Dios mío, qué bonita era—. ¿Crees que será un problema para ti?

—¿Problema? —casi gritó—. Pues claro que es un problema. No puedes entrar en la vida de mi mejor amiga y luego irte como si tal cosa.

—He dicho que volvería esta tarde.

—Y me has utilizado como excusa para escapar. ¿Cómo crees que se habrá sentido Cam?

Dean se encogió de hombros.

—En cualquier caso, no pensaba quedarme ahí todo el día.

Como si él no hubiese dicho nada en absoluto, Eve continuó con su diatriba.

—¿Y de verdad esperas que me quede tan tranquila y no te dé mi opinión? —Su voz adquirió un tono agudo—. ¿Qué demonios te pasa?

—Confío en que sea una pregunta retórica, que no esperes de verdad que te desnude mi alma.

A Eve se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Qué?

Dean dejó escapar una carcajada.

—Soy un hombre lleno de fallos, Eve. Acéptalo. Yo lo he hecho. He venido aquí repleto de dudas y recelo. No tengo ni idea de hasta qué punto quiero conocer a mis hermanas o cuánto quiero que ellas sepan de mí. Involucrarte en el asunto sería un error por tu parte. Te lo digo amistosamente: mantente al margen.

—Santo Dios. —Eve se dejó caer contra el coche con evidente consternación—. No puedo creer que hayas podido decirme algo así sin ni siquiera inmutarte.

—Es la verdad.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ya lo creo que estás lleno de fallos.

No muy seguro de si le gustaba oír esa conformidad por parte de ella, enarcó una ceja.

—¿Y?

—Pero también te he visto con tus hermanas.

No quería que Eve se metiera por ahí.

—Maldita sea. No irás a psicoanalizarme, ¿verdad?

Su sarcasmo no la hizo vacilar.

—Deseas formar parte de ellas, Dean. Eres parte de ellas, tanto si quieres admitirlo como si no. Lo he visto en tus ojos.

Lo que admitía para sí y lo que admitiría delante de ella eran dos cosas bien distintas.

—Apenas he hablado con Jacki antes de que saliera como alma que lleva el diablo, de manera que lo que sea que hayas creído ver...

—Sabes ocultarlo mejor que Cam —lo cortó ella sin ceder un ápice en su determinación—. Claro que Cam no trata de ocultarlo. Ella muestra sus sentimientos a todo el mundo, siempre lo ha hecho. Desde que se enteró de tu existencia, no ha dejado de preocuparse de ti. Aunque hubieras resultado ser un ogro, Cam seguiría queriéndote.

—Oh, por Dios —protestó él, aunque le daba miedo pensar que Eve tuviera razón.

—Puede que no le gustaras, pero eres su hermano, y eso significa mucho para ella. —Eve posó la mano en su brazo—. Afortunadamente, eres un buen tipo, no un ogro. Y creo que ser su hermano también significa algo para ti.

Consciente de que no podía detenerla, al menos no de momento, Dean elevó la mirada al cielo con resignación.

—También sé que no quieres herir sus sentimientos. Y que harás lo que puedas para compensarla. —Eve se acercó más a él—. ¿Verdad?

Dean no pensaba dejar que ella lo manipulara, aunque lo que dijera tuviera sentido. Apoyando un antebrazo en el techo del coche por detrás de la cabeza de Eve, desvió su atención del tema hacia otro bien distinto.

—¿Por qué te has quedado antes pálida cuando he mencionado que Roger te había manoseado?

Ella desvió la mirada.

—No me manoseó.

—Casi te magulló el brazo.

—No era nada personal contra mí.

—Era personal, y lo sabes.

A juzgar por la forma en que resoplaba, a Eve no le gustaba que la corrigieran.

—Roger maltrata a todo el mundo. Es su forma de ser. Tiene que ver con que fuera jugador de fútbol. —Le dirigió una calculada mirada—. La mayoría de los atletas que he conocido son un poco torpes en ese sentido.

Dean no picó el anzuelo.

—Una cosa es la torpeza y otra el abuso, y ninguna de las dos cosas tiene que ver con los deportes. Muchos de los tipos que conozco de la SBC son hombres de familia. Se preocupan por las mujeres, las tratan con amor y respeto.

—¿También a las groupies?

El sonrió al captar el tono sarcástico de su voz.

—No importa de qué mujer se trate. Sólo un idiota inseguro de sí mismo utiliza su tamaño y su fuerza contra alguien más pequeño o débil. —Apoyó el otro antebrazo en el techo del coche de forma que la dejó encerrada entre el vehículo y su cuerpo—. Y, para que lo sepas, la groupie que me siguió hasta mi casa no consiguió lo que había ido a buscar.

La expresión de fingida sorpresa de Eve le dio un aspecto adorable.

—No me digas que tus escrúpulos se interpusieron.

Haber estado expuesta al sol intensificaba su aroma. La brisa lo arrastró hacia la nariz de Dean excitándolo.

—No estoy muy seguro de tener escrúpulos en lo que a sexo se refiere.

—Por lo menos eres sincero.

—Contigo siempre lo seré. —Eve tenía unos ojos azules realmente hermosos. Igual que su boca. Y su cuerpo—. La verdad es que estaba demasiado magullado como para hacer nada. Entonces, a la mañana siguiente, recibí la carta de Cam y... —Se encogió de hombros—. La mandé a casa con la promesa de enviarle entradas gratis para el próximo combate.

Dean aguardó a ver qué opinaba ella de su comportamiento, pero su reacción hizo que casi se cayera de espaldas.

Moviendo la cabeza negativamente, Eve colocó las yemas de los dedos en el torso de él y, con un gesto burlón de lástima, sonrió.

—¿Y se conformó? Menuda idiota. Si quieres saber mi opinión, obtuvo lo que se merecía.

Dean tomó aire.

—Te gusta jugar.

—Normalmente no —lo contradijo ella, deslizando una mano en dirección a su cuello—. Tengo que irme, de verdad. Me vas a hacer llegar tarde.

—¿Sigue en pie lo de esta noche?

Ella fijó la mirada en la boca de él y asintió.

—Sí. Y espero que merezca la pena, después de todas estas molestias.

—Maldita mujer. —Dean apoyó la frente contra la de ella y se rió—. Adoro los desafíos.

Y tras un último beso abrasador la dejó ir.

CAPÍTULO 4

Dean supo que algo iba mal en cuanto Cam abrió la puerta de la casa. Su contrita sonrisa se lo decía, lo mismo que la manera en que se retorció las manos con nerviosismo. La energía negativa que flotaba en el aire hizo que mirara al fondo, detrás de ella, donde vio que no sólo estaba Jacki, sino también una mujer de expresión irritada y arisca, de unos sesenta años.

Con el rostro tenso por la desaprobación y, si el instinto de Dean no se equivocaba, una mal disimulada aprensión, la mujer lo miraba fijamente.

—¿Lorna? —le preguntó a Cam, devolviendo su atención a su hermana.

La rígida expresión de ésta decía, sin necesidad de palabras, que iba a haber una escena.

—Sí.

Prescindiendo de golpe de todos los propósitos que Dean se había hecho sobre la necesidad de mantener una distancia emocional, no quería que Cam se preocupara.

—¿Viene con nosotros?

—Cuando se enteró de que estabas aquí, es decir, cuando le dije que Jacki y yo íbamos a cenar contigo...

Dean posó la mano en un hombro de Cam e hizo que se retirara del umbral de la puerta.

—No te preocupes. Está bien. —Entró en la casa detrás de su hermana, quien se apresuró a hacer las presentaciones.

—Tía Lorna, éste es Dean. Dean, nuestra tía Lorna.

A nadie se le habría escapado el énfasis que Cam puso al decir «nuestra». Aunque Dean esperaba poder pasar una plácida velada, no tenía intención de aceptar a Lorna como pariente. Y si Cam esperaba tal cosa ya podía ir olvidándose de ello.

Dean no podía soportar la idea de tocar a Lorna, no después de que Cam le dijera cómo aquella mujer lo había borrado del recuerdo de sus hermanas. Para evitar que Lorna le diese la mano, si es que tenía esa intención, mantuvo la distancia y se limitó a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Lorna. —No se molestó en sonreír—. De modo que vas a venir a cenar con nosotros.

La mujer elevó el mentón, sorprendentemente firme.

—Me siento responsable de las chicas, y no sabemos nada de ti. Claro que voy a ir a cenar.

—Yo ya sé un poco sobre él —la corrigió Cam—. Después de que hablásemos esta tarde, he buscado información sobre él en Internet. Es famoso.

Dean reprimió un gemido.

—Soy conocido para un público específico, pero eso no quiere decir que sea famoso.

—No seas modesto, Dean. Te pagan por promocionar docenas de productos. Tienes un enorme club de fans. La SBC ha hecho camisetas con tu foto.

Ahí lo había pillado. La SBC contaba con toda una línea de productos con su rostro o nombre impreso.

—Vale, está bien, no sigas.

Cam sonrió ante la reticente conformidad de su hermano.

—Ya lo ves, tía Lorna, probablemente estemos más seguras con él que sin él. Es muy conocido y muy capaz. —Los buenos modales la hicieron añadir—: Pero claro, nos encantará que nos acompañes. Estoy segura de que tú también quieres conocer a Dean.

En vez de dedicarse a mirar cómo Lorna se atragantaba con las amables palabras de Cam, Dean dirigió su atención a su hermana pequeña.

—Veo que por fin has decidido venir, Jacki.

Esta se encogió de hombros con indiferencia.

—Cam me ha retorcido el brazo.

—¡No he hecho tal cosa!

Al ver la facilidad con que Jacki hacía rabiarse a Cam, y lo mucho que disfrutaba haciéndolo, Dean soltó una carcajada.

—Relájate, Cam. —Jacki se echó el pelo hacia atrás, peinado para la ocasión en forma de pequeñas trencitas tiesas aquí y allí—. No se lo ha tomado en serio.

Con los ojos perfilados con lápiz oscuro y el extravagante atuendo que llevaba, Jacki parecía una rebelde completa. Dean pensó que menudo elemento habría sido de adolescente. Apostaría su próximo combate a que tenía razón.

Llevaba un top de brillos metálicos anudado al cuello y unos vaqueros extremadamente bajos, rasgados a propósito en las rodillas, a lo largo de un muslo y sobre el hueso de la cadera, donde se veía su tatuaje; Dean no comprendía el porqué de aquel diseño.

—Menos mal que no había que vestirse de manera formal — comentó él, que llevaba unos vaqueros agujereados y una camiseta Grateful Dead por fuera. Casi había esperado que se molestaran un poco con él por ir vestido de aquella manera, pero Cam, que llevaba pantalones de vestir de color blanco y camisa turquesa, estaba demasiado complacida como para demostrar nada más que alegría.

Lorna, por el contrario, no dejaba de exhibir disgusto con su abrasadora mirada.

—Esto es lo más de punta en blanco que yo puedo ir —dijo Jacki—. La tía Lorna, por su parte, no se pondría unos vaqueros ni muerta, y menos aún tan cómodos como los nuestros.

Lorna Ross, con su impecable cabello castaño claro, las uñas postizas, la ropa de diseño, los tacones y su actitud distante, era tal como Dean había esperado. El tío Grover no había exagerado un ápice.

—A algunas personas nos preocupa nuestra imagen —dijo Lorna con voz gélida.

Parecía una mujer tan fría que Dean casi sintió lástima por sus hermanas. Grover no le había dado una vida fácil, pero al menos él sí sabía reír y relajarse entre bromas y unas cervezas.

Dean se metió las manos en los bolsillos y miró a Jacki ladeando la cabeza.

—Nunca me ha importado demasiado la imagen, pero yo diría que la tuya es joven, divertida e informal.

—Chócala, hermano —contestó Jacki levantando la mano extendida antes de volverse hacia Cam con satisfacción—. Ya te he dicho que no le importaría lo que me pusiera.

Dean se quedó inmóvil. Aquel sencillo contacto, aquel breve momento de unidad, lo dejó perplejo.

Hasta que vio cómo lo escrutaba Lorna. En ese momento, apartó de sí la sensación que le había producido la novedad de aliarse con un hermano e hizo un gesto hacia la puerta.

—¿Nos vamos?

Cam se cogió de su brazo.

—Espero que te guste la comida italiana.

—Me parece bien cualquier cosa. —Salieron de la casa y enfilaron el camino de entrada. El sol todavía estaba alto, y el día era cálido y húmedo—. No soy muy quisquilloso, siempre y cuando no tenga que ponerme traje. Me cuesta vestirme de punta en blanco, lo mismo que le pasa a Jacki.

Abrió la puerta trasera para Lorna, que entró sin decir palabra. Jacki la siguió, dejando que Cam se pusiera delante, junto a él. Cuando las tres se hubieron sentado, Dean rodeó el coche y se dirigió al asiento del conductor.

—Vamos a un restaurante informal —le explicó Cam—, pero sirven una pasta y un pan deliciosos y...

La voz de hielo de Lorna atajó la entusiasta explicación de Cam.

—¿Y en la boda de tu hermana tampoco te vestirás «de punta en blanco»?

Cam se volvió en su asiento.

—Tía Lorna, por Dios. Aún no hay nada confirmado. Roger y yo seguimos discutiendo algunas cosas.

—Quieres decir que estás arrastrando los pies cuando deberías estar dando saltos de contenta con su proposición.

Jacki se escurrió en el asiento.

—Pues yo creo que debería seguir arrastrando los pies una década más —murmuró.

—Nadie te ha preguntado, jovencita.

Irguiéndose de nuevo, Jacki se dirigió a Dean.

—Si a mí me obligan a meterme en uno de esos horrorosos trajes de dama de honor, tú tendrás que aguantarte y ponerte esmoquin.

Dean sintió de nuevo aquella maldita opresión en la tráquea. Todos hablaban como si dieran por sentado que se iba a quedar para asistir a la boda de su hermana. Tal vez debería hablarlo con Cam... Pero no. Con quien ésta se casara no era asunto suyo, y quería que siguiera siendo así.

Echó un vistazo por el espejo retrovisor y vio que Jacki lo miraba a la espera de su reacción.

—Ponte el cinturón —le dijo.

No era lo que ella había esperado.

—Nunca llevo cinturón en el coche.

—Éste es mi coche y éstas son mis reglas.

—¿Éste es tu coche? —preguntó Lorna, y a Dean no le pasó desapercibida su incredulidad.

¿Acaso consideraba que aquel bonito sedán estaba más allá de sus posibilidades? ¿O tal vez suponía que un hombre como él tendría un coche caro y deportivo, como casi todos los demás luchadores? Ya se lo había dicho, la imagen no era lo que más le preocupaba en el mundo.

—Es de alquiler. En casa tengo un todoterreno probablemente tan viejo como tú. —Lorna ahogó un grito de indignación ante sus palabras, pero Dean no le dio oportunidad de replicar—. No es lujoso por fuera, pero me lleva de un sitio a otro. Yo no suelo conducir mucho, porque apenas paro en casa. Siempre termino conduciendo coches de alquiler. Hoy he estado echando un vistazo a algunos coches, y he encontrado uno que me gusta. —Puso en marcha el motor, pero todavía no metió la marcha—. No iremos a ninguna parte hasta que todo el mundo se haya puesto el cinturón.

Impaciente, Cam miró a Lorna hasta que ésta finalmente se rindió y se abrochó el cinturón.

—Supongo que eres consciente de que muchas personas han muerto precisamente porque llevaban puesto el cinturón.

—Y muchas más han sobrevivido gracias a él —contestó Dean arrancando el vehículo—. ¿Hacia adonde?

Cam le dio unas rápidas indicaciones.

—No está a más de diez minutos.

Luego se hizo el silencio durante quince segundos, hasta que Jacki lo rompió.

—¿Y qué tipo de coche te vas a comprar?

—Nada demasiado llamativo. Un Sebring descapotable. Toma. Échale un vistazo. —Tomó el tríptico informativo a todo color que tenía sobre el salpicadero del coche y se lo pasó a Jacki—. A mí me gusta el rojo.

—¡Vaya! —exclamó su hermana mirando las fotos—. Qué bonito.

—Me dejan tenerlo en régimen de renting durante algún tiempo, y las condiciones son buenas.

—¿Durante algún tiempo? —preguntó Cam.

Dean no sabía cuánto iba a quedarse.

—Con la opción de comprarlo después.

—Tiene que ser guay tener coche. —Jacki le devolvió el folleto—. Yo siempre tengo que pedir que me lleven y me traigan, y ya estoy harta.

Cam puso los ojos en blanco.

—Como si no hubiera siempre una docena de chicos esperando la oportunidad de que se lo pidas.

—No es lo mismo que tener tu propio coche.

—¿Y por qué no te compras uno? —preguntó Dean.

—No a todo el mundo le sale el dinero por las orejas —le informó Lorna.

—Tía Lorna —la advirtió Cam, para, a continuación, dirigirse a Dean—. Ahora mismo no podemos permitirnoslo, con los gastos de la universidad y todo eso.

Después de ver la apariencia de Jacki, Dean había pensado que, o bien había dejado la universidad, o bien se había sacado una diplomatura de tres años.

—¿Qué estás estudiando?

—Educación infantil.

Dean casi se atragantó, pero consiguió disimular.

—¿Vas a ser profesora?

—Ésa es mi idea. Pero tal como van las cosas, no creo que saque pronto el título.

¿Acababa de tocar otro tema espinoso?

—Si tienes problemas con las clases...

—El problema es pagarlas, no aprobarlas —espetó ella con un profundo, pero claro sarcasmo—. El dinero que debería haber sido para la universidad, ha ido a parar a otro lado.

Dean estaba pensando que no quería enterarse de su situación financiera, por lo que por nada del mundo iba a preguntar, cuando Lorna metió baza.

—Escúchame, jovencita, a pesar de lo que tu hermana te diga, el mundo no gira a tu alrededor.

La tensión vibraba en el aire. Cam se volvió en su asiento.

—Bien. Y ahora que ya hemos aireado los trapos sucios delante de Dean, ¿qué tal si os centráis en pasar un buen rato?

Jacki resopló.

—Oh, claro. Cuenta con ello.

Dean conocía a las mujeres lo suficiente como para saber que Cam estaba apesadumbrada y Jacki herida, y eso fue lo que hizo que se decidiera a hablar. Con la ayuda de un préstamo y un trabajo, Jacki podría pagarse la universidad.

—¿Dónde trabajas?

Ella se reclinó sobre la ventanilla, tan cerca que casi tocaba el cristal con la punta de la nariz.

—No tengo trabajo.

—¿Que no...? —Nunca se le habría ocurrido pensar que una mujer adulta de veintiún años no trabajara—. ¿De verdad?

Cam se apresuró a explicar, como una madre protectora:

—Quería que se concentrara en sus estudios. Recuerdo lo difícil que fue para mí trabajar y estudiar.

—El esfuerzo nunca ha matado a nadie —replicó Dean, dirigiéndose a Jacki a través del retrovisor—. Yo me pagué la universidad trabajando. Y, por lo que dice tú hermana, ella también.

—Te equivocas. —Cam entrelazó los dedos con fuerza—. Yo dejé los estudios.

Dean gruñó, incrédulo. Aún no conocía bien a su hermana, pero apostaría a que Cam era una mujer testaruda y orgullosa.

—Creía que habías dicho que fuiste a la universidad local. ¿Cuánto podía costar eso?

—Es que tenía que ocuparme de otros... gastos.

Dean se dio cuenta de que Lorna guardaba silencio, y se preguntó por qué. No parecía el tipo de persona que se ahorraría un ataque verbal.

«No preguntes —se dijo—. Quédate al margen de sus asuntos económicos. No saldrá nada bueno si te metes.» Pero a pesar de las órdenes que se daba a sí mismo, dijo:

—Me parece que no te sigo. ¿Qué otros gastos?

Nadie respondió, y eso lo molestó. Tal vez tuvieran las mismas pocas ganas de que se involucrara en sus vidas que él mismo.

—Olvidad que lo he preguntado. No es asunto mío.

—No —convino Lorna—. No es asunto tuyo.

Cam se volvió y le lanzó a Lorna una mirada fulminante. Nadie dijo nada, pero la expresión de Cam le dejó claro a su tía que no le gustaba nada su comportamiento.

Dean estaba muy sorprendido con su hermana. En general, parecía la cabeza de familia y la pacificadora, pero una o dos veces le había parecido ver en ella a una joven muy sola y vulnerable.

Cam se volvió de nuevo hacia adelante, con actitud seria y formal.

—Eres mi hermano, Dean, no quiero ocultarte nada. Es sólo que algunas cosas son bastante complicadas, y me parece mejor dejarlas para después, cuando hayamos hablado más.

En otras palabras, no iba a darle ninguna explicación por el momento.

—Está bien. No pasa nada. —Tenía clarísimo que no pensaba coaccionarla de ninguna manera para que le contase sus secretos y menos cuando, al parecer, entre las tres los había a carretadas.

Llegaron al restaurante inmersos en un incómodo silencio. El sol se había ocultado ya un poco tras unas oscuras nubes y una fresca brisa removía el húmedo ambiente.

—Parece que va a llover —dijo Cam en un patético intento de aligerar los ánimos.

Dean no respondió. Salió del coche y lo rodeó para abrir las puertas del otro lado. Cam salió la primera, y cuando le tocó el turno a Jacki una ráfaga de húmedo viento los sacudió. La manga de la camiseta de Dean se agitó, dejando a la vista un tatuaje que rodeaba su bíceps.

—¡Aja! —exclamó Jacki, levantándole un poco más la manga—. ¿Así que a ti también te gustan los tatuajes?

—Tatuaje. Singular. —Sujetó la puerta a la espera de que saliera Lorna, que se tomó su tiempo para recogerse el cabello bajo un pañuelo—. ¿Tú tienes más de uno?

—Aún no, pero estoy considerando la posibilidad.

Dean la observó.

—No son baratos. —Y poco antes habían estado hablando de que su situación económica era algo ajustada.

Nada más decirlo, lamentó haberlo hecho. Jacki esbozó una nerviosa sonrisa al tiempo que se tocaba la cadera.

—Éste de aquí fue un regalo de cumpleaños de un amigo.

—Debe de ser muy amigo.

Ella colocó los brazos en jarras.

—Oh, Dios santo, ¿es que ahora te vas a poner en plan hermano mayor que se preocupa?

—Pues claro que no. —Él no era ese tipo de hermano—. Sólo era una observación.

—Si nos quedamos aquí mientras vosotros dos discutís sobre tonterías, nos vamos a empapar —dijo Lorna, pasando junto a ellos a toda prisa en dirección a la puerta del restaurante; Jacki la siguió.

Dean miró a Cam, que a su vez lo miró con el cejo fruncido.

—No lo ha pasado demasiado bien, Dean.

—No me digas —replicó él con una insincera sonrisa, y, a continuación, asintió con la cabeza—. Pero probablemente sea uno de esos asuntos complicados que es mejor dejar para más adelante. —Y le hizo un gesto a su hermana para que pasara ella primero.

Pero en lugar de hacerlo, Cam enderezó los hombros e irguió la barbilla.

—Escúchame, si lo deseas, te contaré todo lo que quieras saber. Pero no porque me lo ordenes, ni en un momento que no parezca adecuado.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Ella inspiró profundamente.

—Dame un poco de tiempo, por favor.

Dean se sintió como un bruto.

—Tómate todo el tiempo que necesites. —Y de nuevo gesticuló invitándola a pasar primero.

Cam no despegó los labios hasta que se hubieron sentado, les hubieron entregado las cartas y hubieron pedido las bebidas. Entonces miró fugazmente alrededor de la mesa, reuniendo valor para aclarar la situación.

—Bien, el asunto es el siguiente.

Jacki gimió.

—No me digas que vas a ponerte a llorarle ahora, antes de cenar.

—Ella lo ha traído aquí en contra de mis deseos —dijo Lorna, con resentimiento—. Y todo para contarle algo que no es asunto suyo. Lo que tú o yo pensemos, no le importa. Está claro que no va a cambiar de opinión ahora.

—Para, para —la cortó Jacki, levantando las manos en señal de rechazo—. No me metas en el mismo saco que tú, tía. Me importa un comino lo que le diga, y tampoco creo que le importe mucho a Dean. Pero si quiere contarle la verdad, es asunto suyo.

Roja de irritación, Cam se levantó de golpe.

—Callaos las dos.

Algunos clientes alzaron la vista. Lorna y Jacki se quedaron mirándola fijamente. Tras un breve silencio, Dean no pudo evitar sonreír. Levantó su vaso de agua para hacer un brindis, con una expresión burlona y divertida.

—Es muy agradable ser acogido en una familia tan cálida y cariñosa. Gracias.

Cam se dejó caer de nuevo en su silla, apoyó la cabeza en ambas manos y dejó escapar un suspiro de agotamiento.

Mirando a Dean y a Cam y de nuevo a Dean, Jacki trató de arreglar un poco las cosas.

—Oye, lo siento, Dean. No era mi intención...

—Ni se te ocurra pedirle disculpas, Jacqueline Conor. No le debes nada. Nada —la interrumpió Lorna.

Cam bajó una mano y, mientras seguía sujetándose la cabeza con la otra, se dirigió a su tía.

—En eso te equivocas, tía Lorna, y lo sabes perfectamente.

—No te... —empezó a decir Lorna.

—Demasiado tarde. —Con la actitud de alguien que se dirige a la horca, Cam se irguió en el asiento y se volvió hacia Dean—. No había planeado decirlo ahora, pero este momento es tan bueno como cualquier otro, y estoy cansada de temerlo. —Lo miró fijamente antes de añadir—: Lo más probable es que tengamos que vender la casa.

Dean, que detestaba las situaciones dramáticas, entornó los ojos.

—¿Y? —preguntó. En algo estaba de acuerdo con Lorna: aquello no era asunto suyo. A menos que... ¿Esperaba Cam que él las sacara de aquella situación? ¿Lo había invitado con la esperanza de que él se ocupara de sus dificultades económicas? Claro que sí.

—Que una parte de la misma te pertenece.

Una sensación extraña y sobrecogedora le recorrió la espina dorsal.

—¿Y por qué crees tal cosa?

—Esto sí que es bueno —exclamó Jacki, riéndose. Cuando Dean la miró, se rió aún más—. Odio tener que decírtelo, Cam, pero tu gesto no sólo no lo ha conmovido, sino que casi parece que lo ha ofendido.

¿Conmovido? ¿Qué tenía que conmovirlo? Cada vez más enfadado, Dean dijo:

—Olvidalo. Yo ya tengo mi casa. O mejor, en plural: casas. No quiero ni necesito la vuestra.

Jacki estaba impresionada.

—¿Tienes varias casas? Qué guay. ¿Dónde?

Pero antes de que Dean pudiera decir nada, Lorna empezó a resoplar.

Cam le lanzó una fulminante mirada que la silenció, y se volvió de nuevo hacia Dean.

—Tanto si la necesitas como si no, ésa no es la cuestión. Es tan tuya como nuestra. Una tercera parte de su valor te pertenece. El problema es que no está libre de cargas.

Dean no quería nada, pero el hombre de negocios que llevaba dentro sintió curiosidad.

—¿Y cómo es eso?

Cam carraspeó antes de continuar.

—Tuvimos que utilizarla para mantenernos a flote. Me temo que, aun después de venderla, no podré darte la parte que te corresponde.

—No aceptaría ni un centavo en cualquier caso —dijo él con los dientes apretados.

—Ya lo he oído. —La fugaz sonrisa de Cam se tornó en un gesto inexpresivo—. Aun así, no me parecía bien considerar siquiera la posibilidad de venderla sin hablarlo antes contigo. Legal y moralmente también forma parte de tu herencia.

Dean fue a hablar, pero ella se apresuró a interrumpirlo.

—Ya, ya sé que no quieres nada de la venta. —Extendió la mano y la posó en su brazo—. Lo aceptaré... de momento. Pero las cosas que la casa contiene, los recuerdos. Tal vez haya algo que tenga un valor sentimental para ti. He decidido, de acuerdo con Jacki...

Esta última soltó una carcajada.

—Como si me hubieras dado opción.

Cam continuó con lo que estaba diciendo como si su hermana no hubiera hablado.

—... que seguro que en la casa hay algo que te gustaría tener.

Dean cerró los ojos. Dios, aquello iba de mal en peor. Podía sentir el cortante filo de la mirada de Lorna. La aversión que sentía hacia él era casi tan fuerte como la extraña necesidad de Cam de hacer justicia.

Él no tenía ninguna intención de aceptar nada que tuviera que ver con aquella casa, pero no era tan cruel como para decírselo así a Cam.

—No es que haya mucho —señaló Jacki de pronto—. Algunas de las joyas de mamá. La colección de monedas de papá. El juego de muebles de un dormitorio. Algunos adornos. —Se encogió de hombros—. Todo lo que podía tener algún valor ha desaparecido.

Lorna tiró de malas formas la servilleta sobre la mesa.

—Resulta obsceno ver cómo aireáis vuestros asuntos delante de él.

Dean comprendió de pronto las objeciones de Lorna. Estaba claro que en todo aquel tiempo, ella había dilapidado grandes cantidades de dinero. Difícilmente se podía atribuir la responsabilidad de su catastrófico estado financiero a Cam o a Jacki. Dudaba mucho que éstas supieran siquiera cuánto dinero habían heredado cuando Lorna se hizo cargo de ellas.

Con toda certeza, debía de haber el suficiente como para mandarlas a las dos a la universidad. ¿Acaso Lorna se lo había fundido todo? Y, de ser así, ¿cuánto habría sido?

Harto de tanta intriga, Dean las mandó callar a todas con un gesto de la mano.

—Los negocios pueden esperar. ¿Sabemos ya lo que vamos a pedir? Me muero de hambre. —Llamó al camarero con un gesto, y éste se apresuró a acudir a la mesa—. ¿Quieres empezar tú, Lorna?

CAPÍTULO 5

Cam observaba cómo Dean devoraba su comida. El espantoso silencio que reinaba entre ellos no parecía molestarlo en absoluto.

Cuando él ya se había comido casi un plato entero de pasta y dos pechugas de pollo aderezadas, una ensalada y varios bastoncitos de pan, ella apenas había tocado su ensalada. Envidiaba la confianza en sí mismo de su hermano, su prestancia.

Su independencia.

Era un hombre asombroso, y estaba muy orgullosa de él. Nada parecía inquietarlo. Se había lanzado a lo desconocido al ir a encontrarse con ellas, y lo había hecho de forma admirable.

Ella, por su parte, tendía a cotorrear sin parar, a apurarse o a perder los papeles. Tenía tantas cosas que explicarle... Pero ¿cómo hacerlo cuando lo único que quería era abrazarlo y decirle lo mucho que lo había echado de menos, incluso cuando apenas sabía que existía? Lo cierto era que deseaba su apoyo.

No tenía a nadie más.

Pero hacerle algo así sería terriblemente injusto. Él no había buscado nada de todo aquello. Además, ahora sabía lo que había pasado. Lo habían echado de su propio hogar. Dios, le dolía sólo pensarlo. Jacki y ella eran muy pequeñas, y en seguida se adaptaron a los cambios que se produjeron en sus vidas. Cam ni siquiera sabía lo que había pasado; en realidad, no había entendido la diferencia entre ella y los demás niños hasta que se hizo mayor.

Sin embargo, Dean ya tenía entonces edad suficiente para comprender la pérdida y el rechazo.

Y, a pesar de ello, se había convertido en un hombre fuerte y amable, y ella quería hablarle de él a todo el mundo. Su hermano.

Ya lo adoraba. Claro que había empezado a hacerlo nada más enterarse de su existencia. En algún lugar recóndito de su alma, se alojaba la semilla de la memoria, un rescoldo que no se había apagado con el tiempo.

Más de una vez había oído hablar a Lorna del tío de ellos tres, Grover. Sin lugar a dudas, según ella, un hombre grosero e irresponsable que no se preocupaba por los demás.

Y sin embargo había criado a Dean.

¿Cómo habría sido su vida? ¿Habría pensado en ella y en Jacki? ¿Las habría echado de menos? ¿Habría deseado regresar a casa, sabiendo que no sería bienvenido?

Las preguntas la corroían por dentro hasta que no pudo más.

—Dean.

—¿Hmmm? —dijo él, levantando la vista del plato—. ¿Quieres postre?

—No.

Lo que quería, lo que necesitaba, era hablar. Tenía que explicarlo inexplicable. Si la tía Lorna los había separado de forma deliberada, quería saberlo y disculparse con él de alguna forma.

—Yo voy a pedir tiramisú —contestó él, dejando el tenedor en el plato y entrelazando las manos sobre su duro abdomen—. Me ha encantado la comida, y qué demonios, esta noche es especial, ¿no? Puedo permitírmelo. ¿Y tú, Jacki?

Para sorpresa de Cam, su hermana asintió.

—Yo tengo debilidad por el zabaglione, pero es caro, y normalmente no podemos permitirnoslo.

Él le dedicó una radiante sonrisa.

—Yo sí puedo permitírmelo.

Jacki le contestó con una carcajada.

—Vale, tú pagas. No me voy a negar.

—Hasta que revientes si quieres. —Dean le guiñó un ojo y se volvió hacia Lorna—. ¿Y tú Lorna? ¿Te apetece algo dulce?

—No, gracias.

—Preocupada por la línea, ¿no?

Lorna parecía a punto de lanzársele a la yugular. ¿A qué se debería tanta animosidad?, se preguntó Cam. Sabía que Lorna les tenía fobia a los hombres. Las decepciones amorosas sufridas cuando era más joven la habían convertido en una amargada. Grover y ella nunca se habían llevado bien a causa de sus personalidades tan dispares, pero eso no debería incluir a Dean. Él no le había hecho nada.

Consciente de que las cosas se habían descontrolado, Cam le dio a Dean una patada por debajo de la mesa.

—¿Lo has hecho para llamar mi atención? —preguntó él, sin poder creer la demostración de audacia de Cam.

—Sí. —Cam notaba que la cara le ardía, pero no iba a permitir que la hiciera rabiar. De modo que se enderezó un poco más en su silla—. Tenemos que hablar de muchas cosas, y podremos hacerlo si dejas de chinchar a la tía Lorna.

—¿Quieres que vaya al grano entonces?

Oh-oh. ¿Habría estado dándole vueltas al asunto mientras comía? Al parecer sí.

—De acuerdo.

—No quiero vuestra casa. Haced con ella lo que os parezca. No me preocupa. No quiero nada de lo que hay dentro de la casa. Divididlo entre vosotras, vendedlo, tiradlo a la basura.

—Eso sí que es hablar claro —comentó Jacki.

—Los armarios suelen estar repletos de sentimentalismo que no sirven para nada.

—Vale, yo me quedaré con su parte —dijo Jacki.

Cam se quedó mirándola fijamente, y la otra argumentó:

—¿Qué? No estarás pensando en tirarlo a la basura, ¿verdad?

Dean no les prestó atención, y prosiguió con lo suyo.

—No me serviría nada más que para incrementar el número de cosas que se almacenan en una casa, y luego tengo que cargar con todo ello cuando me mudo, cosa que hago con mucha frecuencia.

Creedme, no hay absolutamente nada del pasado o del presente que yo quiera.

Cam pensó que Dean no podía hablar en serio. Por mucho que pareciera que sí.

—Y ahora que hemos dejado claro ese punto, ¿estás segura de que no quieres postre?

Jacki le dio un codazo.

—Vamos, Cam. Pide algo.

Pero ella declinó de nuevo el ofrecimiento. La cabeza le daba vueltas. Si se metiera algo en la boca lo vomitaría.

—No, gracias. Tomaré un café.

—Hecho.

El camarero acababa de irse con el nuevo pedido cuando Dean levantó la vista y su mirada quedó anclada en algo al otro extremo del comedor.

Al verlo tan atento, Cam se volvió en su asiento para mirar también, y vio a Eve con un hombre en la barra. Iban ambos muy bien vestidos, y charlaban tan cerca el uno del otro que sus hombros se tocaban.

Ay, Dios.

La expresión de descuidada despreocupación desapareció del rostro de Dean. Parecía... Cam no sabría decirlo, no muy contento. Claro que, hasta el momento, aún no lo había visto contento.

Se había mostrado distante. Educado, divertido y hasta un poco receloso en una o dos ocasiones. Pero no parecía un hombre dado a demostrar sus sentimientos.

—Probablemente será un cliente —comentó Cam.

Él entornó los ojos, pero no apartó la vista. Y cuando Cam se volvió de nuevo, vio cómo Eve se ponía rígida de repente, se daba la vuelta lentamente en su taburete y miraba en dirección a la mesa de ellos. Su mirada tropezó con la de Dean y allí se quedó. A pesar de la distancia que los separaba, Cam habría jurado ver las chispas en el aire.

Interesante.

Pasaron los segundos sin que ninguno de los dos apartara los ojos del otro. Cam no había visto jamás a su amiga colarse tan rápidamente por un hombre. Eve era un espíritu libre. No solía encapricharse con los hombres y nadie lograba encandilarla. Siempre decía lo que pensaba y no halagaba por educación ni iba por ahí seduciendo a desconocidos.

Con todo, Cam vio que su amiga se sonrojaba. ¿De vergüenza? Aunque juraría que no era ése el motivo.

Eve se volvió para decirle algo a su acompañante. Sonriendo, se estrecharon la mano como si hubieran cerrado un trato, y el hombre se marchó. Después de que éste desapareciera, Eve apuró el resto del combinado que estaba tomando, se levantó del taburete y se dirigió hacia ellos. Llevaba una blusa de satén, una falda negra y unos altísimos tacones.

Dean no pestañeó siquiera. Siguió con la mirada el trayecto de Eve, paso a paso, y justo antes de que llegara a la mesa, echó hacia atrás la silla y se levantó. Los dos se sostuvieron la mirada en medio de un denso silencio.

Fue Cam quien asumió el reto y sonrió.

—Hola, Eve, no me había dado cuenta de que estabas aquí.

—Tenía una reunión de trabajo —contestó ella sin dejar de mirar a Dean. Hasta que, finalmente, apartó la vista de él para saludar al resto—. Qué bonito. Una cena familiar. Ojalá hubiera traído la cámara.

Jacki se rió por lo bajo.

—Ya que tu reunión ha terminado, ¿por qué no te quedas con nosotros? —Cam miró a Dean y le dijo—: Tráele una silla.

—Tiene otros planes.

Con una tensa sonrisa, Eve asintió

—Así es. Me espera mi familia para cenar. Sólo me he acercado a saludar.

—Hola, pues —murmuró Dean, y su voz sonó sensual y pecaminosa mientras la miraba.

El rubor de las mejillas de Eve se intensificó.

—Hola —contestó ella a su vez.

Cam sintió necesidad de abanicarse de tanta tensión sexual como se mascaba en el ambiente. Por su parte, Jacki se apoyó en la barbilla y espetó:

—Por Dios, Dean, baja un poco la temperatura. Soy demasiado joven para ver esto.

Lorna le dio con la servilleta.

—No tienes el más mínimo decoro.

—¿Yo? Es Dean quien está seduciendo a Eve en medio de nuestra cena. ¿Por qué no le atizas a él con tu servilleta?

Una sonrisa de autosuficiencia brotó de los labios de Eve.

—Créeme, Jacki, no estoy siendo seducida. Y llego tarde, así que será mejor que me vaya. Que lo paséis bien.

En el momento en que Eve se daba la vuelta para irse, Dean la cogió de la mano y, atrayéndola hacia sí, le plantó un beso suave, breve y ya familiar, en la boca entreabierta.

—Hasta dentro de un rato.

Nuevamente sonrojada, Eve asintió con la cabeza.

—Vale. —Se pasó la lengua por los labios—. Hasta luego.

Apenas se había alejado lo suficiente como para no oír lo que se pudiera decir en la mesa, cuando Lorna arremetió contra ella.

—Como siempre, esa niña no tiene problema en hacer gala de su desvergonzado comportamiento.

Jacki apoyó los dos codos en la mesa y se quedó mirando fijamente a Dean mientras éste volvía a tomar asiento.

—Yo lo calificaría de educativo.

—Ha sido una demostración pública de lascivia provocada a buen seguro por un exceso de alcohol. —Lorna estaba tan indignada que parecía a punto de sufrir un ataque—. Eve es una pésima influencia para ti y para tu hermana.

Cam asintió, rezando por que Dean no se sintiera en la necesidad de salir en defensa de Eve.

—Lo has dicho muy a menudo, tía Lorna. —Hasta el punto de que Cam estaba harta de oírlo. A Lorna le caía mal cualquier persona que no hubiera seleccionado ella personalmente. Y por otra parte, Eve era muy distinta a todo el mundo. Era libre. Y eso era lo que más le gustaba a Cam de ella.

En vez de ponerse a la defensiva, Dean puntualizó:

—No es ninguna niña. Debe de tener, ¿cuántos? ¿Veintitantos?

—Veinticinco —confirmó Jacki—. Y menos mal, porque de lo contrario te tildarían de perverso por pensar en lo que estás pensando.

Exasperada, Lorna lanzó la servilleta sobre la mesa.

—Ya está bien. Ya he oído suficiente. Últimamente no hay quien te controle.

—¿Qué? —preguntó Jacki—. ¿Qué he hecho ahora?

Ignorando a la mujer, los labios de Dean dibujaron una sonrisa de medio lado.

—Jacki, eres demasiado joven para tener idea de cuáles son mis pensamientos, perversos o de cualquier otra clase.

—Ya está aquí el postre —anunció Cam. Justo a tiempo, pensó. Mientras que Lorna parecía a punto de irse de allí hecha una furia, Dean y Jacki parecían estar reforzando, por momentos, sus lazos de una forma inaudita. Tenían idéntico sentido del humor, y esa irreverencia que ella tanto envidiaba.

Por una parte, Cam no quería irritar a su tía. Lorna no era perfecta, bien lo sabía Dios, pero había alterado su forma de vida para criar a dos niñas que no eran sus hijas. Se había sacrificado, y Cam creía sinceramente que lo había hecho lo mejor que había podido con ellas.

No podía evitar no ser una mujer más maternal.

Pero por otra parte, era agradable ver la facilidad con que Jacki se relacionaba con Dean. Había habido un momento, no hacía tanto tiempo, en que Jacki y ella habían mantenido una relación muy estrecha. Pero últimamente su hermana había cambiado mucho, se había vuelto sombría y sarcástica. La alegre y sonriente Jacki había desaparecido hacía mucho tiempo, y Cam no sabía cómo hacerla regresar.

—Y, dime, ¿desde cuándo llevas ese tatuaje? —preguntó Jacki.

Dean se encogió de hombros, aceptando el cambio de tema.

—Creo que tenía catorce años cuando me lo hice.

—¿Catorce? —preguntó Cam incrédula—. ¿Permiten que un niño se haga uno?

—En Tailandia sí.

Cam se quedó boquiabierta, y cuando Dean se dio cuenta, dejó de comer postre por un momento.

—Ya te dije que Grover y yo trabajábamos por el todo el mundo.

—Pero... ¿cómo? —Sabía tan poco de él—. Tailandia de entre todos los lugares del mundo. Qué exótico.

—No lo es cuando te dedicas a la construcción. El jefe de Grover trabajaba en proyectos para el gobierno de allí. Grover era jefe de obra.

Lorna dio un sorbito a su café.

—¿Y te arrastró con él por todo el mundo? Encantador. Claro que no habría esperado menos de él.

—No vayas por ahí.

La advertencia, emitida con apenas un susurro, atravesó el aire como si de una afilada cuchilla se tratase. Dean se quedó mirando a Lorna fijamente, furioso, y no tenía intención de ocultarlo.

Extremadamente erguida en su asiento, Lorna dejó la taza en la mesa con un repiqueteo.

—¿Cómo has dicho?

—Puedes soltar calumnias sobre mí si quieres, Lorna. Comportarte como una estirada. Mostrar todo tu desdén. Me importa una mierda, y me imagino que no puedes evitarlo, eres así. —Su voz había bajado aún más de tono—. Pero no se te ocurra hablar de Grover. Y si lo haces, lo harás con respeto.

Lorna apretó los puños a ambos lados del platillo.

—¿Cómo te atreves a darme órdenes? Era mi hermano, y hablaré de él como me...

Para sorpresa de todos, Dean se levantó de la silla bruscamente; apoyó las palmas de las manos en la mesa y se inclinó sobre Lorna en actitud claramente agresiva.

—Lo repudiaste igual que hiciste conmigo, y si fueras un poco inteligente, dejarías el tema como está.

Haciendo todo lo posible por ocultar lo intimidada que se sentía, Lorna le respondió.

—¿O si no qué?

La sonrisa de Dean auguraba muchas posibilidades, y ninguna agradable.

—Les contaré cosas que tú no quieres que sepan. Tarde o temprano.

—¿Les? —repitió Cam—. ¿A quiénes?

—¿Quieres decir que se lo contarás de todas formas?

—Tienen derecho a saberlo.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Cam.

Al ver que Lorna apretaba los labios y lanzaba una mirada culpable hacia ella y su hermana, Cam supo exactamente a quiénes se referían.

¿Qué podía saber Dean que pudiera hacer callar a la tía Lorna?

De manera inusualmente diplomática, Jacki rompió el silencio cambiando de tema.

—¿Y dices que te hiciste ese tatuaje en Tailandia? Qué guay. Antes me ha parecido que eran ramas entrelazadas.

Pasaron los segundos con la tensión de la cuenta atrás de una bomba de relojería. Cam contuvo el aliento mientras su mirada iba de su hermano a su tía y de nuevo a su hermano.

Con gélido autocontrol, Dean retrocedió y finalmente volvió a sentarse.

—Así es. Ramas entrelazadas. —Y siguió comiendo su tiramisú.

—Levántate la manga. Me gustaría verlo mejor —le pidió Jacki.

Él vaciló un momento, pero Cam se unió a la petición.

—A mí también me gustaría. Por favor.

Tras lanzar una mirada de advertencia a Lorna, Dean se llevó la mano a la manga derecha y se la levantó por encima de un enorme hombro, duro como el granito. Una cenefa formada por tres ramas entrelazadas, dos de ellas adornadas con delicados capullos de rosa y una más gruesa con espinas, rodeaba su abultado bíceps.

Apoyando el codo en la mesa hizo que se le marcaran los músculos aún más. Cam ya se había dado cuenta de su tamaño y su fuerza, pero se quedó sorprendida al comprobar que su hermano era también un individuo extremadamente viril. No recordaba haber visto unos brazos como aquéllos.

Roger, que siempre le había resultado un hombre físicamente intimidatorio, parecía de tamaño medio en comparación.

Después de echar un vistazo al tatuaje, Dean movió la cabeza negando.

—Cuando me lo hice, era joven y estúpido.

—Estoy de acuerdo con lo de que eras joven. —Cam se acercó para verlo mejor—. Los colores son todavía tan vivos...

—En Tailandia los tatuajes suelen hacerlos unos monjes. En vez de usar máquinas, como se hace aquí, los hacen a la vieja usanza.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Jacki.

—Utilizan una herramienta especial, parecida a una especie de lanza de acero inoxidable con una doble punta en el extremo en vez de una aguja. La punta, cuyos dos extremos se juntan hasta casi tocarse, penetra en la piel y deposita la tinta, de forma que los colores se absorben mejor y por eso duran más.

—Santo Dios. —Cam se llevó una mano a la garganta—. Suena aún peor que lo que se hizo Jacki.

—Sí —convino ésta—. Y yo que pensaba que lo mío había sido horrible. Si no pude dejar de llorar mientras me lo hacían.

Dean se relajó lo bastante como para permitirse una media sonrisa.

—Dolía que rabiaba —reconoció—; como si me estuvieran cosiendo el brazo con una pequeña máquina de coser, y parecía que no se iba a acabar nunca. No se le puede meter prisa a un monje. —Movié la cabeza negativamente mientras se bajaba la manga—. Si Grover y la mitad de la cuadrilla no hubieran estado allí presentes para darme ánimos, probablemente yo también me habría echado a llorar.

Cam no pudo reprimir un grito. Imaginó a aquella abigarrada tropa de sudorosos obreros azuzando a un pobre niño para que demostrara su masculinidad.

—¿Que te animaban?

—Hay algo que deberías saber de los hombres: siempre tratan de convencerse unos a otros para hacer gilipolleces.

—Pero tú no eras un hombre. Eras un niño.

—De sexo masculino. Eso es lo que importaba. —Sonrió al recordarlo antes de continuar—: Grover me dijo una vez que un hombre tiene un cerebro, dos hombres juntos tienen medio cerebro y tres hombres juntos no tienen cerebro alguno.

Afortunadamente, la carcajada de Jacki ensombreció el sarcástico gesto de aquiescencia de Lorna.

—No estoy muy segura de que no ocurra lo mismo entre las mujeres. A mí también me han convencido para hacer alguna que otra gilipollez —dijo Jacki, sin dejar de mirar el tatuaje de Dean—. Es tan diferente de lo que se ve por ahí habitualmente.

—Eso es porque está hecho con líneas de puntos en vez de con una línea continua. Y por otra parte, cada tatuaje es único. Tú le dices al monje lo que quieres y él te lo diseña sobre la marcha. No hay dos iguales.

—Este me gusta —comentó Cam, ladeando la cabeza—. ¿Tiene algún significado?

Por un momento, Dean palideció, pero rápidamente se esforzó por mostrar una expresión neutral.

—Sí. Me recuerda lo crédulo que era a los catorce años. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Jacki—. ¿Y qué es lo que tienes tú en la cadera?

Su hermana se levantó del asiento y rodeó la mesa hasta colocarse junto a Dean, ante las indignadas protestas de Lorna. Adelantando la cadera, le mostró el dibujo.

—Es una rosa sobre un diseño tribal —explicó Jacki con innecesaria efusividad—. Bonita, ¿eh?

—Mucho. —Dean la miró—. Vale, oigámoslo. Sé que te mueres por contarme lo que significa.

Entre carcajadas, Jacki volvió a su asiento.

—Bueno, antes pensaba que representaba la pérdida de mi inocencia. Y, tía Lorna, antes de que empieces a flipar, no me estoy refiriendo a mi virginidad.

Aquello puso a Lorna al borde de un ataque de nervios. Echó hacia atrás la silla de golpe y se levantó.

—Voy al aseo. Espero que a mi vuelta hayáis terminado esta absurda conversación.

—Pues será mejor que te tomes tu tiempo —le aconsejó Jacki.

Lorna se alejó a grandes zancadas.

—Jacki. —Cam quería reñir a su hermana, pero en vez de eso le sonrió. Sinceramente, agradecía aquel momento de paz—. No eres de ninguna ayuda.

—Claro que sí. Mira la enorme sonrisa de Dean.

Éste trató de borrarla de su rostro cuando sus dos hermanas fijaron en él su atención, pero terminó soltando una carcajada.

—Eres una mocosa salvaje, Jacki.

Al ver la divertida mirada en el rostro de Dean, y oír su tono risueño, Cam se emocionó. Entonces, se inclinó un poco hacia Dean.

—Siempre lo ha sido. Y tiene días mejores y peores.

—Vale, ya sé lo que está pasando —bromeó Jacki—. Ahora que Lorna no está, os aliáis en mi contra. Adelante, chicos, criticadme. Puedo soportarlo.

Con actitud indulgente, Dean cruzó los brazos y se apoyó en la mesa.

—¿Qué decías sobre perder la inocencia?

De pronto un poco avergonzada, Jacki apartó de sí el plato vacío del postre.

—Ya sabes, cuando de pronto te das cuenta de que la vida no es como debería ser.

El negó con la cabeza.

—No, no lo sé. ¿Cómo crees que debería ser?

—No lo sé. —Extrañamente seria, Jacki reflexionó sobre la pregunta—. Tal vez más divertida. Más segura. —Encogió sus delgados hombros—. Con menos sorpresas.

Cam sintió remordimientos al oír esas palabras. Había tratado de proteger a su hermana, de hacerle la vida más fácil, pero era evidente que había fracasado.

Aunque la expresión de Dean permaneció invariable, Cam sintió cómo éste se retraía de nuevo. No quería saber nada del estado de sus finanzas, ni de la manera en que sus vidas habían cambiado por completo. Puede que fuera su hermano, pero mientras que ella se había sentido unida a él nada más verlo, él les había dejado claro que no compartía ese sentimiento. No era que lo culpara. Apenas se conocían. Habían pasado demasiados años y existían demasiadas heridas.

Con la intención de aligerar la tensión, Cam levantó la taza de café para hacer un brindis.

—Por las sorpresas. La vida sería muy aburrida sin ellas.

Tras un momento, Dean levantó también la suya.

—Por las sorpresas agradables.

—Como el reencuentro con un hermano que había desaparecido de nuestras vidas —añadió Jacki, entrechocando su taza con las de ellos.

—Parece que ya habéis terminado —espetó a sus espaldas la voz de Lorna, al tiempo que ésta se colocaba el pañuelo y cogía el bolso—. Me alegro, porque yo ya quiero irme.

Cam no deseaba que la velada terminara, pero Dean ya se había levantado de su asiento. El pánico se instaló en su interior. ¿Cuándo volvería a verlo? ¿Cuánto tiempo se quedaría en la ciudad?

Dean le retiró la silla para que se levantara.

—Estaré ocupado un par de días, pero tengo vuestro número. Estaremos en contacto.

Él no les ofreció el suyo y ella no tuvo agallas de pedirselo.

—Gracias —dijo Cam, y a continuación añadió casi como en un susurro—: Me encantaría conocerte un poco mejor.

Para su sorpresa, Dean levantó la mano y, durante un fugaz instante, le rozó la barbilla con las yemas de los dedos, como en un gesto de ánimo.

—No me iré a ninguna parte.

—Me alegro —saltó Jacki—, porque aún tengo que probar ese coche nuevo tuyo. —Le guiñó un ojo a Dean—. Después de todo, descubrir que una tiene un hermano debería tener sus compensaciones, ¿no?

—Compensaciones... y tal vez algunos problemas —contestó él, mirando a Lorna—. Ya veremos cómo marchan las cosas.

Con creciente expectación, Dean corrió desde el coche hasta la puerta principal de la pequeña pero bien cuidada casa de Eve, bajo el aguacero que estaba cayendo. No era una casa nueva, pero rebosaba encanto y tenía un acogedor porche que le sirvió para guarecerse de la lluvia.

Poco después de acompañar a casa a sus hermanas y su tía, el cielo se había abierto y había estallado una tormenta de rayos, truenos, viento y lluvia torrencial. Le gustaba mucho aquel tiempo, rebosante de furia, y tan turbulento que podía sentirlo muy dentro de sí.

Secándose el agua de la cara, Dean llamó con los nudillos a la puerta y se dio la vuelta. El porche, sostenido por columnas, estaba flanqueado por pares de ventanas abuhardilladas, gabletes y miradores. En un rincón del mismo, Eve había colocado una mecedora; un alegre felpudo frente a la puerta de entrada daba la bienvenida a la casa. Había macetas con flores por todas partes, que llenaban el aire de un dulce aroma, intensificado en esos momentos por la humedad del ambiente.

La casa disponía de un terreno de unos dos mil metros cuadrados que terminaba en un callejón sin salida que daba a una zona de árboles, lo que le proporcionaba un aire íntimo.

Era sorprendente que una mujer soltera de la edad de Eve fuera propietaria de una casa. Claro que, desde el mismo momento en que la conoció, Dean había pensado que era una mujer decidida, audaz y testaruda. Si quería algo, lo cogía.

Y esa noche lo quería a él. Dean estaba ansioso.

Una noche de sexo salvaje era justo lo que necesitaba para eliminar los restos emocionales de una cena con una familia a la que no conocía.

Estaba pensando en ello cuando Eve abrió la puerta. No esperó ni un segundo para entrar en la casa; estrechó a Eve contra su cuerpo y acalló el saludo de ella sellándole la boca con la suya.

Dulce.

Ardiente.

Una combinación que a buen seguro lo incendiaría.

Sabía que la estaba mojando con su camiseta empapada, pero no le importó. Detrás de él, a través de la puerta abierta, un estruendoso trueno llenó el aire con la fuerza suficiente como para hacer que el suelo retumbase.

Eve dio un respingo, pero Dean se limitó a abrazarla con todavía más fuerza, girando la cabeza para poder profundizar el beso.

No le iba a resultar nada fácil tener paciencia durante los preliminares cuando lo que realmente deseaba era desnudarla y hacerlo allí mismo, en el suelo. Y, dado que no conocía la distribución de la casa, el suelo no era tan mala idea. Le llevaría tiempo encontrar el dormitorio. Demasiado. Deslizó una mano hasta el trasero de ella, apremiándola para que se pegara aún más a él, pero Eve liberó la boca ahogando un gemido.

—Dean...

Al darse cuenta de que le estaba empujando el torso con los puños apretados, Dean se apartó un poco de ella, pero continuó sosteniéndole la nuca con la palma de la mano, de forma que su boca no pudiera alejarse mucho.

—¿Por qué no hablamos más tarde?

Una voz masculina los interrumpió.

—Porque yo no estaré aquí entonces, y tengo demasiadas ganas de conocerte como para esperar.

Dean se detuvo en seco debido a la conmoción; hasta la respiración se le detuvo.

Eve gimió y ocultó el rostro contra el pecho de él.

Dean no quería, pero levantó la vista y se encontró frente a frente con un hombre por lo menos veinte años mayor que él. Y, lo que era peor, se parecía a Eve... como si fuera su padre.

Joder.

De pie junto al hombre había una mujer, y al lado de ésta un chico más joven... tal vez el hermano de Eve. Todos estaban sonrientes.

Sin soltarla, Dean le susurró al oído:

—¿Tu familia?

Evidentemente mortificada Eve se limitó a asentir con la cabeza.

—¿He llegado antes de tiempo?

Ella negó con la cabeza. De pronto se apartó de él y, dándose la vuelta, se encaró con ellos con las manos en las caderas.

—No han querido irse, a pesar de rogarles que lo hicieran.

—Es cierto que nos lo ha pedido —confirmó el joven.

—Repetidas veces —añadió la mujer.

—Pero son unos cabezotas —explicó Eve innecesariamente. Después añadió sólo para Dean—: Lo siento. De verdad.

Parecía realmente contrariada y ya no tan avergonzada, por lo que Dean la apartó a un lado y dio un paso con la mano extendida.

—Dean Conor.

—Más conocido como Huracán. —El hombre de más edad le estrechó la mano con entusiasmo—. Soy un gran seguidor tuyo, igual que mi hijo. Es un verdadero placer conocerte.

¿Un placer? ¿En serio? ¿A pesar de que tan sólo unos minutos antes estaba manoseando a su hija? Dean no sabía qué pensar. No estaba acostumbrado a conocer a los padres de nadie. Las mujeres con las que se acostaba habitualmente eran mujeres que lo perseguían, y, desde luego, no se llevaban a su papá con ellas.

Echó un vistazo fugaz a Eve, pero ésta seguía mirando a su familia con la determinación de una mula. A pesar de tener a su padre frente a él, mirándolo con una resplandeciente sonrisa, Dean se fijó en el brillo del pelo oscuro de ella, y en cómo le caía graciosamente sobre los hombros.

Se había cambiado de ropa. Había sustituido el atuendo formal de trabajo por un cómodo y fresco vestido veraniego que le llegaba a la altura de las rodillas y se sujetaba con tirantes finos como espaguetis. No llevaba zapatos, ni sujetador. Como al llegar la había abrazado con su ropa empapada, le había mojado el vestido de forma que el tejido se le ceñía a los pechos...

«No pienses ahora en eso, Dean.»

Intentó concentrar su atención en el padre.

—Gracias. —Y mintió—. Encantado de conocerlo también.

No estaba acostumbrado a tratar con la familia de una mujer, pero seguro que tenía que haber una manera de desembarazarse de todos ellos rápidamente.

Una mujer tan menuda como Eve le extendió la mano a continuación.

—En vista de que mi hija está ahora mismo ocupada echando pestes sobre todos nosotros, y mi marido está demasiado atontado como para hacer las presentaciones, me presentaré yo misma.

Dean aceptó su mano.

—Soy la madre de Eve, Crystal. Puedes llamar Ted a mi marido, y éste es nuestro hijo, Mark.

—Es un placer conocerla. —Se preguntó si realmente Eve estaría echando pestes sobre ellos. Y si era cierto, esperaba que funcionara. Y rápido.

—Sé que estamos estorbando —continuó Crystal—, pero los dos hombres de la familia son unos fanáticos de la SBC, y cuando Eve nos ha dicho que ibas a venir, sobre todo porque no teníamos pinta de ir a marcharnos tan rápido como a ella le habría gustado...

—Mamá.

—... se han negado a hacerlo sin conocerte antes. Sólo espero que Eve te guste lo suficiente como para perdonarla, porque no creo que sea capaz de echarlos de aquí antes de media hora.

¿Así que nadie iba a mencionar el magreo de que había hecho objeto a Eve en la puerta de la casa? ¿A su familia no le importaba que se le hubiera echado encima nada más abrir la puerta, que hubiera ido allí con intenciones obvias?

Al parecer no.

Le dieron ganas de gemir, pero mantuvo la sonrisa. Después de la tensa situación vivida en el restaurante con su familia, lo único que deseaba era un poco de sexo sin ataduras.

Y en lugar de eso se veía atrapado en otra situación familiar.

No sería tan grave si supiera algo sobre familias. Pero la vida con el tío Grover, y a veces algunos de los miembros de la cuadrilla, no lo había preparado para ello.

—No pasa nada. —Si un poco de charla contribuía a que se largaran antes, les diría todo lo que quisieran saber.

Mark, que parecía casi de la misma edad que Jacki, fue quien empezó con el interrogatorio.

—¿Con quién pelearás la próxima vez?

—Con quien me echen. —El vestíbulo de Eve daba a un enorme salón de techo alto y, de tático acuerdo, todos se dirigieron hacia allí y tomaron asiento. Dean se dejó caer en un rincón de un sofá modular. Observó a Eve mientras ella y su madre desaparecían por el comedor, desde donde supuso que se accedería a la cocina.

—¿Con quién quieres luchar? —preguntó Mark—. Sé que Marsh va por ahí diciendo cosas. Dice que eres demasiado indisciplinado, que careces de técnica...

—Es un farol —explicó Dean—. Lo hace para ver si así llama la atención. Si un combate despierta controversia, la organización nos emparejará. Eso es lo que él quiere, de manera que está haciendo todo lo posible para que ocurra.

Mark enarcó las cejas exageradamente.

—¿No te importa lo que vaya diciendo por ahí?

—No. —Nunca le había preocupado la opinión de los demás.

Ofendido en su nombre, Mark frunció el cejo.

—Pero te está insultando.

Dean se encogió de hombros, quitándole importancia.

—No es el primero y no será el último.

—Asombroso. —Ted movió la cabeza a un lado y a otro con gesto reverencial—. Podrías derribar a la mayoría de los hombres, y aun así no te ofende lo que puedan decir de ti.

—Lo que tenga que demostrar —dijo Dean—, lo demostraré en combates autorizados por la SBC, donde me pagarán por ello y no me arrestarán. Fuera de la SBC, tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo libre.

—Pero no te costaría demasiado aniquilarlo —declaró Mark—. Deberías darle una lección. Me encantaría verlo.

—Eso es lo que él espera que haga. Pero si lo lograra, otros luchadores intentarían la misma táctica. Por eso yo no hago peticiones ni me niego a luchar con nadie. Dejo los emparejamientos a la gente que dirige la SBC. Su trabajo consiste en saber qué combates despertarán más interés.

Mark no podía dejar el tema.

—Marsh dice que si te coge en un combate...

—Me dejará fuera de combate. Sí, sé lo que dice. Abre la boca siempre que tiene ocasión.

—¿Y?

Era evidente que querían que él los tranquilizara, así que lo hizo.

—Marsh no es una florecilla del campo. Puede dejar fuera de combate a un luchador. Pero para hacerlo conmigo tendría que plantarse con firmeza en la lona para darme un buen puñetazo. Entonces yo lo tumbaría, y sobre la lona es un luchador nulo. No sabe defenderse contra las técnicas de sometimiento. Se rendiría en menos de un minuto.

Al parecer, ese numerito presuntuoso les bastó, porque tanto Mark como Ted lo miraron con una resplandeciente sonrisa.

Pero Dean no se detuvo ahí.

—Claro que podría tumbarme. A veces ocurre.— Afortunadamente, a él no le ocurría muy a menudo, y no le había pasado ni una vez en los últimos años.

—¡De ninguna manera!

—Eso nunca se sabe. Basta con que cometas un error. ¿Visteis mi último combate?

Ted asintió.

—Lo vimos por el canal de pago. No nos perdemos ni una pelea.

Dean se tocó el colorido y abultado moratón que lucía en la parte superior del pómulo, cerca de la sien, y recordó el dolor paralizante del golpe que había recibido y había estado a punto de noquearlo.

—Estuve a punto de perderlo.

—Sí, pero Dima Cheslav es un monstruo aterrador. Tú eres enorme, pero él te saca cinco centímetros y pesa diez kilos más que tú. —Mark se sentó al borde de su asiento—. ¡Y ese tatuaje que lleva en la parte de atrás de la cabeza y el cuello! Es como la Muerte o algo así.

—Es como una valla publicitaria de tatuajes estúpidos. Hasta tiene un par en el culo.

Mark lo miró con los ojos como platos.

—¿De verdad? —preguntó, prorrumpiendo en una carcajada—. No me extraña que tenga esa pinta de loco, gritando y echando espuma por la boca como si fuera un perro rabioso.

Una media sonrisa se dibujó en la cara de Dean.

—Siempre va por ahí como si se le hubiera ido la olla. Al público le encanta. Pero fuera del ring y de la SBC es un tipo normal.

—Tal vez sí —intervino Ted—, pero a mí me cuesta pensar en Dima como un tipo normal. Dicen que le está costando encontrar luchadores que quieran enfrentarse a él. Sin embargo, desde el principio del combate, tú te mostraste tan tranquilo como siempre.

—Contra un hombre como Dima tienes que estar concentrado. Si no, pierdes.

—Pues tú lo estabas, y mucho. —Ted movió la cabeza nuevamente con gesto maravillado—. Te clavó el puño en la cara, caíste al suelo y, no me gusta decirlo, pero creí que ibas a perder.

Por un momento, también él lo había creído.

—Y entonces, en menos de un segundo, acabaste con él con una palanca de rodilla perfecta. Fue como algo automático para ti, acorde con la situación. No lo vio venir.

—Sí. —Para sorpresa de Dean, se dio cuenta de que verdaderamente estaba disfrutando con la conversación—. Dima está tan acostumbrado a noquear a sus contrincantes en el primer asalto que suele confiarse.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —pidió Mark.

Dean observó la expresión nerviosa de chico y lo animó con un gesto.

—Dispara.

—Has peleado lesionado. Te han noqueado, te han tumbado con técnicas de sometimiento. Te has medido con tipos conocidos por su crueldad. —Mark se acercó más a él—. ¿Alguna vez has tenido miedo?

Sin dudar, Dean negó con la cabeza.

—No.

—¿Nunca?

No había vuelto a tener miedo desde que lo echaron de su propia casa siendo un niño y lo enviaron a vivir con un tío al que no conocía. Por aquel entonces, había aprendido que el miedo era una pérdida de energía.

—Tener miedo no cambia las circunstancias. Sólo afecta a la manera de enfrentarte a ellas.

—Bueno... sí, pero aun así...

—Es contraproducente —continuó Dean—. Cuando te asustas, cometes errores. Si apartas los ojos de tu oponente no podrás ver de dónde te llega el puñetazo o la patada. Pasas de la actitud ofensiva a la defensiva, y cualquier buen luchador se aprovechará de ello.

—Igual que tú te aprovechaste de Dima.

Dean asintió.

—Me apodaron Huracán porque cuando empecé todos creían que no tenía un plan de lucha definido. No les costó mucho darse cuenta de que se equivocaban. Mi plan era ganar. Paso a paso, tenga que hacer lo que tenga que hacer y de la manera que tenga que hacerlo. Cuando el combate cambia, me adapto. No podría hacerlo si dejara que el miedo se apoderara de mí.

Para Dean era una filosofía sencilla. Tener miedo no entraba en sus planes.

Sin embargo... ver a sus hermanas había removido unas sensaciones extrañas que se parecían mucho a ese sentimiento. No quería admitirlo, ni siquiera para sí, pero lo ponía nervioso que, a pesar de todo, fuera tan fácil verse envuelto en la dinámica de una familia.

No sabía nada de cómo se comportaba un hermano mayor ni lo que era preocuparse por unos hermanos. No sabía cómo adaptarse a la atmósfera familiar. No sabía cómo ofrecer seguridad ni cómo decir lo correcto en el momento adecuado.

Por el bien de Cam y Jacki, al igual que por el suyo propio, tenía que recordar que era un forastero, que sólo estaba allí de visita.

Nada

CAPÍTULO 6

—¿Qué tamaño tienen tus bíceps?

La pregunta lo desconcertó, pero una mirada a Mark le bastó para comprender que el chico hablaba en serio.

—Pues no lo sé.

—Estás de broma, ¿no? ¿Unos músculos como esos y nunca te los has medido?

En vista de que Mark parecía dispuesto a salir corriendo a buscar la cinta métrica, Dean se apresuró a quitarle la idea de la cabeza.

—No, y nunca lo haré. —¿Dónde demonios estaba Eve? Miró hacia el arco por el que había desaparecido, pero no la vio.

Ted y Mark disponían de todo un arsenal con las preguntas más estrambóticas imaginables, pero al menos no tocaron el tema del dinero que ganaba. Casi siempre, ésa era la pregunta que primero le hacían. La mayoría de la gente consideraba celebridades a los luchadores y, aunque Dean no podía quejarse de su sueldo, trabajaba muy duro para ganárselo. La gente no se paraba a pensar en las muchas horas de duro entrenamiento. Al menos él se ganaba a pulso hasta el último centavo.

—Personas como tú honran el deporte.

Nuevamente sorprendido, Dean miró a Ted.

—¿Sí? ¿Y cómo es eso?

—Hablas con sentido común. No te pavoneas. Te muestras respetuoso con los demás luchadores. Haces gala de una serena dignidad en vez de jactarte por el hecho de que se organicen esos grandes eventos alrededor de tu persona.

¿Dignidad? Ted no podía estar hablando en serio.

Frotándose la barbilla, Dean buscó la manera de sacar de su error al padre y al hermano de Eve.

—Escuchad, no me gusta el pavoneo porque sé que la posibilidad de perder siempre existe. Yo digo que lo haré lo mejor que pueda, y eso es lo que hago.

Ted sonrió.

—¿Lo ves? Actúas con clase.

Ay, Dios. Aquel hombre estaba chiflado. Si Eve no aparecía pronto, tendría que...

Como si estuviera esperando a que formulara mentalmente su nombre para entrar, Eve apareció en el salón.

—Toma. —Le dio a Dean una cerveza—. Ya que parece que esto va a ser una reunión social, por lo menos bebe algo.

Dean se dio cuenta de que la familia de Eve no tenía las mismas inhibiciones respecto al alcohol que la suya, y aceptó de buena gana la botella.

—Gracias.

Eve se dejó caer a su lado; se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, tapándose las con la falda, y se apoyó contra él. Para cualquiera que lo observara desde fuera, se diría que se conocían desde hacía mucho más que unas pocas horas. Eve no mostraba reservas por el hecho de estar delante de su familia, lo que significaba que se sentía muy cómoda con ellos. A Dean le gustó ese comportamiento.

Ted se echó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Sabes cuándo volverás a pelear?

—De momento no. Me he tomado un descanso.

Las caras que lo observaban parecían abatidas.

—¿No participarás en ninguno de los combates de Canadá?

—No. Y puede que tampoco en los siguientes a éstos.

—Os lo he dicho —intervino Eve—. Ha venido para conocer mejor a Cam y a Jacki. Hace muchos años que no se ven.

Dean le rodeó los hombros desnudos. Incluso en el fresco interior de la casa, su piel parecía seda caliente.

—En realidad no tiene nada que ver con ellas. Ya había decidido tomarme un tiempo libre.

—¿Por qué? —Al volverse ligeramente hacia él, los pechos de Eve le rozaron las costillas.

Él se olvidó de lo que quería decir. Se quedó mirándola fijamente.

—¿Por qué qué?

La sonrisa de ella vaciló, y finalmente se tornó cálida.

—No importa.

—Pensar que Cam tenía un hermano famoso y yo sin enterarme. —Ted movió la cabeza—. Cam es prácticamente de la familia. Las chicas son amigas desde siempre.

—Desde el colegio —admitió Eve.

—Pero Cam nunca te ha mencionado —prosiguió Ted, realmente confundido.

Dean se quedó callado e inmóvil, aunque fue sólo un momento, antes de forzar una sonrisa.

—No, supongo que no. —Dio un sorbo a la cerveza mientras trataba de ignorar la incómoda sensación que lo corroía por dentro. Cam no sabía de su existencia; ¿cómo iba a hablar de él... o a echarlo de menos?

—¿Si saliera con Jacki me darías entradas gratis? —preguntó Mark, rompiendo la tensión del momento.

Eve le tiró un cojín a la cabeza.

—Preguntar no hace daño a nadie —respondió Mark, tirando el cojín de nuevo a su hermana, lo cual casi hizo que Eve derramara su bebida encima de Dean.

Poco acostumbrado a las travesuras entre hermanos, Dean cogió el cojín y lo apartó.

—Lo siento, Mark, pero no soy ese tipo de hermano.

El chico lo miró con una gran sonrisa.

—Entonces mantendré las distancias. Lo cierto es que Jacki me da un poco de miedo.

—Mark.

—Deja ya de protestar, Eve —dijo su padre, frunciendo el cejo—. Seguro que Dean sabe que Mark está bromeando.

En realidad Dean no sabía qué pensar. Las palabras de Mark le provocaron una inquietud de lo más extraña. Alto y delgado, Mark parecía un chico decente. Sólo era joven y patoso. Entonces, ¿por qué de pronto sentía ganas de darle una colleja?

—¿Qué es lo que te da miedo de ella?

—Es demasiado franca —explicó Mark—. Nunca sabes lo que va a decir ni cuándo va a hacerlo. Antes era distinta... Bueno, no es que nunca haya sido como Cam.

Dean sabía que no debería preguntar, pero ¿qué mejor oportunidad de averiguar cosas sobre sus hermanas? Cam y Jacki no estaban allí, por lo que no podrían confundir su curiosidad con interés filial.

Y tenía curiosidad, lo cual no era raro. No significaba nada.

—¿Qué quieres decir con que no es como Cam?

—Ya sabes, callada y comedida. Realmente... comedida.

Con la yema del dedo, Eve trazó un pequeño círculo en el muslo de Dean, a quien no le pasó desapercibido lo oscuros que se le veían los azules ojos, ni lo densas que eran sus pestañas.

—No estoy muy segura, pero ya en el instituto, siempre se la veía más madura, responsable y consciente de las cosas.

Dean pensó que Eve tenía unos ojos realmente preciosos, brillantes, y lo miraban llenos de pasión. Estaba ansioso por ver su mirada sexualmente satisfecha... gracias a él.

Carraspeó antes de hablar y cubrió la mano de ella con la suya sobre su propio muslo.

—Es muy maternal. —No le había costado mucho verlo por su comportamiento. Cam era maternal igual que Lorna no lo era—. Probablemente se sienta responsable de Jacki.

—Así es —convino Eve, sacando la mano de debajo de la suya, al tiempo que apoyaba la cabeza en su hombro—. Cam nunca ha sido joven, ¿sabes? Quiero decir que, desde que yo recuerdo, se ha ocupado de un montón de cosas. La casa, las facturas, Jacki, incluso Lorna.

Dean no quería pensar en el peso que Cam tenía que haber soportado sobre sus delgados hombros.

—¿Por qué Lorna?

Al principio nadie respondió. Hasta que Eve se encogió de hombros.

—Creció sabiendo que Lorna se había visto obligada a cargar con ella y con Jacki, a pesar de que su tía nunca había querido tener hijos.

—Algo así tiene que ser muy duro para una niña —comentó Ted con un tono de voz tan disgustado como Dean se sentía por dentro—. Por eso Cam se mostraba tan reservada. Probablemente porque nunca confió en que Lorna se quedara con ellas siempre.

Los músculos de Dean se tensaron. Lorna tenía que responder ante él por muchas cosas... mucho más que sus hermanas o ninguna otra persona.

—Pero Jacki es justo lo contrario —intervino Mark—. Nada le preocupa, siempre es el centro de atención, no le importa nada más. Ella bromea y flirtea, siempre está rodeada de gente. Los demás gravitan a su alrededor.

—¿Y eso te da miedo?

—No, normalmente no —contestó Mark encogiéndose de hombros—. Me resulta un poco intimidatorio, tal vez, pero... es que últimamente, su comportamiento es realmente escandaloso.

—¿Qué quieres decir con eso?

Mark fue a hablar, pero Eve lo interrumpió.

—Déjalo ya, Mark. —Dirigió nuevamente aquellos enormes ojos azules hacia Dean—. A Jacki no le pasa nada. Cam se asegura de ello. Lo que le ocurre es que está experimentando incomodidades propias del crecimiento o algo así.

Dean frunció el cejo.

—Tiene veintiún años y mide más de metro ochenta.

—No llega —lo corrigió Eve—. Y sólo era una forma de hablar.

—En cualquier caso, ya no está creciendo. Y no es eso a lo que tu hermano se está refiriendo.

Cuando Eve se disponía a contestar, Dean la hizo callar.

—No. Quiero oírsele decir a Mark.

Todo el mundo se volvió a mirar a éste, que se puso rojo como un tomate.

—Bueno, lo cierto es... —Lanzó una rápida mirada de culpabilidad a su hermana—. Eve tiene razón. Yo... esto... no quería decir nada.

—Mira lo que has hecho —exclamó ella, volviéndose hacia Dean y dándole un puñetazo cariñoso en el hombro—. Está muerto de miedo.

Dean enarcó las cejas.

—No he hecho nada. —La expresión de Eve era desafiante y bromista—. Has utilizado ese tono.

—¿Qué tono?

—Un tono que revela tu actitud protectora.

¿Cuántas veces tendría que decir que él no era ese tipo de hermano? La suposición de Eve lo irritó, de modo que se inclinó sobre ella para decirle:

—No estaba siendo protector. En absoluto.

Ted se apresuró a interrumpir.

—Oye, no pasa nada. Eve, deja en paz al hombre.

—Eso, Eve. —Mark los miraba alternativamente—. Déjalo ya.

—Oh, por Dios. —Poniendo los ojos en blanco, ella le dio otro puñetazo a Dean antes de dirigirse a su padre—: Tiene unos hombros como pedruscos, papá. No creo que vaya a hacerle daño.

¿Hacerle daño? ¿Físicamente quería decir? A punto de echarse a reír, Dean levantó la mirada y vio que Ted parecía realmente preocupado.

—¿Cómo demonios creen que podrías hacerme daño?

Ahora era ella la que parecía confusa.

—Dándote un puñetazo, supongo. Y sólo Dios sabe lo que un luchador grande y malvado como tú podría hacer cuando le llevan la contraria.

De todas las tonterías... Dean sabía exactamente lo que quería hacer con ella, y no tenía nada que ver con la furia.

—¿Es que me has dado un puñetazo? —bromeó, simulando no haberse dado cuenta—. ¿Y cuándo ha sido?

—Pero, bueno... —Fingiendo indignación, Eve se volvió hacia él para golpearlo. En ese momento Dean le sujetó la muñeca instintivamente, haciendo que perdiera el equilibrio. Eve aterrizó de cara sobre el regazo de él y casi terminó en el suelo.

Dean trató de levantarla, pero tenía la cerveza en una mano y Eve no dejaba de moverse tratando de recuperar el equilibrio. El caso es que la falda del vestido se le subió hasta las caderas.

Durante un breve segundo, Dean vislumbró las braguitas de encaje de color lavanda.

Con un gritito, Eve se apartó de golpe y cayó al suelo, con el rostro rojo como un tomate mientras se cubría con la falda.

Mark parecía a punto de morirse de un ataque de risa, mientras Ted se reía por lo bajo.

En ese momento apareció Crystal. Echó un vistazo a su hija y levantó las manos.

—Por todos los santos, Eve. ¿Qué estás haciendo en el suelo?

Eve se puso en pie como pudo, amenazó a Dean con un tembloroso puño y volvió a sentarse junto a él.

—¿Estás bien?

Ella hizo una mueca.

—Con esa gran sonrisa, tu preocupación no parece muy auténtica —le dijo.

—Lo siento —contestó él, recomponiéndole el pelo revuelto—. ¿Quieres que te enseñe unos cuantos movimientos para que esto no vuelva a ocurrirte?

Para su sorpresa, Eve asintió.

—Sí, me gustaría. —Y a continuación se dirigió a su hermano—. Y tú ya puedes ir borrando esa expresión de tu cara, Mark. De natural ya resultas bastante repugnante. No necesitas hacer muecas para serlo aún más.

Sabiendo que el joven continuaría con el asunto, Dean se dirigió a él.

—Entonces ¿qué es lo que ha hecho Jacki?

—Nada —dijo él, de repente palideciendo—. En serio.

Dean se volvió hacia Eve.

—Cuéntamelo.

—Está bien. —Todavía roja, Eve dijo—: Si tantas ganas tienes de saberlo, el fin de semana pasado llamaron a la policía por su culpa.

¿La policía?

—¿Por qué motivo?

—Escándalo público, eso es todo. Ocurrió... algo, y supongo que Jacki se molestó. Salió con unas amigas de la universidad, bebieron demasiado y terminaron bailando encima de las mesas.

A Dean no le pareció nada del otro mundo.

—¿Y llamaron a la policía por eso?

—Había gente sentada en esas mesas, que trataba de tomarse sus copas con tranquilidad.

Oh. Dean hizo todo lo posible por no reírse.

—La policía se limitó a hacerle una advertencia, y llamó a Cam para que fuera a buscarla. Lorna jura que toda la ciudad no hace más que hablar de ello.

—La gente que lo sabe es, básicamente, el grupo de la universidad con el que sale —añadió Mark en un intento de contribuir a quitarle importancia—. Y de verdad, nadie se sorprendió mucho. No con Jacki.

Dean dejó ir ese tema.

—¿Qué es lo que ocurrió que la molestó?

Eve se mostró preocupada.

—Eso es algo que tendrás que preguntarle a Cam.

Esa respuesta redobló su curiosidad al instante.

—Te estoy preguntando a ti.

Crystal soltó un sonido de impaciencia.

—No es ningún secreto, Eve. —Y a continuación se volvió hacia Dean—: Jacki no quiere vender la casa. Especialmente porque no está libre de cargas. La idea de venderla es porque el mantenimiento cuesta demasiado, lo cual es absurdo. Si las tres trabajaran en vez de dejar que sea sólo Cam la que cargue con los gastos, llegarían sin problemas a fin de mes.

¿De manera que Lorna tampoco trabajaba? ¿Cómo podía ser tan manipuladora...?

—Es el único hogar que Jacki ha conocido —continuó Crystal, que parecía decidida a que Jacki se ganara la simpatía de Dean—. Todos saben que el cambio será muy brusco y para peor, de una de las casas más bonitas de la ciudad a un apartamento. Y, como es natural, Jacki no está muy contenta.

—Mamá, no creo que...

—¿Por qué le preocupa a Jacki lo que piense la ciudad?

Las dos mujeres lo miraron de hito en hito, pero fue Eve quien habló.

—Es natural que le preocupe lo que piensan los demás. ¿No le pasa a todo el mundo?

—A mí no.

—¿A ti no?

Dean negó con la cabeza. Joder, se había pasado la mayor parte de la vida mudándose de un lugar a otro, de manera que nunca llegaba a conocer a la gente lo suficiente como para preocuparse de lo que pudieran pensar. Jacki era una niña mimada, eso era lo que era.

—¿Está deprimida porque tiene que mudarse? —gruñó—. ¿Es eso?

—No está deprimida —lo corrigió Eve—. Es sólo que no le gusta dejar atrás... —Vaciló, probablemente al recordar las circunstancias de Dean.

—¿Lo que le resulta familiar? —acabó él por ella.

Eve asintió y deslizó la mano en la suya. ¿Trataba de reconfortarlo? Dean se puso rígido. Quería cosas de ella, pero no precisamente lástima.

—Si quieres saber mi opinión... —dijo Crystal.

—Él no te ha pedido tu opinión —se apresuró a decir Eve, pero su madre prosiguió de todos modos.

—Lorna despilfarró gran parte del dinero de la herencia de esas niñas.

Dean ya se lo había imaginado. Era lo único que tenía sentido. Grover siempre había supuesto que sería así.

La mujer asintió con la cabeza como para dar más énfasis a su afirmación.

—No me interpretes mal. Lorna es una buena persona, pero no tiene el más mínimo sentido común en lo que a economía se refiere. De manera que, con ella al mando, sus necesidades eran las que se cubrían primero.

Eve gimió y enterró la cabeza entre las manos.

—No me lo puedo creer.

Dean le frotó la espalda, para hacerle saber que la esclarecedora revelación de su madre no le molestaba.

—Aún recuerdo cuando Cam necesitó unos zapatos de claqué para el recital de final de sexto curso. Por cómo se puso Lorna cualquiera diría que costaban una fortuna. Pero ¿dejó ella de arreglarse las uñas? ¿Dejó de renovar su guardarropa aquella primavera? No. Sin embargo, Cam dejó de participar en los recitales del colegio. No creo que asistiera a ninguna otra fiesta o baile hasta que tuvo edad suficiente como para trabajar y pagarse las cosas con su propio dinero.

A Dean no le gustó cómo sonaba aquello. Por lo que Grover le había dicho, el dinero que les habían dejado sus padres debería haber bastado para cubrir las necesidades de Cam y Jacki, vestidos nuevos y zapatos para fiestas incluidos. A sus padres no les habían faltado los recursos, y no sólo había un seguro para pagar la casa después de su muerte, sino que, además, habían dejado un buen pellizco. Eso, añadido a los activos y las cuentas bancarias que poseían, debería haber bastado para que disfrutaran de una buena situación económica.

—Lo siento. —Eve echó un vistazo a Dean—. Mi madre es una cotilla. Vive para ello.

Crystal le dio un pescozón a su hija.

—Es su hermano, así que tiene derecho a saberlo todo de ellas. ¿De qué otra manera si no podrá ayudarlas?

Dean apretó los dientes.

—No he venido para ayudar.

Crystal hizo un gesto con las manos como quitándole importancia a su comentario.

—Está bien. Eve me ha explicado por qué no te habíamos visto antes.

—¿Es cierto? —preguntó él a Eve. De manera que por eso habían tardado tanto en volver de la cocina. ¿Y ella decía que su madre era una cotilla?

—Me lo ha preguntado —dijo Eve defendiéndose.

En absoluto avergonzada por haber metido la nariz donde no la llamaban, Crystal se encogió de hombros.

—Naturalmente, yo sentía curiosidad por ti. Tanto Cam como Jacki pasaron mucho tiempo con nosotros cuando eran pequeñas.

Nuestra casa era como un segundo hogar para ellas. Me resultaba extraño que tuvieran un hermano del que nunca hubiéramos oído hablar.

—Durante los veranos —explicó Mark—, era como tener tres hermanas. Me superaban con mucho. Estaban más tiempo con nosotros que en su casa.

—No es que nos importara —dijo Crystal, sonriendo al recordarlo—. Las dos eran un encanto, y se me rompía el alma al pensar que estaban creciendo sin una madre.

¿Acaso no era ése el papel que Lorna tenía que haber asumido? Por lo que Crystal había dicho, Lorna había sido bien gratificada por ello.

—¿Cuántos años tenían cuando las conocisteis?

—Nos mudamos aquí cuando Eve tenía ocho años. Es un año y medio mayor que Cam.

Lo que significaba que Cam rondaría los seis años, y ya llevaría cuatro bajo el cuidado de Lorna; más tiempo del que había pasado con su madre biológica.

Cam no lo recordaba a él, a Dean, de modo que posiblemente tampoco recordara a sus padres. ¿Qué le habría dicho Lorna de ellos, de sus vidas, de las circunstancias de su muerte?

Seguramente les habría mentado.

Dean empezó a pensar en ello, y se dio cuenta de que sus dos hermanas la llamaban tía Lorna. Nada especialmente cariñoso.

Nada más personal. ¿Habría insistido la propia Lorna en que la llamaran así?

Para Dean, Grover había sido su padre, su tío, su... familia entera, todos los miembros en uno. Era un hombre de modales bruscos, pero nunca lo había hecho sentir como si fuera una molestia. Dean nunca se sintió como un intruso en la vida de ese hombre.

Ted se acercó a su esposa y le puso una mano en el hombro. Aunque nunca antes lo había visto, Dean lo reconoció de forma automática como un gesto de apoyo. Grover nunca sentó la cabeza con una mujer. Ni siquiera había salido con ninguna en el sentido convencional de la palabra. Simple y llanamente, Grover llevaba mujeres a casa con el único propósito de acostarse con ellas.

No lo decía con esa claridad, pero tampoco se avergonzaba de ello. Y Dean no había tardado en seguir sus pasos.

A Grover siempre le habían gustado las mujeres, pero nunca había demostrado un grado de intimidad emocional o compañerismo doméstico con ninguna. Las relaciones de su tío carecieron siempre de la silenciosa conexión que ahora Dean veía entre Ted y Crystal.

—Nos gustan mucho tus hermanas. —Ted le sonrió a Crystal—. Las dos, pero especialmente Cam, por la intimidad que compartía con Eve.

—Cam me confiaba sus temores —explicó Crystal—. Acudía a mí cuando necesitaba a alguien con quien hablar, alguien en quien confiar. Me preguntaba todas las cosas que una jovencita le preguntaría a su madre.

Dean se preguntó a qué cosas se referiría. Fuera lo que fuese, le molestaba saber que Cam había tenido que acudir a la madre de una amiga. Lorna debería haber estado allí para ella, en todos esos momentos.

—Verás, Lorna no era muy cercana. No comprendía a tus hermanas. Esperaba que fueran perfectas en todas las situaciones, que le causaran los mínimos problemas. No les dejaba demasiado espacio ni oportunidad para aprender cosas por sí mismas. Y eso era duro para ellas, pero especialmente para Cam.

Tanto para él como para Crystal, Dean dijo:

—Porque Cam se sentía responsable de Jacki.

Crystal asintió.

—Era apenas una niña cuando empezó a ocuparse de Jacki, de todas sus necesidades; protegiéndola y guiándola.

—Lorna las agobiaba con reglas y más reglas —añadió Eve, sintiéndolo profundamente por ellas—. Así que, cuando Cam se metía en problemas, o quería saber cosas de chicos o, simplemente, necesitaba tomar el aire y relajarse, venía a casa conmigo y mamá la aconsejaba.

—Y a su vez —dijo Crystal con gran orgullo—, aprendió a estar ahí para cuando Jacki la necesitara.

Dean pareció reflexionar en ello. El había pasado un montón de años viajando, durmiendo en camas incómodas, sin amigos, arrastrándose de un lugar a otro, día tras día. Por la noche, pensaba en sus hermanas, y siempre había creído que llevarían una vida fácil. Al fin y al cabo, ellas se habían quedado con todo: la casa, los juguetes, la piscina, los amigos... todo aquello con lo que un niño de nueve años disfrutaba.

Había sido a él a quien habían echado de una patada con algunas mudas. ¿De verdad había vivido en un error tanto tiempo?

—Crystal está al tanto de la información sobre la venta de la casa porque ella es la agente inmobiliaria a quien se la han encargado —explicó Ted—. Libre de comisión, por supuesto, dado que no se podrá sacar dinero alguno. Está intentando hacer lo posible por evitar que Cam cometa algún error por precipitarse en su decisión.

Dean apretó la mandíbula negándose a preguntar. Pero en su cabeza, donde nadie podía oírlo, la pregunta resonaba una y otra vez: ¿qué decisiones precipitadas? ¿Por qué su hermana le había escrito precisamente entonces, y qué quería de él? ¿Qué necesitaba con tanta premura que había decidido contactar con un hermano del que nunca habían sabido nada?

Se dio cuenta de repente que Eve lo estaba observando a la espera de su reacción. Trató de suavizar el cejo, pero Eve ya se había levantado de un salto.

—Ya basta, todos vosotros. Me habéis dejado en ridículo. Ahora estaré permanentemente roja por lo menos durante un año.

—Pese a las protestas de su familia, empezó a empujarlos suavemente hacia la puerta—. Es un milagro que Dean no salga corriendo ahora mismo.

Sin apresurarse, él se puso en pie.

—No me voy a ir a ninguna parte. —Ellos dos tenían un asunto pendiente y no tenía la menor intención de irse hasta que hubiera conseguido su propósito. Además, tenía alguna que otra pregunta que hacerle cuando su familia no estuviera presente.

—Vale —aceptó Crystal—. Entonces podrías venir a cenar con nosotros mañana por la noche.

Eve hizo una mueca y se apresuró a reconvenirla.

—Mamá...

Tratar con padres insistentes era una novedad para Dean, pero también le pareció interesante. Eve se mostraba de una manera cuando estaba sola, de otra delante de sus hermanas, y de otra distinta delante de sus padres.

Pero daba igual cuál fuera la situación, él la encontraba atractiva en todas ellas.

—Lo siento, Crystal. Agradezco la invitación, pero tengo cosas que hacer.

—¿Como qué? —preguntó la mujer sin desalentarse.

Antes de que Eve pudiera gemir nuevamente, Dean se explicó.

—Mirar casas. Tal vez puedas darme algunas pistas.

Crystal se animó de inmediato al oírlo.

—¿Pistas sobre qué?

—Cualquier casa que necesite algún tipo de reparación. Quiero encontrar algo que pueda reparar y vender después a mejor precio.

Sus palabras la desinflaron un poco.

—¿Es que no vas a mudarte aquí?

—No —contestó él, y percibió la tensión de Eve, que se movía inquieta a su lado—. Viajo mucho, por eso no me instalo definitivamente en ningún sitio.

—¿Tienes experiencia con las reformas? —preguntó Crystal, aceptando la respuesta de Dean.

—Es lo que hago cuando no estoy entrenando para un combate.

Tras hurgar en su bolso, Crystal le entregó su tarjeta de visita.

—Ven a mi oficina mañana. ¿Te parece bien al mediodía? Allí tengo los pliegos de especificaciones para que les eches un vistazo. Puede que encuentres algo que te interese.

Dean asintió y se guardó la tarjeta en el bolsillo trasero.

—Gracias. Allí estaré.

—¿Dónde te hospedas? —preguntó Ted.

—En el motel Cross Streets.

Mark hizo una mueca.

—Otra de las propiedades de Roger. Sale con Cam.

—Ya nos conocemos. —Pero Dean no se había dado cuenta de que Roger fuera el propietario del motel. No estaba seguro de si eso le molestaba o no. Tendría que pensar en ello cuando no estuviera tan tenso debido a las ganas de sexo que tenía.

Tanto Crystal como Ted parecían dispuestos a lanzarse a iniciar cualquier otro tema, pero Eve sofocó todo intento.

—Es hora de irse —manifestó decidida al tiempo que empezaba a llevar a su familia hacia la puerta.

Se marcharon entre burlas bienintencionadas, risas y alguna que otra invitación. En general, a Dean le habían dado la impresión de ser amables y poco protocolarios, como si todos ellos se tomaran ciertas libertades gracias al amor que compartían.

Eve encendió la luz del porche y esperó en la puerta a que sus padres y su hermano atravesaran el jardín corriendo bajo la lluvia hasta llegar al coche. Cuando todos se hubieron acomodado en el vehículo, les hizo un último gesto de despedida, cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Siento mucho todo esto. —Se apoyó contra la pared—. No suelen ser tan entrometidos.

Dean sintió una nueva tensión en el aire, y esta vez era claramente sexual.

—¿De verdad esperas que me lo crea?

Ella lanzó una carcajada.

—No. —Evitando su mirada, se apartó de la puerta y se dirigió hacia la cocina—. Pueden ser muy pesados, pero tienen buenas intenciones. Espero que no te hayan hecho cambiar de opinión.

—Ni loco. —La observó mientras recogía dos botellas de cerveza vacías del salón.

—Y dime, si vas a comprar una casa es que no tienes intenciones de irte a corto plazo, ¿no? —le preguntó por encima del hombro.

Dean se negó a comprometerse diciendo algo que pudiera lamentar después. Aún no sabía lo suficiente de sus hermanas, de los problemas que Cam pudiera tener o por qué Jacki era tan rebelde, como para tomar una decisión. Hasta que se hiciera una idea más concreta, no sabía qué quería hacer. Comprar una casa para arreglarla le parecía una manera muy oportuna de demorar las cosas hasta entonces.

—Puede. Aún no lo he decidido.

—Espero que te quedes por aquí un tiempo. —Eve se dirigió al fregadero y empezó a aclarar un plato.

—¿Sí?

—A Cam y a Jacki les vendría muy bien tu ayuda.

Dean se acercó a ella por detrás y, posando las manos en su cintura, se inclinó y acercó la cabeza a su oreja por detrás.

—Por última vez —murmuró—, no soy ese tipo de hermano.

Eve le lanzó una mirada por encima del hombro, totalmente rígida.

—Entonces ¿qué tipo de hermano eres?

—Pues saber ahora qué tipo de hermano soy es lo último que tengo en mente. —Disfrutó de la reacción de Eve a través del fino tejido de algodón de su vestido veraniego, de la forma en que se le entrecortaba la respiración, de cómo temblaba ligeramente.

Depositó un húmedo beso en un lado de su cuello al tiempo que le susurraba:

ELLUCHADOR



LORI FOSTER

—Esta noche me interesas mucho más tú.

CAPÍTULO 7

La hora de la verdad, pensó Eve. Había provocado a Dean, lo había engatusado, y allí estaba su recompensa. Ay, Dios. Sólo esperaba poder manejarlo.

—Dean —dijo, esbozando una sonrisa, y empezó a volverse. No fue muy lejos. Notó una mano grande y cálida sobre el vientre y Dean acercó sus caderas a su cuerpo, atrapándola contra la encimera.

—¿Sí? —El aliento de ella en su oreja le provocó escalofríos—. ¿Sabes que llevo pensando en esto, en ti, todo el día? Me tenías casi obsesionado. He estado medio empalmado todo el rato. No podía concentrarme en nada ni en nadie más. —Contrajo los dedos, acariciándole el estómago con delicadeza

Eve miró por la ventana de la cocina, situada justo encima del fregadero, sin ver en realidad la tormenta que se cernía sobre los árboles haciendo que éstos se doblaran, ni los violentos rayos que desgarraban el cielo.

Todo su cuerpo, cada uno de sus nervios, vibraban con conciencia sexual.

—Yo también.

—Me alegra saberlo —dijo él, trazando un leve sendero con los labios a lo largo de su nuca hasta la oreja; tomó el lóbulo entre los dientes y empezó a jugar con él con la lengua. Eve notaba que los párpados le pesaban y, acto seguido, los cerró por completo.

Pero privarse del sentido de la vista no hizo sino intensificar los demás sentidos, conscientes de la cercanía de él, de sus claras y devastadoras intenciones.

Colocando sus largas piernas a ambos lados de las de ella y empujando un poco más aún, rodeó a Eve con su tamaño, su fuerza y su aroma indescriptible. Ella sentía el calor del cuerpo masculino a lo largo de toda su espalda, y le pareció que los músculos se le debilitaban. Dean mantenía las manos ocupadas, haciéndole pequeñas caricias despreocupadas pero tremendamente tentadoras.

Eve se sentía cercada por él, un tanto recelosa del poderoso efecto que tenía sobre ella. Y al mismo tiempo, quería más, más contacto, más besos suyos.

Apoyó la cabeza en su torso, sintiendo cómo el corazón le martilleaba dentro de las costillas.

—Todo esto es muy extraño, Dean —dijo finalmente.

—¿Y cómo es eso? —Sus dedos continuaron acariciándole el estómago, amagando, amenazando con descender sin llegar a hacerlo en realidad.

Era diabólico, porque en esos momentos Eve sólo podía pensar en cómo conseguir que la tocara, cuando, hacía apenas un instante había estado considerando la manera de mantenerlo a distancia.

Utilizando su mano libre, Dean le apartó el pelo, descubriendo un trozo más de su garganta antes de colocar la mano sobre su hombro atrapándolo con suavidad.

Abrió la boca sobre la zona de delicada piel donde se unían el cuello y el hombro, y se la lamió.

—Ay, Dios.

—¿Sabes así de bien en todas partes?

La forma en que lo preguntó, con una voz profunda e intensa mente insinuante, hizo que Eve gimiera. Qué bueno era aquel tío.

Demasiado. No acertaba a comprenderlo, ni tampoco la reacción que ella estaba teniendo.

—¿Cómo lo haces?

—¿Esto? —Deslizó la lengua a lo largo de su cuello, trazando un reguero húmedo y crepitante hasta su oreja; se precipitó entonces al interior y le susurró—: ¿O esto? —Presionó con sus dedos un poco más abajo, cerca, muy cerca, pero se detuvo al borde mismo

Eve se maldijo. Ella no era una mujer tímida. No temía pedir lo que quería que le hicieran. En otras relaciones había sido siempre muy clara, aunque los resultados no habían sido ni de lejos parecidos.

En aquel caso, Dean había conseguido transportarla hasta su punto álgido casi sin esfuerzo, como si llevaran una hora de preliminares.

—Esto es una locura.

—¿Que te guste que te toque? —Deslizó la otra mano por su hombro hasta llegar al brazo, y desde ahí pasó a su pecho.

Eve contuvo una exclamación de sorpresa.

—Sí.

—Relájate, Eve.

—Estoy relajada.

La áspera carcajada que brotó de la garganta de Dean rebotó en todas las terminaciones nerviosas de Eve.

—No, no lo estás. Estás luchando contra mí.

¿Cómo demonios podía saberlo?

Dean le cubrió un pecho con una mano, aunque no parecía tener la intención de excitarla. Es decir, que no manoseaba, ni apretaba, ni exploraba. El pezón se le erizó, marcándose agresivamente contra el delgado tejido del vestido, pero él no lo frotó, ni siquiera pareció darse cuenta ni mostrar interés. Se limitó a dejarla mano ahí mientras seguía besándole el hombro y el cuello y la garganta.

Tan poca prisa mostraba, que Eve empezó a tener dudas.

Hasta que sintió cómo Dean clavaba su sólida erección contra su trasero.

—Qué pequeña eres.

Lo dijo de tal forma que sonó como un delicado cumplido.

—Dean, espera.

En vez de discutir o presionarla, él se limitó a decir «de acuerdo», y apoyó la barbilla sobre la cabeza de Eve.

—¿Quieres hablar?

Maldita sea. Ella no podía apenas respirar, mientras que él no parecía alterado en absoluto; no le parecía justo. Pero Eve sabía que aquello no podía ser. Puede que fuera el momento de recuperar un poco el control.

—Sí, hablar estaría bien.

—Estoy de acuerdo. ¿De qué quieres hablar?

Eve necesitaba decir algo que lo descolocara, algo inesperado. De modo que preguntó una cosa que realmente la preocupaba.

—¿Adonde vamos con esto?

Durante un fugaz instante, Dean la abrazó de una manera que parecía totalmente afectuosa.

—Con suerte y un poco de colaboración por tu parte, yo diría que hacia un enloquecedor orgasmo.

Ay, Dios. Eve tenía la sensación de que aquel hombre no necesitaba ni suerte ni su colaboración para hacer que eso ocurriera.

Sintiendo la necesidad de recuperar la compostura después del osado comentario de Dean, Eve cerró los ojos. Cuando creyó que ya había hecho acopio de las fuerzas necesarias para hablar, dijo:

—Quería decir... todo esto. No sólo el sexo.

Dean bajó un poco la cabeza, pensativo, y contempló su perfil.

—Probablemente sea demasiado pronto todavía para decirlo.

¿Tú adonde quieres que vaya?

Eve tragó con dificultad. Dean acababa de darle la vuelta a la tortilla.

—Yo tampoco lo sé, pero no soy de esas mujeres que se van a la cama con un hombre a la primera de cambio.

—Entonces tendré que considerarme afortunado.

Ella ignoró el comentario.

—Es sólo que me has cogido por sorpresa y no estoy siendo yo misma. Quiero decir que, normalmente, no dejo que las cosas vayan tan rápido.

—Hmmm. —Dean apoyó la barbilla nuevamente sobre la cabeza de ella—. ¿Y cómo te comportas con los hombres normalmente?

Eve no se sentía capaz de darse la vuelta y mirarlo a la cara. Seguro que estaría enfadado por la interrupción, por mucho que su tono sonara meramente curioso. Tenía que estar furioso.

—Salgo con ellos. —Sí, eso sonaba razonable—. Te conozco sólo desde anoche, Dean. Toda nuestra relación se ha limitado a un poco de charla delante de otras personas. No puede decirse que sepa mucho de ti.

Algo cambió en la voz de él.

—¿Me estás pidiendo que me vaya?

—¡No!—Se quedaría terriblemente frustrada si él se fuera dejándola así—. Pero...

—Pero quieres que salgamos juntos, que nos conozcamos un poco mejor. Después de esta noche, claro.

Parecía algo ridículo dicho por él, pero no podía echarse atrás.

—Sí.

—De acuerdo. Puedo hacerlo. —Como si quisiera tranquilizarla un poco, mantuvo las manos quietas—. ¿Qué te parece si mañana vamos a ver una película?

La facilidad con la que se había plegado a sus deseos pareció aliviarla.

—¿Una película?

—Sí. —Su pulgar exploró un pezón y Eve dio un respingo.

Dean seguía acariciándola, tal vez para asegurarse de conseguir la respuesta que quería—. ¿Hay algún cine en este pueblo?

El ligero movimiento que hacía con el pulgar sobre su pezón, tan despreocupado y casi... natural, imposibilitaba en ella todo pensamiento coherente.

—Sí.

—¿Dan algo bueno? —Con las dos manos de él sobre sus pechos, cálidos y llenos, Eve tuvo que tensar las piernas para mantenerse en pie—. Quiero decir alguna película de patadaso de miedo. No una de esas románticas que os gustan a las chicas. No las soporto.

Con los ojos cerrados y los puños apretados, Eve negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Ya me ocuparé de mirarlo. También podríamos ir a cenar.—Le rozó la sien con los labios y, utilizando ambas manos, tironeó de sus dos pezones—. No sé bailar. Apúntalo como uno de mis muchos defectos.

¿Por qué no se callaría para dejar que disfrutara de cómo la estaba haciendo sentir?

—¿Sabes, Eve? No estoy muy seguro de que hayas escuchado nada de lo que te he dicho.

Ella percibió el tono burlón de su voz y supo que estaba jugando a propósito. Era irritante. Hizo acopio de toda la fuerza que pudo con el fin de ponerlo en su sitio, pero Dean se le adelantó y le susurró:

—Creo que sé por qué. —Le dio un beso en la mejilla—. Lo necesitas, ¿verdad?

Eve notó que todos los músculos de su cuerpo se tensaban de pura expectación. No podía responder. No podía ni siquiera asentir con la cabeza.

—¿Quieres correrte ya, Eve?

Un gemido debió de servirle de indicación, porque la mano derecha de Dean se abrió camino entre sus piernas y Eve notó cómo comenzaba a provocarle una sensación de creciente placer.

Dean emitió un salvaje sonido de deseo cuando su mano se ahuecó contra el tejido del vestido y las bragas de Eve. Sus dedos empezaron a explorar, a tocar, llevándola al borde del orgasmo.

—Muy bien, Eve. Estás muy caliente. —Movi6 los dedos arriba y abajo y, a pesar de la barrera de la ropa, encontr6 el hinchado clitoris de ella—. Este vestido no es barrera suficiente, y dudo mucho que tus braguitas lo sean mucho m6s. Sin embargo, preferiría que no hubiera barreras.

Ella tambi6n.

Dean desliz6 las manos, tom6 el bajo del vestido y se lo levant6. Al segundo, desliz6 la mano dentro de las braguitas.

—Caliente... y mojada. Estás m6s que lista, ¿verdad, cariño?

Eve cerr6 la mano alrededor de la muñeca de 6l, no para apartarlo, sino para asegurarse de que no se alejase de all6. Estaba tan cerca del orgasmo que en aquel momento no le importaba nada m6s.

—Shhh. Ahora despacio.

Dean la sostuvo con suavidad, acun6ndola contra su cuerpo, sirvi6ndole de apoyo, abraz6ndola. La meci6 con el m6s leve de los movimientos. Continu6 bes6ndola. Y las rudas yemas de sus dedos practicaron verdadera magia sobre ella.

—No lo puedo creer —jade6 Eve, con voz aguda y d6bil porque no pod6a respirar. Lo m6s profundo de su ser comenz6 a estremecerse salvajemente. El mundo se borr6 a su alrededor.

Un minuto y llegaría.

Cuando not6 la brisa fresca sobre su piel enfebrecida se dio cuenta de que Dean le hab6a bajado los tirantes del vestido.

Tenía los pechos al descubierto.

—Eres preciosa. Y tan sensible —dijo 6l, moviendo su mano de un pecho al otro, dibujando c6rculos alrededor de cada pez6n con el borde del pulgar—. Me muero de ganas de saborearte. Pero por el momento creo que esta posici6n nos est6 funcionando a la perfecci6n.

Eve se rindi6. Sin importarle ya lo que Dean pudiera pensar de ella, afianz6 su posici6n con las piernas abiertas y lo sinti6 sonreír contra su mejilla.

—Y ya basta de hablar —continuó Dean, como si no fuera él quien llevara un rato hablando solo. Sujetándole con una mano el pecho y con la otra metida entre sus piernas, dijo—: Lo único que tienes que hacer es confiar en mí y disfrutar.

¿Confiar? Si apenas lo conocía. La idea llegó y se fue tan rápidamente que Eve no pudo ni pensar en ella. Entre la sensación de unos dedos de él sobre sus pezones y otros deslizándose entre sus piernas, la abrumadora potencia del cuerpo que la sostenía para que no se cayese y los tiernos y húmedos besos que depositaba en su garganta y su nuca, Eve no era capaz de pensar de forma coherente. La sobrecarga sensorial bloqueaba todo lo que no fuera placer.

De alguna forma, Dean sabía cuándo aplicar la cantidad exacta de presión y en los lugares apropiados.

Maravillada ante su destreza, ante lo bien que conocía su cuerpo, mejor que ella, de hecho, Eve paladeó el creciente orgasmo.

Las cosas que estaba sintiendo, las que él le hacía sentir, eran más fuertes de lo que hubiera creído posible. Más dulces. Más intensas.

Y se aproximaban a ella a tal velocidad que apenas podía creerlo.

Tuvo que clavar los dedos en los muslos de él para guardar el equilibrio. No lo había planeado, a decir verdad, no se hallaba en condiciones de planear nada, pero se apretó contra él y empezó a frotarse contra su erección, deseándolo por completo, a él entero.

Dean no emitió el más mínimo sonido, ni aflojó el ritmo que él mismo había pautado, aunque el corazón le golpeaba las costillas y todo su cuerpo emanaba oleadas de calor.

Justo cuando ella más lo necesitaba, Dean la penetró suavemente con un dedo, profundamente, y Eve se oyó gemir, pero no le importó. Él cogió uno de sus pezones entre los dedos índice y pulgar, y tironeó suavemente, inflamándola aún más.

—Suéltate —le susurró, mordisqueándole amorosamente un hombro, y, tal como le había ordenado, Eve perdió el último control que le quedaba.

El orgasmo brotó de su interior, haciendo que sus músculos internos se apretaran contra el dedo que él mantenía dentro de ella. Con un ardoroso gruñido de apreciación, Dean presionó más aún, más hondo. Eve se corrió entonces; tenía las piernas rígidas y la cabeza echada hacia atrás, y Dean continuó con sus caricias. La mantuvo en el punto álgido de un placer casi doloroso durante lo que pareció una eternidad.

Finalmente, retiró el dedo y las sensaciones empezaron a ceder. Sus piernas también lo habrían hecho si Dean no la hubiera cogido en brazos.

—¿Dónde está el dormitorio?

Tratando de comprender aún lo que acababa de suceder, Eve se quedó mirándolo fijamente. No era una ninfómana que se corriera al más leve roce. Como a la mayoría de las mujeres, los orgasmos brutales se le resistían. Joder, un simple orgasmo ya era bastante raro. Eso no quería decir que antes no hubiera disfrutado con el sexo. Pero... no podía considerar del mismo modo lo que acababa de hacer con Dean.

No sabía cómo llamarlo.

Él sonrió.

—¿Estás bien?

Estaba... débil, perdida en una especie de niebla, y tremendamente saciada. Seguía sintiendo un delicioso cosquilleo en las extremidades, una especie de marea que, aunque iba cediendo, no dejaba de palpar en su interior. Era como si el estómago le pesara y flotara al mismo tiempo.

La sonrisa de Dean se ensanchó.

—¿Eve?

Completamente aturdida, lo miró fijamente. No era capaz de pronunciar una palabra, así que ahuecó una mano contra la mejilla de él, rozó los moratones que tenía en la parte superior del pómulo y en su rígida mandíbula.

Era un hombre extraordinario.

—Joder, nena, me estás matando. —Inclinándose hacia adelante, Dean besó con urgencia y pasión los labios entreabiertos de Eve—. ¿Dónde está tu dormitorio, preciosa? ¿Quieres que lo busque yo solo?

Maravillada ante su exhibición de control, Eve bajó la mirada y la fijó en su boca. Suspiró. La expresión de Dean cobró más intensidad.

—No importa. Ya lo encontraré solo.

Pero se dirigió justo en dirección opuesta, lo que obligó a Eve a hablar, aunque le faltaba el aliento.

—Atravesando el salón, a la izquierda de la puerta principal.

—Vale.

La llevaba en brazos como si no pesara nada, claro que, para un hombre tan varonil, para un superatleta de trabajados músculos como él, Eve supuso que realmente no debía de pesar nada.

—Eres bueno —se sintió compelida a decir, apoyando la cabeza contra su hombro. Sabía que no era la palabra más adecuada, pero estupendo, devastador o increíble se le antojaban excesivas.

—Conque bueno, ¿eh? —Dean parecía tener un buen humor inagotable—. Creo que no estás en situación de juzgar eso...

—Dean la miró con ojos enfebrecidos y una expresión llena de determinación— todavía.

La sensación de languidez se fue evaporando a medida que la invadía una nueva oleada de deseo. El pulso comenzó a latirle más de prisa; sus músculos laxos se tensaron. La confianza de Dean casi le bastó para llevarla de nuevo al orgasmo.

—No estoy segura de que pueda resistir más.

—Confía en mí. —Dean entornó sus ojos castaño claro, y la sujetó más estrechamente entre sus brazos—. Puedes y lo harás.

Vaya. Por cómo hablaba, lo lógico era que se hubiera preocupado un poco. La naturaleza dominante de Dean era evidente y, sin embargo, no dominaba. De eso estaba segura, porque había visto cómo se comportaba con Roger.

Y con Cam.

Hasta el momento, parecía poseer una personalidad tan compleja que Eve no sabía qué pensar de él. Pero una cosa era cierta: la química sexual podía derretirle los huesos.

Al menos a ella. Pero ¿cómo sería para él?

Sin apartar el cubrecama, Dean la depositó sobre el lecho. La colcha de diseño le había costado una fortuna, pero cuando Dean se quitó la camiseta, Eve decidió que no le importaba.

Santo Dios.

¿Existían hombres físicamente tan perfectos? ¿Tan increíblemente sexys? Incluso lleno de magulladuras y cicatrices, el torso desnudo de Dean Conor bien valía una docena de juegos de cama de diseño.

Saber que estaba herido y verlo eran dos cosas muy diferentes. Con súbita preocupación, Eve se incorporó sobre un hombro.

—Dean, ¿seguro que estás bien?

El se miró los moratones como si se hubiera olvidado de ellos.

—No es nada.

Pues a ella no se lo parecía. Manchas de color lila y tirando a verdosas le cubrían parte del tórax y un hombro. En la parte baja del costado izquierdo, casi hasta la cadera, se podían ver manchas de diversos tonos.

La compasión que sintió por él se le hizo casi asfixiante.

—Tiene que dolerte.

—Ahora mismo —susurró él—, no siento nada.

Dean clavó la mirada en los pechos desnudos de Eve y se quitó los zapatos. Sin mostrar reserva ni pudor de ninguna clase, se bajó la cremallera de los vaqueros y se los quitó, arrastrando consigo los bóxers.

Vaya, así que no era tan impasible, después de todo. La deseaba. Y mucho.

Incorporándose un poco hasta apoyarse en los codos, Eve saboreó la vista que Dean le presentaba. Las evidentes señales del combate no hacían sino conferirle un aire aún más masculino e impresionante. La mayoría de los hombres aún estarían en la cama, recuperándose.

Dean Conor no.

El consideraba los signos de la batalla como algo baladí.

Estar tan cerca de él causaba verdaderos estragos en la paz mental de Eve. Podía sentir lo rápido que se le estaba rindiendo, y, demonios, no era sólo por su físico arrebatador. Había conocido a otros hombres atractivos, de hecho había salido con muchos. Vale, ninguno tan impresionante como Dean.

Sería fácil si sólo se tratara de una mera atracción física en vez de aquella mezcla de sentimientos que la bombardeaban en aquel mismo instante.

El embalaje exterior era un extra, lo admitía, pero también estaba su actitud, la seguridad con que se movía, y la forma en que la trataba: natural, sin reserva, pero también con una serena admiración y una aguda expectación.

Nunca antes se había sentido tan... deseada. Nunca antes había intimado con un hombre como él.

Y cómo había bromeado con Jacki; cómo había dejado que Cam lo abrazara, a pesar de que los abrazos platónicos no lo hacían sentir demasiado cómodo. Todo él se le antojaba atractivo.

Y por el momento, durante esa noche, era todo suyo.

De pie a un lado de la cama, Dean le sonrió, no con diversión sino rebosante de prometedora sensualidad.

—¿Sabes, Eve? Estás muy seria. ¿En qué estás pensando?

Ay, Dios, encima podía leerle el pensamiento. Un atributo más para su ya abultada lista. Se humedeció los labios reseco mientras lo contemplaba.

—Estoy pensando en que eres el hombre más abrumadoramente atractivo que he conocido en mi vida.

Por alguna razón, el cumplido le hizo fruncir el cejo.

—Si quieres idealizarme, deja por lo menos que te dé motivos. — Y, diciéndolo, la tomó por las rodillas y le separó las piernas lo justo para colocarse entre ellas.

La excitación la sacudió nuevamente.

El vello corporal de Dean era de un tono castaño algo más oscuro que sus cabellos. En ese momento, recordó que su hermano le había contado que muchos luchadores se decoloraban el vello corporal para que se vieran más los tatuajes y los músculos.

Pero no Dean.

—Me alegro de que no te decolores el vello —le dijo, pasando las manos por encima de su torso.

Dean enarcó una ceja, como si Eve finalmente lo hubiera sorprendido. Resopló en señal de desprecio.

—No tengo tiempo para esas mariconadas.

—Buena cosa.

Sus músculos se marcaban con cada movimiento, tensándose y relajándose alternativamente. Tenía un cuerpo muy bien formado sin un solo gramo de grasa. Y todo él era... grande. Sus manos, sus pies, sus hombros, sus bíceps, su torso.

Su erección.

Dean intuyó hacia adonde se dirigían sus pensamientos y murmuró en voz baja:

—Esta vez no iremos tan de prisa.

Eve dejó caer hacia atrás la cabeza y cerró los ojos sin dar crédito. ¿De prisa? ¿Según él, la sesión de insoportable provocación a la que la había sometido en la cocina había ido de prisa.

Con sus grandes palmas, Dean fue ascendiendo desde las rodillas, pasando por los muslos y las caderas, hasta llegar a la banda de sus braguitas. Se las bajó todo lo posible, dado que él seguía de pie entre sus piernas abiertas.

Suficiente sin embargo.

Ella contemplaba atentamente cómo le recorría el estómago, las caderas, un muslo y después el otro con las yemas de los dedos.

Podría haber sido una caricia cosquilleante de no ser por lo abrumadoramente excitada que estaba.

Entonces la acarició fugaz y tentadoramente, entre las piernas.

De pronto, Dean retrocedió un paso y bajándole las bragas hasta los tobillos, se las quitó por completo.

—¿Cómo se saca el vestido?

Eve se obligó a abrir los ojos.

—Tiene una cremallera detrás.

Aquella sexy sonrisa ladeada suya apareció de nuevo.

—Pues entonces te daré la vuelta. —Fácilmente la colocó boca abajo. Pero en vez de bajarle la cremallera, Dean se detuvo, y, un segundo después, Eve sintió su aliento en la base de la espalda—. Qué culo más sexy tienes.

Sin más aviso que ése, Eve sintió cómo se lo besaba, por todas partes, y tuvo que aferrarse al cubrecama.

—Dean...

Este dio un último mordisco a una nalga y se irguió de nuevo para bajarle la cremallera. Una vez abierta, la tumbó boca arriba y la ayudó a quitárselo.

Con expresión tensa, Dean permaneció de pie junto a la cama, contemplando su cuerpo desnudo. Sin apartar en ningún momento la vista de ella, alcanzó los vaqueros y sacó un condón.

—¿Tomas la píldora?

Se mostraba calmado e impasible en todo.

—Sí.

—Bien. Nunca se es demasiado cuidadoso hoy en día —dijo él, poniéndose el condón. Acto seguido, se colocó encima de ella, acoplando las caderas entre sus piernas. Y como si se le hubiera terminado la paciencia, devoró su boca.

Pero no la penetró, ni siquiera se movió, excepto lo justo para besarla con arrebatada pasión. Aquel hombre sabía besar a una mujer. Sabía cómo hacer que se consumiera.

Y Eve estaba empezando a sentirse otra vez anhelante.

—Dean —dijo, aprovechando un segundo en que liberó su boca.

—¿Y una partida de bolos? —preguntó él, apoyándose en los codos mientras contemplaba sus pechos. Entonces se inclinó para lamerle el pezón izquierdo.

Ella inspiró totalmente sorprendida.

—¿Bolos? —acertó a decir con voz grave.

—¿No te gustan los bolos?

¿Cómo podía hablar, o esperar que ella hablara, mientras le hacía aquellas cosas? Eve emitió un gemido.

—¿Eso es un sí? Me ha parecido que podía ser una buena idea para una segunda cita. Se me dan bien los bolos. No fenomenal, pero sé defenderme.

Debía de estar de broma. Pero si así era como quería jugar, sereno y calmado, ella también podía.

—Los bolos están bien...

Dean atrapó el pezón de Eve y empezó a chupárselo suavemente.

Olvidándose de las magulladuras, ella le clavó los dedos en la espalda y se arqueó contra su cuerpo.

—Estupendo. Entonces bolos pasado mañana —confirmó él cuando levantó la cabeza para cambiar al otro pezón.

Se mostraba tan tranquilo y relajado, pero tan hábil al mismo tiempo, que en cuestión de minutos Eve había perdido toda conciencia del tiempo y el lugar. No dejaba de retorcerse contra él, dispuesta a insistirle para que dejara de jugar y se concentrara en lo que debía.

—Estaba pensando...

—Cállate, Dean.

—Hablo en serio. Tal vez sea buena idea conocernos un poco mejor.

Eve le sujetó la cara con las manos y lo acercó a sí.

—Déjalo ya, Dean. Por favor.

Él se tendió a su lado y posó una mano en la parte baja de su vientre.

—No, lo digo de verdad. Cuéntame algo sobre ti.

Tenía aspecto de hablar en serio, maldito fuera.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella tras apretar los dientes de pura frustración.

—Todo. —Dean la miró a los ojos, colando al mismo tiempo la mano entre sus muslos—. Pero empecemos por saber si te gusta el sexo oral.

Sus hábiles y expertos dedos exploraban el cuerpo femenino y después dentro de él. Profundamente, presionando aún más profundamente. Saliendo, trazando círculos para volver a hundirse.

La estaba atormentando a propósito, pero Eve no se veía capaz de protestar.

—Sí.

—¿Te gusta?

—Sí. Yo... sí.

Sin dejar de observarla con su perspicaz mirada, Dean introdujo los dedos nuevamente.

—Ah, sí. Justo ahí, ¿eh? —dijo al ver que Eve levantaba las caderas de la cama.

En efecto, exactamente allí.

Dean empezó a frotar con el pulgar, deslizándolo suavemente sobre la carne hipersensible. Una vez, y otra..., hasta que Eve comenzó a presionar las caderas contra su mano en un intento de aumentar el contacto.

—¿Dar o recibir? —preguntó entonces Dean con voz ronca de deseo.

Sin comprender, Eve movió la cabeza negativamente.

—¿Te gusta que te besen aquí, Eve?

Dean introdujo nuevamente los dedos al tiempo que frotaba el pulgar contra su clítoris, imprimiendo un ritmo deliciosamente provocador.

Eve sintió cómo empezaba a palpar por dentro, y supo que iba a correrse otra vez. Muy pronto.

—Sí —susurró, tratando de aguantar, deseosa de sentir su boca besándola allí, ahora que lo había mencionado; estimulando increíblemente su imaginación.

De alguna manera, sin que cambiara su expresión en absoluto, ella pudo ver el placer que también él sentía y cómo su excitación había alcanzado un nuevo nivel.

—Justo lo que quería oír.

Se inclinó sobre ella hasta que su boca le rozó las costillas. Mientras salía de la cama para arrodillarse en el suelo, trazó con la lengua un húmedo camino bajando por el abdomen hasta llegar al ombligo.

Eve estaba rígida, tenía la respiración entrecortada y el corazón le martilleaba en las costillas.

—Hueles tan condenadamente bien —dijo él, mordisqueándole la cadera. Ella dio un respingo y a continuación cerró los ojos y se aferró con fuerza al cubrecama.

Sintió la caricia del sedoso cabello de Dean en la cara interna de los muslos cuando éste le separó más las piernas, instándola a doblar las rodillas, a mostrarle su lado más íntimo por completo. Ella lo hizo... y contuvo el aliento.

Durante unos segundos, la más absoluta calma reinó en la habitación y Eve supo que él la estaba contemplando. Pero no debió de parecerle suficiente, porque aún separó más sus pliegues internos con los dedos. Justo cuando ya creía que no podría soportar un segundo más su silencioso escrutinio, Dean emitió un breve gemido ronco y Eve sintió su aliento, su boca, su lengua.

La intensa intimidad del acto la puso tensa, provocándole espasmos en todos los músculos. Se arqueó, retorciéndose contra él y apartándose a continuación como si no pudiera soportarlo.

Era evidente que Dean no era tímido en ninguna situación. Le abrazó las piernas con los brazos y la inmovilizó para que no pudiera retroceder ante el abrumador placer. En cuestión de segundos, un nuevo orgasmo la sacudió. Dean no se apartó, sino que continuó devorándola, insaciable, incansable.

Eve, jadeante, hundió los dedos entre su pelo.

—Basta. —La lengua de Dean no obedeció, sino que siguió moviéndose—. Dean, es demasiado. Por favor —le pidió.

Tranquilamente, Dean deshizo a lametazos el camino hasta su boca. Le regaló una miríada de pequeños besos y cálidas caricias con la nariz tan eróticas como todo lo que le había hecho hasta el momento.

Las lágrimas enturbiaban la visión de Eve.

—Me siento agotada.

Dean se irguió lo suficiente como para mirarla, con expresión tensa e insondable. Expectante. Apretó la mandíbula y ahuecó ambas manos contra las mejillas de ella. Entonces, con una larga y profunda embestida, la penetró.

Eve dejó escapar una exclamación de sorpresa y placer al sentirlo, por fin, en su interior.

La mirada de Dean la consumía. Ya no sonreía. Ya no bromeaba.

—Me alegra que esto te haya despertado. —Le levantó un poco la barbilla y la besó largamente—. Qué bien sabes —susurró contra sus labios.

Debería sentirse avergonzada por haber hecho las cosas que habían hecho nada más conocerse y que, además, él se sintiera libre de hacer comentarios sobre algo tan íntimo y en términos tan carnales.

Pero...

Dean impuso un ritmo lento, aunque las embestidas eran profundas, y, de alguna forma ciertamente escandalosa, Eve sintió que su cuerpo respondía de nuevo. Era pasmoso. Tanto, que no tenía fuerzas ni para sonrojarse.

—Estoy... abrumada, Dean.

Él le hundió los dedos en sus cabellos y apoyó la frente contra la de ella.

—Me alegro —contestó sin interrumpir su ritmo despacio, aunque decidido—. Porque desde el momento en que te vi en aquel bar de mala muerte, no he podido dejar de pensar en ti.

A pesar de la neblina de sensualidad en la que se sentía inmersa, sus palabras le sonaron a gloria. Realmente a gloria.

Esta vez, fue Eve la que lo besó. Al retirarle el pelo de la cara, Dean hizo una mueca de dolor y Eve vio los puntos que tenía en la frente. Tan golpeado, pero tan fuerte y capaz. Tan condenadamente sexy.

—Lo siento.

—No es nada.

¿Siempre le quitaba importancia a las heridas personales? Probablemente. Por alguna razón, eso se le antojó algo entrañable. Y triste. Y...

—No lo hagas —ordenó él con voz ronca, al tiempo que embestía un poco más fuerte, meciéndola sobre la cama, permitiéndole descansar un poco antes de seguir—. Quédate conmigo, Eve. Te necesito aquí.

¿Cómo podía leerle el pensamiento con tanta facilidad?

—Estoy aquí —respondió ella con ternura.

Sosteniéndole la mirada, Dean bajó una mano y la ahuecó contra uno de sus pechos. Empezó a jugar con él con las yemas de los dedos, cogiendo el pezón y tironeando cuidadosamente de la punta, aplicando una excitante presión.

Eve ahogó un gemido, no de dolor, sino de puro placer.

—Mejor —susurró él.

Tras alcanzar el clímax dos veces, Eve se vio, por fin, capaz de acompañarlo a él en su orgasmo. Comenzó por rodearle la cintura con las piernas y, a juzgar por la intensidad de su mirada, a Dean le gustó que lo hiciera.

Sonriendo, Eve le puso las manos sobre los hombros, lejos de los arañazos y las magulladuras.

—Dean.

—¿Hmmm? —hizo él, con la mandíbula apretada.

—Me gusta el sexo oral.

Durante un breve instante, Dean cerró los ojos.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Vio que él estaba a punto de alcanzar el orgasmo, aunque se contenía.

—Que me lo hagan —susurró—, y hacerlo.

Una mirada de pura y ardiente lujuria oscureció el rostro de Dean. Su enorme cuerpo se tensó y se retiró un poco de ella justo antes de volver a penetrarla con más fuerza e incrementar el ritmo.

—Me alegra saberlo —contestó, apartando la mano con que le estaba acariciando los pechos para colocársela por debajo de las nalgas, elevándole las caderas de manera que pudiera profundizar aún más en sus embestidas.

Eve entreabrió los labios e inspiró bruscamente.

—¿Estás bien? —preguntó él, contrayendo los dedos sobre sus nalgas.

Ella consiguió asentir con la cabeza. Con Dean había aprendido cosas de sí misma desconocidas hasta el momento, como el hecho de que el placer y un cierto grado de incomodidad, podían combinarse creando un poderoso aliciente para la relación sexual.

Le clavó las uñas nuevamente en los hombros. Dean no se quejó, sino que observó detenidamente su rostro.

—No quiero hacerte daño, Eve.

Su preocupación por ella la enterneció. Cuando Dean empezó a reducir la presión, ella lo sujetó con los tobillos.

—No lo estás haciendo. Justo lo contrario.

Él la contempló un poco más y, al cabo, se acercó y le dio un beso devorador y húmedo.

—Me alegro. Córrete para mí otra vez —murmuró contra los labios de ella.

¿Otra vez? No se veía capaz de...

—Otra vez, Eve.

La postura en que la mantenía permitía que con cada embestida le acariciara el clítoris, además de masajear la carne interna de su sexo, y Eve pensó que... bueno, tal vez podría.

Cuando el cuerpo de Dean se puso rígido, todos sus músculos tensos, ella lo abrazó, cerró los ojos y se corrieron juntos.

Un rato después, a través de la neblina del agotamiento físico y la saciedad, Eve empezó a notar que se le iba despejando la cabeza. Había necesitado más tiempo que antes para recuperarse, pero como Dean no hizo ademán alguno de querer marcharse, no le importó. Podía sentir el poderoso latido de su corazón contra sus pechos. Seguía dentro de ella.

Sus cuerpos estaban unidos por el sudor a la altura del estómago y los muslos. Cada vez que respiraba, aspiraba su aroma masculino, intensificado por el acto sexual.

Entumecida, atónita, pasmada incluso, Eve se quedó mirando al vacío.

Tres veces.

¿Quién habría podido imaginarlo?

Vale, lo había leído en algún libro. Pero siempre había creído que eran mentiras, porque a ella nunca le había pasado. Nunca había imaginado... nunca había soñado...

Pero una cosa era cierta: después de aquello, después de estar con Dean, no volvería a ser la misma. Y dado que éste pensaba largarse de Harmony más bien pronto que tarde, ése se le antojaba un pensamiento descorazonador.

Porque estaba segura, no sabía cómo pero lo estaba, de que ningún otro hombre podría compararse con él.

CAPÍTULO 8

Dean oyó suspirar a Eve. Un largo y sentido suspiro que no logró comprender. En cuanto empezaba a relajarse, ella se dedicaba a reflexionar sobre cosas. ¿Qué cosas? No tenía ni idea. Pero no le gustaba cuando se sumergía en sus pensamientos y sus ojos azules adoptaban una mirada cautelosa.

Él nunca había tenido problemas para atraer a las mujeres hasta el momento. Nunca se le había ocurrido pensar que eso pudiese pasar. Si echaba la vista atrás, incluso cuando no era más que un adolescente, siempre que había querido sexo, había encontrado una mujer sin demasiado esfuerzo.

No se engañaba, tenía que admitir la posibilidad de que parte de su atracción por Eve fuera la distancia emocional de ésta. Aunque físicamente no lo había rechazado, no lo había apartado a pesar de no estar de acuerdo respecto a sus hermanas; no había utilizado el sexo para manipularlo. Tampoco lo habría conseguido, pero... eso ella no lo sabía.

¿Acaso sería demasiado honesta para jugar a ese tipo de juego?

De la misma manera que no le gustaba engañarse, no le gustaba dar demasiadas vueltas a las cosas. Para él, todo estaba muy claro en la vida. Todo era blanco o negro. Simple y llanamente.

O al menos solía serlo.

Levantó la cabeza para mirar a Eve y no pudo resistirse a besarla. El problema era que, una vez comenzaba, no quería parar. Por su parte, ella no se movió, ni siquiera le devolvió el beso.

Pero eso no lo desanimó. La había dejado exhausta, y lo sabía. Eve también lo sabía. Dean profundizó el beso, introduciendo la lengua en su boca, poseyéndola completamente cuando nunca antes en la vida se le había ocurrido pensar en algo tan bárbaro como el concepto de poseer a una mujer.

Cuando finalmente la sintió moverse, Dean rodó hasta quedar de espaldas junto a ella. No parecía dispuesta a darle el cien por cien tan pronto, y él sólo quería eso. No aceptaría otra cosa. Con un largo suspiro, se quedó mirando al techo. Se sentía agradablemente saciado, un poco sudoroso y... nervioso. Por primera vez.

Nunca se había sentido de esa manera después de un encuentro amoroso.

Pero parecía que con Eve era diferente.

Allí tumbado, prácticamente podía oírla pensar. Podía sentir su calor. Podía oler el aroma de sus cuerpos, mezclado con el olor del sexo.

Joder. Se sentía en armonía con ella, y eso no le gustaba. ¿No debería haber desaparecido un poco esa acuciante avidez sexual ahora que ya la había tenido? ¿No debería ser capaz de mirarla y no sentir tanto... apetito?

Dean giró la cabeza y miró a Eve. Ésta tenía los ojos cerrados, y sus brazos descansaban relajados a sus costados, las palmas hacia arriba. A pesar del pelo enmarañado y del maquillaje corrido, tenía un aspecto tan suave, tan cálido y adorable.

Dean quería hacerlo otra vez, quería hacerla gritar unas cuantas veces más, quería mostrarle... ¿qué?

Se pasó una mano por la cara mientras profundizaba en sus motivos. Tenía que reconocer que había estado fanfarroneando cuando, normalmente, a él no le importaba en absoluto demostrar nada a nadie.

¿Había sido un buen amante?

¿Y ahora qué?

Apretó los dientes. Pues ahora quería que Eve lo reconociera. Quería que lo recordara, siempre.

Pero ¿por qué? Le gustaba dejar satisfechas a las mujeres, sí. De hecho, insistía en ello. Un hombre como Dios manda tenía que asegurarse de que la dama disfrutara primero. Siempre le había gustado oír los sonidos femeninos de placer, sentir la manera en que el cuerpo de una mujer se acoplaba al suyo espasmódicamente, la forma en que la satisfacción oscurecía sus ojos.

Pero no lograba recordar haber embestido con tanta fuerza a ninguna hasta ese momento. Joder, si Eve no hubiera empezado a hablarle de sexo oral, lo que para su cerebro había sido como visualizarla haciéndole una mamada, probablemente la habría llevado al borde del climax unas cuantas veces más antes de correrse él.

Una tontería. Y una insensatez. Y una deliciosa y carnal y...

Aún se estaba recuperando de su último combate. No estaba en su mejor forma, y desde luego no estaba en condiciones para meterse en un maratón de sexo.

Y aun así la deseaba otra vez. Ya.

Y antes de eso, quería tocarla. Estrecharla contra su cuerpo. Acurrucarse junto a ella.

Mierda.

Dean se puso las manos debajo de la cabeza, decidido a dejarlas allí.

A su lado, Eve cambió de postura. Con un sonido medio adormilado aunque voluptuoso, se puso de costado y lo miró con gesto soñador.

Dean esperaba que le hiciera algún cumplido, que reconociera sus excepcionales dotes amatorias.

—Se está haciendo tarde —dijo ella con un bostezo.

Dean frunció el cejo ante la nada diplomática indirecta. Tal como habían ido las cosas entre ellos, se había imaginado que Eve querría que se quedara a pasar la noche allí.

Joder, no quería que Eve lo echara. Y, desde luego, él no tenía ningunas ganas de levantarse e irse, algo que jamás le había ocurrido en la vida. Normalmente, le gustaba terminar la noche solo en su cama, donde fuera que estuviera en cada ocasión. Sin compromisos. Sin malentendidos.

No podía decirse que utilizara a las mujeres. Él tomaba, pero también daba. Era generoso. Eve podía dar fe de ello. Pero esa noche, en ese momento, le apetecía quedarse en la cama de Eve. Estaba cómodo. Y condenadamente cansado.

Fingiendo no haber pillado la indirecta, Dean la miró.

—Cuéntame algo sobre ti.

—¿Aparte de mis preferencias sexuales, quieres decir?

A pesar de su agotamiento, su pene se removió un poco, instándolo a decir:

—Como tú quieras.

Ella se rió. Entonces colocó una mano sobre su torso y le acarició levemente los oscuros moratones.

—No sé. Tú primero.

—Una vez salvé a una señora mayor.

Eve se quedó sorprendida.

Él se quedó anonadado.

¿Alardeando él? ¿Desde cuándo? Nunca. Detestaba a los que lo hacían. ¿Por qué había sacado el tema entonces? ¿Para convencerla de que era algún tipo de héroe?

Se sintió como un estúpido.

Eve se incorporó un poco y se apoyó sobre un codo.

—¿Qué quieres decir? ¿Le salvaste la vida?

Demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Sí —confirmó él, quitándole importancia—. Pero no fue nada, en realidad.

—Vaya. —Al ver que Dean no decía nada más, Eve le dio un codazo—. Cuéntame cómo fue.

Disgustado consigo mismo, él miró el techo.

—Tendría unos sesenta y cinco años. Estaba cotorreando como una loca y, de pronto, se desplomó. Un ataque al corazón o algo así. Todo el mundo a su alrededor se quedó mirándola, sin saber qué hacer.

—¿Dónde ocurrió?

—En un estadio al aire libre, en California. Yo estaba allí firmando autógrafos con otros luchadores de la SBC. Llevábamos horas allí. La señora también estaba haciendo cola, le quedaban unas diez personas para llegar a mí. Me fijé en ella porque no es habitual que mujeres de su edad quieran mi autógrafo. En general, suelen ser hombres de todas las edades y mujeres más jóvenes.

Eve entornó los ojos al oír cómo decía «mujeres más jóvenes», pero no comentó nada.

—Sea como fuera, estaba bien y al momento ¡bum!, cayó contra el suelo como un saco de cemento. Recuerdo que ese día hacía mucho sol y vi que se empezaba a poner morada.

—Dios mío. Qué horror.

—Sí. —Dean escrutó la expresión de Eve. Ésta parecía bastante atenta al relato, así que tal vez no hubiese sido tan mala idea contarle la historia—. En seguida se formó el caos. La mujer con la que había estado hablando empezó a gritar y a llorar, y los demás trataban de calmarla. Uno de los guardias de seguridad llamó a urgencias, pero estaba tan nervioso que no era capaz de explicar con precisión lo que había ocurrido. Alguien probó a echarle agua en la cara, pero la mujer no se movió. Después, nadie hizo nada más. Sólo miraban, presas del pánico.

—¿Excepto tú?

Dean hizo una mueca.

—Pregunté si alguien sabía algo de primeros auxilios para que le hiciera un masaje cardíaco, pero lo único que conseguí fue que todo el mundo me mirara asustado, así que hice lo que pude.

—¿La reanimaste?

—Supongo que sí. Cuando llegó la ambulancia, aún estaba con ella. En seguida me aparté para dejar a los sanitarios, pero me dijeron que lo estaba haciendo bien y me pidieron que continuara mientras ellos montaban la camilla y la instalación de emergencia.

Entonces, la mujer empezó a escupir y a tener arcadas y me aparté en seguida.

Eve sonrió ampliamente.

—En cuanto empezó a respirar, los técnicos de urgencias se ocuparon del resto, y en cuestión de minutos la ambulancia iba camino del hospital.

—¿Sabes si salió bien?

—Llamé al hospital para comprobarlo. —Una sonrisa vacilante asomó a sus labios—. Unos cuantos meses después, fue a verme competir y, Simón, mi manager, la llevó a mi camerino para que me conociera.

—Debía de estar muy emocionada.

Él movió la cabeza a un lado y a otro al recordar.

—Me había comprado flores.

—Venga ya.

—Unas enormes rosas amarillas. —Simón había puesto las malditas flores en agua y se las llevaron cuando salieron del estadio. Duraron casi una semana—. Me dijo que los de la ambulancia le dijeron que, de no ser por mí, habría muerto. No sé si es cierto, pero ella así parecía creerlo.

Eve le apartó el pelo de los puntos con ternura.

—Menos mal que sabías dar un masaje cardíaco.

—No sabía.

Se quedó boquiabierta.

—Pero ¿entonces cómo...?

—Como la mayoría de la gente, lo había visto hacer en las películas. Y pensaba que, de todas formas, se estaba muriendo, así que tampoco podía perjudicarla mucho por intentarlo. —Se encogió de hombros—. Aquella noche en que fue a verme, después de ganar el combate la invité a subir conmigo al ring y nos fotografiamos juntos. Se sonrojó como una niña, pero le encantó.

—Fue muy dulce por tu parte.

Dean frunció el cejo.

—No fue dulce. Es sólo que estaba haciendo cola para mi autógrafo cuando se desmayó.

—Entonces ¿te sentías responsable?

—No. Pero pensé que dedicarle un poco de atención era lo mínimo que podía hacer.

Eve lo miró llena de respeto, y con una expresión parecida a la ternura que Dean no supo descifrar. No sabía si le gustaba o no. En todo caso lo incomodaba.

—Es extraño cómo la mayoría de la gente se queda pasmada, esperando que sean otros quienes hagan algo —comentó ella recorriéndolo con la mirada de arriba abajo—. Pero tú no eres ese tipo de hombre, ¿verdad?

Oh, joder. Se estaba poniendo blandengue con él.

—Te diré una cosa. Gracias a aquello, los chicos siguen metiéndose conmigo.

—¿Por qué?

—¿Lo preguntas en serio? Le hice el boca a boca a una señora mayor. En aquel momento, nadie se rió. Pero ¿ahora? Algunos dicen que abusé de ella, que respiraba perfectamente antes de que yo la tumbara en el suelo. Otros afirman que la mujer fingía, y yo piqué.

También habían dicho cosas más groseras, pero se las calló. Las decían en broma, y tenía la sensación de que Eve no sabría apreciar su sentido del humor.

—Caray, ¿por qué no me sorprende? —Eve puso los ojos en blanco—. Quiero decir que la mayoría de los hombres son tan maduros.

Dean se echó a reír.

—Tu turno. Cuéntame algo sobre ti.

Eve se inclinó y lo besó. Después, sin importarle su estado de desnudez, se dejó caer de espaldas.

—El caso es que yo nunca he salvado a nadie, ni he hecho nada la mitad de interesante de lo que puede ser la lucha profesional.

—Uf, menos mal.

—Déjame pensar.

Dean la miró de soslayo y con un atisbo de impaciencia. Entonces se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño de la habitación. Desde allí se podía oír la tormenta que seguía cayendo fuera, la lluvia y el viento golpeando los cristales.

Como Eve seguía guardando silencio, decidió ayudarla un poco.

—¿Fuiste a la universidad? —preguntó a través de la puerta abierta.

—Sí. Me licencié en relaciones públicas, y después hice un curso de especialización en dirección y administración de empresas turísticas.

—¿Has estado alguna vez fuera de aquí?

—Sólo de vacaciones. En ningún lugar exótico.

—¿No tienes ganas de mudarte a otro sitio, de ver el resto del país, tal vez? —Mientras hablaba, se lavaba y tiró el condón, preguntándose si Eve lo obligaría a irse en medio de la tormenta. Si eso era lo que planeaba, no se lo iba a poner fácil.

—Harmony es mi hogar. Mi familia y mis amigos están aquí. No me importaría visitar otros lugares, pero no me imagino viviendo en otra parte.

Dean entró en la habitación justo a tiempo de ver cómo terminaba de retirar cuidadosamente el cubrecama. Luego se metió otra vez en la cama y se cubrió con la sábana.

Dean no esperó a ser invitado; se tumbó de lado, de cara a ella, apoyado en un codo.

Eve enarcó una ceja.

Sonriendo ampliamente, Dean retiró la sábana hacia los pies de la cama. Ella no se movió, excepto para ponerse rígida.

Él contempló su cuerpo, desde las piernas torneadas y ligeramente bronceadas hasta los pezones, de un tono rosa oscuro, en ese momento suaves y muy tentadores. Su mirada se deslizó hasta dar con el pequeño piercing del ombligo. Posó una mano en su vientre, disfrutando de la tibieza y la suavidad de su piel.

Ella le cubrió la mano con la suya.

—Ni hablar, Huracán. Olvídalo. No puedo más. Se acabó.

Él la miró a los ojos, preguntándose si debería poner a prueba la afirmación.

Eve se apartó.

—Hablo en serio. —Sus dedos se aferraron a los de él—. Después de tres... bueno, nunca creí que... quiero decir que, oh, Dios mío, tres.

—Sí.

Eve emitió un largo y tembloroso suspiro.

—No puedo más.

Dean se sintió halagado y desafiado al mismo tiempo, pero sofocó la urgencia de mostrarle lo fácil que le resultaría hacerla cambiar de opinión.

—Está bien —aceptó con suavidad, apartándole el pelo de la cara.

Algo muy parecido a la decepción nubló los azules ojos de Eve, pero no comentó nada sobre su rápida conformidad.

—Gracias.

La respuesta lo hizo reír.

—Estás desnuda. Estoy desnudo. Si no vamos a tener más sexo tendremos que hablar. Dime, ¿cuántos años tienes? Veintitantos, ¿no?

—Veinticinco.

—Y en veinticinco años, que ha hecho Eve... —Dean se asombró de pronto de lo poco que sabía de ella. Con la expresión más frívola que pudo, dijo—: Sólo por curiosidad, ¿cómo te apellidas?

Eve gimió avergonzada.

—Oh, Dios mío, qué vergüenza. Estoy en la cama, desnuda, con un tío buenísimo que ni siquiera sabe mi nombre completo.

—Tienes que vivir la vida al máximo.

Con absurda formalidad, Eve extendió la mano presentándose.

—Eve Lavon.

Dean se la estrechó.

—Y dime, Eve Lavon, ¿qué has estado haciendo hasta hoy?

—Nada de lo que merezca la pena hablar en realidad. —Frunció el cejo en actitud pensativa, y al cabo esbozó una sonrisa traviesa—. Supongo que podría decirte lo aburrida que soy normalmente con los hombres.

—¿Normalmente?

—Sí. —Enlazó los dedos con los suyos, tal vez para asegurarse de que no empezaran a vagar por su cuerpo—. Pero tú no me aburres, Dean. En absoluto. Supongo que es porque nunca he conocido a nadie como tú.

Él aguardó, preguntándose si diría algo más.

—Pero no te asustes —bromeó Eve—. No voy a pedirte que te vengas a vivir conmigo ni nada de eso.

Dean liberó su mano y, apoyándola debajo de la barbilla de ella, hizo que girara la cabeza y lo mirara.

—Admito que no nos conocemos demasiado, pero pronto descubrirás que yo no me asusto. Jamás.

—¿No?

—No. Me estarás confundiendo con otro. Probablemente un idiota, si es que se asustó.

Eve se echó a reír.

—Si te dijera que desde los doce años mi deseo es tener un marido, un perro y tres niños, tal vez cuatro y vivir en una bonita casa con su valla de madera pintada de blanco, ¿te asustarías?

—No.

Dean empezaba a cansarse de tanto hablar, estando como estaban en una cama, desnudos los dos. Pero reírse con ella también le estaba gustando. No se reía demasiado con las mujeres. Y con los hombres tampoco, en realidad.

Y luego estaban aquellas seductoras sonrisas. Y las bromas provocativas. Y su aroma... Se inclinó sobre ella hasta que casi la cubrió por completo y tuvo su boca a escasos milímetros.

—No me asusto, pero es un alivio saber que aún no has encontrado al tipo que cuadra con tus expectativas.

—Oh.

Apresándole el labio inferior con los dientes, la acarició con la lengua y al cabo la soltó.

—¿Y esos hombres con los que tanto te aburrías?

Ella se quedó mirando su boca, con la respiración entrecortada.

—No estoy segura.

Dean sonrió. Sí, ya lo creo que le resultaría fácil hacerla cambiar de opinión; de no ser porque ella ya lo había hecho, claro.

—Tal vez no fueran lo bastante fuertes para ti.

—¿Lo bastante fuertes? —preguntó ella, frunciendo el cejo.

—Estoy seguro de que con mover un dedo tienes a todos los hombres que quieres, ¿o me equivoco?

Al principio no respondió. Pero dejó de fruncir el cejo y alzó la barbilla.

—Contigo ni siquiera tuve que mover nada —dijo ella, con una sonrisa traviesa—. ¿O sí?

Dean colocó una pierna encima de las de ella, atrapándola contra la cama.

—¿Eso es lo que te pareció? Y yo que pensaba que estabas intentando cazarme, en vez de ser al revés. Especialmente después de lo que le dijiste a Cam.

Se inclinó sobre ella para besarla y Eve le plantó las palmas de las manos en el torso.

—Espera un momento. Yo nunca he ido detrás de un hombre.

Dean casi se echó a reír, pero ella prosiguió.

—Y hablando de tu hermana, quiero saber cuándo vas a volver a verla.

Entonces le tocó el turno a él de fruncir el cejo.

—Creía que habíamos acordado que no te meterías en mis asuntos con Cam.

—No. —Eve negó con la cabeza con obstinación mientras continuaba manteniéndolo a cierta distancia—. No te equivoques. Tú me lo ordenaste y yo te ignoré.

—Déjalo, Eve.

—No. —A continuación lo atrajo hacia ella y le dio un abrasador beso con el que casi lo distrajo—. Así pues, ¿cuándo volverás a verla? Sé que está ansiosa por conocerte y tiene mucho que contarte. Y me preocupa esta tormenta porque el tejado de la casa...

Abriéndose camino entre sus cuerpos con una mano, Dean la ahuecó contra su sexo, dejándola a media frase.

—Tengo una idea.

—Olvídalo —dijo Eve, bajando los párpados, la voz ronca de deseo—. Lo digo en serio.

No lo decía en serio.

—En vez de tratar de echarme la bronca, ¿por qué no me invitas a pasar aquí la noche?

Eve abrió los ojos de golpe y se quedó mirándolo.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Para que podamos llegar al quinto.

Se quedó atónita.

—¿Cinco? Estás de broma, ¿no?

—No —contestó él, metiendo la nariz entre sus pechos.

—Pero... —Un suave gemido escapó de su boca—. ¿Qué ha pasado con el cuarto?

Él empezó a lamerle un pezón, trazando círculos con la lengua.

—Va antes del quinto, pero no me gustan los números pares, de modo que no podré dejarlo en cuatro —explicó él, al tiempo que introducía dos dedos dentro de ella.

Dean la colocó encima de él. Eve le rodeó el cuello con los brazos y sus protestas murieron rápidamente en sus labios.

—Está bien. Puedes quedarte a dormir —le susurró con un hilo de voz.

Jacki se sentó en el banco situado más al fondo del bar y terminó de rellenar la solicitud. Ahora que ya tenía veintiún años, sus posibilidades de empleo no estaban tan limitadas. Y Dean tenía razón, tenía que trabajar; tanto si a Cam le gustaba como si no.

Un tenebroso relámpago atravesó el cielo detrás del enorme ventanal del recinto, seguido poco después por un trueno. Suspiró. Sin duda tendrían goteras otra vez, lo que significaba que Lorna empezaría a quejarse sin parar de que no podía dormir y de la reticencia de Cam a vender la casa.

Con toda seguridad Roger la contrataría. Pero Jacki no quería trabajar para él. Bastante malo era ya que Cam lo hiciera y que incluso estuviera considerando la idea de que se casaran. Sintió un escalofrío sólo de pensarlo.

Si conseguía un trabajo de camarera allí, probablemente sacara un buen pellizco en propinas. Entonces podría ayudar con los gastos de la casa y tal vez así pudiesen quedársela. Incluso podría ser que Cam dejara de pensar en casarse con Roger.

El sueldo era una mierda, pero podía compaginar las horas de trabajo con las clases. ¿Y cuánto podía costar servir bebidas? Sería divertido, se reiría, sus amigos pasarían a verla. Podía hacerlo. Sería como estar todo el tiempo de fiesta.

Jacki terminó de rellenar la solicitud y se dirigió a la parte delantera del bar, abriéndose paso entre hombres achispados y mujeres coquetas que no dejaban de flirtear. A medio camino, reparó en un hombre enorme que entraba en el bar.

Boquiabierta, Jacki contempló a aquel impresionante ejemplar, estudiándolo de arriba abajo y hacia arriba otra vez.

Llevaba unos vaqueros oscurecidos por la lluvia, que se adherían a sus piernas gruesas y fuertes como troncos de árbol. El pelo negro, más bien largo, le cubría la frente hasta que se lo echó hacia atrás con la mano. La camiseta blanca, asimismo empapada y casi transparente a causa del agua se pegaba a su torso, dejando entrever un abundante vello.

Jacki se había quedado paralizada. Demonios, si apenas podía hacer que el corazón retomara su latido.

Debía de medir casi dos metros, y probablemente no pesara menos de ciento diez kilos, todos ellos de músculo duro como la roca. Varios tatuajes rodeaban sus colosales bíceps y desaparecían bajo las mangas de su camiseta.

Unas orejas encallecidas y varias antiguas cicatrices en un lado de la cara no le restaban un ápice de atractivo a su aspecto.

Pero no era sólo su tamaño y apariencia externa, una voz atronadora ayudaba a que dominara la estancia.

También contribuía a ello la jovial confianza en sí mismo que emanaba de él. Junto con una serena determinación que hacía que los hombres se apartaran instintivamente de su ángulo de visión.

Fascinada, Jacki consiguió que por fin sus pies se despegaran del suelo, y se le acercó por detrás; de su mano colgaba la solicitud prácticamente olvidada.

El objeto de su atención descansaba el peso de su cuerpo sobre la barra del bar, mirando a Dickey Webster, el encargado y camarero del turno de noche.

—Estoy buscando a Huracán Conor.

Aunque una gruesa barra de madera de cerezo los separaba, Dickey retrocedió un paso, frunciendo el cejo, y negó con la cabeza.

—Aquí no queremos problemas.

El gigante sonrió.

—Yo tampoco quiero problemas, amigo, relájate. Huracán es... un amigo.

Dickey no pareció tranquilizarse.

—No conozco a nadie con ese nombre.

Jacki sí. Se le aceleró el corazón.

—Ah, bueno —prosiguió Goliat—. Hayas oído o no el nombre, sabrías de quién te hablo si lo hubieras visto. Y sé de buena tinta que venía hacia aquí. Conociendo a Huracán como lo conozco, su primera parada habría sido en un bar.

Vaya, pensó Jacki. Tal vez no lo conociera tan bien como creía. Mientras el camarero mascullaba una rápida respuesta, Jacki miró la hora, vio que era bastante más de medianoche y se encogió de hombros.

Aquello era demasiado interesante para no contárselo a alguien.

Sacó el móvil y llamó a Eve, que respondió después de seis tonos, con la voz un poco más ronca que de costumbre y como si le faltara el aliento.

—¿Diga?

Jacki enarcó las cejas sorprendida.

—Hola, Eve, soy Jacki.

—¿Jacki?

—Sí, la hermana de Cam —contestó ella, casi riéndose.

—Ya sé quién eres. —Se oían ruidos amortiguados de fondo y susurros—. Es muy tarde, Jacki.

—Lo sé.

—¿Ocurre algo? ¿Qué pasa?

—No pasa nada. —Jacki intentó adoptar un tono burlón—. ¿He interrumpido algo?

—¡No! Para nada. —Más susurros y ruidos—. Y dime... bueno, ¿qué pasa?

Jacki no pudo seguir aguantando y prorrumpió en una carcajada.

—Bueno, iba a pedirte el teléfono de Dean porque quiero hablar con él, pero dado que está ahí contigo...

Eve soltó un gemido avergonzado y un segundo después Dean cogió el teléfono.

—¿Qué pasa?

Vaya, vaya, vaya. Al parecer, a los hermanos mayores no les gustaban las interrupciones.

—Hola, hermanito. No te cabrees conmigo.

Jacki oyó un largo suspiro claramente de enfado, y a continuación Dean dijo:

—No lo estoy. ¿Qué ocurre, Jacki? —repitió con voz mucho más calmada.

—¿Sabes?, no diría nada y te dejaría seguir con lo tuyo, de verdad que lo haría.

—Jacki...

La carcajada de Eve resonó al fondo.

—Pero verás, tengo delante a un tipo que te está buscando. Y he pensado que deberías saberlo.

—¿Un tipo, dónde? —preguntó Dean, más alerta.

—Estoy en el Roadkill Bar.

Hubo dos segundos de silencio.

—¿No lo dirás en serio?

—Pues sí. Es un pequeño local, a tan sólo quince minutos de mi casa. —Hizo una mueca—. Nuestra casa, quiero decir.

Dean soltó una larga exhalación, pero no discutió el asunto.

—¿Otra vez de fiesta?

—Eso no es de tu incumbencia, ¿no crees? —replicó ella con tono meloso.

El enojo de Dean vibraba prácticamente a través del teléfono.

—¿Quién pregunta por mí?

—No lo sé, pero es un tío enorme. Más que tú incluso. Y ha dicho Huracán, no Dean. Lleva el pelo negro y largo, una oreja ligeramente deformada, varios buenos tatuajes, unas cuantas cicatrices...

—¿A quién le está preguntando?

Era evidente que Dean había reconocido al tipo por su descripción.

—Al encargado de noche, que además es el camarero, pero no sabe nada. ¿He de suponer que aún no has pasado por aquí?

—Eve me dijo que el único bar de la ciudad era ese absurdo Rodeo Bar de Roger.

Jacki soltó una suave carcajada. No le sorprendía que Dean tuviera la misma impresión del bar de Roger que ella.

—Sí, bueno, dudo mucho que Eve viniera por aquí, o recordara un lugar como éste.

—De modo que estás ahí ahora mismo.

Pasando por alto el comentario, Jacki fue directa al motivo de su llamada.

—En este momento, tu amigo está dando una vuelta por el local. Y no me importa decírtelo, está asustando a todo el mundo. Algunos se están levantando y se están yendo.

Otro largo suspiro.

—Déjame hablar con él.

Apartándose el teléfono del oído, Jacki se quedó mirando el aparato sin dar crédito. Dean tenía que estar de broma. Se lo acercó otra vez al oído.

—¿Quieres que me dirija a él y le dé mi teléfono?

—Te lo devolverá, mocosa, no te preocupes. Dile sólo que quiero hablar con él.

Por algún motivo, Dean hizo que la palabra «mocosa» sonara más como un apodo cariñoso que como un insulto. Levantando la vista, Jacki vio al enorme tipo y, fue algo extraño, pero lo cierto es que una corriente de excitación la recorrió por dentro.

Tenía un motivo para acercarse a él. Para hablar con él. Para hacer que reparase en ella.

—Sí, vale, voy a hacerlo. Espera un segundo.

Haciendo acopio de toda la bravuconería que poseía, Jacki se acercó tranquilamente al hombre y llamó su atención con unos golpecitos en el... bueno, no exactamente en el hombro, porque éste quedaba mucho más arriba. Jacki se consideraba alta, pero sus dedos no llegaban más allá de los omóplatos de él.

Sorprendido, le dedicó una breve mirada de reojo. Entonces cuadró los hombros y, lentamente, se volvió, mirándola con mucha más atención.

Su descarado repaso hizo que Jacki se sintiera desnuda.

La sonrisa del hombre hizo que el corazón le latiera más deprisa.

En estado de alerta y con actitud abiertamente sexual, avanzó un paso hacia ella y la miró con unos ojos color chocolate.

—Hola, guapa.

Por fuera, Jacki esbozó una sonrisa de suficiencia ante semejante demostración de interés, pero por dentro, su ser palpitaba y bullía. Aquel hombre tenía los ojos más oscuros que había visto jamás, rodeados por unas espesas y curvadas pestañas casi femeninas.

Y una voz grave y melosa, y una manera de hablar que...

«Para el carro, Jacki.» Adoptó una pose relajada, sacando una cadera y distendiendo los miembros.

—¿Quieres hablar con Huracán?

Agarrándose el pecho a la altura del corazón, el hombre hizo una ridícula mueca de tormento.

—Por favor, nena, no me digas que ese hijo de puta te ha visto antes. —Le cogió la mano y se la llevó a los labios, para plantarle un beso húmedo, cálido y muy provocativo en la palma.

Jacki se quedó allí de pie, con plena conciencia sexual de aquel hombre.

Una sonrisa hizo que los oscuros ojos de él brillaran.

—Te prometo que yo soy mejor. —Adoptó entonces un tono de voz aún más grave antes de continuar—. En todos los aspectos.

A Jacki casi se le cayó el teléfono, y la lengua se le quedó pegada al paladar. Entonces, sintió cómo él le acariciaba el centro de la palma con el pulgar y apartó la mano de un tirón.

—No es eso.

—¿No?

—No.

—Menos mal. No te imaginas lo feliz que me hace oírlo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el teléfono—. ¿Lo tienes ahí?

—Sí.

—Está bien. Los negocios primero. Pero cuando arregle esto, tú y yo tenemos que conocernos mejor.

Horrorizada al verse incapaz de decir nada ingenioso, Jacki le entregó el teléfono.

—Toma. No tengas prisa.

Para dejarlo hablar con un poco de privacidad, Jacki empezó a darse la vuelta, pero entonces oyó que el hombre decía:

—Santo Dios, Huracán. El sueño húmedo más precioso que te puedas imaginar se me acaba de acercar y... ¿qué dices? —Su voz se convirtió en un gruñido—. No digas gilipolleces, capullo. Tú no tienes ninguna hermana.

Jacki se volvió para mirarlo, pero él no se dio cuenta.

El hizo una pausa y, con voz claramente audible, soltó:

—¿Dos? No jodas.

Jacki sonrió ampliamente.

Una expresión de disgusto cruzó el rostro del hombre, que hacía muecas ante cada cosa que Dean le decía. Pasándose una mano por el pelo revuelto ladró:

—¿Y cómo demonios puedes tener dos hermanas sin que nadie lo supiera?

Jacki decidió en ese momento que no quería darle privacidad alguna para su conversación, de modo que se apoyó contra la pared que había junto a él, y le sonrió cuando la miró.

El hombre empezó a deslizar la mirada por el cuerpo de ella, pero entonces se detuvo y regresó a su rostro. Claramente disgustado, frunció el cejo y apoyó un puño en la cadera.

Fuera lo que fuese lo que Dean le estuviera diciendo, el gigante escuchaba con atención.

—Vale. Espera. —Se volvió hacia Jacki de nuevo; esta vez la examinó rápidamente, para en seguida fijar los ojos en los suyos con una mirada hipnotizadora.

—Supongo que no tendrás papel y boli, ¿verdad, encanto?

—¿Para qué?

—Tengo que apuntar la dirección de Huracán.

Jacki agitó los dedos indicándole que le diera el teléfono y el hombre se lo entregó.

—¿Dónde te hospedas, Dean? Sí, lo conozco. Yo le indicaré cómo llegar.

—Bien. Hazlo. ¿Y después por qué no vuelves a casa en vez de quedarte más tiempo por ahí? —le sugirió

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Estás preocupado por mí? —preguntó ella con el cejo fruncido y tono provocador.

—Ni un poco. Pero con Gregor ahí...

—¿Gregor? ¿Así se llama? —Jacki levantó la vista y volvió a perderse en la penetrante mirada color chocolate. Tragó saliva—. No tiene pinta de llamarse Gregor.

Sin liberarla del hechizo invisible en que la mantenía atrapada, el gigante hizo como si se levantara un sombrero imaginario a modo de cortés saludo a una dama.

—Gregor El Maníaco, Marsh para servirte, encanto.

¿Maníaco?

—Supongo que tú también eres luchador, ¿no?

—El mejor —dijo él.

Dean resopló al otro lado del teléfono.

—Jacki, te diga lo que diga, no te lo creas.

Ella asintió.

—Vale, entiendo, es un mentiroso.

Gregor lanzó una carcajada.

—Entonces ¿vas a volver a casa ahora o no? —quiso saber Dean.

—Lo cierto es que sí, en cuanto encuentre a alguien que me lleve.

Ahora que ya había conseguido un trabajo, tenía otras prioridades, como un tejado con goteras y probablemente una bomba de piscina atascada. Y...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Dean con un tono que destilaba suspicacia.

—No tengo coche, ¿recuerdas? Pero el bar está a rebosar de gente; encontraré a alguien conocido que me lleve.

Resignado, Dean dejó escapar un largo suspiro.

—Todo el mundo estará bebiendo.

—Yo no estoy bebiendo —dijo ella.

Iba a añadir que, a pesar de lo que él pudiera pensar, apenas bebía, pero se despistó de lo que estaba diciendo cuando Gregor extendió sus brazos de gigante ofreciéndose como si se tratara de un sacrificio.

—Yo tampoco he bebido una gota, cariño. Dile a tu condenado hermano que yo te llevaré a casa.

Dean debió de oírlo, porque se apresuró a decir que no un poco demasiado alto.

Sin despegarse el teléfono de la oreja, Jacki miró a Gregor. Se iba acostumbrando al nombre. Era un gigante. Y luchador. Y demasiado machista, a juzgar por todos esos términos cariñosos tan cursis que utilizaba. Pero en general parecía bastante inofensivo.

—¿Por qué no? —dijo ella, tras considerarlo todo.

—Eso —la secundó Gregor—. ¿Por qué no?

A través del teléfono casi pudieron oír cómo Dean apretaba los dientes.

—Jacki, por el amor de Dios, ni siquiera lo conoces.

—Pero tú sí —le recordó ella.

Gregor soltó una suave carcajada.

—Ahí está el problema.

—Mierda. —Otro largo suspiro, un instante de vacilación envuelto en una total frustración hasta que Dean finalmente dijo—: Quédate donde estás, mocosa. Voy a buscarte.

Jacki se quedó boquiabierta. Dean tenía que estar de broma. Era tarde. Estaba con Eve. No tenía ninguna obligación respecto a ella.

—Pero eso es... una locura.

—Llegaré en unos minutos.

—Dean, espera. Si no encuentro a nadie que me lleve, hay una parada de autobús aquí al lado...

—No te muevas —la cortó Dean—. Hablo en serio.

—Oye, espera un momento... —empezó a decir Jacki, molesta ya por las órdenes. Pero Dean le colgó el teléfono, como... un hermano mayor muy serio y sobreprotector.

Vaya. Caray.

Jacki no estaba segura de si la actitud de Dean le gustaba o le molestaba. Lo que sí era seguro es que le costaría un tiempo acostumbrarse. Cerró el teléfono y se lo metió en el bolsillo.

—¿Cuál es el veredicto, encanto? —preguntó finalmente Gregor, fingiendo estar rezando.

—Lo siento. —Jacki se encogió de hombros—. Dean viene hacia aquí a recogerme.

—Ese jodido hijo de puta —murmuró él, cabizbajo.

Le dio tal dramatismo al insulto que Jacki no pudo evitar soltar una carcajada.

—Míralo de esta forma. Tardará veinte minutos en llegar.

La expresión de Gregor se iluminó.

—Eso nos deja veinte minutos para conocernos —dijo, dedicándole otra de aquellas sonrisas tan sexys y llenas de confianza en sí mismo—. Veo que queda un banco libre al fondo.

—De eso nada. Además, tengo que entregar mi solicitud —añadió Jacki, negando con la cabeza.

—¿Qué tipo de solicitud?

—De trabajo. —Se lo explicó al tiempo que echaba a andar—. Acaban de irse dos camareras y están desesperados. El encargado ya me ha dicho que cumplo los requisitos, y espero que me contrate de inmediato.

—¿Para empezar esta noche?

Ojalá. Pero aquel tipo no parecía ser de la misma opinión. ¿De verdad tenía tantas ganas de pasar un rato con ella? Así lo esperaba. Hacía mucho que no se sentía tan intrigada con un hombre.

—No. Me ha dicho que empezaría el próximo lunes.

—Entonces ¿sólo tienes que entregar el papel?

—Eso es —confirmó.

Lo pilló mirándole el culo. Dado que su trasero era la única parte de su anatomía con curvas propiamente femeninas, no le importó mucho. Pero si decidía buscar con los ojos su inexistente busto, iban a tener problemas.

Jacki hizo una pausa, sus miradas se encontraron, y un nuevo fuego ardía en los ojos de él.

—¿Y después de que entregues el papel? —preguntó Gregor sonriendo.

—Podemos sentarnos allí delante, donde hay un montón de luz —contestó ella, poniéndose de nuevo en movimiento—. Así a Dean le será más fácil localizarnos.

El gigante gruñó a sus espaldas.

—Como si le fuese a costar mucho localizarme, me siente donde me siente.

En eso tenía razón, pero Jacki no estaba dispuesta a quedarse en un rincón oscuro, a solas con él. Y, además, por mucho que estuviera disfrutando con la admiración que le demostraba, no quería perderse la llegada de Dean.

Quería ver qué aspecto tenía un hermano preocupado; nunca había visto ninguno.

CAPÍTULO 9

Le habían dado el trabajo.

Dickey Webster, el gruñón encargado nocturno de pelo canoso, que además atendía la barra, apenas miró la solicitud.

—Empiezas el lunes, de ocho de la tarde a dos de la mañana. ¿Te va bien?

Le iba bien, perfecto de hecho. Como ave nocturna que era, Jacki no podría haber elegido un horario que le fuera mejor. Todos los camareros llevaban el mismo delantal, que el bar les proporcionaba, así que no tendría que preocuparse por si debía llevar un uniforme demasiado cursi, o uno que enseñara demasiado. Podía ir con vaqueros y camiseta.

Trabajaría los lunes, martes, viernes y sábados, lo cual le dejaría un montón de tiempo libre durante la semana para sus nuevas clases.

Al contribuir a los ingresos familiares, tendría voz y voto en las decisiones económicas. El alivio y la emoción ante la perspectiva de que, por fin, fueran a tener en cuenta su opinión, casi eclipsaron la presencia de Gregor.

Casi.

El amigo de Dean tenía un sentido del humor increíble, una risa contagiosa y un atractivo tan arrollador que Jacki se sentía abrumada. En ninguno de los dieciocho minutos que estuvieron sentados, dejaron de ser observados por los clientes del bar, hombres y mujeres por igual. Los hombres miraban a Gregor con receloso interés; las mujeres, en cambio, lo hacían con lasciva avidez.

—Qué manera de atraer la atención —comentó Jacki.

—Le dijo la sartén al cazo —respondió él, dando un sorbo a su refresco. Entonces se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa—. Apuesto a que se quedan boquiabiertos a tu paso allá adonde vas.

Jacki se encogió de hombros. Sí atraía muchas miradas, pero eso no cambiaba el hecho de que era demasiado alta, demasiado flaca y no tenía pecho.

—Los hombres son muy fáciles. Para ellos es una costumbre. Observan a toda mujer que se cruce en su camino. Eso no significa nada.

Gregor le lanzó una taimada sonrisa de medio lado.

—Haciéndote la tímida, ¿eh? Vale, acepto. —Extendió la mano para coger la de ella—. ¿Quieres que te recite unos versos? ¿Tal vez quieres que me ponga de rodillas? ¿Música suave? —Le sostenía la mano con delicadeza cuando, en realidad, podría habérsela arrancado—. ¿Flores? ¿Bombones? ¿Qué es lo que te gusta, nena? Dímelo y lo haré.

—No sé de qué me estás hablando.

—Claro que sí. Hablo de cortejarte.

Ella se limitó a menear la cabeza, lo cual hizo que Gregor sonriera.

—No eres ese tipo de mujer romántica, ¿eh? Mejor. A mí me dan náuseas todas esas cursilerías. ¿Qué tal si paso de todo eso y te digo lo deliciosa que eres? En realidad se me está haciendo la boca agua. Eres tan condenadamente sexy...

—Por el amor de Dios. Déjalo ya, ¿vale? —Miró a su alrededor, al público pendiente de ellos, como hechizado—. Alguien podría oírte.

Avergonzada, Jacki trató de que le soltara la mano, y así es como Dean los encontró. Un segundo y no estaba, y al siguiente lo tenían respirándoles en el cogote.

Gregor también debió de sentirlo, porque su rostro adoptó una expresión de sorpresa, reemplazada a los pocos segundos por otra de expectación. Besó los nudillos de Jacki con una floritura y a continuación se dirigió a Dean.

—Joder, qué rápido has venido, Huracán. Y yo que creía que iba a necesitar un jauría de sabuesos para encontrarte. ¿Quién iba a decirme que perseguir a tu hermanita pequeña te haría aparecer?

—Jacki mide casi metro ochenta —puntualizó Dean, con un tono peculiar, como un poco aburrido—. No es lo que se dice pequeña.

—A mi lado es pequeña —insistió Gregor, adoptando una ridícula expresión de asombro—. Pero espera, un momento, nadie sabía que tuvieras una hermana, ¿no? Todos creíamos que habías sido creado en un laboratorio como parte de un experimento científico que no salió del todo bien. ¿Así que cómo iba a saber yo que ella sería el cebo para sacarte de donde estuvieras?

Ante las bromas de Gregor, una horrorosa sensación de temor atenazó el estómago de Jacki,

Ajeno a ello, Gregor le dedicó otra sonrisa.

—Pero ahora ya lo comprendo. No sólo tienes una hermosa hermana, sino que además eres su ángel guardián.

—Eres idiota, Gregor.

Éste resopló.

—Has venido corriendo a rescatarla. Con lo que conseguirás que ella crea que no confías en mí.

Jacki comprendió de golpe lo que estaba sucediendo, y fue como si la arrollara una retroexcavadora: Gregor la había cortejado para molestar a Dean, no porque se sintiera atraído por ella.

Estaba claro que la había utilizado.

Y que ella había sido lo bastante estúpida como para dejar que lo hiciera.

Repantigándose en su asiento, esperó a ver cómo manejaba Dean la situación.

—Sólo he venido para llevarla a casa —dijo éste.

—Porque me ofrecí a hacerlo yo y no me quieres cerca de ella.

Dean cortó el aire con la mano.

—No soy esa clase de hermano, maldita sea.

—¿De verdad? —Gregor se levantó de su asiento y se colocó frente a Dean, que era sólo un poco más bajo que él—. ¿Y qué clase de hermano eres? Lo pregunto para saberlo en el futuro. Con lo prendado que me he quedado, tengo intenciones de quedarme un tiempo por aquí.

Jacki se quedó mirándolo. ¿Gregor tenía la intención de seguir utilizándola?

Por encima de su cadáver.

Decidida a hacerle entender que había comprendido su juego Jacki esperó a que le prestara atención, y entonces dijo:

—Gilipollas.

Gregor enarcó las cejas y soltó una tremenda carcajada.

—Joder, Huracán, ya lo creo que es hermana tuya.

De alguna forma, Gregor parecía encantado pese a su insulto, pero Jacki no pensaba dejarse engañar otra vez.

—Pierdes el tiempo —dijo Dean—. No creas que vas a provocarme, así que déjalo. Si quieres pelear, tendrá que ser en un combate oficial de la SBC.

—¿Sabes? Es lo que yo quisiera, pero todos parecen más dispuestos a escucharte a ti que a mí.

—Mala suerte, entonces, porque yo no pienso hacer nada al respecto. —Dean se volvió hacia Jacki—. Vamos.

Ella asintió y se levantó del banco.

—Créeme, me muero de ganas de irme.

Dieron media vuelta para marcharse, pero Gregor se colocó delante de ella. A Jacki no le pasó inadvertido lo rápido que se movía para su inmenso tamaño.

—Un momento, encanto.

—No soy tu «encanto». —Gregor fue a hablar de nuevo, pero ella lo detuvo dando un paso hacia él—. Tampoco soy tu «cariño» ni tu «nena». Me llamo Jacki, y será mejor que lo recuerdes en caso de que vuelvas a dirigirme la palabra.

Gregor pasó de la sorpresa a la expresión conspiradora.

—Ah. —Miró hacia Dean y a continuación hizo un gesto de asentimiento hacia ella—. Entiendo. Delante del hermano mayor las cosas cambian, ¿no?

—No soy esa clase de hermano, joder —gruñó Dean.

Tanto Gregor como Jacki lo ignoraron.

—Lo cierto es que no. Dean no tiene ninguna influencia sobre mí. Pero ¿tan idiota crees que soy?

—Yo nunca he dicho...

—Cualquiera se daría cuenta de que lo que verdaderamente estás buscando es picar a Dean para que pelee contigo.

—Yo, no...

—Estabas pasando el rato conmigo a ver si Dean aceptaba el reto. Me has utilizado.

Gregor le colocó dos dedos sobre los labios.

—Una confrontación con tu irritante hermano es, sin duda, interesante, ene... —carraspeó—, Jacki. Pero ahora que te he visto, eso no es lo único que me interesa.

—Sí, vale. Lo que tú digas. —Ella adoptó un gesto de mordaz desdén—. Vete a tomarle el pelo a otro.

Gregor le bloqueó el paso nuevamente. Ya no parecía divertido ni encantador.

—Espera un minuto, me has entendido mal.

Tan cerca de su espalda que Jacki podía percibir su calor, Dean intervino.

—Quítate de en medio, Gregor.

Atrapada entre ambos hombres, Jacki se sintió verdaderamente pequeña, y eso sí que era algo nuevo para ella. Pero no tenía tiempo de disfrutar de la novedad.

—Se me da bien juzgar el carácter de las personas —le dijo a Gregor—. Y tú careces de él.

Resoplando de indignación, él se irguió tanto que aún pareció más alto, más grande. Para sorpresa de Jacki, se dirigió a Dean.

—Podrías ayudarme, Huracán.

—¿Y qué demonios se supone que tengo que hacer?

—Podrías empezar diciéndole que yo nunca la utilizaría para provocarte para que pelearas conmigo. Eso sería de cobardes, y los dos lo sabemos.

Dean se pellizcó el puente de la nariz y suspiró.

—Gregor no es ningún cobarde, Jacki. Es un tío repugnante y un bocazas, y carece de habilidad sobre la lona, así como de paciencia, pero...

—Te he pedido ayuda, no que me crucifiques —lo cortó el otro con sequedad.

—Todavía me resiento de mi última pelea, no he dormido demasiado esta semana y me acabas de interrumpir una agradable velada. —A cada palabra se iba pegando más a la espalda de Jacki—. De modo que dime, Gregor, ¿por qué demonios iba a querer ayudarte cuando preferiría que te largaras?

Después del grito que Dean acababa de soltar junto a su oído, Jacki pensó que iba a quedarse sorda durante varios días. Y el capullo de Gregor parecía muy satisfecho de haberle hecho perderlos estribos.

Incluso se atrevió a chasquear varias veces la lengua a modo de reprimenda.

—Huracán, Huracán, Huracán. Nunca antes te había visto perder la calma. ¿Seguro que este pajarito no despierta tu instinto protector?

¿Pajarito? Jacki aspiró hondo sintiendo que su indignación crecía por momentos. ¡Qué patán tan insufrible! Utilizando ambas manos, lo golpeó con todas sus fuerzas. En ese momento, Gregor estaba mirando a Dean, y el golpe lo pilló por sorpresa, haciendo que retrocediera dando un traspies. No lejos, pero lo justo como para dejarle a Jacki espacio suficiente para salir corriendo. Cosa que hizo.

A sus espaldas, Jacki oyó que Gregor le gritaba.

—Encanto, espera. —Y cuando ella apretó el paso, añadió—: Ahí va mi corazón, Huracán. Tu hermanita me lo acaba de arrancar del pecho.

—Tú no tienes corazón, pedazo de gilipollas —dijo Dean.

Un segundo después, Jacki vio a su hermano a su lado, acompasando su paso al de ella al salir de la protección contra la lluvia que ofrecía el alero del tejado del bar.

—Jacki.

La humillación que sentía no le permitía hablar.

—¿Nadie te ha dicho nunca que no deberías atacar físicamente a un luchador entrenado que, además, te dobla en tamaño?

—¡Ja! —dijo ella sin poder evitarlo.

—¿Y eso qué significa?

—Que tú estabas allí —le espetó Jacki, sin dejar de andar. Pisaba con tanta fuerza que iba salpicando agua de los charcos.

Dean la agarró de un brazo y la obligó a volverse.

—¿Esperabas que me peleara por ti?

Parecía tan furioso ante la posibilidad, que Jacki casi esperaba que de un momento a otro empezara a salirle humo de la cabeza.

—Claro que no —contestó, poniendo los ojos en blanco—. Ese grandísimo idiota quiere pelear contigo sobre una lona, no en un bar. Lo que quiero decir es que al veros a los dos juntos he comprendido que no es de los que maltrata a las mujeres. Si lo fuera, tú no charlarías con él como si tal cosa.

—¿Por qué?

—Porque no creo que seas de los que se relacionan con cretinos que abusan de los demás.

—No puedes suponer tal cosa sobre mí. Joder, ni siquiera me conoces.

Durante un breve segundo, Jacki le acarició la mandíbula.

—Eres mi hermano, Dean. No sé. Es una locura, lo admito. Pero te conozco.

Él la miró con el cejo fruncido y los brazos en jarras; luego levantó la vista, por detrás de ella, hacia la nada en realidad. Sólo se veía calle, se oía ruido y congestión humana. Entonces la miró a la cara de nuevo.

—¿Adonde crees que vas?

No tenía ni idea. Sólo había querido poner distancia entre ella y la fuente de su vergüenza: Gregor.

—¿A tu coche?

Muy despacio, sin dejar de mirarla, Dean asintió.

—Pues está en dirección contraria.

No parecía preocuparle la lluvia, claro que tampoco ella se había fijado hasta entonces. Pero en ese momento empezó a sentir que el frío le calaba los huesos, y el pelo le caía sobre los hombros en húmedos pegotones.

Y todo porque Gregor la había puesto furiosa.

—Tú dirás dónde.

—Menos mal, gracias. —Y, dándose la vuelta, Dean echó a andar a paso ligero.

Jacki lo siguió calle arriba hasta que llegaron adonde estaba aparcado el coche, junto a la acera. Dean le abrió la puerta y esperó a que se sentara antes de rodear el vehículo y sentarse tras el volante.

Jacki estaba congelada, empapada y se sentía como una idiota.

—Entonces ¿crees que tengo estándares en lo referente a la gente con la que me relaciono? ¿Querías decir eso?

Jacki sonrió para sí. Para ser un tipo duro y grande, a Dean le costaba aceptar que su honor era tan visible como sus músculos.

—Sí. Puede que no te conozca desde hace mucho, pero no creo que seas de los que aguanta esas cosas. Has insultado a Gregor y parecías impaciente, pero no me ha dado la sensación de que te diera asco ni nada de eso.

—¿Asco? —Dean frunció el cejo claramente ofendido—. A mí no me da asco nada.

—¿Qué pasa? ¿Eso no sería masculino o qué?

La expresión de él se ensombreció aún más, pero no dijo nada. Puso el coche en marcha y encendió la calefacción. Tanteó con la mano el asiento de atrás en busca de una cazadora y se la dio a Jacki.

Después se abrochó el cinturón y se separó de la acera. A esa hora, las calles estaban casi desiertas. El áspero viento lanzaba las gotas de lluvia contra el cristal como si fueran balas. Los limpiaparabrisas no daban abasto.

Al cabo de un minuto, Dean la miró.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Es sólo que me siento como una idiota.

—¿Y cómo es eso?

Suspirando, Jacki echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el cristal negro.

—Debería haber sabido que en realidad no estaba interesado.

—¿Por qué...?

Sintiéndose peor por momentos, Jacki se hundió en el asiento y se rodeó a sí misma con los brazos. El maquillaje le chorreaba por la cara debido a la lluvia y el pelo se le apelmazaba en pegotes; además, se había embarrado los bajos del pantalón.

Por dentro y por fuera, se sentía fea y carente de atractivo. Y no le apetecía hablar de ello.

Pero Dean no cejó en su empeño.

—¿Jacki?

En los últimos días habían pasado demasiadas cosas, y no se veía capaz de manejar la situación. Cam y ella no dejaban de pelearse todo el tiempo, estaban perdiendo la casa poco a poco, y ahora aparecía un hermano que no había existido durante mucho tiempo...

Estaba harta, y lo pagó con Dean.

—¿A ti qué te importa en cualquier caso? Yo no te importo. —La voz temblorosa se convirtió en tono de desprecio—. ¿O acaso te preocupa Gregor?

Luchando consigo misma, Jacki inspiró tres rápidas bocanadas de aire y, finalmente, cayó en la cuenta de lo diferente que era de Dean. Estaba sentado junto a ella, pero su fría distancia ponía muchos kilómetros entre ambos.

Oh, Dios, maldito temperamento. El sonido de los neumáticos sobre el asfalto mojado y la furia de la tormenta no podían ahogar el estruendo de la culpa.

—Dean...

—Olvida que te he preguntado, ¿vale?

Por primera vez desde que lo conocía, Dean le pareció distante e inaccesible. Por su culpa. Había ido a Harmony en cuanto recibió la carta de Cam. Había salido de la cama de Eve sólo para llevarla a casa desde aquel bar.

Por mucho que dijera lo contrario, sus acciones eran obvias.

Un tremendo relámpago rasgó la negrura de la noche, iluminando el interior del coche. Jacki deseó que no hubiera ocurrido.

Deseó no haber visto la cara de Dean, tan distante y deliberadamente inexpresiva y tan... recelosa.

¿Qué podía hacer? No se le ocurría nada, aparte de ser sincera. Subió las piernas al asiento y se volvió hacia él. Su hermano no dijo nada, ni siquiera la miró.

—Sabes que nunca antes he tenido un hermano mayor.

El la ignoró, pero Jacki se negó a sentirse intimidada.

—Como es natural, la cagaré de vez en cuando. —Las lágrimas se le agolpaban en la garganta, haciendo que la voz se le quebrara, y eso la irritaba. Nada le disgustaba más que una llorona—. Vas a tener que darme un poco de tiempo, maldita sea.

Un nuevo sentimiento, algo parecido al miedo más atroz, aspiró todo el oxígeno del coche. Dean la miró entonces, y luego apartó la vista.

—Lo juro por Dios, Jacki, si te echas a llorar, pararé aquí mismo y te dejaré sentada en la acera.

Vaya una amenaza más horrible. Pero Dean no parecía estar hablando en serio. Parecía más bien desesperado.

Ella dejó escapar una espantosa risa llorosa desde el fondo de la garganta.

—Sí, claro.

—Ponme a prueba —la desafió él, inclinándose hacia la guantera, de la que sacó un paquete de pañuelos de papel.

—Gracias.

—Venían con el coche de alquiler.

El comentario la hizo reír de nuevo. Aprovechó que el ambiente parecía haberse despejado un poco para continuar sincerándose.

—Es porque es un tío grande y muy atractivo. Un tío bueno, vamos.

—¿Quién?

Pasar del llanto a la carcajada resultaba de lo más extraño, aunque tal vez fuera algo que los hermanos mayores podían conseguir.

—Gregor.

—No me hagas vomitar —contestó Dean, mirándola con una expresión más horrorizada de lo que ella habría podido imaginar.

Entonces Jacki se echó a reír. Dean soportó las risas, poniendo los ojos en blanco cuando ella trató de recobrar la compostura sin conseguirlo.

—¿Ya se te ha pasado el ataque de histeria? —le preguntó al fin, a pocos minutos de su casa.

—No estaba histérica. Es sólo que eres muy gracioso.

—Sí, y por eso me apodan Huracán.

Sonriendo ampliamente, Jacki le dio un puñetazo cariñoso en el hombro.

—Eres muy cómico. —Estudió el bonito perfil de su rostro—. Gracias. Aprecio de verdad tu preocupación.

—De nada. —El silencio reinó en el coche durante un minuto más—. ¿Quiere eso decir que hemos terminado ya de hablar de Gregor?

—Por completo. —De ninguna manera pensaba comentar con Dean la inseguridad que le creaba no tener tetas.

—¿Y vas a ese bar muy a menudo? —preguntó él, encogiéndose de hombros.

—En realidad, no. —Media docena de pañuelos habían arreglado lo del rímel corrido, pero no podía hacer mucho con el pelo—. He estado un par de veces. El otro día me fijé en que habían colgado un cartel solicitando gente, y he rellenado una solicitud.

—¿Por qué ahí?

—¿Por qué no?

La exasperación de Dean saltaba a la vista por la fuerza con que, de repente, agarró el volante.

—Es un bar. Lo más probable es que esté siempre lleno de hombres que han bebido demasiado.

—Y yo que creía que ése sería el tipo de bar al que tú irías.

—Exacto.

Sí, su hermano era un gran bromista.

—He estado pensando en lo que dijiste.

—¿Y qué es lo que dije? —gruñó él.

—Ya sabes, lo de trabajar y estudiar a la vez. Puedo hacerlo. Sé que puedo. Es sólo que Cam siempre ha insistido en que no lo hiciera, y me resultaba más sencillo dejar que se saliera con la suya que hacer lo que a mí me parecía correcto.

—No era asunto mío. Debería haber cerrado la boca.

Jacki se alegraba de que no lo hubiera hecho.

—Tenías razón, Dean. Cam no tiene por qué soportar sola toda la carga económica de la casa. —Ocultó la sonrisa antes de añadir—: Y ahora puedo utilizarte como apoyo cuando Cam se entere de que ya me han contratado y le dé un ataque.

Cuando Dean enfiló la calle, los faros del coche iluminaron el jardín húmedo. La lluvia más fuerte había cedido, ahora sólo chispeaba de forma persistente y los truenos resonaban ya en la lejanía.

La expresión de él no había cambiado, pero Jacki percibía su consternación.

—Jacki...

—Lo sé, lo sé. —Le dio unas palmaditas en el hombro en señal de comprensión—. No eres ese tipo de hermano. No te preocupes.

—Mierda —dijo Dean poco después en voz muy, muy baja—. ¿No podías haber buscado trabajo en una tienda de ropa en el centro comercial o algo así?

Jacki resopló.

—Sí, claro. Por el salario mínimo, ¿no? Gracias, pero no.

No les faltaba mucho para llegar. Lo lamentó realmente. Era muy agradable charlar con Dean de aquella forma.

—Ganaré un par de dólares más a la hora en el bar, además, las propinas están muy bien. Y, por si no te has dado cuenta, no doy el perfil de dependienta de supermercado.

Una leve sonrisa asomó a los labios de Dean.

—¿Y cómo es ese perfil?

—Chicas animadas —dijo ella sin pensárselo.

—Y tú no eres así —convino él.

—La mayoría de esas chifladas del centro comercial son antiguas animadoras que se pirran por la ropa de diseño, la moda y el coqueteo. —Miró por la ventanilla—. No tardaría en volverme loca.

Dean se rió de buena gana.

—Sí, yo también me volvería loco.

Jacki se volvió hacia él, deseosa de sentir que la apoyaba, aunque no estaba segura de por qué esa necesidad.

—Además, me va bien el horario nocturno. Al contrario que Cam, no soy una persona diurna. Y además es media jornada, así que no me impedirá ir a clase. Está lo bastante cerca y no me costará encontrar a alguien que me traiga a casa de vuelta. Y, cuando no encuentre a nadie, siempre puedo coger el autobús en la parada que hay a un par de manzanas del bar.

—Una parada de autobús —repitió Dean sin gran entusiasmo. Luego asintió, mordiéndose el labio—. La has mencionado por teléfono.

—Sí, antes de que me colgaras.

Dean aferró de nuevo el volante con fuerza y al cabo aflojó un poco.

—Escucha, no estoy siendo un hermano protector ni nada de eso...

Sí que lo estaba siendo, y Jacki se había dado cuenta.

—Sigue —se limitó a decir ella.

—... pero ¿crees que es buena idea andar por ahí sola por la noche? No me ha parecido la zona más segura de la ciudad. Un par de manzanas es mucha distancia si te surge un problema. ¿Quién te oiría si pidieras socorro?

—No me pasará nada —lo tranquilizó ella. Y eso esperaba.

Pero joder, Dean había conseguido asustarla. No era una zona tan mala, aunque tampoco estaba muy iluminada ni transitada por la noche.

—No sé... —Las miradas de ambos se encontraron, y él la estudió durante un instante. Finalmente, se encogió de hombros—. Bueno ya eres mayor. Estoy seguro de que sabes lo que tienes que hacer.

No parecía muy convencido.

Detuvo el coche delante de la casa.

—Me gustaría sugerirte una cosa... —Dean se detuvo a media frase, pálido y sin dar crédito a lo que veía—. Joder. No puede ser.

La súbita imprecación cogió a Jacki por sorpresa. Se inclinó hacia adelante para mirar por el parabrisas. Siguió la mirada de Dean y vio... ¡a su hermana en el tejado!

—Maldita sea. —Jacki se desabrochó rápidamente el cinturón y abrió la puerta—. Debe de estar entrando agua a chorros por el maldito tejado para que haya tenido que subirse precisamente ahora.

—No puede ser. —Dean movió negativamente la cabeza—. Uno no puede subirse a un tejado durante una tormenta eléctrica. Espera un minuto. ¿Qué demonios está haciendo? ¿Qué tiene en la mano... plástico?

Jacki salió del coche.

—Sí. A veces cuando llueve mucho, el agua se cuele por la parte de arriba de la casa, especialmente por el techo de la habitación de la tía Lorna. Será mejor que vaya a ayudarla. —Se apoyó en el coche preguntándose cuánta sensiblería sería la apropiada. Al final, se inclinó por decir—: Gracias por venir a recogerme, Dean. He disfrutado mucho charlando contigo.

—Oh, no. Claro que no vas a hacerlo.

Por primera vez, Dean parecía absolutamente fuera de sí, más Huracán que el hombre que había demostrado ser hasta el momento.

Era impresionante. Hasta cierto punto aterrador.

Y confuso.

Jacki se echó hacia atrás.

—¿Ocurre algo?

Dean apagó el contacto y salió del coche con una expresión amenazadora. Cerró la portezuela de un golpe que retumbó por las calles húmedas y vacías. Jacki hizo una mueca.

Sin dejar de mascullar, Dean atravesó como una flecha el jardín empapado en dirección al lateral de la casa, donde, subida, Cam forcejeaba con un trozo de plástico en las manos.

Jacki avanzó tras él a trompicones.

Dean se detuvo justo debajo de donde su hermana trajinaba. Apartándose del lateral lo suficiente como para poder ver a Cam a la luz de la farola, puso los brazos en jarras y gritó.

ELLUCHADOR



LORI FOSTER

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

CAPÍTULO 10

Cam estuvo a punto de caerse del tejado.

Tan ensimismada estaba peleándose con aquel maldito plástico en medio del viento y la lluvia que no había prestado atención al coche que había aparcado en la parte delantera. Supuso que sería algún vecino que acababa de llegar a su casa. Ni por un segundo se le habría ocurrido esperar una visita de Dean a aquellas horas.

¿Qué estaba haciendo él allí?

—¿Dean? —gritó ella.

—Hola, Cam. Dean me ha traído a casa —dijo Jacki.

Acercándose con cautela al extremo del húmedo tejado, Cam miró hacia abajo, a sus hermanos.

Sus hermanos.

Aquello seguía impactándola. A pesar de estar atrapada en el tejado en medio de una tormenta, lágrimas de felicidad afloraron a sus ojos. Desde el momento en que había conocido a Dean estaba tratando de evitar llorar.

Llorar de felicidad.

Pero ni Dean ni Jacki parecía andarse con ñoñerías al respecto, así que no sería ella quien diese la nota.

La noche era lo bastante oscura como para que no vieran sus lágrimas, y además, la lluvia las disimularía. De modo que, tan aterida que los dientes le castañeteaban, Cam agarró bien el plástico y procuró hablar con voz firme.

—¿Dónde estabas, Jacki?

Levantando las manos al cielo, Dean soltó una carcajada de incredulidad. Avanzó dos pasos hacia la casa y le lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué demonios importa eso ahora?

Cam notó que empezaban a temblarle las rodillas a causa de la incómoda posición en el tejado inclinado.

—No sabía que hubiese salido.

—Estás en el tejado, Cam. Durante una tormenta —dijo él muy lentamente con un gruñido, como si Cam fuera tan tonta que no se hubiese dado cuenta. Y entonces se puso rígido—. Y además vas en camisón.

El tono tan desagradable con que lo dijo la molestó. Se había echado una bata encima. Cuando empezó a llover, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Vestirse? ¿Esperar el día siguiente, y dejar que los daños fueran peores?

No tenía dinero para reparaciones. No tenía a nadie a quien pedir ayuda, excepto Roger, y él ya la había ayudado bastante.

El maldito plástico revoloteaba con el viento y se le enredaba en las piernas. Se apartó el pelo húmedo, que le tapaba la cara. Tenía los labios rígidos y la voz le temblaba.

—Tengo que terminar de fijar este plástico. Si queréis, entrad y en seguida bajaré a preparar café.

Por un momento, Cam pensó que Dean iba a subir y estrangularla. Parecía más que capaz de ello. Y era extraño, porque no había mucha luz en ese rincón del jardín, pero no le cabía la menor duda de lo que su hermano sentía en ese momento.

—¿Dónde está la escalera? —preguntó Dean, relajándose de pronto.

Cam no sabía qué pensar de su cambio de humor.

—En la parte de atrás. ¿Por qué?

—Quiero que bajes de ahí. —Y dicho eso, desapareció antes de que ella pudiera decirle que aún no había terminado.

Cam se liberó del entorpecedor plástico y retrocedió poco a poco hasta el punto del tejado por donde, según creía, se colaba más cantidad de agua.

Al cabo de un minuto, una mano grande y cálida la sujetó del codo.

—Ya vale, Cam. Ahora mismo vas a bajar por la escalera y te vas a meter en la casa. Sécate, y después ve a preparar café si quieres. O, mejor, que lo haga Jacki.

¿Cómo demonios había conseguido Dean subir tan rápido? Y, al contrario que ella, no se tambaleaba intentando guardar el equilibrio. Al contrario, permanecía erguido y plantado con firmeza sobre el tejado.

Cam negó con la cabeza.

—Jacki no sabe hacerlo. Nunca lo ha hecho.

—Pues ya va siendo hora de que aprenda. No es idiota. Sabe seguir las indicaciones del paquete. Dile que lo haga y lo hará.

Cam parpadeó sorprendida, y los temblores de frío pasaron a ser de enfado.

—No puedo bajar. Aún tengo que...

—No vas a hacer nada más. Yo me ocuparé.

No había nada que deseara más que decirle que de acuerdo y meterse en la casa, donde hacía calor y estaría seca, pero llevaba demasiado tiempo ocupándose sola de las cosas como para permitir que su adorado hermano irrumpiera en escena dándole órdenes.

—Gracias. Es muy amable por tu parte, pero no puedo...

—Sí puedes. —Era como si sus palabras estuvieran recubiertas de una extraña capa de acero—. Y vas a hacerlo.

Cam frunció el cejo.

—Si de verdad quieres ayudar, ya que has subido, por mí de acuerdo. Pero sólo tengo un martillo y un paquete pequeño de clavos.

—Me valdrá.

—Pues entonces puedes sujetarme el plástico mientras yo lo clavo. Así terminaremos antes. —La idea de trabajar con él le gustaba—. Entre los dos...

—Me entorpecerás.

De alguna forma, sin que Cam se diera cuenta, Dean había logrado llevarla hasta la escalera. Jacki aguardaba al pie de la misma.

—Es... —Sus palabras murieron en sus labios. Discutirle que aquél también era su tejado, después de haberse pasado la cena tratando de convencerlo de que parte de la casa le pertenecía, no parecía la mejor táctica—. Es responsabilidad mía.

—Ya no —la contradijo Dean, sujetándola con fuerza del brazo—. Ten cuidado. Los peldaños están mojados.

Y esperó.

El camisón y la bata mojados se le pegaban a las piernas. Las zapatillas de deporte, que se había atado a toda prisa, rezumaban agua a cada paso.

Al ver que no le quedaba más remedio, Cam bajó el primer escalón, pero entonces vaciló.

—¿Qué vas a hacer?

—Primero, encontrar el lugar por donde entra el agua.

—Ya lo he hecho yo. Estaba cubriéndolo con el plástico.

Dean se dio la vuelta y echó un vistazo a los trozos de plástico.

—Creo que no.

—Pero...

—La mayoría de las filtraciones se dan en puntos donde faltan tejas, o bien donde éstas están sueltas; a veces, donde el metal se ha oxidado, especialmente alrededor de la chimenea. También se puede filtrar a través de juntas abiertas.

—Estaba utilizando el plástico para cubrir los puntos por donde entraba agua en la habitación de tía Loma.

El largo suspiro que emitió Dean le calentó las mejillas heladas con su tibio aliento.

—No sabes de qué estás hablando, Cam. Lo siento, pero no lo sabes. El lugar por donde el agua se filtra realmente hacia el techo, en general no tiene mucho que ver con la filtración del tejado. El agua se mueve por la parte inferior de la cubierta, o recorre las vigas del techo antes de entrar en el interior de la casa.

—¿De veras?

—Mira, cuanto más tiempo esté aquí explicándotelo, más voy a mojarme y más posibilidades habrá de que los dos resbalemos y acabemos rompiéndonos algo.

Nunca nadie le había hablado así antes. Por alguna razón, le dieron ganas de sonreír. No obstante, se mordió los labios y asintió.

Su hermano la miró con suspicacia.

—Tú confía en mí. Sé lo que hago.

—Vale. —Confiaba en él. Y era una sensación de lo más agradable—. Ten cuidado.

—No me digas. —Las palabras no habían hecho más que salir de su boca, cuando Dean negó con la cabeza y abandonó todo sarcasmo—. Venga, vete. Yo iré en unos minutos.

La sujetó mientras ponía un pie en la escalera y la soltó cuando la vio bajar.

Cam quería darle las gracias, o... algo. Pero no sabía qué decir, y Dean ya se había dado la vuelta para buscar el origen de las filtraciones.

Una vez abajo, pasó junto a su boquiabierta hermana y entró en la casa.

En comparación con la desapacible noche, el ambiente de dentro era casi bochornoso de tanto calor como hacía. Dios, sólo esperaba que no fuera porque el aire acondicionado también se hubiese estropeado. Una catástrofe más y de nada les serviría vender la casa; la deuda sería demasiado grande.

A sabiendas de que estaba sola y con las luces apagadas, Cam se quitó la ropa mojada y las zapatillas de deporte, lo tiró todo en el cuarto de la lavadora y subió a vestirse.

Segundos más tarde, Jacki abrió la puerta sólo una rendija y se coló en la habitación. Mientras Cam se secaba la cabeza con una toalla, su hermana se quedó apoyada contra la puerta cerrada, mirándola con nerviosismo e impaciencia.

—¿Ocurre algo?

—Que todo esto es muy extraño —farfulló Jacki.

—¿Extraño? —Dejando a un lado la toalla, Cam se puso unos pantalones y una blusa suelta—. ¿Te refieres a que Dean haya venido y haya insistido en ayudar?

—Sí. —Jacki se acercó y se sentó en el borde de la cama. Vaciló un momento antes de hablar—. He conseguido trabajo en el Roadkill Bar.

Cam se estaba peinando para deshacerse los enredos, pero al oír a su hermana, se detuvo en seco.

—¿Que has hecho qué?

—No empieces a protestar, Cam. Dean tiene razón. Necesito un trabajo, y ése es el que quiero. Empiezo el lunes.

¿Eso era lo que Jacki pensaba de su preocupación, que estaba protestando? Cam asintió un poco herida.

—Entiendo.

—Lo cierto es que Dean se ha enterado de que estaba allí y ha insistido en traerme a casa.

—¿Cómo se ha enterado?

Con expresión tranquila y cómplice, Jacki se inclinó hacia adelante.

—Ha dejado a Eve para venir a buscarme.

—¿A Eve? —¿Cómo había ido a parar Eve a aquella enrevesada historia?

—Estaban... ya sabes. —Jacki frunció el cejo y torció la boca—. Ya sabes, pasando un buen rato.

Olvidándose del pelo, Cam se sentó en la cama, junto a su hermana.

—¿Cómo lo sabes?

—La he llamado para ver si tenía el teléfono de Dean, ya que él no nos lo había dado a ninguna de nosotras; ya hemos visto en la cena lo bien que habían conectado, ¿no?

«Conexión» era quedarse muy corto para describir el choque sexual que había tenido lugar entre Dean y Eve.

—Sí.

—Así que la he llamado y, por su voz al responder, te aseguro que estaba claro que no estaba durmiendo.

—Espera, rebobina. —A Cam, meter la nariz en la vida privada de Eve no le parecía apropiado. Necesitaba un momento para asimilar las cosas—. ¿Para qué querías el número de Dean?

—Es una larga historia que de buena gana te contaré luego. Pero verás, Eve no me ha dado el número de Dean. —Jacki se acercó más a su hermana—. Le ha pasado el teléfono.

—¿Qué hora era?

—No hace más de una hora. Y Dean no se ha molestado en ocultar que los había interrumpido.

Aquello era demasiado.

—¿Dean ha sido grosero contigo?

Jacki se echó a reír.

—Teniendo en cuenta la situación, se ha portado muy bien.

¿Eve y Dean ya habían intimado? Lo cierto era que Eve le había dejado bien claro cuánto la había impresionado Dean, pero aun así... Cam movió la cabeza para aclararse las ideas.

—¿Por qué no me has llamado a mí para que fuera a buscarte?

Jacki se dejó caer hacia atrás sobre la cama.

—¿Cómo es que sabía que me lo ibas a preguntar?

—Me gustaría pensar que seguimos estando unidas.

Jacki gimió.

—¿Así que no vamos a hablar de Eve y Dean?

No era asunto suyo, pero...

—Tal vez después.

En ese momento, el agotamiento físico y emocional dominaba a Cam. No pensaba con claridad.

—Yo habría ido a buscarte, Jacki.

—Lo sé. Pero has tenido un día duro. ¿Por qué deberías hacerte responsable de mí?

Un feroz instinto de protección rugió dentro de Cam.

—Porque eres mi hermana.

—Sí, claro. Pero tengo veintiún años, no doce. Sólo soy un poco menor que tú. —Jacki se apoyó en los codos—. ¿Te das cuenta de que sólo porque papá y mamá murieron me tratas como si fuera frágil?

¿Eso hacía? Cam se mordió el labio, consciente de que era cierto. Pero quería tanto a Jacki que no deseaba que se sintiera nunca sola.

Como le había pasado a ella.

—Dean es un cachondo. —Jacki se deslizó hacia atrás hasta colocarse en medio de la cama de tamaño medio de Cam. Como ave nocturna que era, Jacki estaba más despierta a esas horas que en ningún otro momento del día—. Al hablar con él, te das cuenta de que no es como los demás tíos.

—Es tu hermano. —Cam dejó lo del pelo por imposible y se lo recogió en una cola de caballo enredada—. No hemos tenido cerca a ningún familiar masculino, ni tampoco amigos íntimos. Es lógico que la relación con Dean te parezca distinta que con otros hombres.

—Vale. Eso lo pillo. Pero es un hermano que no nos conoce, Cam. No es posible que le importemos.

Cam no estaba tan segura de eso. Después de todo, ella apenas lo conocía, pero en cambio él sí le importaba. Y mucho. Un súbito martilleo en el tejado las hizo enmudecer.

—Es él.

Jacki sonrió ampliamente.

—Eso parece. Y yo diría que no pone los clavos cautelosamente, como tú.

Las dos hicieron una mueca al oír las pesadas pisadas que recorrían el tejado, seguidas de más martilleos.

Oyeron cómo una puerta se abría de golpe en el pasillo.

—¿Qué es lo que pasa?

Jacki puso los ojos en blanco.

—Ya está ahí la reina del drama.

—Compórtate. —Esbozando una sonrisa, Cam abrió la puerta y salió al pasillo a tranquilizar a su tía—. Siento que te hayamos despertado, tía Lorna.

Su tía tenía la habitación más grande de toda la casa, incluso con cuarto de baño propio, en un extremo del segundo piso. En el otro extremo, Jacki y Cam ocupaban sendas habitaciones más pequeñas, unidas entre sí por un cuarto de baño común.

Desde el umbral de la puerta, Lorna miraba a las dos hermanas alternativamente, y su cejo de enfado se volvió de confusión.

—Si las dos estáis aquí, ¿quién está en el tejado?

—Dean.

El rostro de Lorna se crispó, dándole un aspecto... ridículo. Dormía con un turbante de algodón en la cabeza para no estropear el peinado de peluquería, una crema cara en el rostro, que hacía que el cutis le brillase, y pequeños trozos de algo que parecía esparadráp para cubrir las arrugas más marcadas.

Cam trató de no quedarse mirando, realmente lo intentó. Jacki en cambio no fue tan discreta.

—Tía Lorna, ¿te has cortado afeitándote?

La tensa mirada de la mujer se fijó en ella.

—¿De qué hablas?

—Tienes pequeños trozos de esparadráp por toda la cara.

Lorna se infló como si fuera un hojaldre.

—Imbécil. Una mujer no se afeita.

Cam ocultó la sonrisa. Con esparadrapo entre las cejas, encima del labio superior y en el ángulo de cada ojo, lo del afeitado sonaba verdaderamente ridículo.

Jacki frunció el cejo en señal de burlona preocupación.

—Entonces ¿por qué llevas esparadrapo por toda la cara?

—Es un tratamiento contra las arrugas.

Cam se colocó entre las dos antes de que su tía se enfadara de verdad.

—Insultar es de niños, tía Lorna.

La explosión parecía inminente.

Pero antes de que Lorna pudiera dar salida a su furia, Cam añadió:

—Además, tú no tienes arrugas. ¿Para qué necesitas ese tratamiento?

Eso calmó a la mujer, como era previsible.

—No trates de distraerme. Quiero saber qué está haciendo ese hombre ahí arriba.

Jacki rodeó a su hermana.

—Ese hombre es nuestro hermano.

—Pues ¡a él no le importa! Antes ha dejado bien claro que...

—Basta. —De una manera u otra, Cam estaba decidida a conseguir que su tía aceptara a Dean.

—No, jovencita, no basta. —Lorna atravesó el pasillo hecha una furia en dirección a Cam—. ¿Qué está haciendo él aquí a estas horas? —exigió saber, pero sin darle a Cam tiempo a responder, añadió—: ¿Qué te ha dicho? —añadió con suspicacia.

—¿Que qué me ha dicho? —No comprendía a qué se refería su tía.

Lorna levantó un puño.

—Ha venido a meterse donde no lo llaman, a causar problemas, te lo digo yo. Nunca deberías haberle dejado entrar en nuestras vidas. Sólo traerá...

Aquello era la gota que colmaba el vaso.

—¡Está en el tejado! —gritó Cam, cargando contra ella con pasos furiosos—. ¡Bajo la lluvia, arreglando el maldito tejado para que tu habitación no se inunde!

—¡Vaya! —respondió Lorna irguiéndose con actitud arrogante—. Ya había puesto un cubo para recoger el agua. No había necesidad de que él hiciese nada. ¿Y por qué no se lo has dicho a Roger? Por si no te acuerdas, es tu prometido.

—Aún no —insistió Jacki—. Pareces olvidar que Cam aún no le ha prometido nada. De hecho, tú eres la única que...

Tratando de evitar un enfrentamiento con todas las de la ley, Cam cogió a Jacki del brazo y echó a andar hacia la escalera.

—Vuelve a la cama, tía Lorna.

—No he terminado de hablar contigo.

—Sí, sí has terminado —le respondió Cam por encima del hombro.

Sin soltar a Jacki, se acercó al hueco de la escalera que daba sobre la sala de estar. Dean estaba allí de pie.

Chorreando. Escuchando.

Ay, Dios.

Dedicó a Cam una única y larga mirada.

—Y yo preocupado porque estaba haciendo demasiado ruido.

Debía de haber oído a Lorna, aunque no lo demostrara. Como siempre, parecía calmado y dueño de sí mismo, mientras que ella se había liado a gritos con su tía.

Cam estaba muy cansada de fingir sonrisas, pero aún fue capaz de esbozar una más.

—Dean, no me había dado cuenta de que habías terminado. Tendré listo el café en un minuto.

Los ojos castaño claro de Dean, casi idénticos a los suyos, se desplazaron hacia Jacki.

—Pensaba que iba a hacerlo ella.

—Jacki y yo nos hemos entretenido hablando.

Jacki bajaba la escalera detrás de Cam.

—Yo lo haré. —Cuando estuvo más cerca de Dean, se inclinó y le dijo—: Pero si se te cae todo el vello del cuerpo por beberlo, la culpa será tuya.

Su hermano sonrió.

Hasta que volvió a mirar a Cam.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Claro.

Dean se había retirado el pelo mojado de la cara y se había quitado los zapatos empapados, pero la camiseta, empapada también, se le ceñía al amplio torso.

—Pero tendrías que secarte primero —prosiguió Cam—. Te traeré una toalla. Y, si quieres, puedo meter la camiseta en la secadora.

Dean la cogió del brazo antes de que pudiera escabullirse. Cam se volvió hacia él automáticamente y lo vio dirigir una gélida mirada escaleras arriba, hacia donde estaba Lorna.

¿Qué iba a pasar entonces?

—Dime por dónde se está filtrando el agua.

Ay, Dios.

—La mayor parte de las filtraciones están... en la habitación de la tía Lorna.

—De acuerdo.

Dean empezó a subir la escalera y, en vista de que no la había soltado, Cam podía montar una escena tratando de soltarse o, simplemente, subir con él.

Eligió subir con él.

Sólo que Lorna no se movió del sitio. Bloqueaba la parte superior de la escalera, y Cam no sabía qué iba a pasar a continuación.

Dean se detuvo delante de ella. Aun estando un peldaño más abajo que Lorna, la superaba en altura. Esperó dos segundos antes de hablar.

—Aparta.

La mujer hizo lo que le pedía.

Refunfuñando, Dean tiró de Cam en la dirección opuesta del pasillo, y Lorna se pegó a sus talones.

Cam se resistía obstinadamente a seguir.

—En esa dirección están la habitación de Jacki y la mía. La de la tía Lorna está en la otra punta.

Él le echó un vistazo a la mujer y sonrió con suficiencia.

—¿Te has quedado con la habitación de mis padres?

—Estaba vacía. —Como si de inmediato lamentara haberlo dicho, Lorna se llevó una mano a la frente—. Me pareció mejor no inquietar a Jacki y a Cam aún más. Acababan de perder a sus padres. Sus habitaciones les resultaban más familiares.

Dean hizo una pausa, mirando hacia la cuarta habitación que había en el piso superior, enfrente de la de Lorna.

Al darse cuenta, Cam sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Posó una mano sobre la de él, que aún la llevaba sujeta del brazo.

—¿Ése era tu cuarto? —La habitación que a un niño de nueve años, que asimismo había perdido a sus padres, también le resultaría familiar.

Le dolió mucho pensar en ello. ¿Cómo se habría sentido?

—Sí. —Dean desechó el sentimiento como si nunca hubiera estado ahí—. Dime dónde están las filtraciones.

Lorna corrió un poco para adelantarse a él, y se colocó delante de la puerta, bloqueándole el paso.

—No quiero que entres en mi habitación.

—Mala suerte. —Se volvió hacia Cam—. ¿Quieres que arregle las filtraciones sí o no?

—¿Arreglar? ¿Quieres decir reparar? —Seguro que no se estaba ofreciendo a...

—Parchear cada vez que llueve no ha servido de mucho, ¿no crees?

Ni un poco. Cam negó con la cabeza.

—¿Has visto los parches?

Las comisuras de los labios de Dean se levantaron de pura diversión y, durante un segundo, pareció a punto de echarse a reír.

—Sí. Patéticos. —A continuación, miró a Lorna, y la hilaridad desapareció—. Pero al menos lo has intentado.

—No importa —dijo la mujer—. Vamos a vender la casa de todas formas.

Dean decidió ignorarla y se volvió hacia Cam.

—Hay que cambiar todas las tejas. Debería haberse hecho hace cinco años. —Entornó los ojos—. Claro que, por entonces, sólo tenías dieciocho, y probablemente aún estabas en el instituto.

Lo dijo a propósito para provocar a Lorna, y Cam sabía por experiencia lo que ocurriría.

—Todo parece romperse al mismo tiempo.

—Es lo que suele suceder, especialmente cuando nadie se ocupa de mantener una casa.

Apoyando el hombro en la pared, junto a Lorna, Dean continuó como si ésta no estuviera allí, con un turbante en la cabeza, la cara cubierta de esparadrapo y bloqueando la entrada de su habitación.

—Hay dos capas de tejas, y ambas en muy mal estado, así que lo más probable es que tengamos que levantar el tejado por completo.

Cam sintió como si le atenazaran la garganta.

—¿Tengamos? —repitió con una voz que parecía un graznido.

—Necesito algo de actividad física para mantenerme en forma. Y el nuevo amorcito de Jacki me puede ayudar.

Cam se irguió con las manos en las caderas.

—¿Jacki tiene un amorcito?

—¿No te lo ha contado?

—Me ha dicho que tenía una historia que contarme y que lo haría después.

—Será eso.

Dean sonrió, y Cam se distrajo contemplando lo guapo que era cuando se relajaba.

—Gregor *El Maníaco* Marsh —explicó.

—Ay, Dios mío.

Esta vez, Dean soltó una carcajada.

—Es un luchador, Cam, como yo.

—¿Como tú?

—Pertenece a la misma organización, aunque no es tan bueno como yo. En vista de que está tratando de cortejarme para que pelee con él, y tratando de cortejar a tu hermana por razones obvias, no debería resultarnos muy difícil engañarlo para que nos ayude.

El rostro de Cam perdió toda expresión. ¡Tenía un montón de cosas en las que pensar! Dean y Eve estaban teniendo una aventura; su hermana salía con alguien llamado El Maníaco y su hermano quería ayudarla con el tejado.

Abrió la boca, pero de ella no salió ningún sonido.

—¡Esto es absolutamente inaceptable! —chilló Lorna—. Arreglar el tejado es un gasto de dinero inútil, puesto que de todas formas vamos a vender la casa. —Se apartó de la puerta—. Cam, escúchame...

En cuanto se movió, Dean aprovechó para abrir la puerta y entrar en el dormitorio.

Apenas había dado dos pasos cuando se detuvo en seco. Muestra de su aturdimiento fue el largo y agudo silbido que emitió.

Cam se encogió de hombros con gesto contrito hacia su tía y, acto seguido, se coló en el cuarto. Dean estaba allí de pie, mirando la enorme panza que se estaba formando en el techo.

Había duplicado su tamaño desde la última vez que Cam la viera.

—Vaya. Es como la Cosa, no deja de crecer.

Dean miró entonces el cubo de veinte litros medio lleno ya, y negó con la cabeza.

—Se va a necesitar algo mucho más grande que eso. Y rápido.

—¿Más grande?

—Mucho más. Como una bañera o algo así. El techo cada vez se comba más por el peso del agua. —Conforme hablaba, Dean cogió el cubo y fue a vaciarlo al cuarto de baño—. No aguantará ya mucho.

Cam observó a Dean, que desaparecía en el cuarto de baño de su tía. Miró de nuevo la panza, del tamaño de un balón de baloncesto en esos momentos. No era un buen augurio. Entonces salió corriendo de la habitación y bajó la escalera en dirección a la cocina.

—¿Venís a tomar ya el café? —preguntó Jacki.

—¡Aún no! —Cam se metió en el cuarto de la lavadora y empezó a registrarla hasta dar con un barreño de cuarenta litros, pero no encontró nada más—. Jacki, busca un cubo. O dos o tres. Date prisa. El techo se va a abrir.

—¿El techo de Lorna?

—Sí.

Jacki resopló como si no le importara lo más mínimo.

—¡Jacki! —Cam se detuvo y lanzó a su hermana una mirada fulminante—. Dean está solo con la tía Lorna en su habitación.

—Oh, mierda. —Jacki pasó junto a su hermana, atravesó el cuarto de la lavadora y entró en el garaje. Regresó con dos cubos más, aunque no muy grandes.

Tendrían que servir.

El súbito estrépito que siguió hizo que las dos se encogieran en el sitio. Reconocieron el grito enfurecido de Lorna, pero el otro sonido...

Las dos hermanas se miraron durante un segundo antes de lanzarse escaleras arriba, recorrieron el corto pasillo y entraron en la habitación de su tía.

Dean estaba apoyado contra la pared más alejada, riéndose a carcajada limpia. Se reía tanto que no podía mantenerse en pie, sino que estaba medio tirado en un rincón, con el cubo vacío colgando de la mano.

En el suelo, en medio de la habitación, estaba Lorna, empapada hasta los huesos, con el turbante ladeado y el esparadrapo colgándole por toda la cara.

Jacki no pudo contener tampoco una risa nerviosa, y tuvo que taparse la boca con la mano.

Cam miraba fijamente la escena.

—¿Qué ha pasado?

Dean no podía dejar de reír lo bastante como para contestar.

Lorna, sin embargo, no le encontraba la gracia a la situación.

—Dean tenía razón —gruñó, mirando el techo. Y, dando la espalda a todos, se fue chapoteando en el agua hasta su cuarto de baño—. El techo se ha abierto.

CAPÍTULO 11

Alguien llamó con los nudillos a la puerta cuando Eve estaba terminando de subirse la cremallera de su vestido favorito. Era un vestido muy femenino, con escote halter y hecho de un suave tejido floreado que se adaptaba a la perfección a todas las curvas de su cuerpo. Se calzó unas sandalias de tacón y de camino a la puerta fue poniéndose los pendientes.

Era demasiado pronto como para tener visitas, de modo que abrió la puerta con curiosidad y sonrió complacida al ver quién era.

—Hola, tú.

—Hola.

Vestido con vaqueros y una camiseta blanquísima de algodón, Dean echó un vistazo detrás de ella para asegurarse de que estaba sola. Al no ver a ninguno de los curiosos miembros de su familia, le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó contra su cuerpo para darle un largo y lento beso. No parecía tener prisa.

—Demonios, mujer, sabes aún mejor de lo que recordaba.

Eve sintió que su cuerpo se derretía y que temblaba como un flan.

—Tú también.

Dando por sentado que querría entrar, se hizo a un lado para dejarle paso.

—Pero siento decirte que me pillas en mal momento. Tengo que salir de casa dentro de diez minutos.

—No pasa nada. De todas formas no puedo quedarme. —La siguió hasta la cocina—. Quería disculparme por salir corriendo anoche.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —Dio un último sorbo a su taza de café. No era capaz de empezar la jornada sin su dosis de cafeína—. Quiero que pases tiempo con tus hermanas, ¿recuerdas? De hecho, esperaba que...

Dean levantó las manos para que no siguiera hablando.

—Ya vale.

—Venga, Dean. —Sonriendo y con una sensación de verdadero mareo, Eve dejó la taza en el fregadero, se acercó después a él y le tomó el atractivo y magullado rostro entre las manos. Incluso recién afeitado parecía cansado, y tan sexy que le daban ganas de cancelar todas sus citas para quedarse con él en casa—. Soy la mejor amiga de Cam. Tú y yo nos estamos acostando. Tarde o temprano saldrá el tema.

Dean deslizó las manos con atrevimiento hasta su trasero, atrayéndola contra su cuerpo en un contacto de lo más íntimo.

—Ahora que me has dicho lo que quería saber, que lo de anoche no fue simplemente una aventura de una noche, se me ha empinado.

Riéndose y golpeándolo juguetonamente, Eve trató de zafarse, pero él bloqueó todos y cada uno de sus movimientos con facilidad.

—Dean —se quejó sólo a medias.

—Eve —susurró él—. Tengo que cancelar los planes que teníamos para esta tarde.

—Entiendo —dijo ella terriblemente decepcionada.

—Puedo pasarme por la noche. —Su húmeda lengua le acarició la oreja, haciéndola estremecer de placer—. Hacia las nueve o así.

Un cubo de agua helada no le habría causado tanta impresión. Tenía que estar de broma. Eve echó la cabeza hacia atrás para verle la cara.

Estaba serio. ¡Menuda jeta!

—¿Para acostarte conmigo? —espetó ella, furiosa y herida a partes iguales, apretando los puños—. Es lo que has querido decir, ¿no?

La forma en que Dean le sonrió, añadió confusión a su torbellino de emociones.

—Llámame optimista.

De alguna manera, consiguió meter una pierna entre las suyas y, sin darse cuenta, Eve se encontró vientre contra vientre, sólido torso contra suaves pechos. El corazón se le aceleró de excitación.

Dean le miró los labios.

—Tú sabes que también me deseas.

Así era, pero los cerdos volarían antes de ponérselo fácil.

—No va a pasar, grandullón, así que olvídalo.

Dean clavó la mirada en ella.

—¿Quieres apostar?

¡Ay, Dios, qué seguro de sí mismo parecía! Y además tenía buenas razones para ello. Pero ella no cedería.

—Por supuesto. ¿Cómo podría perder?

—Hmmm. —Dean contempló el pronunciado escote en forma de «V» del vestido que le realzaba el busto—. ¿Qué podríamos apostar?

—Lo que quieras. Lo dejo a tu elección —dijo ella para distraerse de la facilidad que tenía para seducirla.

Otra deslumbrante sonrisa.

—Está bien, buscaré algo.

Eve podría acostumbrarse a ver a Dean de aquella manera.

Podría acostumbrarse a verlo. Punto.

Y allí estaba él, alejándose ya de ella después de una sola noche.

Entonces le dio un suave y rápido beso en la boca.

—Pero primero debo ocuparme del tejado de Cam, que está a punto de derrumbarse. Parchearlo no va a servir de nada esta vez.

Ahora mismo voy a recoger mi coche nuevo y después me acercaré al almacén de material a alquilar unas herramientas y comprar unas tejas.

Eve entreabrió los labios sorprendida.

—¿Vas a hacer el trabajo?

La conocida y extraña máscara de indiferencia cubrió la cara de él como otras veces. Elevó uno de sus macizos hombros con un gesto de indiferencia.

—¿Por qué no? Solía hacer todo tipo de obras con mi tío. Soy tan bueno como cualquier otro que Cam pudiera contratar, y no le costará un ojo de la cara. Además, dado que tengo tiempo libre, puedo terminarlo en unos días, siempre que no llueva.

Conmovida al ver que Dean se preocupaba por sus hermanas, Eve se acurrucó contra él.

—Es muy amable por tu parte.

Él refunfuñó entre dientes.

—No es para tanto, no exageres —dijo finalmente.

Era muy conmovedor ver lo agradable que podía ser. Eve ocultó la sonrisa en su hombro.

—Dean, odio tener que decirlo, pero ahora mismo, no creo que Cam pueda permitirse ni siquiera comprar unas pocas tejas.

Los dedos de Dean descendieron por el trasero de ella, por detrás de los muslos, y, a continuación, subieron por debajo de la falda.

—No debería tener que hacerlo. Lorna tenía dinero para estos casos.

—Si esperas que Lorna ayude a sufragar los gastos, estás loco. Esa mujer nunca...

—Shh. —Sus dedos habían encontrado sus braguitas, y ya la estaban provocando metiéndose por debajo del borde que rodeaba la pierna—. Yo me ocuparé de ello.

Conteniendo la respiración, Eve cerró los ojos y se concentró en recuperar el control. Dean acababa de dar un paso de gigante en la vida de sus hermanas, y ella quería hablar de ello. Pero no podía hacerlo con su mano allí, haciéndole cosas escandalosas y maravillosas.

—Tienes que... parar.

—Vale. —Eve notó que Dean la obligaba a retroceder, hasta que su espalda topó contra la pared—. Aún tienes cinco minutos, ¿no?

—Sólo cinco.

Él sonrió al tiempo que metía la mano nuevamente en aquel punto que tan provocador le parecía. Era una crueldad que le estuviera haciendo aquello.

—Puede que cinco minutos sean suficientes para ti, machote, pero no sería... —Dean cambió la posición de los dedos y Eve ahogó un gemido—. Oh, Dios, ¿cómo lo haces?

Él le rozó la sien con los labios, mientras sus dedos exploraban su sexo, por fuera y por dentro.

—Relájate, ¿vale? Déjate y disfruta un poco.

Eve apenas podía guardar silencio. Aquellos dedos se movían en su interior con suavidad y determinación al mismo tiempo. Un apremio cada vez más intenso amenazó con apoderarse de ella.

—Pero Dean..., no tengo tiempo de arreglarme y vestirme otra vez.

—No tendrás que hacerlo.

Interrumpió el tormento sexual al que la estaba sometiendo lo justo para bajarle las bragas, que se le deslizaron por las rodillas hasta llegar a los tobillos.

—Quítatelas.

Eve no podía resistirse.

—Todo el mundo sabrá lo que he estado haciendo en cuanto vean mi aspecto.

La suave carcajada de él la afectó como si le hubiera dado un lametón.

—Nadie lo sabrá, te lo prometo.

Poniéndose de rodillas, la instó a librarse de las bragas, y después trazó un camino de besos muslo arriba hasta la cadera. Cuando se levantó y se quedó nuevamente delante de ella mirándola a los ojos, Eve supo que estaba perdida.

—No me puedo creer que esté haciendo esto.

—Pues créetelo —dijo él, llevando la mano derecha entre sus piernas mientras con la izquierda se abría los vaqueros, y después le daba un condón—. Vamos, mujer, se nos termina el tiempo.

Clavando la vista en la enorme erección, Eve sintió la boca seca. Apenas la había besado; no le había tocado los pechos; la había preparado realmente poco..., pero de alguna manera aquello no hacía sino aumentar la excitación.

Miró hacia las puertas correderas que tenía a su derecha. El jardín trasero de su casa era privado, pero aun así le parecía muy atrevido hacerlo allí, a plena luz del día, casi completamente vestida.

No pudo resistirse.

Sostuvo un momento la mirada de él y a continuación utilizó los dientes para abrir el paquete del condón. Un nuevo apremio brilló en los ojos de Dean.

—Provocadora —la acusó.

—Mira quién habla.

Le temblaban las manos cuando sostuvo entre sus palmas el macizo miembro. Era tan cálido y firme... Lo acarició una, dos veces; dejó que el pulgar se deslizara por el sedoso glande, extendiendo por él una gota de cálido fluido seminal.

Dean contuvo la respiración.

—Vamos, pónmelo ya.

—Calla.

Tomándose más tiempo del necesario, Eve desenrolló el condón a lo largo del erecto pene. Dean cerró los ojos y dejó escapar un gemido entrecortado, y acto seguido estaba aplastando su boca contra la de ella, un beso largo y profundo, al tiempo que maniobraba para colocarse en posición, levantando a Eve contra la pared, ayudándola a que le rodeara la cintura con las piernas.

—Agárrate a mis hombros.

Ella hizo lo que le decía y Dean se hundió en su interior.

—Dean.

Cubriéndole la boca nuevamente, utilizó la lengua para imitar las rítmicas embestidas que tenían lugar dentro de su cuerpo. Eve empezó a ver lucecitas brillantes a través de los párpados cerrados.

La tensión fue subiendo, sorprendiéndola por lo rápido que estaba sucediendo.

Dean elevó un poco las caderas, ajustando el cuerpo de ella para que su erección le tocara el clítoris a cada embestida. Eve le clavó las uñas en los hombros mientras él la estrechaba con más fuerza contra su cuerpo, y el climax la atravesó.

Liberó la boca para dejar escapar un gemido de placer, consciente de que Dean la estaba mirando, complacido con su pérdida de control. No le importó. Nunca había sentido nada igual. Era demasiado. Demasiado increíble.

Demasiado fácil y abrumador.

Conforme cedían las sensaciones placenteras, tuvo que inspirar profundamente varias veces para no echarse a llorar. Se sentía... laxa, agotada.

Y... adicta.

Lo de la noche anterior había sido fantástico y no había podido dejar de pensar en ello, en él, desde entonces. Pero lo que acababa de ocurrir le dejaba claro que Dean Conor ejercía un efecto único en ella, que le hacía sentir cosas que ningún otro hombre podría. Tanto si tenía toda la noche como si no eran más que cinco minutos, era capaz de hacer que se derritiera y olvidara todas sus convicciones, probablemente hasta su orgullo.

Casi le daba miedo. Casi.

—Eres un mago o algo, ¿no?

Dean tenía el rostro apoyado en el ángulo que formaban la mandíbula y el hombro de Eve, y su cálida respiración le acariciaba la garganta.

—Aún me queda un minuto, cariño. Deja que recobre el aliento, por favor.

Ella sonrió complacida con aquella actitud tan despreocupada hacia los asuntos carnales, y admirada ante semejante despliegue de virilidad. Dean se derrumbó sobre ella, hablándole en susurros, y aun así, parecía más hombre que cualquier hombre que ella hubiese conocido.

Eve hundió los dedos en el espeso pelo castaño claro de él.

—Deberías estar en la cama.

—¿Contigo? Una idea genial.

Ella soltó una carcajada mientras movía la cabeza en señal de negación.

—No. Recuperándote.

—¿Y eso qué gracia tiene? —Se irguió, le buscó el rostro y la besó una vez más antes de dejarla de pie—. ¿Tienes que ir al baño?

—Hum, sí. —Al ver sus bragas en el suelo, entre los dos, Eve lo apartó—. Ve tú primero —dijo. No estaba segura de que las piernas le respondieran.

Dean le sostuvo el rostro entre ambas manos y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Vale.

Se subió los vaqueros y fue al cuarto de baño.

En cuanto desapareció, Eve entró en el cuarto de la lavadora adyacente para refrescarse allí un poco. Era increíble la facilidad con que la excitaba. Como si la tocara con una varita. Sabía exactamente cómo acariciarla.

Si fuera inteligente pondría distancia entre ambos.

Dean regresó. Eve no sabía cómo, pero él tenía un aspecto canalla y vulnerable al mismo tiempo.

—Entonces ¿a las nueve te va bien?

Partes secretas de su cuerpo se estremecieron ante la idea.

—¿Aún quieres venir? Quiero decir, después de... esto.

Con toda seguridad debía de sentirse satisfecho.

—Sí. Aún quiero. Puede que más que antes.

Eve dejó escapar un suspiro de alivio, porque ella se sentía exactamente igual, y sonrió.

—Entonces vale.

Los labios de Dean se curvaron en una amplia sonrisa.

—¿Te das cuenta de que acabo de ganar la apuesta?

La confusión de Eve se convirtió rápidamente en comprensión.

—Eh, espera un momento...

—No puedo. Vas a llegar tarde. —Se acercó a ella en dos zancadas—. Pero no te preocupes. Disfrutarás mucho pagando.

—Dean...

Borró su protesta con un beso y la dejó allí de pie, muda, enfadada y llena de una hirviente anticipación.

Dean conducía hacia el concesionario de memoria. Sólo había estado allí una vez, y menos mal que su subconsciente parecía conocer el camino, porque su cerebro no estaba para seguir instrucciones.

No había ido a ver a Eve para echar un polvo rápido. Justo lo contrario. Lo había hecho con la intención de decirle que tenían que cancelar su cita. Lo que luego había ocurrido no había sido planificado. Pero al verla, al oírla y oler su aroma de recién salida de la ducha, sus planes habían cambiado.

No sabía si debería estar enfadado, confuso o avergonzado. Joder. Si seguía así, Eve pensaría que era un salido que no controlaba sus instintos sexuales. Aunque no le importaba controlarla a ella. Demonios, no. Eso le encantaba.

Y ahí estaba el problema.

Después de salir de su casa la noche anterior, había pensado en Eve al menos cien veces. Jacki decía algo ridículo, y él pensaba en contárselo. Cam se subía al tejado en medio de una tormenta, y él quería correr a explicárselo. Lorna lo tildaba de parásito, y él quería acudir a Eve y...

No.

No lo haría.

Entonces ¿por qué demonios le había contado que tenía la intención de arreglar el tejado? Y ya puestos, ¿por qué iba a arreglar el jodido tejado? No era su problema. No tenía nada que ver con él.

Al detenerse en un semáforo en rojo, cerró los ojos con intención de aclararse las ideas. Arreglaría el tejado y todo se acabaría.

Punto. Tal como le había dicho a Eve, hacer eso no era nada del otro mundo. Podía permitírselo, y, cuando se marchara, no lo haría pensando que una mujer, su hermana o cualquier otra, tendría que subirse a un tejado en mal estado.

Arrancó y se unió al tráfico y, a los pocos minutos, llegó al concesionario. Al entrar, reparó en un Ford Focus usado. Estaba limpio, tenía buenos neumáticos y un precio razonable...

Maldita fuera.

Manteniendo la pétrea mirada al frente, Dean entró como una exhalación en el despacho del comercial y acabó el papeleo sin preguntar por el Ford. Tenía su Sebring; no necesitaba otro coche.

Y arreglar el tejado era un acto de caridad más que suficiente por su parte.

Después de la tormenta de la noche anterior, el aire fresco de la mañana se agradecía. Dean levantó la capota y se dirigió a la dirección que le había dado la madre de Eve. Quería decirle a Crystal que finalmente no iba a echar un vistazo a ninguna propiedad. Al menos por el momento.

Sus oficinas daban una sensación de exclusividad. El edificio era nuevo y contaba con un jardín cuidadosamente diseñado por un profesional. Dean se levantó las gafas de sol hasta encima de la cabeza mientras empujaba las puertas de cristal esmerilado de la entrada. Una recepcionista muy agradable lo condujo hasta el despacho de Crystal.

A medio camino, pudo oír la voz de un hombre que, por el tono, parecía estar muy enfadado.

—Esto es absurdo. Es una pérdida de dinero, y lo sabes.

—Escucha, Roger, no es asunto mío —dijo Crystal—. Tendrás que hablar con Cam.

Roger. Genial. Alguien a quien Dean no tenía ningunas ganas de ver.

—Véndeme la maldita propiedad de una vez y Cam no tendrá que molestarse en hacer reformas.

—Lo siento —replicó Crystal—. No soy yo quien da la orden de venta.

Un silencio que destilaba ira vibró en el aire durante un momento.

—Redacta los malditos documentos —ordenó el hombre con los dientes apretados.

Dean llegó al fondo del pasillo justo a tiempo de ver a Crystal levantarse de su asiento y rodear la mesa de despacho. A juzgar por su actitud, estaba muy enfadada.

—Lo haré cuando Cam me lo diga, ni un segundo antes.

—He intentado llamarla, pero no contesta en casa ni al móvil. — Cuando Crystal se encogió de hombros, Roger avanzó un paso hacia ella—. Sabes perfectamente que soy su único comprador, y no quiero que se repare el tejado.

Dean se apoyó contra el marco de la puerta.

—¿Por qué no?

Roger se giró sobre sus talones, primero sorprendido y, al reconocerlo, furioso.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—No es asunto tuyo, pero he venido por la misma razón que tú.

La ira se apoderó de Roger hasta que Dean aclaró la situación.

—Estoy pensando en comprar alguna propiedad.

—¿La propiedad de las Conors?

Dean le lanzó una mirada de «claro que no», y acto seguido se dirigió a Crystal.

—Buenos días.

Ella le dio un franco y aliviado abrazo de bienvenida.

—Llegas pronto.

—Lo siento. Mis planes han cambiado un poco. —A continuación se volvió hacia Roger—. Lo más probable es que Cam siga durmiendo. Estuvo levantada hasta tarde por culpa de unas filtraciones de agua en el tejado.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Roger entornando los ojos.

—La ayudé a pararlas.

El otro avanzó un paso más.

—Roger, veo que ya conoces al hermano de Cam, Dean —dijo Crystal.

—¿Su hermano? —repitió, deteniéndose en seco.

—Eso es —contestó Dean y, frunciendo el cejo en señal de confusión, agregó—: ¿No lo sabías?

Roger era tan transparente que Dean podía ver cada pensamiento y adivinar cada intención.

—No —contestó finalmente—. Nos conocimos el otro día, pero yo no...

Sin saber muy bien qué táctica seguir, Roger vaciló entre la furia intimidatoria y una fingida despreocupación que pudiera ayudarlo a averiguar un poco más.

Se decidió finalmente por la segunda opción.

—Eve me dio a entender que no ibas a quedarte. —Con las manos en los bolsillos, Roger evitó estrecharle la mano—. ¿Se equivocaba?

—No. —Dean se volvió hacia Crystal—. Si tienes algunas direcciones que puedan interesarme, me las llevaré ahora y ya las miraré cuando pueda.

—Claro. Las tengo aquí mismo. —Crystal le entregó varias páginas impresas metidas dentro de una carpeta para asegurar la privacidad.

La frustración oscurecía los ojos de Roger, aunque trató de que su voz no lo transmitiera.

—Si no vas a quedarte, ¿para qué vas a comprar una casa?

—Para invertir. —Dean echó un vistazo a las direcciones, asintió y se dirigió a Crystal—. Gracias. Te debo una.

—¿Después de lo pesados que se pusieron los hombres la otra noche? Yo diría que aún no estamos a la par.

Roger trató de llamar la atención de Dean otra vez.

—¿Inviertes en el negocio inmobiliario? Yo también. Es propio de hombres inteligentes. —Lo observó de forma especulativa—. No sé si te lo habrá dicho tu hermana, pero soy el propietario de varios establecimientos aquí en Harmony.

—En realidad me lo dijo Eve.

—Entiendo. —Un músculo vibró en la mejilla de Roger—. ¿Estáis liados?

En vez de contestar, Dean recortó la distancia que lo separaba de Roger y, cuando estuvo a escasos treinta centímetros de él, sonrió.

—Es mi turno.

Roger desplazó la vista hacia Crystal y de nuevo a Dean.

—¿Tu turno de qué?

—De interrogar. Empezaré preguntándote por qué no quieres que Cam arregle el tejado.

Roger se debatió consigo mismo, pero al final no retrocedió. Con su casi metro noventa probablemente no estaba acostumbrado a que nadie le plantara cara. Pero Dean no sólo lo superaba como mínimo en diez centímetros, sino que, además, tenía mayor envergadura y mucha práctica en la intimidación.

En ese momento se estaba aprovechando de ambas cosas.

Dean no sabía por qué quería intimidar a Roger. Pero tema instinto para algunas cosas, y, de una manera meramente visceral, aquel tipo le inspiraba aborrecimiento y desconfianza.

Sin embargo, Dean se cuidó de no mostrar sus sentimientos, y se limitó a encogerse de hombros.

—Tu hermana y yo estamos prometidos.

—No me digas. Por lo que yo he oído, el asunto todavía está en el aire.

La expresión de Roger se tensó.

—Aún nos quedan por arreglar algunos flecos. Mientras, no quiero que se preocupe por cosas innecesarias. Voy a comprar la casa, y me importa un comino el estado del tejado.

Dean asintió lentamente, pero no se creyó una sola palabra.

—Antes afirmabas que eras su único comprador. ¿Cómo es eso?

—¿Quién más iba a quererla? —contestó Roger soltando una carcajada—. Has visto el tejado, pero puede que no sepas que también hay problemas en las cañerías, y que las ventanas están tan combadas que casi no sirven para nada. Cualquiera día habrá una sobrecarga en la instalación eléctrica o se producirá algún maldito cortocircuito. La bomba de calor está regular y habría que cambiarla. El...

—Es extraño —lo interrumpió Dean—. La piscina está perfectamente. ¿Por qué dejaría Cam que la casa se cayera a pedazos, pero mantendría la piscina en perfecto estado?

Crystal resopló.

—Porque Lorna usa la piscina. Por eso.

Dean no daba crédito.

—¿Lorna es nadadora?

—No —contestó Crystal—, pero se entretiene de otra forma. Celebra pequeñas fiestas y reuniones.

Eso explicaba la existencia del bonito mobiliario de jardín.

—Cuando la bomba de la piscina se rompió, a principios de la temporada, Roger la hizo arreglar. —Crystal miró alternativamente a ambos hombres—. De su propio bolsillo.

—Es muy generoso por tu parte.

Dean se preguntaba por qué Roger había ayudado a Cam con eso y no quería hacerlo con otras cosas. ¿Y por qué le habría permitido Cam que lo hiciera? Por lo que había visto de su hermana, ésta era demasiado independiente y orgullosa para su propio bien.

—A las chicas les gusta nadar —se defendió Roger—. Y tampoco costó tanto.

Claro que les gustaba nadar. Habían crecido con una piscina en el jardín. Dean aún recordaba los días de verano antes de que murieran sus padres. Todo el día tumbado en el jardín, bañándose y jugando en la piscina hasta que estaba demasiado cansado para hacer otra cosa que no fuera comer y dormir. Nada, ni siquiera el trabajo más pesado, cansaba tanto como el sol y el agua. Pero era un cansancio agradable. El tipo de cansancio que hacía que los problemas parecieran menos graves y borraba la tensión.

Justo en ese momento, Dean tomó otra decisión. Se negó a ponderarla demasiado, ni a reflexionar en busca de su verdadera motivación. El disgusto que le provocaba Roger le parecía razón suficiente para cualquier cosa.

Volviéndose hacia Crystal, dijo:

—No vendas la casa hasta que yo te diga.

Roger resopló.

—¿De qué estás hablando? Tú no tienes nada que ver en esto.

—En realidad yo tengo la última palabra.

Crystal enarcó las cejas, y Dean les explicó la situación a ambos.

—Cam me dijo que parte de la casa es mía. Que yo no haya vivido aquí, no cambia ese hecho. —Le dio unas palmaditas a Roger en el hombro—. Y acabo de decidir que no quiero venderla.

—Eso es ridículo. —Roger había palidecido por efecto de la incredulidad—. ¡Cam y yo tenemos un trato!

—Pero tú y yo no —replicó Dean. Y después de eso, hizo un gesto a Crystal con la carpeta de direcciones despidiéndose de ella—. Gracias otra vez. Estaremos en contacto.

Aturdida por el giro que habían tomado los acontecimientos, Crystal asintió.

—Sí, estaré esperando con el corazón en un puño.

Dean se alejó a grandes zancadas de la creciente furia de Roger. Se sentía como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. Hasta el día le parecía más luminoso.

Era hora de ponerse en marcha. Sacó el móvil que llevaba enganchado a la cinturilla de los vaqueros y marcó el número de Gregor.

Éste lo cogió al tercer tono, con la respiración agitada y ruidosa.

—¿Sí?

¿Lo habría pillado en un momento indiscreto?

—Me parece que te he pillado follando o entrenando.

—Huracán, ¿cómo estás, hijo de puta?

—Respiro más relajadamente que tú. Gracias.

Gregor soltó una carcajada.

—Te voy a decepcionar, te aseguro que a mí mismo me decepciona, pero no has interrumpido nada excitante. Estaba corriendo. ¿Qué hay?

Dean fue directo al grano.

—Tengo una proposición para ti.

—Interesante. Oigámosla, machote.

Dean se bajó las gafas para protegerse del sol. Levantó la vista hacia el cielo azul completamente despejado. Ni una nube a la vista. Pero ¿cuánto duraría?

—Me vendría bien que me echaran una mano con una cosa. Si me ayudas, seré tu sparring.

—¿Sparring? Joder, tío, yo lo que quiero es un combate oficial.

—Cada cosa a su tiempo —contestó él. Abrió a continuación la puerta de su nuevo coche y se sentó tras el volante—. Pero entrenaremos después de que hayamos terminado un trabajo. Dos horas de lucha de entrenamiento contigo por cada día que trabajes conmigo, ¿qué te parece?

—Creo que me tienes cogido por las pelotas, cabrón.

La excitación hacía que Gregor soltara palabrotas.

—Pero qué coño, sí, soy tu hombre. Dime lo que necesitas.

—Para empezar, tendrás que mejorar ese lenguaje.

—¿Y a ti qué cojones te importa?

A veces, Gregor podía ser un completo idiota.

—Voy a cambiar todo el tejado de la casa de mi hermana, y probablemente ella estará por allí. No creo que le guste oírte hablar así.

Se hizo un pesado silencio, rebosante de anticipación, tras la afirmación de Dean. Entonces Gregor habló en un murmullo, como si estuviera saboreando las palabras.

—Oh, sí. Tu hermanita pequeña.

Dean puso los ojos en blanco.

—No lo digas así, idiota.

—¿Cómo?

—Como si estuviera expuesta en el bufet de la cena y tú estuvieras muerto de hambre —contestó Dean. Moviéndose en terreno desconocido para él, lanzó no obstante su primera advertencia de hermano mayor—. Recuerda que es mi hermana, ¿vale?

Gregor soltó una carcajada.

—Demonios, tío, sabiendo que tu hermanita estará por allí, lo habría hecho sin esperar nada a cambio. Mala suerte para ti, porque hemos hecho un trato.

—Será un trabajo duro —le advirtió Dean—. Y nos llevará algunos días.

—Estupendo —dijo Gregor con gran satisfacción—. Cuantos más mejor, porque pienso disfrutar de cada segundo.

CAPÍTULO 12

Más tarde, ese mismo día, cuando Dean rodeó la casa en dirección al jardín trasero, vio la corpulenta figura de Gregor ocupando gran parte del espacio. Imaginó que debía de haber ido corriendo hasta allí con la esperanza de ver a Jacki. Gregor era todo un seductor, pero nunca lo había visto en acción antes.

El extra de haberlo convencido para que lo ayudara era que así podría ver el desarrollo de su cortejo desde primera fila. Dean sabía por instinto que Jacki no se lo iba a poner fácil. Era una chica con mucho carácter y algunos complejos, así que Gregor tendría que andarse con cuidado.

En ese momento, sólo Cam y Eve le hacían compañía. ¿Significaría eso que Jacki lo estaba evitando deliberadamente, o que no sabía que estaba allí? A ella le gustaba, de eso estaba seguro. Entonces ¿qué la detenía?

Conforme se acercaba, contempló cómo Gregor derrochaba encanto con las dos mujeres. La actitud que mostraba hacia ellas no se parecía en nada a la forma tan territorial, casi bárbara, en que se había comportado con Jacki. Gregor quería granjearse la amistad de ambas porque sabía que estaban muy unidas a Jacki.

Sin embargo, no le estaba funcionando.

Cam lo contemplaba con una mirada cercana al horror. Trataba de ser amable, como siempre, pero no dejaba de parpadear, atónita. Y de mirarle las orejas, gruesas y un tanto deformadas a causa de golpes demasiado fuertes recibidos durante las peleas. Y aquellos tatuajes que le recorrían el tórax. Y el torso desnudo, que para muchas mujeres podía resultar intimidatorio.

Dean habría dicho algo respecto al hecho de que Gregor no llevara camiseta, de no ser porque su atención se desplazó hacia Eve, que estaba de pie junto a Cam.

Se había quitado el seductor vestido que llevaba por la mañana y se había puesto unos pantaloncitos cortos aún más seductores y un top de cuello en «V», que dejaba al descubierto una tira de suave piel por encima de la cinturilla del pantalón. Dean vio el piercing del ombligo y se quedó prendado.

A diferencia de Cam, Eve no parecía asustada por la imponente apariencia de Gregor.

Dean dejó caer al suelo las herramientas que llevaba en los brazos, con el consiguiente estrépito.

Gregor se volvió, vio que era él, y su encanto se convirtió en una amarga queja.

—Maldita sea, Huracán, tu hermana pequeña me está evitando.

—No puedo culparla por ello —comentó Dean, y a continuación miró a Cam—. ¿Dónde está?

Tras dos intentos, Cam logró encontrar la voz.

—Ella... se ha ofrecido voluntaria para acercarse un momento al supermercado.

—A comprar comida —explicó Eve—. Hemos pensado que podríamos preparar unas hamburguesas y unas salchichas en la barbacoa. ¿Qué te parece? —Eve se acercó a él con una sonrisa mientras hablaba—. ¿Tienes hambre?

—Siempre.

Y en lo referente a ella no era un decir. Había estado dentro de Eve hacía unas horas y ya volvía a sentir tensión y nerviosismo sólo por tenerla cerca.

Gregor se tironeó de un pendiente.

—¿Y cuándo volverá vuestra hermana pequeña?

—No debería tardar ya mucho —dijo Cam, con expresión esperanzada y un evidente deseo de huir de allí—. Traeré un poco de té helado para todos. ¿Qué os parece?

—Genial —contestó Gregor, y con su manaza en la delgada espalda de Cam, la instó hacia la casa—. Te ayudaré. Así podrás contarme más cosas sobre Jacki.

Negarse no habría sido de buena educación, de modo que Cam se vio obligada a dirigirse con él hacia la cocina, con una expresión consternada y resignada.

En cuanto desaparecieron en el interior de la casa, Eve sonrió ampliamente.

—Tienes unos amigos de lo más originales, Huracán.

—Más que un amigo es un contendiente ansioso por lograr el título, pero no es mal tipo. Demasiado entusiasta con las cosas.

—¿Y tu hermana es una de esas cosas?

Dean sonrió.

—Lo dejó verdaderamente impactado. Te juro que estaba a punto de empezar a recitarle versos. Y lo mejor es que Jacki no parece saberlo. Ella cree que la está utilizando para llegar hasta mí.

—¿Y estás seguro de que no es así?

—Gregor no funciona de esa manera —contestó Dean, y, tras pensarlo un momento, se decidió a preguntar—: ¿Tienes idea de por qué Jacki duda de que él pueda estar realmente interesado?

—No. Por lo que sé, ha tenido un montón de novietes. Ya oíste a mi hermano. Jacki atrae a la gente, chicos y chicas por igual. Ese ingenio cáustico suyo le aporta un intenso carisma.

—Puede ser —comentó él, pero no se tragaba esa fachada que Jacki quería mostrar. Había visto demasiados destellos de inseguridad en ella.

Entonces fue Eve quien se quedó observándolo.

—¿Sabes?, el día que conociste a Jacki, arremetiste como un elefante contra su principal vulnerabilidad.

Dean no era ningún idiota; recordaba perfectamente el momento en que vio a Jacki.

—¿Su altura y su delgadez?

—Y lo que eso conlleva. O mejor dicho, lo que no.

—Ah —dijo Dean.

Entonces era eso. Mujeres. ¿Por qué insistían en pensar que los hombres las juzgaban por el tamaño de sus tetas?

—Vale, no está proporcionada. ¿Y eso de verdad le preocupa?

Eve le lanzó una mirada de exasperación.

—Preocuparía a la mayoría de las mujeres.

—Pues no debería. Los hombres no somos tan superficiales ni unidimensionales como tratáis de hacernos parecer. Sexo, desnudos, con las luces encendidas, unas cuantas risas, muchos jadeos y cero inhibiciones. —Le guiñó un ojo—. Eso es todo lo que queremos.

Eve se sonrojó porque eso era exactamente lo que había tenido con ella. Dean le acarició la barbilla, sonrió otra vez, y le dio un beso rápido y apasionado.

—Si Jacki le diera una oportunidad a Gregor, estoy seguro de que éste le enseñaría lo poco que le importa que tenga una talla de sujetador pequeña.

Ahora que veía que Gregor estaba verdaderamente interesado en su hermana, y no quería simplemente marcarse un tanto, Dean pensó que no le importaría que lo consiguiera. A Jacki no le vendría mal para su autoestima.

Eve se aclaró la garganta.

—Me muero por saber cómo lo conoció.

—Es una historia muy aburrida.

—Pues abúrreme.

Dean se encogió de hombros, pero se lo contó.

—Gregor estaba preguntando por mí en un bar y Jacki lo oyó. — Dean no pudo evitarlo; se inclinó y la volvió a besar—. ¿Ya has terminado con tu reunión?

—Mmmm. —Eve se relamió—. Estoy libre toda la tarde. No he podido resistirme a venir aquí para verte sudar. Va a ser todo un espectáculo. —Su sonrisa no podía ocultar la preocupación que había en sus ojos—. ¿Seguro que estás dispuesto a ponerte a trabajar tan duro con este calor?

Ninguna mujer lo había mirado con preocupación. El bello sexo sólo le proporcionaba lujuria, manipulación, y, en el caso de las fans, ciega admiración. La preocupación de Eve lo desarmaba y hacía que deseara abrazarla.

Apartó esos pensamientos y optó por bromear.

—A estas alturas, ya deberías saber lo «dispuesto» que puedo estar.

Eve no se rió. Le rozó con los dedos el pómulo magullado y le apartó el pelo para ver los puntos que tenía en la frente. Dean sintió su tierna caricia en todo su ser, en lugares en los que nunca antes había pensado.

Como por ejemplo el corazón.

Forzando una carcajada se apartó de ella y se quitó la camiseta.

—Si quieres acariciarme un poco, se me ocurren sitios mejores.

—Tienes un cuerpo espléndido, de eso no cabe duda. —Enlazó los dedos de ambas manos con fuerza—. Pero si empiezo a tocarte, no querré parar. Y éste no es el momento.

Demonios. Era increíble lo mucho que lo afectaba aquella mujer.

—Entonces guárdate ese pensamiento para esta noche.

Tras tirar la camiseta sobre una de las sillas de jardín, Dean la besó con más relajación, y luego se dio la vuelta para seleccionar las herramientas que iba a necesitar. Había pedido que llevaran un contenedor para escombros para tirar todas las tejas viejas. Más tarde, el almacén de material les entregaría las tejas nuevas.

Eve lo siguió y Dean se dio cuenta de que quería algo. Si tenía la intención de cancelar lo de aquella noche sólo porque había perdido la apuesta...

—Mi madre me ha dicho que no quieres vender la casa. Dean se relajó. Podía manejar ese lado entrometido suyo.

—Así es.

—Entonces... ¿qué piensas hacer?

—Hablar con Cam en primer lugar. No quiero que esto la pille por sorpresa. —Enarcó una ceja—. No se lo habrás dicho, ¿verdad?

Eve negó con la cabeza.

—Imaginé que querías hacerlo tú. Será una buena oportunidad para que habléis más. Tal vez os ayude a conoceros mejor.

—Vale.

Con la cabeza metida ya en el trabajo que se avecinaba, Dean caminó en círculo alrededor de los materiales haciendo inventario mentalmente para asegurarse de que no había olvidado nada. Dos rascadoras para quitar las tejas viejas, rollos de tela asfáltica, cajas de clavos galvanizados, rastrel de alero, tapajuntas de aluminio y dos grapadoras.

Con el fin de que pudieran hacer el trabajo más rápidamente, a poder ser antes de que empezara a llover de nuevo, había alquilado todas las herramientas por duplicado. Con suerte, tendrían el tejado listo para instalar las tejas antes de que terminara el día.

—¿Cuándo vas a hablar con Cam?

Dean le lanzó a Eve una mirada fugaz.

—No dejas de presionarme para que afiancemos lazos o algo así, pero eso no va a suceder, así que quítatelo de la cabeza.

—De acuerdo —aceptó Eve, sospechosamente conforme con él. Se sentó en el césped y fingió examinar unos tréboles—. Pero a ninguno de los dos os hará daño hablar de ciertas... cosas.

¿Y ahora quería apaciguarlo? Aquello no le gustaba. Por alguna extraña razón, Eve lo había encasillado en el papel de hermano cercano y preocupado, cuando no lo conocía lo suficiente como para hacer tal afirmación.

No tenía ninguna intención de permitir que le dijera lo que tenía que hacer. Pero al mismo tiempo tampoco quería decepcionarla.

De pie delante de ella, Dean se cruzó de brazos, deseando fervientemente que lo mirara. Cuando Eve lo hizo, casi se distrajo con el brillo que desprendían sus ojos azules bajo el ardiente sol del mediodía.

—Antes de empezar necesito saber cuántos arreglos necesita la casa para sacarle algún provecho.

—¿Vas a venderla?

Aún no lo sabía, de modo que, en vez de mentir, se limitó a encogerse de hombros.

—Según Roger todo se está cayendo a trozos.

—Exagera —dijo Eve. Visiblemente angustiada, arrancó un puñado de hierba y la dejó deslizarse entre sus dedos—. Pero no mucho.

—Entonces, ¿tan mal está?

Ella alzó los hombros desnudos, atrayendo con el movimiento la mirada de Dean hacia la suave piel y su delicada estructura ósea.

—No estoy segura de lo que puede costar, pero es verdad que la casa ha estado muy descuidada. Cam, con su tendencia a cargar con demasiadas cosas, ha tratado de ocuparse de todo. Y Loma en cambio nunca ayuda en nada. —Apartó la vista otra vez—. Para Jacki y Cam sigue siendo su hogar. Ninguna de las dos quiere vender.

La insinuación estaba clara.

—Nadie debería mantener algo que no puede permitirse.

—Pero puede que con un poco de ayuda, ahora puedan permitírselo. He sabido que has convencido a Jacki de que se busque un trabajo.

Eve se había recogido el pelo oscuro en una trenza. Por obra del calor y la humedad, se le escapaban algunos mechones alrededor de las orejas y por la nuca. Dean no sabía decir por qué aquello lo ponía cachondo.

Joder, todo en ella, hasta ese endiablado lado entrometido suyo, tenía un efecto único en él.

—Yo no tuve nada que ver.

—Cam siempre ha animado a Jacki a que no trabaje y así poder concentrarse en los estudios. Tú dijiste que debería poder hacer ambas cosas, y ahora ella ha hecho caso de tus palabras y se ha buscado un trabajo. —La satisfacción de Eve quedaba clara en aquella afirmación—: Yo diría que tú has tenido mucho que ver.

Dean decidió iluminarla respecto a ciertas cosas antes de que ella le colocara un halo de santidad alrededor de la cabeza. Se sentó a su lado en la hierba.

—Antes de que decidas que he de llevarme el reconocimiento o la culpa por algo, deberías saber que Jacki va a trabajar en un bar bastante sórdido. Creo que dijo que se llamaba Roadkill Bar.

Eve elevó sus oscuras cejas de pura sorpresa.

—He oído hablar de él.

—Pero ¿nunca has estado allí?

Sentado tan cerca de ella, Dean podía aspirar el olor de su piel calentada al sol y su champú de flores, un aroma con el que su libido se estaba familiarizando rápidamente.

—No es el tipo de sitio que me gusta.

Dean no podía mantener las manos alejadas de ella teniéndola tan cerca. Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Toda ella era tan suave.

Cuando Eve giró la cabeza y le besó los nudillos, Dean se apartó.

Era eso, o escandalizar a su hermana y a Gregor.

—Trabajaré en el turno de noche, hasta las dos de la mañana.

—Vaya. Eso es muy tarde.

Eve cogió una brizna de hierba entre los pulgares, ahuecó las palmas de las manos y se la llevó a la boca. Mirándolo con ojos chispeantes, sopló con fuerza.

El resultado fue un agudo silbido. Dean sonrió también.

—Tienes muchos talentos.

—Papá me lo enseñó cuando tenía seis años —le explicó. Levantó las rodillas, cruzó los brazos y los apoyó en ellas—. ¿Qué cosas te enseñó tu tío?

Obedeciendo a la costumbre, Dean trató de desviar aquella pregunta tan personal. Se había pasado toda la vida manteniendo las distancias, evitando todo lo relacionado con su vida privada.

—Me pregunto por qué demonios tardará tanto Cam —dijo, mirando hacia la casa.

Casi como si hubiera estado esperando a que la nombraran, Cam apareció. Miró a su alrededor hasta que los vio y entonces los saludó.

—He tenido que preparar más té. Estará en seguida.

La animación había sustituido su actitud reservada, y Dean empezó a tener sospechas.

—¿Va todo bien, Cam? Gregor no te estará poniendo de los nervios, ¿verdad?

—No. En absoluto —contestó su hermana. Su sonrisa debería haberlo prevenido—. Me está contando toda tu historia en la SBC. Y me ha dicho que me traerá una camiseta oficial con tu foto, y fotos firmadas de los demás luchadores. Es un hombre muy agradable. Me gusta. —Y dándose la vuelta, regresó al interior.

Confuso, Dean observó cómo se alejaba.

—A saber qué le estará contando.

Eve le golpeó el hombro juguetonamente.

—¿A quién le importa? No será nada malo o Cam lo habría echado de la casa.

«¿Ella y cuántos más?»

—Eve, ¿te has dado cuenta de lo grande que es Gregor?

—¿Y tú te has dado cuenta de lo feliz que está Cam de tenerte aquí? —replicó ella—. No dejaría que nadie hablara mal de ti.

«No —pensó Dean—, probablemente no lo haría.» Miró hacia la casa con el cejo fruncido. No se merecía que Cam saliera en su defensa.

Pero le gustaba.

—Y ahora venga —insistió Eve, dándole un codazo—. Cuéntame cómo era tu relación con tu tío. Seguro que te enseñó muchas cosas.

Dean pensó un poco en ello y, finalmente, decidió que por qué no. Se tumbó sobre la hierba con los brazos doblados bajo la cabeza, cerró los ojos y dejó que el sol aliviara sus músculos doloridos.

—Grover me enseñó a construir cosas como Dios manda.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cualquier cosa. Desde cómo hacer una ampliación a construir una casa entera. Me hablaba de cómo la gente prefiere tomar atajos, y consideraba una afrenta personal que no hiciera bien las cosas. Me incluyó en su cuadrilla en cuanto se hizo cargo de mí. Si podía sostener una herramienta, me dejaba usarla. Martillos y potentes sierras. —Sonrió al recordar—. A veces, la herramienta pesaba tanto como yo, pero me las arreglaba.

—Es un milagro que no te hicieras daño.

—O que no se lo hiciera a otro.

Dean aún recordaba la imagen de su tío a su lado, supervisando lo que hacía, explicándole pacientemente cómo hacerlo bien.

Simplemente... estando con él.

Algo que sus propios padres nunca habían hecho.

—Tiempo después, me dijo que lo había hecho porque quería mantenerme ocupado para que no pensara en la muerte de mis padres y en mi nueva vida. Supuso que si trabajaba mucho durante el día, por la noche estaría demasiado agotado como para sentir lástima de mí mismo.

—¿Y funcionó? —preguntó Eve muy, muy suavemente.

No había funcionado, pero no quería que ella lo supiera, como tampoco había querido que lo supiera su tío.

—Me ayudó a ser un hombre independiente. Y me gustaba estar con los otros hombres. Eran... rudos.

—¿Contigo?

—No, en sus modales. Los únicos adjetivos que conocían eran insultos. Bebían demasiado por las noches. Un par de veces a la semana se peleaban entre sí. —A veces echaba de menos aquellos días—. También aprendí mucho de ellos.

—¿Qué aprendiste?

¿Por dónde empezar? Había cosas que no podía contarle, pero casi todo lo que había aprendido de la cuadrilla de su tío habían sido cosas inofensivas.

—Me enseñaron a reparar cualquier cosa, desde un reloj hasta el motor de un coche. Si se mueve, lo más seguro es que pueda arreglarlo.

—Eso te ayudaría a ser autosuficiente.

—Sí. —Dean se relajó un poco más—. Además me enseñaron a jugar al póquer, y a echarme faroles sin que nadie se diera cuenta.

—Sonrió—. También sé cómo forzar una cerradura, hacer fuego con unas ramitas, preparar la cena y coserme el bajo del pantalón.

—¿He de suponer que ninguno de ellos estaba casado?

Dean se echó a reír y dijo:

—Ninguna mujer cabal los habría aguantado. Por lo menos una larga temporada. Cuando necesitaban algo, lo hacían ellos mismos. — Había habido mujeres, sí, pero no de las que se casaban. Entonces Dean admitió algo—: Y me enseñaron a hacerlo a mí también.

—Entonces debe de ser muy práctico tenerte cerca.

Lo malo era que él no se quedaba nunca mucho tiempo. Dean abrió un ojo, y vio a Eve inclinada sobre él. Notó que el corazón empezaba a latirle más rápido.

—¿Me estás invitando a que me quede?

La boca de Eve tembló nerviosamente, y entonces le puso la mano sobre las magulladas costillas y, sin saberlo, también sobre su magullado corazón.

—La verdad es que estaba pensando en Cam, y en todas las reformas que tiene que hacer en la casa —contestó ella.

Dean emitió un gruñido. Maldita mujer; qué frustrante podía llegar a ser.

—En serio, Dean, con tu ayuda, y ahora que Jacki va a contribuir económicamente, podrían no venderla.

Dean era de la opinión de que, cuanto antes se quitara de encima el asunto de la casa, mejor. Volvió a cerrar los ojos para poder apartar de su campo de visión a Eve y la fe ciega que tenía en su generosidad.

Pero eso no evitó que siguiera siendo consciente de ella. No sólo físicamente, sino también de la idea que Eve se había hecho de él.

Y, sin pensarlo, Dean se oyó decir:

—Lo dejaré todo en perfecto estado.

No había hecho más que decirlo y ya deseaba poder borrarlo. Estaba bajando los brazos con la intención de incorporarse y empezar a trabajar, cuando notó que la boca de Eve rozaba la suya, instándolo a abrir los ojos.

Tan cerca que Dean podía verle las pecas que le cubrían el puente de la nariz, Eve dijo:

—Eres un hombre fantástico, Dean Conor. ¿Lo sabías?

Más furioso consigo mismo que con ella, Dean se movió con rapidez. La tomó por los hombros y la tumbó sobre el césped, colocándosele casi encima.

—Te estás engañando, Eve.

—No.

Dean apretó la mandíbula.

—No sabes absolutamente nada de mí.

Ella le enmarcó el rostro con las manos y le dedicó una sonrisa rebosante de emoción.

—¿Quieres saber lo que creo?

Por alguna razón, la tensión se apoderó de él.

—Probablemente alguna estupidez romántica. —Al ver que Eve no vacilaba en su determinación, emitió un sonido de profundo disgusto—. Está bien. Adelante, dímelo.

—Creo que eres tú quien no sabe absolutamente nada de ti.

Aquellas palabras lo dejaron sin respiración. Abrió la boca con intención de decirle que se equivocaba —aunque no tenía ni idea de qué iba a decir— cuando un chillido histérico lo interrumpió. Apartándose de Eve y levantándose con rapidez y agilidad, Dean se dispuso a enfrentarse a quienquiera que fuese que acababa de interrumpirlo, y se encontró con Jacki que corría hacia él como loca.

—¿Y ahora qué? —murmuró para sí. Las mujeres de Harmony, Kentucky, iban a volverlo tarumba.

—¡Ya tienes el coche! —Jacki se encaminaba hacia allá con las bolsas de la compra en los brazos, acortando la distancia que los separaba con sus largas piernas en un tiempo récord. De una de las bolsas, se salió una mazorca de maíz, pero Jacki no se detuvo a recogerla—. Es increíble, Dean. Aún más bonito que en el folleto. Me encanta. —La emoción había hecho que se le coloreasen las mejillas y añadía un toque travieso a sus ojos—. Sé que ahora estás ocupado, pero después tienes que llevarme a dar una vuelta.

Dean movía la cabeza a un lado y a otro con absoluta incredulidad. ¡Por todos los santos! No era un coche caro. Ni siquiera un coche particularmente deportivo, y menos aún comparado con los coches que llevaban los otros luchadores de su circuito. Gregor, sin ir más lejos, había aparcado su Saleen Mustang descapotable justo detrás del Sebring.

Pero quizá Jacki no se hubiera dado cuenta de que era de Gregor.

O... tal vez sí se había dado cuenta.

Jacki estaba de pie delante de él, todo sonrisas, con una hilera de pendientes de plata en la oreja izquierda que resplandecían a la luz del sol. Llevaba un peinado muy moderno, con su pelo rubio platino retorcido y levantado hacia arriba, mientras que sus ojos castaño claro parecían enormes con su maquillaje tan exagerado.

Al igual que Eve, Jacki iba vestida con ropa ligera, porque hacía calor. Una camiseta corta le dejaba al aire prácticamente todo el estómago, y los pantalones cortos de cintura baja mostraban su tatuaje. Completaba el atuendo con unas chanclas de goma. Parecía más una adolescente que una joven de veintiún años.

Su animada charla pareció suavizar el humor de Dean.

—Creía que te pasarías el día durmiendo.

Jacki desvió la vista hacia la casa.

—Lo habría hecho de no ser porque Goliat ha aparecido a primera hora. —Miró de nuevo a Dean, con gesto acusador—. Y, hablando de Goliat, ha dicho que tú le dijiste que viniera.

—A ayudarme con el tejado, sí.

—Eso es lo que ha dicho. Venga ya, Dean. ¿Por qué él precisamente?

Esforzándose por no prorrumpir en carcajadas, su hermano emitió una suave risa entre dientes.

—Porque es grande. Te sorprendería lo pesadas que son las tejas. Hasta las de peor calidad pesan cien kilos por cada diez metros cuadrados. —Miró hacia el tejado—. A razón de dos capas de tejas con el tamaño de esta casa yo diría que estamos hablando de unos dos mil setecientos kilos. Eso son casi tres toneladas, cariño. Y sé que no querías que hiciera yo solo todo ese trabajo.

Jacki paseó la vista por el torso de Dean.

—Eso es cierto, y más aún cuando pareces tan hecho polvo.

—Estoy bien.

—Conque bien, ¿eh? —se burló Jacki, poniendo los ojos en blanco—. Hasta los tipos duros necesitan unos días para curarse las heridas, ¿sabes?

¿Acababa de reñirle?

—No tenía intenciones de...

Jacki arrugó la nariz y lo interrumpió.

—Sí, vale, Gregor te será de gran ayuda. —Miró de nuevo hacia la casa—. Supongo que podré soportar que ande por aquí unos días.

—Soportarlo. Atormentarlo —dijo Dean. Y poniéndole un dedo debajo de la barbilla, hizo que girase la cara y lo mirara—. Intenta conocerlo. Serán unos cuantos días, procura aprovecharlos.

Un destello de algo, tal vez gratitud, brilló en los ojos de Jacki, aunque rápidamente agachó la cabeza.

—Hablando del rey de Roma —comentó Eve.

Dean levantó la vista y vio que Gregor se acercaba a ellos a pasos agigantados.

Y sin camisa.

Algo que a Jacki no le pasó desapercibido. Ésta le endosó las bolsas de la compra a Dean y, cuadrando los hombros, se dirigió hacia Gregor.

CAPÍTULO 13

Decidida a dejarle bien claras las cosas, Jacki se dirigió hacia Gregor a grandes zancadas. Él se le acercaba sonriente, como si estuviera encantado de verla. Y su endemoniada mirada la recorrió de pies a cabeza con descaro; se demoró en su vientre, escrutó su tatuaje, se deslizó a lo largo de sus piernas. Jacki sintió que todo su cuerpo ardía..., hasta que Gregor se quedó absorto mirándole el torso.

Menudo chiste. ¿Aquel tío la consideraba una idiota? Su pecho era apenas visible, y desde luego no merecía que nadie le prestara tanta atención.

Jacki se cruzó de brazos al instante.

Gregor fue a abrir la boca, pero ella se le adelantó:

—No empieces.

Gregor no sabía a qué se refería. Con suma cautela, le preguntó:

—¿Empezar qué?

—Con lo de «cariño», «nena», «preciosa». —Gregor la miró con el entrecejo fruncido, como si aquello lo hubiera ofendido, pero Jacki no se dejó intimidar—. Si de verdad quieres conocerme, Gregor, por mí de acuerdo.

Él suspiró aliviado y dejó de fruncir el cejo.

—Veo que empiezas a hablar con sentido común.

—Pero —añadió Jacki con dureza—, no dejaré que me uses como un peón sólo para persuadir a Dean de que pelee contigo.

El gesto de desagrado no tardó en reaparecer en el rostro de Gregor, más intenso si cabe.

—Olvídate de tu condenado hermano, ¿quieres? Él no tiene nada que ver con esto.

—¿Oh, en serio? —repuso Jacki, infundiendo todo el sarcasmo que pudo a sus palabras.

Lenta y deliberadamente, Gregor se irguió en toda su portentosa estatura y, para asegurarse de que nadie lo oyera, se acercó un paso más a ella, hasta tal punto que no cabría ni un alfiler entre ellos. Afortunadamente, porque cuando Jacki lanzó una fugaz mirada a su alrededor, vio que ninguno de los presentes disimulaba las ganas que tenía de saber qué se estaban diciendo. Su hermana Cam, Eve y Dean estaban de pie, observando con sumo interés el espectáculo, lo cual resultaba bastante molesto.

Hasta que Gregor dijo:

—Te deseo, pequeña y testaruda boba.

¡Boba! Jacki descruzó los brazos y apoyó las manos en las caderas.

—¿Hay alguna mujer a la que no desees?

—Sí. —Estaban tan cerca que su impresionante torso casi chocó contra la barbilla de ella—. Dos de ellas están haciendo ahora mismo lo imposible por oír lo que estamos hablando tú y yo.

Oh. Avergonzada, Jacki lanzó una rápida mirada hacia Eve y ésta le sonrió. Miró entonces a Cam y pudo percibir su preocupación.

Consciente de que tenían que acabar aquello en privado, le dijo a Gregor:

—Vamos. —Y agarrándolo de la gruesa muñeca, lo arrastró con ella hasta el extremo más alejado de la piscina.

Él obedeció de buena gana, casi... con ansia. Lejos ya de oídos indiscretos, Jacki se detuvo y se cuadró ante él.

—Y ahora, permite que te diga que no me gusta que me llamen boba.

—Pues no te comportes como tal.

—No lo estaba haciendo.

—Claro que sí. Te deseo, y eso no tiene nada que ver con Huracán. —Con los brazos a ambos lados de su cuerpo, en postura desafiante, Gregor añadió—: Si por alguna extraña razón no me crees, bastaría con que bajaras un poco la cabeza para comprobar que sólo con echarme la bronca has conseguido que me excite casi por completo. O puede que haya sido al cogerme de la muñeca. O ambas cosas.

Jacki abrió desmesuradamente los ojos, pero continuó mirándolo a la cara. Entonces le dijo entre dientes:

—Por Dios, no me digas que te has empalmado. Mi hermana podría verlo.

—No puedo evitarlo —repuso él con voz seductora—. Es culpa tuya.

Jacki echó una miradilla, y al instante deseó no haberlo hecho. Con un sincero gemido de bochorno, se cubrió el rostro.

—Vale, digamos que te excitas con facilidad.

—Tú me excitas con facilidad —repuso él con seriedad—. Joder, no pensarás que me pongo así cada vez que veo una mujer, ¿verdad? Porque si así fuera no tendría tiempo para pelear. En el público hay un buen número de damas que lo piden a gritos.

Estupendo. Justo la imagen que ella quería. Montones de mujeres peleando por ganarse sus favores.

—Si tuviera una erección cada vez que veo un pecho bonito, jamás podría...

—Ya vale.

—Está bien. —La tranquilizó él, después de haberle hecho perder los estribos—. Pero quiero que entiendas una cosa, pequeña...

Jacki puso los ojos en blanco al oír el tono zalamero de Gregor.

—No soy pequeña.

—Sí lo eres —replicó él y, tomándole el rostro entre las manos, le acarició las mejillas con los pulgares, esperando a que echara la cabeza hacia atrás y lo mirara.

Y era un fastidio, pero verdaderamente se sintió muy poca cosa. No se podía decir que fuera una sensación cómoda, sin embargo, sirvió para despertar en ella una conciencia carnal que le aceleró el pulso.

—Eres pequeña, frágil y muy sexy, y me muero de ganas de verte desnuda —murmuró Gregor con la voz ronca de deseo.

Oh, vaya. Aquel hombre sabía ser convincente.

—Pero quiero que comprendas esto, cariño —añadió, interrumpiéndola cuando ella fue a protestar—. No soy un mentiroso, y no me tomo bien cuando alguien me acusa de serlo. Quieres que deje de usar términos cariñosos contigo. Vale. No voy a hacerte ninguna promesa al respecto porque soy quien soy y llevo demasiados años siendo así. Pero por ti, estoy dispuesto a intentarlo.

Por sus palabras, parecía como si cualquier esfuerzo que estuviera dispuesto a hacer fuera muy de agradecer. Jacki no dudaba de que muy pocas mujeres le pedirían que cambiara algo.

—¡Caramba! Gracias.

—Pero sólo si dejas de acusarme de cosas que no he hecho. Como utilizarte.

—Entonces, ¿que estés intentando ligar conmigo no tiene nada que ver con Dean?

—Nada. Créeme, me enfrentaré con Huracán en la lona un día u otro. No podrá resistirse toda la vida, y si para ello tengo que ir avanzando de categoría rompiendo cabezas a diestra y siniestra, lo haré.

Jacki se echó a reír.

—Sí, no tengo ninguna duda de que eres muy capaz de ello.

—Ya lo creo. —Bajó la cabeza hasta apoyar la frente contra la de ella—. No rechazaré un atajo si se me presenta, pero desde luego no será persiguiendo a una chica que no me interesa.

—Entonces, ¿yo... te intereso?

Gregor le lanzó una mirada juguetona que hizo que Jacki se sonrojara.

—¿Qué iba a hacer aquí si no fuera así? Hay muchas mujeres que estarían encantadas de que pasara un rato con ellas, incluso en un pueblo perdido como éste.

Jacki puso los ojos en blanco, pero de nuevo tuvo que darle la razón. Había visto personalmente cómo la noche anterior, en el bar, las mujeres se lo comían con los ojos.

—Pero ninguna de ellas ha conseguido llamar tanto mi atención como tú —continuó Gregor—. Y de no ser por ese público que tenemos, ansioso por saber de qué estamos hablando, ahora mismo te demostraría cómo me pones. ¿Sabes?, todo yo estoy proporcionado, no sé si pillas la indirecta.

La había pillado al cien por cien. En cualquier caso, con lo cerca que estaban, habría sido muy difícil no hacerlo.

—Mi cuerpo tiene tendencia a exhibirse sin ambigüedades cuando alguien me interesa sexualmente. —Un gesto de incomodidad reemplazó la mirada juguetona—. Así pues, en mi estado actual, creo que tendré que meterme en la piscina para poder presentarme en público.

Jacki se tragó un gemido de interés, pero dijo con calma:

—Creo que en eso puedo ayudarte.

El fuego del deseo brilló en la oscura mirada de Gregor, y su voz descendió de tono aún más hasta no ser más que un inflamado susurro.

—¿De veras?

—Oh, sí —respondió ella.

Entonces, colocó ambas manos sobre el amplio torso desnudo de Gregor, haciendo todo lo posible por ignorar la suavidad de su piel, la dureza de sus músculos y su vello ensortijado. Inspiró hondo y lo empujó.

Gregor dejó escapar una maldición a causa de la sorpresa, pero no pudo detenerse. Agitando piernas y brazos en el aire, cayó al agua congelada con gran estruendo. Jacki oyó la risa de su hermana, el grito ahogado de Eve y el «oh-oh» de Dean. Cuando Gregor emergió, se retiró el pelo desgredado de la cara con ambas manos. Sus pestañas mojadas parecían aún más largas y espesas.

Esforzándose por contener la risa, Jacki se arrodilló junto al borde de la piscina y dijo con su voz más dulce:

—¿Mejor ahora?

Gregor le correspondió con una sonrisa.

—Las revanchas suelen ser temibles. Y te aseguro que yo no perdono.

Por primera vez en mucho tiempo, Jacki se sintió lo bastante despreocupada y alegre como para permitirse una carcajada de verdad.

—Has tenido lo que te merecías por haberme llamado boba.

Gregor se mantuvo a flote verticalmente en medio de la piscina.

—¿Lo has hecho por eso?

—Sí. Y en cuanto a todo lo demás que has dicho... —Jacki vaciló un instante, pero pensó: ¡qué demonios! Gregor le gustaba. Y mucho. Entonces, ¿por qué de pronto se sentía tan tímida, cuando todo el mundo sabía que no había ni una gota de timidez en ella?

—Estoy esperando —dijo él.

Jacki decidió lanzarse.

—¿Qué te parece si vamos a ver una peli esta noche, cuando termines de trabajar con Dean?

Con expresión decidida y llena de confianza en sí mismo, Gregor nadó en dirección a ella, llegó hasta el borde y le tendió la mano.

—Trato hecho.

Consciente de lo que Gregor haría si le daba la mano, Jacki retrocedió.

—Ah, no, ni hablar —dijo con una gran sonrisa—. Tendrá que ser un acuerdo verbal.

—Gallina —se burló él.

Pero ella no mordió el anzuelo.

—No soy tonta, Gregor, y no pienso meterme en el agua hasta que me haya puesto el bañador.

—Póntelo entonces.

Jacki retrocedió un paso más. En bañador sería aún más evidente lo poco que tenía para ofrecer. Gregor la miró, pero confundió su vacilación.

—¿Tengo que pedírtelo por favor?

—Me bañaré contigo otro día... cuando me demuestres que sabes comportarte.

Gregor se echó a reír, risa que se cortó en seco cuando Jacki dio media vuelta y se alejó de allí balanceando las caderas un poco más de la cuenta. Oyó las salpicaduras del agua y, al volver la cabeza, vio que Gregor se había sumergido de nuevo.

Las cosas iban mejorando. Tenía trabajo. Y el tío más macizo que hubiera podido imaginar estaba interesado en ella.

Sólo faltaba encontrar la manera de conservar la casa.

Roger dejó de prestar atención a las incesantes quejas de Loma respecto a la manera en que Dean Conor se estaba entrometiendo en su vida, y aparcó junto a la acera, delante de la casa de Cam. Vio el Sebring nuevo y el Mustang deportivo y se sintió profundamente satisfecho de su Mercedes-Benz SL55 AMG plateado.

Tras una infancia de pobreza, entrando y saliendo de distintas casas de acogida, Roger se había convertido en un hombre que prestaba mucha atención a las apariencias. Y últimamente, todo su ser olía a éxito, en todos los sentidos.

Sin embargo, no era suficiente. Y no lo sería hasta que consiguiera todo lo que quería, todo lo que se merecía.

Lo habían ofendido de la peor manera imaginable. Y los culpables no se sentían como tales, nunca lo habían hecho. Jamás habían sido castigados.

Eso ardía en su interior como si fuera ácido.

Como Cam no había tenido que soportar las privaciones que había vivido él, no era una persona que se preocupara por lo material, pero seguro que sabría apreciar la diferencia entre el coche que él conducía y lo que la mayoría de los hombres consideraba un medio de transporte adecuado.

—Míralo —llamó su atención Lorna—. Ahora está en el tejado, haciendo un trabajo que no debería hacerse. Y medio desnudo. Es una vergüenza. ¿Cómo se supone que tengo que decírselo?

Las palabras de Lorna desviaron la atención de Roger de los coches hacia el tejado de la casa. No cabía duda de que era Dean quien estaba encaramado en el tejado, sin camisa, sudando, magullado de pies a cabeza, aunque no por ello trabajaba con menos intensidad.

—Deberías haberme contado esto antes.

Si Dean y Eve congeniaban, existía la posibilidad de que Dean decidiera quedarse en la ciudad. Y, de hacerlo, podría arruinar todos sus planes. No podía aceptar que el muy bastardo se entrometiera en el asunto de la casa.

—Supuse que Cam te lo diría —se justificó Lorna. Y a continuación, con un tono intencionadamente ofensivo, añadió—: Para estar comprometidos, no estáis tan unidos como cabría esperar.

Zorra impertinente. Pero Roger no pensaba dejarse influir por sus observaciones.

—Todavía no estamos oficialmente comprometidos, Lorna —contestó sin dejar de mirar hacia el tejado. Mientras lo hacía, Dean levantó una púa de tejas que debían de pesar más de cuarenta y cinco kilos, sosteniéndolas como si nada, se acercó hasta el borde del tejado y las tiró en el contenedor para recoger los escombros que había alquilado.

—¿Y cuándo os prometeréis oficialmente?

Roger siempre se había sentido orgulloso de su fuerza y de su físico. Después de que sus años de futbolista se interrumpieran de manera brusca, no había engordado. No se había dedicado a ahogar las penas en una botella. Se había demostrado a sí mismo lo bien que se le daban los negocios al conseguir ganar dinero a buen ritmo.

Pero comparado con la fama de Dean en el mundo de la lucha, la vida de Roger, su éxito ganado día a día con el sudor de su frente, parecía tan emocionante como ver nadar a un pez. Y comparado con lo que Dean era capaz de hacer... bueno, no había comparación. En el terreno físico, Roger sólo podría defenderse del hermano de Cam con un arma.

—¿Roger?

—Estoy en ello —contestó él.

—Pues aplícate más —replicó ella.

Un segundo después, una sombra gigantesca se proyectó en el tejado, y apareció un segundo hombre. Los vaqueros pendían de sus poderosas caderas dejando a la vista unos esculpidos abdominales. Se había atado un pañuelo a la frente para apartarse de la cara el pelo negro y bastante largo. Con el torso y los hombros abultados por la carga que llevaba, dejó caer otro montón de tejas en el contenedor.

Roger se quedó mirándolo casi sobrecogido.

—¿Quién demonios es ese engendro?

—¿Qué? ¿Dónde? —Lorna entornó los ojos y escudriñó el tejado—. Pues no tengo ni idea. —Hurgó en el bolso en busca de las gafas de sol, miró de nuevo, y se quedó boquiabierta—. Santo Dios.

Por su tono se diría que estaba totalmente horrorizada.

—¿No lo reconoces? —preguntó él.

Con los ojos abiertos como platos y el semblante pálido, Lorna dijo:

—Es... obsceno. —Y siguió mirando.

—Probablemente sea otro luchador —murmuró Roger para sí. Y, a juzgar por su envergadura, lo más seguro es que fuera un campeón.

—Estoy avergonzada, mortificada —exclamó Lorna, llevándose una mano al pecho al tiempo que se volvía para mirar a Roger—. A juzgar por su aspecto, debe de ser uno de los amigos de Dean. Pero ¿en qué estaría pensando para traer aquí a ese criminal?

—No sabes si es un criminal.

—¡Pues desde luego lo parece!

Roger consideró sus palabras. Era un espécimen colosal, formado por sólidos músculos. Su cuerpo era una exposición de tatuajes. Parecía un tipo peligroso, y lo bastante bestia como para enfrentarse a todo lo que se le pusiera por delante.

Dean tendría un gran apoyo en él, maldita fuera.

—Santo Dios, Roger. ¿Y si mis vecinos los ven subidos a mi tejado, desfilando por la casa? —Lorna parecía al borde del colapso—. Tienes que hacer algo. Eres el prometido de Cam. Detén este desvarío ahora mismo.

Haciendo todo lo posible por ocultar su odio y disgusto, Roger estudió detenidamente a Lorna. Como única aliada que tenía en la familia Conor, necesitaba a aquella vieja zorra. Pero uno de aquellos días, con suerte un día no muy lejano, dejaría de serle útil. Uno de los párpados de Roger tembló ligeramente, muestra de su irritación, y Lorna se habría percatado de ello de no haber sido tan egocéntrica.

—Bueno. —Una maraña de arrugas surcó la piel del labio superior de la mujer cuando lo frunció con gesto perverso—. ¿Vas a hacer algo o no?

—Sí. —Roger miró hacia el tejado y a los dos hombres que se afanaban como si la casa fuera suya. Miró de nuevo a Lorna y, muy lentamente, dijo—: Yo me ocuparé de esto.

Lorna abrió mucho los ojos y un destello de alarma los atravesó. Pero al momento los entornó con impaciencia.

—Bien. Creo que lo primero que deberías hacer es...

Considerando que no tenía nada más que discutir con ella, Roger abrió la puerta del coche y salió. No permitiría que Lorna lo sometiera a un interrogatorio sobre sus planes. Dejaría que la vieja arpía se quedara preguntándose qué iba a hacer. No quería que siguiera hurgando en sus motivos personales.

El cielo estaba claro y no se veía ni una nube en el horizonte, de modo que Roger no se molestó en ponerle la capota al Mercedes. Le abrió la puerta a Lorna para que saliera, y soportó que se agarrara a su brazo mientras atravesaban el jardín en dirección a la parte trasera de la casa.

Para Roger era palpable, en numerosos aspectos, la intromisión masculina en el hogar de las Conor. La música de rock duro del reproductor de CD competía con el golpeteo de los martillos, las pisadas de las recias botas y algún que otro impropio. El olor a carne a la parrilla llenaba el aire.

En una mesa cercana, Jacki colocaba platos de papel y vasos de plástico sobre un colorido mantel. Cada pocos segundos, miraba hacia el tejado y suspiraba. O fruncía el cejo. O simplemente se lamía los labios.

Roger echó una somera ojeada a su cuerpo delgado. Físicamente, Jacki no le interesaba gran cosa. Le parecía demasiado alta y desgarrada, y le disgustaba que siempre llevara tan poca ropa y que se maquillara de forma tan exagerada.

Pero era una Conor, y sólo por eso, la curiosidad morbosa de Roger lo empujaba a saber de ella cuanto le fuera posible.

A la sombra de un enorme roble, Eve descansaba sobre una de las tumbonas. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo relajado, como si estuviera durmiendo. Pero Roger percibió los signos de tensión en su rostro, por la forma en que fruncía un poco las cejas y apretaba los labios.

¿Enfermedad o cansancio?

Aunque en realidad no le importaba.

Excepto por el hecho de que Eve no disimulaba lo mucho que lo despreciaba y eso no podía ser. Cam valoraba la opinión de Eve, lo que significaba que también él tenía que valorarla.

Y hablando de Cam... La vio de pie delante de la barbacoa, moviendo las delgadas caderas al ritmo de la música, como si realmente estuviera disfrutando. ¿Sería verdad? Él creía que prefería la música country. Tendría que acordarse de preguntárselo.

Quería saberlo todo de ella, todo lo que le gustaba y lo que no. Sus preocupaciones. Sus miedos.

La dulce e ingenua Cam. Observó cómo daba la vuelta a las hamburguesas y a las salchichas, con esa atención por el detalle que tanto lo fascinaba. Un día no muy lejano él sería el destinatario de esa atención... en la cama. Los dos juntos desnudos. Sudorosos. Cachondos.

Inspirando profundamente, Roger la contempló embelesado, y fue consciente del gran efecto que le producía. Cada día se mostraba más posesivo. En su lista de deseos, Cam Conor ocupaba el primer lugar. Que alguien se atreviera a interponerse entre ellos lo ponía furioso.

Miró a los hombres que trabajaban en el tejado y vio que Dean lo estaba mirando con fijeza. A aquella distancia, su expresión era inescrutable, pero Roger sintió la advertencia.

Negándose a acobardarse, le sostuvo la mirada hasta que Lorna exclamó de pronto:

—¿Y de quién ha sido la escandalosa idea de hacer un picnic?

En ese momento, todo el mundo se dio cuenta de su presencia.

Eve se incorporó en la tumbona.

Jacki dejó de preparar la mesa para la comida.

Cam se volvió y le sonrió a Roger.

—Roger, ¿cuándo has llegado?

Aquella inocente sonrisa suya nunca lo dejaba indiferente, siempre lo emocionaba. Lo provocaba. Lo incitaba sexualmente.

El sol añadía reflejos rubios a su cabello castaño claro, suave como el de una niña. La humedad del día, mezclada con el calor de la barbacoa, teñía su delicada piel con un húmedo rubor. En muchos aspectos parecía tener más de veintitrés años.

Hasta que la miraba a los ojos. O contemplaba su cuerpo.

Joven o no, tenía responsabilidades de mujer y sensualidad de mujer.

Roger controló su respiración no sin esfuerzo.

—Acabamos de llegar.

Cam llevaba una blusa sin mangas, de un tono verde claro, y pantalones cortos de color tostado. Una ropa nada pretenciosa que ocultaba un cuerpo realmente tentador. Roger la había visto en bañador las veces suficientes como para fantasear con conocimiento de causa. La visión de su estrecha cintura y sus largas y bien torneadas piernas estaba grabada a fuego en su memoria. Al contrario que los de Jacki, los pechos de Cam se adaptarían a la perfección al tamaño de sus manos...

El deseo empezó a removerse en sus entrañas. Por muchas razones, Cam se le antojaba un sueño inalcanzable. Pero eso no era más que una ilusión, y lo demostraría consiguiéndola. Porque eso era exactamente lo que iba a hacer. De una manera u otra.

Apartándose de Lorna, se dirigió hacia Cam y la saludó con un leve beso en los labios. Ella no lo rechazó, pero tampoco se mostró emocionada.

¿Cómo podía seguir manteniéndolo alejado de ella cuando el mundo se le estaba cayendo encima? A pesar de la intrusión de su condenado hermano, su verdadero salvador era Roger. A su debido tiempo, no le quedaría más remedio que acudir a él.

Para todo.

Y entonces él tendría lo que tanto se merecía.

—Quiero que alguien me conteste ahora mismo —exigió Lorna.

Roger apenas podía disimular su contrariedad. Lorna Ross no conocía la sutileza ni la discreción.

Cam se puso la mano a modo de visera sobre los ojos.

—He decidido organizar una barbacoa, tía Lorna. Hace un día estupendo, y estoy segura de que Dean y Gregor tendrán apetito —explicó.

Lorna bajó la voz, pero no lo suficiente.

—¿Gregor? ¿Y puede saberse quién es ese tal Gregor con todos esos tatuajes? ¿Qué sabéis de él? ¿Estáis seguras de que no es un convicto o algo así?

La risa contenida vibró en los labios de Cam.

—Pues claro que no es nada de eso. Es un amigo de Dean.

Lorna resopló con gesto desdeñoso.

—¿Y ésa es recomendación suficiente para dejar que ese hombre sepa dónde vivimos?

Ante tan flagrante insulto, Cam se quedó conmocionada. Roger fue a intervenir, pero ella no le dio oportunidad.

—Basta. —Apartándose de Roger, Cam lo rodeó y se dirigió hacia su tía. No se molestó en bajar la voz ni siquiera un poco. De hecho, hasta puede que la levantara—. Con esa recomendación permitiría que se mudara a nuestra casa si así me lo pidiera.

Lorna inspiró profundamente, dispuesta a lanzar una de sus desagradables diatribas, cuando se vio interrumpida por la ruidosa carcajada de Dean.

Todo el mundo se volvió y lo miró.

A gritos, desde lo alto del tejado, Dean dijo:

—Es muy generoso por tu parte, Cam, pero no hagas que se le retuerza la faja del susto. Gregor no se va a quedar.

Cada vez más indignada, Lorna esperó en vano a que alguien saliera en su defensa, pero todo el mundo estaba ocupado conteniendo la risa. Cuando la vieja arpía se dio cuenta de que nadie daría la cara por ella, se le agrió el gesto aún más. Roger tuvo que hacer un gran esfuerzo para no prorrumpir en carcajadas.

Dean se volvió entonces hacia el gigante.

—No estarás pensando en quedarte en Harmony, ¿verdad, Gregor?

Secándose el sudor de la cara con el antebrazo, éste dijo:

—Creo que no. —Unos bíceps como melones se hinchaban a cada movimiento que hacía. Bajó el brazo y sonrió—. A menos que tu hermanita pequeña me lo pida.

Todo el mundo se volvió hacia Jacki y ésta, sonrojada, resopló quitándole importancia.

—Ya lo ves, tía Lorna, no tienes de qué preocuparte. No se va a quedar. —Alzó la barbilla antes de añadir—: Al menos no mucho tiempo. Temblando de rabia, Lorna los barrió a todos con una mirada y dijo:

—¡Ya basta! —A continuación, convirtió a Cam en blanco de su ira—. Y tú. Bastante malo es que no se te ocurra nada mejor que tirar un dinero que no tenemos haciendo unas reformas que no son necesarias.

—Son necesarias —la contradijo Cam.

—Bah. Deberías estar firmando los papeles para vender de una vez este pozo sin fondo de gastos, y en vez de eso estás aquí fuera, jugando y celebrando el día con un picnic.

—¿Celebrando? ¿Es eso lo que estamos haciendo? —le dijo Dean a Gregor.

Lorna estaba roja de ira, y tenía los labios convertidos en una línea blanca.

—Me niego a participar de este repugnante e irresponsable comportamiento.

Se volvió hacia Roger en busca de apoyo, lo cual no le dejó a éste demasiadas posibilidades.

Con expresión tranquila, Roger le dijo a Cam:

—Sólo tardaré un momento.

Ella lanzó una mirada de medio lado a su tía, pero Lorna la ignoró. Cam suspiró.

—Gracias, Roger. Te guardaré una hamburguesa. —Y, tras decirlo, se dio la vuelta y volvió a la barbacoa.

Como si el contratiempo hubiera sido algo sin importancia, Dean y Gregor reanudaron su tarea.

Clavándole las uñas postizas en el brazo a Roger, Lorna lo arrastró fuera del jardín y entró con él en la casa. Por el camino, Roger ponderó la situación. De modo que el monstruo de los músculos deseaba a Jacki. Mal gusto por su parte, pero más poder para él. Sacar a Jacki de debajo de las alas protectoras de Cam significaba menos responsabilidad para ésta y, por consiguiente, le allanaría el camino hacia su objetivo..

En cuanto hubieron desaparecido de la vista de los demás, Roger se quitó a Lorna de encima con muy malos modos, pese a su airada mirada de incredulidad. Sería estúpida. Sin poder controlar su furia, Roger la acorraló contra el fregadero. Desde allí podía vigilar a los demás mientras le aclaraba algunas cosillas sobre su comportamiento.

—Roger, ¿qué crees que estás haciendo? —preguntó Lorna, asustada.

Estaba tan enfadado que le daban ganas de estrangularla.

—En vez de perder siempre esos malditos estribos tuyos, ¿por qué no intentas hacer un esfuerzo?

Ella pestañeó varias veces sin comprender, lo cual lo obligó a explicarse mejor.

—Maldita sea, Lorna. —Se frotó la frente, asombrado una vez más de que alguien tan amable e ingenuo como Cam pudiera tener ningún parentesco con una bruja calculadora como Lorna—. ¿Cómo esperas exactamente que maneje la situación si me apartas de ella?

Lorna jamás admitiría haberse equivocado.

—No la estabas manejando en absoluto. Quedarse ahí plantado no es manejar nada.

—¿Y crees que tus insultos han sido productivos? —le espetó Roger, moviendo la cabeza a uno y otro lado ante la estupidez de Lorna—. Ya deberías conocer a tu sobrina mejor que todo eso.

—Oh, créeme, la conozco. Es caprichosa y engreída.

—Estás de guasa.

La vieja ignoró su sarcasmo.

—Pero no importa. No la he criado para que se relacione con hombres como Dean o ese Gregor.

No, pensó Roger, pero Lorna tampoco había logrado inculcarle el odio y la desconfianza que ella sentía hacia los hombres. De alguna manera, Cam había sobrevivido con un entusiasmo poco realista que lo desconcertaba, enfadaba y animaba según el momento.

—Cam se muestra protectora hacia todos aquellos que le importan. Y su hermano le importa.

—¡Si ni siquiera lo conoce!

—Sabe que lo apartaste de ella. Deberías pensar en eso antes de seguir metiendo cizaña a la más mínima oportunidad.

Lorna no quería oírlo. Se llevó al pecho su bolso de diseño y frunció el cejo, con lo que se le marcaron aún más las arrugas del rostro.

—Ese cretino lo va a estropear todo.

«No», se dijo Roger para sí. No permitiría que nadie destruyera sus planes.

Roger sacó entonces la cartera y le dio a la mujer varios billetes de veinte dólares, diciendo:

—¿Por qué no vas al salón de belleza y te haces una limpieza de cutis o un masaje o lo que sea que hagáis las mujeres para sentirnos mejor?

—Bueno... —dijo Lorna, contando el dinero cuidadosamente—. Supongo que podría llamar a una amiga. —Miró a Roger a hurtadillas—. Puede que también me quede a comer, ya que Dios sabe que no tengo ningún deseo de atragantarme con carne carbonizada.

Con una sonrisa tensa, Roger sacó otros cuarenta dólares y se los dio.

—Una idea excelente. —Desembarazarse de Lorna bien valía aquel desembolso.

—¿Tú qué vas a hacer?

De ninguna manera confiaba en Lorna lo suficiente como para contarle la verdad. Si se enterara de sus orígenes y de por qué quería lo que tanto deseaba, no sólo tergiversaría sus propósitos, sino que no sería capaz de mantener la boca cerrada.

—Saldré al jardín a hacer vida social —contestó él—. Me mostraré cordial y, con un poco de suerte, averiguaré qué se está cocinando aquí, por decirlo de alguna manera. Después, ya buscaré la manera más adecuada de manejar la situación.

—¿Y me mantendrás informada?

—No, no lo haré.

La papada de Lorna se agitó de indignación.

—Cuanto menos sepas de mis planes, mejor para ti. No quiero que te veas implicada de ninguna manera.

La expresión de ella se tornó más severa.

—Santo Dios, ¿qué tienes en mente?

Roger apenas podía creer la audacia de aquella mujer. Lorna había despilfarrado el dinero de sus sobrinas sin pensar en ellas ni un solo momento. Las había utilizado, a ellas y a su herencia, para llevar una vida de lujos. Más de una vez había sobrepasado los límites legales de su condición de tutora legal al tomar decisiones económicas que sólo servían a sus propósitos personales.

Seguir con su lucrativo medio de vida no le resultaría fácil si Dean empezaba a inmiscuirse.

Roger no se anduvo por las ramas y le preguntó a las claras:

—¿De verdad te importa cómo maneje la situación siempre y cuando las cosas resulten como queremos?

Ella terminó por ceder, como él sabía que haría.

—No, supongo que no.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo. Y ahora debería salir al jardín o Cam empezará a preguntarse por qué tardo tanto.

Lorna se enjugó una lágrima de cocodrilo.

—Eres un buen amigo, Roger.

Si lo abrazaba, vomitaría, pensó él. De modo que optó por apartarse y se limitó a asentir con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Que disfrutes de tu tarde libre, Lorna. Te la has ganado.

Con la cabeza alta, Lorna se alejó, llevando consigo el dinero que Roger le había dado.

—Sí que me la merezco —se mostró de acuerdo ella, asintiendo más para sí que para él.

Contento de haber terminado con Lorna, Roger se dirigió a las puertas correderas y escudriñó el jardín. No veía a los hombres en el tejado, pero oía sus pisadas como si aún estuvieran trabajando.

Eve se había vuelto a relajar sobre la tumbona, bajo el árbol. No era propio de ella haraganear mucho tiempo seguido. En condiciones normales, se mostraba como una mujer llena de energía que no paraba quieta un momento. Incluso cuando estaba sentada emanaba dinamismo.

¿Habría pasado la noche sin dormir con Dean Conor? ¿Habrían estado follando toda la noche hasta el amanecer? Algo así no le sorprendería en Eve, pues se le antojaba una mujer tremendamente sexual.

Recorrió su cuerpo con la mirada, de la cabeza a los pies. ¿Bastaría para que Dean Conor se quedara en Harmony? Probablemente. Y eso significaba que, de alguna manera, tendría que ocuparse de él.

Eve era tan distinta de Cam que Roger a menudo se preguntaba cómo podían ser tan amigas. Al pensar en Cam sintió un hormigueo familiar de deseo y calor. La observó desde su posición dentro de la casa.

La vio apartar un abejorro que revoloteaba alrededor de la carne y, a continuación, coger una fuente con una mano mientras con la otra sujetaba unas pinzas para sacar la carne de las brasas. Roger sintió que en su interior se removían distintas clases de hambre. Hacía mucho que no comía al aire libre.

Comida preparada por Cam.

Iba ya a abrir las puertas cuando su atención se desplazó hacia Jacki. Esta estaba de pie en un extremo del jardín, cerca de la casa, donde nadie la veía. Roger observó cómo se ajustaba la camiseta, tratando de juntar sus pequeños pechos lo bastante como para crear un escote más pronunciado. Un intento inútil. Contrariada, dejó caer los brazos a lo largo de los costados y se apartó un poco para mirar el tejado. ¿Estaba buscando a Gregor? Muy probablemente.

La vio apretar los labios con rabia y avanzar hacia la casa con la cabeza gacha.

Roger abrió entonces las puertas correderas.

—Hola, Jacki, ¿tienes un segundo?

Ella levantó la cabeza bruscamente y lo miró con suspicacia, sentimiento que confirmó infundiéndole a sus palabras un tono acusador.

—Pensé que te habrías ido con la tía Loma.

Leerle el pensamiento a Jacki no era ni la mitad de difícil que leérselo a su hermana. Cam era profunda, mientras que Jacki era superficial. Puede que fuera por ahí comportándose como una joven segura de sí misma, pero en el fondo, las inseguridades de Jacki resultaban más que evidentes.

—Creo que tu tía ha llamado a una amiga para pasar el día fuera con ella.

Jacki torció la boca.

—Pues que le aproveche.

Ojalá Cam pudiera adoptar la misma actitud. Roger movió la cabeza.

—Si tienes un momento, me gustaría hablar contigo de una cosa —continuó.

Se le había ocurrido algo que, tal vez, lo haría ganar puntos delante de Cam a la vez que ayudaba a Jacki.

Apoyando todo el peso en una cadera y con actitud displicente, Jacki preguntó:

—¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho, hablar contigo un minuto.

Ella puso trabas.

—Se me han olvidado las patatas fritas y los pepinillos. Tengo que ir a buscarlos.

—Perfecto —dijo Roger haciéndose a un lado para dejarla pasar—. Puedo echarle una mano y comentarte lo que he pensado al mismo tiempo.

Un ruido a sus espaldas hizo que Jacki se volviera. Gregor estaba de pie en la puerta. Con los hombros y el torso sudorosos. Su piel había adquirido un tono un poco más oscuro por efecto del sol. Una botella de agua helada pendía de su mano.

Pero sus ojos, atentos como los de un halcón, irradiaban un fuego insoportable. No se molestó en ocultar los abrasadores celos que sentía.

Y justo por eso, Jacki pareció cambiar de idea.

—Está bien —dijo pasando junto a Roger—. ¿Qué tipo de sugerencia?

Un juego peligroso despertar la ira de un tipo como aquél, pensó Roger. Pero decidió apartar de su mente cualquier otra consideración y centrarse en su objetivo: ganarse a Cam. Tras un último vistazo al hombretón, que parecía estar taladrándolo con aquella mirada, Roger cerró la puerta corredera.

—Una sugerencia que creo que te agradará.

Y, a la larga, también a él.

CAPÍTULO 14

Dean sabía que Gregor lo estaba mirando mientras terminaban de despegar las últimas tejas. Les había llevado tres horas de duro trabajo ininterrumpido arrancarlas todas. Aunque a él el trabajo duro no lo molestaba. Al contrario, nunca lo había arredrado.

Pero en los últimos quince minutos, Gregor no había dejado de observarlo por el rabillo del ojo. Y no pensaba preguntarle por qué. No le daría esa satisfacción. Lo ignoraría hasta que terminaran el tejado y entonces...

—Oye, Huracán.

«Hijo de perra metomentodo...» Estaba claro que ignorarlo no iba a funcionar. No le sorprendía. Empuñó la rascadora y arrancó con brusquedad los restos de una teja que se negaban a salir, y se llevó unos cuantos clavos retorcidos al mismo tiempo.

—¿Qué?

Silencio.

Contrariado, Dean se quedó mirándolo y, adoptando un tono más moderado, dijo:

—¿Qué demonios quieres, Gregor?

Éste encogió un hombro sucio brillante de sudor.

—Que nunca te había oído reír así.

—¿Cómo?

—Como antes. Cuando le has dado ese corte a la vieja arpía. Estabas realmente disgustado.

—¿Y?

—Que creo que nunca te había visto tan feliz.

—Qué gilipollez —replicó Dean, echando los restos de las tejas y los clavos en la pila—. No me vengas con tonterías. Me has oído reír muchas veces.

—Así no. Como si de verdad estuvieras disfrutando.

—El sol te debe de haber frito el cerebro —repuso Dean, quitándose un guante para poder enjugarse el sudor de la cara. Una buena excusa para no mirar a Gregor—. Menos mal que ya es hora de un descanso.

Gregor también se quitó los guantes.

—Sabes perfectamente que a mi cerebro no le pasa nada.

—Como tú digas.

El otro lo miró con gesto adusto.

—Por el amor de Dios, Dean, no te pongas a la defensiva. Sólo tenía curiosidad...

—Pues te la tragas —lo interrumpió Dean con brusquedad—. No quiero que tengas curiosidad, y no se te ocurra empezar a meter las narices —añadió. Y para asegurarse de que no le quedaban dudas, le lanzó una mirada fulminante.

No iba a tolerar aquello. Sin embargo, Gregor, lejos de sentirse amenazado por el carácter de Dean, siguió presionando.

—Quieres saber lo que significa eso de ser una familia, ¿verdad?

—Que te jodan.

Gregor enarcó las cejas exageradamente, retomando su sentido del humor.

—¿Y qué tendría eso de divertido? Ya sabes que lo que yo preferiría...

Consciente de qué era exactamente lo que preferiría, Dean le advirtió:

—Ni si te ocurra decirlo.

Gregor emitió una suave carcajada e hizo el gesto de cerrarse los labios con una cremallera.

Mierda. De alguna manera, Gregor había conseguido llevarlo a su terreno y hecho que se delatase ante él. Dean lo miró con un semblante cuidadosamente desprovisto de expresión.

—Eres un cabrón muy molesto, ¿lo sabías?

—Sí. Ya me lo habían dicho antes —convino él, asintiendo con la cabeza.

Dean se dijo a sí mismo que su reacción tenía que ver con que hacía calor y estaba cansado y sudoroso, no con el hecho de ser el hermano de Jacki.

—¿Por qué no bajamos a comer algo?

—Claro —contestó Gregor, pero al cabo de un momento empezó de nuevo—. No te estaba juzgando, ¿sabes?

Dean echó la cabeza hacia atrás y gimió en dirección al cielo azul.

—Esto es jodidamente increíble.

Gregor no pudo contener la sonrisa.

—Y no me estaba metiendo contigo ni nada de eso. Joder, Huracán, tienes una familia muy agradable. Un montón de mujeres bonitas. Son agradables. Deslenguadas. Me gustan. Todas menos la vieja. —Lo recorrió un escalofrío—. Qué bruja más espeluznante, ¿no crees?

—Sí —convino él. Desagradable y manipuladora. ¿Les habría explicado a las chicas alguna vez cómo habían muerto sus padres? Aparte lo del accidente de coche. Lo dudaba mucho.

¿Debería contárselo él?

—Debe de hacerles la vida imposible a Jacki y a Cam, ¿no crees?

Dean trató de ignorar a Gregor, pero éste había dado en el clavo. Mierda. Por su parte, Cam y Jacki parecían estar resignadas, como si se hubieran acostumbrado ya a la severa actitud de Lorna hacia la vida y no se lo cuestionaran. Y eso era lo que más le disgustaba.

—¿Por qué está tan amargada esa vieja bruja, en todo caso? —preguntó Gregor.

Al ver que Dean no le contestaba, trató de presionar un poco más.

—Huracán, ¿tienes idea de por qué?

Lentamente, Dean dejó la raspadora en el suelo y miró a Gregor.

—¿Idea? Sí, tengo una idea.

El otro irguió la espalda.

—¿Por qué tengo la sensación de que tu idea no me va a gustar?

—¿Tal vez porque tenga algo que ver con echar tu fornido culo de este tejado?

Sonriendo como un idiota, Gregor miró desde allí arriba hacia el suelo.

—Preferiría que no lo hicieras —comentó, mirando de nuevo a Dean—. ¿Sabes?, peso por lo menos quince kilos más que tú, soy más alto y tienes encima una buena paliza.

—¿Y? —Si él decidiera empujarlo, Gregor caería del tejado. De eso no le cabía ninguna duda.

—Pues que tu hermanita está ahí abajo, y pensaría que soy una nenaza si dejase que me tiraras del tejado. No podría dejar que se llevase una impresión equivocada, ¿no crees? Además, imagina cómo quedaría el césped. Sería un desastre que, probablemente, terminarías arreglando tú, ya que te has convertido en un domesticado hombre de familia.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

Poniéndose en pie de golpe, Dean avanzó con actitud agresiva.

—¿Por qué no te callas y te ocupas de tus malditos asuntos? ¿O es que tengo que hacerte callar yo?

—Oye, cálmate. —Gregor alzó las dos manos en señal de rendición, y esperó a que Dean se tranquilizase—. Joder, tío, relájate, ¿quieres?

Sintiéndose como un idiota redomado, Dean soltó un improperio y, finalmente, se calmó un poco.

—Estoy relajado.

Gregor emitió un gruñido al oír semejante mentira.

—De verdad, Huracán. Me gustas más cuando te ríes. —Dicho esto, recogió una pila de tejas viejas y atravesó el tejado para tirarlas en el contenedor.

Mascullando para sí, Dean se enjugó el sudor de la cara y trató de ignorar el pinchazo de culpabilidad. Gregor era un gilipollas, pero no se merecía cargar con su mal humor. Afortunadamente, al contrario que las mujeres, los hombres no tenían que pedir disculpas cada vez que metían la pata.

Cuando Gregor regresó de tirar las tejas al contenedor, Dean le dijo con tono relajado:

—¿Comemos ya?

—Claro. Si te parece que ya hemos terminado aquí.

Dean revisó la superficie del tejado. Todavía quedaban un montón de trozos de tejas rotas pegados a la madera, y habría que sacar muchos clavos que se habían levantado. Los conductos de ventilación tenían un recubrimiento de metal sellado con pegotes de tela asfáltica. Antes de poner las tejas nuevas, tendría que levantarlo y raspar la tela asfáltica. Pero todo eso podía esperar.

—Creo que podemos tomarnos un respiro. Ya seguiremos después.

—Gracias a Dios. Tengo un agujero tan grande en el estómago que las costillas se dan la mano a través de él —dijo Gregor, bajando por la escalera. Llegó hasta la mitad y luego saltó hasta el suelo. Nada más aterrizar, se puso a buscar a Jacki. No se la veía por ninguna parte.

Dean, por su parte, se centró en Eve, y la observó entrar en la casa. Era la tercera vez, y, al salir, se la veía cada vez más desganada. Eso no le gustó nada. Estaba sentado bajo un árbol, bebiendo té helado, cuando Eve regresó. Parecía incómoda; no le hizo caso, y eso también lo molestó.

Dejó la bebida y fue a su encuentro. Parecía perdida en sus pensamientos, tenía la cabeza gacha y caminaba despacio. Dean la detuvo poniéndole el dorso de la mano en la frente. Sorprendida, Eve levantó la vista.

—¿Qué haces?

Dean frunció el cejo.

—¿Estás bien?

Ella se apartó con recelo.

—Sí, ¿por qué?

A Dean le dio la sensación de que tenía la piel muy caliente, aunque no parecía que tuviera fiebre. Aun así parecía cansada, no la mujer dinámica que él conocía.

—¿Por qué no te vas a casa y descansas un poco? No creo que sea bueno estar sentada aquí fuera, con este sol.

Eve frunció el cejo.

—Estoy bien.

—Pues no lo parece.

Ella cuadró los hombros desafiante.

—¿Y quién lo dice?

¿Por qué se mostraba tan irritable? Dean puso los brazos en jarras.

—Yo lo digo.

—Pues te equivocas, porque no estoy enferma y no me voy a ir a casa. Por lo menos de momento. Después de comer, sí tendré que ir allí a cambiarme. Tengo una cita a primera hora de la tarde.

—¿Qué clase de cita?

Por la manera en que se rebotó cualquiera diría que le había pedido que se separase de su primogénito.

—Soy coordinadora de eventos, Dean, ¿recuerdas? —Se apartó un mechón de la cara con más ímpetu del necesario y se cruzó de brazos—. Tengo que reunirme con un posible cliente.

Dean reflexionó sobre lo que le acababa de decir, lo comparó con su forma de actuar y decidió que la mezcla no le gustaba lo más mínimo. Entonces la agarró del brazo y dijo:

—Ven conmigo.

Eve se resistió clavando los pies descalzos en el césped.

—¿Que vaya contigo adonde? ¿Qué haces?

Dean siguió andando, arrastrándola hacia el extremo más alejado del jardín, cerca del comienzo del bosque. De niño solía ir allí cuando quería estar solo, para pensar. Aquel lugar proporcionaba la intimidad necesaria.

—Dean, Eve, ¿adonde vais? La comida está lista —les gritó Cam.

—Sólo tardaremos un minuto —le gritó Dean en respuesta.

—Tengo hambre, jolín —protestó Eve, trotando detrás de Dean, pues apenas podía seguirle el paso con las enormes zancadas que daba—. Dean —siseó—, estás montando un número.

—¿Y? —repuso él. Habían llegado ya al bosque y Dean la empujó suavemente detrás de un grueso roble.

—Vale, como quieras —dijo Eve con una sonrisa sarcástica—. No te importa lo que piensen los demás, ¿no?

Dean suspiró. Lo que fuera que la hubiese molestado tenía que ser algo importante para que estuviera de tan mal humor. Y tenía intenciones de averiguar qué era y arreglarlo.

—Dime qué es lo que te pasa, Eve —le pidió. Al verla apretar los labios, le enmarcó el rostro entre las dos manos y le besó la punta de la nariz—. Vamos, cariño —la exhortó con delicadeza—. Háblame.

El gesto pareció surtir efecto, porque Eve abandonó su actitud resentida y se dejó caer contra el tronco en señal de rendición.

Durante unos largos y agónicos segundos, se quedó mirando el musgo que cubría una parte del árbol. Hasta que, finalmente, levantó la vista y lo miró.

—Tengo malas noticias, Dean. No te van a gustar.

Él sintió como si unas garras de hielo le atenazaran el estómago. Se dispuso a escuchar, apretó la mandíbula y tensó los músculos preparándose para lo peor. Apoyó un brazo en el tronco, detrás de Eve, invadiendo así parte de su espacio.

—Dímelo.

—Bueno. —Ella apartó la vista un momento, y luego lo miró de nuevo. Tenía el cejo fruncido—. Sería más fácil si no me fulminaras con la mirada, como estás haciendo.

Lo que pasaba era que Dean no tenía ningunas ganas de ponérselo fácil.

—Dime lo que tengas que decir, maldita sea.

Ella se cruzó de brazos en señal desafiante.

—Lo que voy a decirte va a cambiar un poco los planes de esta noche.

Dean sintió que se quedaba sin oxígeno en los pulmones. ¿Sus planes de la noche? ¿Por eso parecía enferma?

—¿Por planes te refieres al sexo? Estamos hablando de eso, ¿verdad? —preguntó, para asegurarse.

Ella asintió con tristeza.

—Sí. La Madre Naturaleza ha venido a visitarme.

¿La Madre Naturaleza? ¿Tenía el período? ¿Se refería a eso?

Dean sintió que recuperaba la alegría; sus músculos se relajaron y la rabia que había empezado a experimentar ante el rechazo cedió. Quería reír, y aún más que eso, lo que quería hacer era quitarle la preocupación con un beso.

Pero no era ningún idiota. Apoyó la otra mano en el árbol, atrapándola entre ambos brazos. Pobrecilla. Parecía cansada, estaba de mal humor y seguro que sólo tenía ganas de que la dejaran tranquila.

Eve esquivó su mirada, pero Dean vio su cejo fruncido, y también el rubor que le cubría el rostro. Tras decidir que lo más oportuno era tragarse la alegría, Dean puso cara de preocupación.

—¿Tienes la regla?

—Sí —se limitó a decir ella.

A la distancia a la que estaban, podía oler el aroma de su pelo y su piel bañados por el sol, que, combinado con su feminidad, lo afectaba de una manera puramente sexual.

—¿Y te sientes mal por eso?

Los ojos azules de Eve se clavaron en los suyos.

—¿Por qué lo preguntas?

«Oh-oh. Ándate con ojo», se aconsejó a sí mismo.

—Es sólo que no estás tan... animada como siempre —dijo al fin, pero se calló que, además, se estaba mostrando realmente mezquina con él.

—La verdad es que me siento fatal. Normalmente tengo unos síntomas bastante agudos. La regla me dura una semana. Me hincho, y sí, estoy agotada.

¿Una semana? Dean quiso gemir de desesperación, pero se contuvo.

—Lo siento.

—Yo también —contestó ella, bajando la voz al tiempo que poyaba la frente en el esternón de él—. Tenía muchas ganas de que llegara esta noche.

Dean le levantó la barbilla con delicadeza.

—No soy un hombre aprensivo, cariño. Y hay muchas maneras de...

—Olvidalo —lo atajó ella con los ojos como platos, intentando apartarlo de sí. Sin embargo, al ver que Dean no pensaba moverse, elevó la cabeza hasta llegar casi al nivel de la suya—. Yo sí soy aprensiva, pero aunque no lo fuera, no estoy de humor. Créeme, Dean, no soy buena compañía en estos momentos.

Así que nada de sexo. Para su sorpresa, Dean se dio cuenta de que no le importaba. Pero ¿cómo podía convencerla? Comportarse como un caballero no serviría de nada. Eve le diría que se fuera al infierno y él se negaría a hacerlo. Le levantó el mentón una vez más y la obligó a que lo mirara.

—Estás en deuda conmigo, Eve.

—¿Qué?

—Hicimos una apuesta, señorita. Perdiste y voy a ir a tu casa —prosiguió él. El ánimo de Eve en ese momento parecía tan voluble que Dean decidió darle un poco más de espacio, pero aun así no se rindió—. Si quieres echarte en el sofá y dormir mientras estoy allí, por mí, bien. Puedo aceptarlo. Pero no dejaré que canceles nuestra cita.

—Hablo en serio. Nada de sexo.

—No estoy sordo. Te he oído. Esperaré hasta que estés preparada —replicó él, sin ceder un ápice de terreno—. Pero de todos modos iré a tu casa esta noche.

Algo, tal vez alivio, se reflejó en el semblante de Eve antes de cruzarse de brazos con obstinación y darle la espalda.

—Como quieras —le espetó—. Haz lo que te parezca, pero luego no digas que no te lo advertí.

Dean se percató de su postura tensa, de la rigidez de sus hombros. Incluso viéndose rechazado como en ese momento, no pudo evitar sentir ternura, calidez y el placer más absoluto. Era muy extraño. Tendría que soportar unos días de celibato, pero aun así le dedicó una enorme sonrisa.

—Pierdes el tiempo, cariño. —Se inclinó y le dio un beso en la base del cuello..., notó cómo ella se estremecía—. Hay algo más que deberías saber de mí.

Ella lo miró por encima del hombro, las cejas arqueadas interrogativamente.

—No me asusto con facilidad —concluyó Dean.

Se sostuvieron la mirada largo rato, hasta que Eve terminó por desviar la suya.

No, decidió Dean, Eve no lograría asustarlo; él no cedía cuando quería algo, y, por alguna razón, la quería a ella. No sólo por el sexo. Y no a cualquier otra mujer.

A Eve.

En ese momento. Esa noche. Al día siguiente.

Con o sin sexo.

Y, demonios, no tenía motivo alguno para negarse ese gusto. Se dejaría llevar, disfrutaría, y entretanto, haría que Eve también disfrutara.

Nada más entrar en el vestíbulo del motel Cross Streets, Dean vio a Roger en el mostrador de mármol de imitación, mirando fijamente la pantalla del ordenador. Sabía que era el propietario y el gerente, pero era la primera vez que lo veía allí.

Tuvo la sensación de que no era casualidad.

Roger tardó un minuto largo en percatarse de la presencia de Dean. Cuando levantó la vista y lo vio mirándolo, literalmente dio un respingo. La sorpresa inicial dio paso a la determinación. Roger abandonó su puesto junto al ordenador y, rodeando el mostrador, se dirigió hacia él.

—Dean, ¿tienes un minuto?

Sólo para fastidiar, Dean echó un vistazo al reloj.

—Puede que uno. Tengo que ducharme y cambiarme antes de ir a casa de Eve.

Roger frunció los labios un momento con gesto de irritación.

—Entiendo —contestó él, esbozando una sonrisa de resentimiento—. Os habéis hecho prácticamente inseparables.

—Te quedan unos cuarenta segundos.

El rencor brilló en los verdes ojos de Roger.

—Está bien. ¿Te importa acompañarme a mi despacho? Allí podremos hablar más cómodamente.

Roger echó a andar, pero se detuvo al oír a Dean decir:

—Tendrá que ser aquí.

Se encontraban en el centro del vestíbulo, lo cual no les proporcionaba privacidad alguna. Roger tomó aire con cierta brusquedad. Primero pensó en mostrar contención, pero finalmente no lo logró y estalló:

—Joder. —Dio un paso hacia Dean en actitud agresiva—. Vale. Iré directo al grano.

—Sí. Mejor —contestó el otro, cruzándose de brazos al tiempo que se apoyaba en una pared.

—Quiero saber a qué has venido a Harmony, cuánto tiempo vas a quedarte y qué demonios quieres de Cam.

Al no ver razón alguna para no contestar a aquellas preguntas, Dean se encogió de hombros.

—He venido porque Cam me invitó. Aún no sé cuánto tiempo más voy a quedarme, pero mientras esté aquí espero poder ayudarla a recuperar las riendas de ciertas cosas.

—¿Y eso qué significa? ¿Recuperar las riendas de qué?

—Está cargada de deudas. La casa necesita muchas reparaciones. Aún no he pensado detenidamente en ello, de manera que no sé hasta qué punto me veré involucrado, pero tengo intención de ayudarla en ambas cosas.

Dean observó a Roger, aguardando su reacción.

Visiblemente frustrado, éste se pasó una mano por su cabello rubio; al hacerlo, se despeinó un poco, pero el acto en sí hizo que pareciera más humano.

—Yo iba a ayudarla —dijo él más para sí que para Dean.

Vale. Pero ¿con qué propósito?, se preguntaba Dean. Siempre se le había dado bien juzgar a las personas, y Roger despertaba en él todo tipo de suspicacias. No se podía confiar en que un hombre que alardeaba tanto de su dinero como Roger se preocupara o pudiera comprender las cosas realmente importantes de la vida.

Alguien que abusaba tanto de los demás no podía ser compasivo, amable y querer a su herm...

«Para, para, para.»

Sin dejar de mirar fijamente a Roger, Dean retrocedió unos pasos mientras reflexionaba sobre lo que acababa de ocurrírsele.

De ninguna manera iba a permitirse empezar a pensar en términos de... Joder, ni siquiera podía formular el pensamiento sin sentir un profundo recelo. Pero no tenía más remedio que enfrentarse a los hechos. En un tiempo récord, estaba empezando a sentirse como un... hermano mayor.

Mierda.

Roger tenía el cejo fruncido y lo miraba con curiosidad, y Dean decidió acabar con aquello.

—¿Eso era todo? Es que tengo cosas que hacer —le espetó.

Roger se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y continuó hablando con determinación.

—Yo he pensado que... bueno, teniendo en cuenta que Cam y yo vamos a casarnos...

—Quizá.

El mero hecho de escuchar esa palabra y la posibilidad que sugería, estuvieron a punto de hacer que Roger se pusiera violento.

—Nos vamos a casar —repuso, apretando los dientes con rabia—. Que no te quepa duda.

Dean pensó que era una reacción interesante. ¿Amaría a Cam de verdad? ¿O tal vez actuara movido por otras razones?

—¿Quieres llegar a alguna parte con todo esto, Rog?

El diminutivo hizo que a Roger se le erizara el vello de pura rabia, pero consiguió controlarse.

—Ya que vamos a ser —se interrumpió un momento y arrugó los labios— familia, pensé que tal vez querrías conocerme mejor.

Dean se echó a reír.

—No.

¿Familia? No, no, no. Lo último que tenía en mente era ponerse a entrevistar a los posibles pretendientes de su hermana. Si alguna vez hiciera algo tan estúpido, se merecería que lo echaran a un ring, con los ojos tapados, con los dos mejores luchadores de Brasil.

—Cam es perfectamente capaz de decidir por sí sola con quien quiere asociarse —añadió.

—Maldita sea, tío, sólo intento...

—Dean, Roger, ¿qué ocurre?

Al oír la conocida voz femenina, Dean cerró los ojos con cierto temor. Pero fue sólo un segundo. No quería perderse nada, ni la reacción de Roger ni la de Cam.

Su hermana sabía que se hospedaba en el motel, pero hasta el momento no se habían encontrado allí ni una sola vez. Claro que Dean tampoco había pasado demasiado tiempo en él.

Y pretendía seguir así.

Roger se volvió algo bruscamente hacia Cam con la sensación de culpa.

—Cariño —dijo con una sonrisa forzada—. No te había oído llegar.

Dean se rió por lo bajo al ver la evidente incomodidad del otro.

Por su parte, Cam se quedó cerca de Roger con una familiaridad que a Dean no le pasó desapercibida. Puede que, después de todo, fueran pareja. Aunque eso no significaba que su hermana fuera a casarse con aquel idiota.

Cam llevaba una falda estrecha de color negro, camisa y una placa identificativa. Aquello enfureció a Dean. ¿Qué tipo de hombre haría trabajar a la mujer a la que amaba en el turno de noche?

Roger carraspeó.

—Cam, cariño, creía que estabas haciendo inventario.

Ella lo obsequió con una tierna sonrisa.

—Sí, pero ya he terminado —respondió, al tiempo que se dirigía a Dean con cierta cautela—. ¿Todo va bien?

Su hermano no pudo evitar mirarla con una amplia sonrisa.

—Careces de sutileza, Cam —respondió, y, sin pensárselo, le acarició la mejilla—. Eve está bien. No tienes de qué preocuparte.

Disgustada consigo misma, Cam esbozó una sonrisa contrita.

—Sé que no es asunto mío.

De quien no era asunto era de Roger, pero a Dean no le molestaba que Cam se mostrara preocupada por su amiga.

—No pasa nada.

—Cuando salí de casa hacia aquí, Eve también se iba. Sé que habíais tenido una discusión, y que aún no se os había pasado. —Se mordió el labio—. Lamento que por haber tenido que trabajar tú en el tejado no hayáis podido arreglar las cosas.

Dean negó con la cabeza.

—Deja de angustiarte. No hay nada que arreglar. Me voy a su casa ahora mismo, en cuanto me duche y me cambie.

Visiblemente contenta, Cam se relajó.

—Eso es estupendo. Me alegro.

—Puede que Eve sea incentivo suficiente para tener a tu hermano por aquí un tiempo —terció Roger. Le rodeó la cintura con un brazo—. ¿No te gustaría?

—Lo que lo haga feliz a él me hará feliz a mí —contestó Cam, metiéndose la mano en el bolsillo de la falda—. Por cierto, Dean, tienes un par de mensajes. Los he pasado al contestador de tu habitación, pero también los he anotado. —Y diciendo eso, le entregó a Dean varios papeles.

Éste los miró por encima.

—Simón Evans, mi entrenador... entre otras cosas.

Esperaba que no se tratara de nada urgente que requiriese su atención. Cuando se fue a Harmony había planeado que fuera una visita corta. Simón estaba al corriente. Pero ahora... bueno, no sabía cuánto tiempo iba a quedarse. Lo único que sabía era que no quería irse aún.

—Ha llamado tres veces —informó Cam.

—Sí. —Dean frunció el cejo—. Mientras trabajaba en el tejado tenía el móvil apagado porque no quería que me molestaran —dijo. Y no se le había ocurrido pensar que alguien pudiera tratar de localizarlo de otra manera—. Probablemente no sea nada —añadió. Eso esperaba—. Tal vez se trate de una oferta de patrocinio o algo así. Ocurre muy a menudo.

Inquieta y recelosa, Cam lo tocó en el brazo.

—Dean... —Se detuvo y bajó la mano. Su inquietud se hizo palpable en la manera en que cambió de postura, miró a su hermano y, a continuación, desvió la mirada; todo ello antes de decir—: No te irás sin decírmelo, ¿verdad?

La preocupación de Cam fue para Dean como si le hubieran dado un puñetazo directo en el corazón. Mierda. ¿De verdad creía que haría algo semejante? ¿Que se escabulliría sin despedirse? ¿Acaso le había dado motivos para pensar algo así?

Antes de que pudiera decir nada para tranquilizarla, Cam se lanzó a hablar sin ton ni son por efecto del nerviosismo.

—No quiero presionarte ni nada. Es sólo que, como te ha llamado tu entrenador, he imaginado que sería por una buena razón. Y lo comprendo. Tienes una carrera muy seria que atender.

¿Una carrera que suponía que era más importante para él que el reencuentro con su familia perdida?

La sonrisa de Cam tembló.

—Tengo miedo de despertar una mañana y descubrir que te has ido tan repentinamente como llegaste. Tengo miedo de no tener la oportunidad de decirte... —su voz se hizo más tenue— adiós.

—Cam...

Desesperada, ella se acercó a él.

—Si no te importa demasiado, me gustaría que me dieras tu dirección y tu teléfono. No pretendo inmiscuirme en tu vida, te lo prometo. No iría a visitarte a menos que me invitaras. Pero...

Empatía, afecto y la abrumadora necesidad de protegerla cayeron sobre Dean como una bomba, cegándolo y dejándolo sin habla. No consiguió pronunciar una sola palabra, así que, en vez de eso, decidió seguir su instinto y dio a su hermana un fuerte abrazo que la levantó del suelo.

Abrazar a una hermana era una sensación totalmente desconocida para él. Agradable, pero no quería que se convirtiera en una rutina. Inspiró el aroma de su cabello y le pareció familiar y a la vez muy, pero que muy extraño. Reconfortante. Tranquilizador.

El afecto de Cam lo hacía sentir como si estuviera entre arenas movedizas, que lo absorbían con tanta fuerza que sabía que rebelarse no ayudaría, sino que empeoraría las cosas.

—No voy a desaparecer, Cam. Te lo prometo —dijo Dean, con la voz ronca por la emoción.

Ella suspiró y a continuación dijo con un hilo de voz:

—Dean, por favor.

Él levantó la cabeza y vio el nerviosismo y la rabia reflejados en el rostro de Roger. Qué demonios. La estaba aplastando contra su pecho con tanta fuerza que podría asfixiarla. Al contrario que él, Cam no estaba hecha de fuertes músculos y huesos grandes. En comparación con él, ella era pequeña y delicada.

Roger ardía en deseos de atacarlo. Dean lo vio en sus ojos, en la forma en que respiraba y en cómo se estaba conteniendo. Y casi saboreó la idea de que le proporcionase un motivo para darle a aquel capullo un buen puñetazo en la nariz.

Pero Roger se limitó a decir con los dientes apretados:

—Por el amor de Dios, suéltala. La vas a asfixiar.

Tras hacerlo, Dean cogió a su hermana por los hombros y la separó un poco de él.

—Lo siento, cariño. ¿Estás bien?

—Sólo tengo unas costillas rotas —respondió ella con una maliciosa sonrisa muy parecida a la de Jacki y que Dean nunca antes le había visto.

Tras alisarse la ropa, Cam levantó las manos y sujetó entre ellas el rostro de su hermano.

—¿Lo dices de verdad? ¿Me avisarás antes de irte de Harmony?

Su hermana era una mujer muy expresiva, con un agudo instinto de protección. Una mujer que disfrutaba con el contacto físico. Dean pensó en ella con Roger, y la imagen no le gustó nada.

—Sí —contestó, lanzándole al mismo tiempo a él una mirada de advertencia—. Lo sabrás.

—Gracias —dijo Cam, rodeándole la cintura con los brazos, y, esta vez, a Dean sí se le antojó algo natural devolverle el abrazo.

Cuando Dean salió una hora más tarde, duchado y con ropa limpia, en la recepción sólo había un joven. Supuso que Roger se habría ido a casa, y que Cam estaría ocupada con otros asuntos.

Suspiró aliviado ante la idea de poder evitar por el momento más emotivos encuentros.

Fuera, lo recibió el aire caliente y húmedo. El ruido que hacían sus zapatos de suela de goma sobre la grava resonaba en la oscuridad. Las luces de seguridad, colocadas en la entrada del aparcamiento, no llegaban hasta el fondo del mismo, lo que dejaba muchos coches envueltos en las sombras.

Como Dean siempre aparcaba lejos de los demás coches, el Sebring estaba alejado, una estructura difusa y apenas visible entre las malas hierbas y los descuidados arbustos del pequeño supermercado situado justo detrás.

Dean aprovechó para llamar a Simón Evans mientras iba hacia el vehículo. Su entrenador contestó a la cuarta llamada.

—Evans.

Dean iba a hablar cuando oyó un pequeño ruido y percibió un leve movimiento entre las sombras. Fue algo muy vago, puede que hasta lo hubiera imaginado, pero sus sentidos se pusieron alerta.

Escudriñó toda la zona con la vista, tratando de distinguir qué se ocultaba en la densa oscuridad.

Nada.

Evans colgó.

Mierda. Dean marcó de nuevo y, esta vez, cuando Simón le respondió, se apresuró a decir:

—Hola, soy Dean. Lo siento, antes se ha cortado.

—¿Hay mala conexión? —preguntó Simón.

—No, estaba distraído —contestó él. No vio motivo para contarle que no había dicho nada porque algo lo había asustado—. He recibido tus mensajes. ¿Qué pasa?

—Muchas cosas, eso es lo que pasa. Haz la maleta y vuelve ahora mismo.

—No.

Simón vaciló un momento.

—Pero ¿qué cono te pasa? ¿Ni siquiera sabes de qué se trata y ya estás negándote?

—Te mueres de ganas de contármelo, así que adelante.

Con una tremenda alegría, Simón dijo:

—Desmond se rompió la mano en el último combate. Un par de huesos. No podrá combatir en un tiempo.

—Lo siento mucho por él. ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Ese combate atrajo mucha atención. Casi toda negativa.

—Eso no es ninguna novedad —replicó Dean, sin dejar de escudriñar la zona en sombras mientras se dirigía hacia su coche—. Nos hemos hecho acreedores de una buena cantidad de mala prensa.

—Y ahí es donde entras tú. Tú eres el niño bonito. Te has ganado el éxito a pulso, eres amable y simpático. Cuidas tu aspecto.

—¿Que cuido mi aspecto? —repitió Dean, riéndose de buena gana. Ducharse y afeitarse diariamente eran sus únicos cuidados de belleza—. ¿De dónde se lo han sacado?

—Llevas el pelo corto y no te haces piercings. Sólo tienes un tatuaje de hace años. No fumas ni bebes, y cuando casi todo el mundo le da a los esteroides, tú vas por ahí denunciando su uso.

—Sólo hice un maldito anuncio —repuso Dean, moviendo la cabeza negativamente. Un corte publicitario de veinte segundos que arremetía contra el uso de los esteroides en los deportes; no se emitía en Estados Unidos, pero sí en otros países.

—Y das dinero para proyectos educativos y un montón de organizaciones benéficas.

—Desgravan fiscalmente.

Simón alzó la voz por encima de la suya.

—Y además salvaste a aquella mujer. Eso nos va a resultar útil durante una buena temporada. Años.

Dean apretó la mandíbula.

—Espero que estés de broma.

—Quieren hacer un vídeo contigo. Una especie de reality en el que te seguirán a todas partes y...

—No.

—Incluirán momentos destacados de algunos de tus combates. Algunos ganados por fuera de combate a los treinta segundos y otros que no se resuelven hasta el final. Pero tú aparecerás sin un rasguño ni sangre.

—No.

Joder, no. Lo último que quería era tener una cámara encima las veinticuatro horas del día.

Simón suspiró, ofendido, y cambió de táctica.

—Pensé que me llamarías cuando te instalaras.

Dean se encogió de hombros. Aún no se había instalado, y dudaba de que lo hiciera alguna vez. No podría en un lugar que contenía tantos recuerdos del pasado como Harmony. Los había buenos, pero la mayoría eran malos.

—Han surgido asuntos que me han impedido hacerlo.

—Ya. —Simón vaciló—. Escucha, voy a ir a verte.

Dean se sacó las llaves del bolsillo.

—¿Para qué?

El otro gruñó de una manera que no dejaba lugar a dudas sobre el humor en que se encontraba.

—Algo te está pasando. No te comportas como siempre.

—Estoy bien.

Si encontrarse inmerso en la confusión a causa de dos hermanas a las que apenas conocía era estar bien; si creer que oías y veías cosas moviéndose en la oscuridad era estar bien; si...

—Ese último combate te ha dejado sin fuerzas, Dean.

—Gané.

Simón resopló.

—Te movías como si fueras un jodido novato. Tuviste un montón de oportunidades de someter a aquel cabrón y las dejaste escapar.

Cierto. Pero aun así... había ganado.

—Gregor está aquí. Voy a hacer de sparring con él.

La manifestación de asombro de Simón resonó como un cañón.

—¡No me jodas! —bramó tan fuerte como para perforarle el tímpano—. No se te ocurra hacer nada de eso hasta que yo llegue, Dean. Lo digo en serio. Puedes terminar matándolo. —Simón cogió aire y masculló para sí un momento antes de añadir—: Ya tengo papel y boli. Dime la condenada dirección. Estaré ahí dentro de unos días.

Joder. Si todos se empeñaban en seguirlo hasta Harmony, tal vez deberían organizar allí algún tipo de exhibición. Así podrían incluirlo en aquel ridículo vídeo. Eve podría encargarse de organizado todo. A su familia le encantaría.

Lo que significaba que a ella también.

No era tan mala idea.

Dean puso fin a sus reflexiones diciendo:

—Antes hazme un favor, ¿quieres?

—Depende. Dado tu absurdo comportamiento, primero tengo que oír de qué se trata.

—Contrata a alguien para que investigue a un tal Roger Sims. Es un hombre de negocios de aquí, dueño de varios establecimientos. —Dean le dio el nombre de algunos de ellos para facilitar la investigación.

—¿Ese Roger te ha hecho algo?

—En realidad no —contestó Dean, mirando con fijeza la oscuridad que lo rodeaba, y añadió para sí—: Todavía.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Viendo que no tenía más remedio que satisfacer la curiosidad de Simón, dijo:

—Sale con mi hermana.

Las palabras de Dean fueron recibidas con un atónito silencio; a continuación, su entrenador dijo con cáustico humor:

—Será cabrón. ¿Quieres que haga que lo eliminen?

Cuando una noticia lo sorprendía, Simón siempre trataba de aligerar la tensión con bromas.

—Si no piensas coserme a preguntas sobre esta familia mía de la que nunca había hablado antes, ¿puedo sugerirte que te traigas material?

—¿Material?

—Para entrenar. Si voy a hacer de sparring de Gregor, habrá que hacerlo bien.

Y quizá, sólo quizá, tuviera que aplicar esa máxima a todo lo demás.

CAPÍTULO 15

La luz de la luna danzaba sobre la superficie del agua de la piscina. Una brisa tibia le agitaba el pelo y le acariciaba aquellas zonas de piel que no le cubría el biquini: la garganta, el vientre y los muslos. Jacki escuchaba el canto de los grillos entre los árboles del bosque que empezaba allí donde terminaba la casa. Oyó también la llamada de un búho.

Y el sonido de su propio corazón, acelerado por la expectación y el deseo.

De pie muy cerca de ella, a su espalda, colmando sus sentidos con su aroma y su presencia tan masculinos, Gregor susurró:

—Se está bien aquí fuera.

Jacki cerró los ojos brevemente, y en su mente lo vio con aquellos ridículos calzoncillos verde lagarto a modo de bañador. Irradiaba una fuerza sin igual. Sus músculos de acero, los atrevidos tatuajes y tanta confianza en sí mismo, le conferían un aire peligroso especialmente para la cordura de ella.

Tenía que estar loca para haberse quedado a solas con un tipo como aquél.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Gregor le acarició el hombro con la palma de la mano y después hizo que se volviese para mirarlo.

—¿Todo va bien, preciosa?

Ni por asomo. Atraída sin querer, Jacki se acercó a Gregor.

—¿Por qué no habría de ser así?

—No lo sé —repuso él, apoyando las manos en sus dos hombros con ternura—. Pero estás muy callada, y que una mujer no hable me pone los pelos de punta. Es una mala señal. Muy mala.

Jacki soltó una risa nerviosa.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso?

—Significa que debes de estar dándole vueltas a algo. —Sus manos ascendieron por la garganta de Jacki, rozando la delicada piel con sus ásperos dedos, y dejándole la carne de gallina a su paso—. Probablemente a que no deberías estar aquí conmigo. Pero yo preferiría que disfrutaras del momento.

El corazón le martilleaba en las costillas con tanta violencia que le hacía daño. «Bravuconería —se dijo Jacki—. Muéstrate audaz. Descarada. Sé como Gregor espera que seas.»

Echó la cabeza hacia atrás y le sonrió.

—¿Y qué se supone que va a ocurrir en ese momento del que he de disfrutar?

Ni la oscuridad de la noche logró ocultar el brillo que resplandeció en los ojos de él.

—Esto. —Se inclinó y posó suavemente los labios sobre los de ella. Con la levedad de una pluma. Con cautela. Con dulzura y calma... Durante unos tres segundos. Al cabo de los cuales Gregor gimió, al tiempo que la estrechaba contra su tremendo corpachón, proyectando aquel inconmensurable atractivo sexual sobre ella.

Tener el cuerpo espachurrado contra el de él, le proporcionó a Jacki información de primera mano sobre lo que era un cuerpo duro como una roca caliente como un sol abrasador. Y... dinámico. Electrificante.

Al sentir que la levantaba del suelo, Jacki se agarró a los amplios hombros y se maravilló al sentir sus prominentes y tensos músculos. Ay, Dios, era mucho más hombre que cualquier hombre que hubiera conocido o siquiera imaginado.

Mientras devoraba su boca con la de él, Gregor ahuecó una de sus enormes manos en torno a su trasero, levantándola aún más para acomodarla sobre la larga y sólida erección que le estaba clavando en el vientre.

Jacki apartó la boca con brusquedad.

—Gregor... espera.

Jadeando, él dijo con voz ronca:

—Está bien. —Dos inspiraciones más y después, con voz aún entrecortada—: ¿Cuánto tiempo?

Jacki sabía que la risa que se apoderó de ella se debía a los nervios. Ella no era de ese tipo de chicas. Y últimamente no tenía muchos motivos para ir por ahí riéndose despreocupadamente.

—No lo sé. Es que..., para mí, esto es una sorpresa.

Gregor fue dejándola resbalar hasta que sus pies tocaron los azulejos decorados que rodeaban la piscina.

—¿Qué es una sorpresa?

Jacki los señaló a los dos con una mano, con un gesto que evidenciaba su impotencia a la hora de explicar sus sentimientos.

—Esto. Estar aquí contigo y que las cosas ocurran a la velocidad de la luz.

Como un animal herido, Gregor agachó la cabeza y emitió un gemido. Levantó las dos manos y se frotó la cara.

Lo había hecho enfadar. Tal vez ahora pensara de ella que no era más que una caliente-braguetas. Pero Jacki no había planeado nada de todo aquello.

Habrían salido a tomar algo cuando Gregor hubiera terminado en el tejado con Dean, de no ser porque Jacki se había dado cuenta de que la tía Lorna tenía intenciones de quedarse hasta tarde por ahí con su amiga, y que Cam no volvería de trabajar hasta después de la medianoche. Ir a ver una película o a cenar no le apetecía. Mientras que quedarse en casa, nadando en la piscina con Gregor, aprovechando la oportunidad de conocerlo mejor, sí.

Y eso era lo que habían hecho.

Jacki apoyó su peso en una cadera, y se cruzó de brazos.

—Tal vez sea mejor que te vayas —se burló—. No me gusta ver sufrir a un hombre de forma tan dramática.

Gregor retrocedió un paso y dejó caer las manos.

Jacki se quedó mirándolo fijamente a los ojos, esperando su ataque de irritación, sus acusaciones.

—Lo siento.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella mirándolo fijamente en la oscuridad.

Él emitió un sonido de absoluta frustración.

—Ya me has oído, preciosa. Que lo siento, maldita sea.

—Conque lo sientes, ¿eh?

—Sé perfectamente que no es bueno meter prisas a una mujer. Todas queréis que las cosas vayan despacio.

—¿Todas? —repitió Jacki. ¡Cómo podía ser tan imbécil aquel tipo!—. Gregor, aún hay una posibilidad, una pequeña posibilidad, de que se pueda salvar la velada.

Él se quedó quieto.

—Tienes toda mi atención.

—Pero te juro que si vas a compararme con todas las mujeres con las que has estado, ésta será la última vez que hablemos.

El silencio cayó sobre ellos. Los dos se miraron un momento. Y fue Gregor quien dio el primer paso, aunque con cómico recelo.

—Está bien. Sé que te he ofendido en algo, eso lo he pillado. Pero ¿podrías decirme qué he hecho para no repetirlo?

Se acercó a ella, pero cuando estuvo lo bastante cerca como para poder tocarla, Jacki alzó una mano y lo detuvo. Gregor se paró. Pero era tan condenadamente corpulento, tan imponente, que era como si lo tuviera encima. Hasta ese punto sentía su cercanía sobre ella.

Notó como si le aplastaran los pulmones, pero consiguió que su voz sonara razonable.

—Para tu información, me ha gustado el ritmo al que íbamos.

Gregor dobló un poco las rodillas de manera que sus ojos quedaran al mismo nivel que los de ella.

—¿Sí?

—Demasiado —confirmó Jacki tocándole el torso sin poderse reprimir—. Eso ha sido lo que me ha puesto nerviosa.

Él colocó su mano encima de la de ella y empezó a jadear nuevamente.

—¿Crees que podrías explicarme qué quieres decir?

Esta vez fue el turno de Jacki de gemir.

—Te diré una cosa. ¿Por qué no nos metemos en la piscina? Tal vez te enfríes un poco. Con la cabeza despejada, las cosas se pueden hablar mejor.

Ella percibió el escepticismo de él antes incluso de que hablara.

—Sigue soñando, preciosa. Ahora mismo, ni toda Alaska podría enfriarme.

—Intentémoslo de todos modos.

Dicho esto, Jacki se zambulló en las profundidades oscuras de la piscina con gran elegancia. El agua tibia la envolvió, acariciándole todos aquellos puntos que Gregor había sensibilizado con sus atenciones. Cuando salió a la superficie, él estaba allí, sonriéndole.

—Vaya —dijo riéndose suavemente de la cara de sorpresa de ella—. Nadas como una serpiente.

Era un brutote insolente pero tan adorable... ¿Adorable? Jacki se apartó el pelo de la cara y se lo escurrió.

Gregor se metió entonces en el agua.

—¿Mejor? —preguntó Jacki.

—Ni un poquito —contestó él, manteniéndose a flote verticalmente con gran facilidad—. Ven aquí, anda.

Una peligrosa invitación.

—¿Para qué?

—Quiero tocarte.

—No debería...

—Está bien.

Nada más acercarse, Gregor le cubrió los labios con los suyos. Fue un beso mucho más tierno, menos invasivo, pero igual de placentero. Un beso que la arrulló. Y no tardó ni un minuto en darse cuenta de que la estaba sosteniendo dentro del agua.

Alzó la vista y vio que Gregor se había movido hasta una zona menos profunda sin que ella se diera cuenta. Como sus piernas eran mucho más largas, él sí hacía pie mientras que ella no.

—No era mi intención meterte prisa.

Lo dijo con tanta dulzura que Jacki le perdonó el haber mencionado a otras mujeres.

—No pasa nada.

—Y compararte con otras mujeres ha sido una estupidez.

—Estoy de acuerdo.

—Tú eres totalmente diferente.

—Oh... gracias.

—Diferente en el buen sentido. —Deslizó las manos y las posó en su cintura—. Me bastó verte una vez para sentirme como cuando me hacen una llave de estrangulamiento en un combate: visión borrosa, debilidad en las rodillas, pero también determinación.

Eso la hizo sonreír.

—¿Sufres estrangulamientos muy a menudo?

—No. Soy bastante bueno. No me puedo comparar con Huracán, aún, pero estoy en camino.

Jacki se apartó de él. ¿Ya estaba hablando de su hermano otra vez? Si aquello era algún tipo de táctica para conseguir un combate con Dean, lo ahogaría.

—No quiero...

—Sí, ya lo sé —la interrumpió él, acomodándola contra su cuerpo—. Yo tampoco quiero hablar de él.

Jacki habría seguido protestando de no ser porque Gregor la besó de nuevo, con más avidez que ternura esta vez, y, demonios, a ella le encantó que lo hiciera. Todo en aquel hombre la excitaba hasta un punto insoportable. Entonces le rodeó el cuello con los brazos y, haciendo gala de su atrevimiento, Gregor le puso las manos en las caderas.

Sin despegar los labios de los de ella, le susurró:

—Este tatuaje me pone muy cachondo.

—¿De verdad?

—Imaginate mientras te lo hacían, retorciéndote al sentir la aguja, y cómo te retorcerás cuando te lo bese...

Ay, Dios.

—Es... es un tatuaje bonito, pero no es sexy.

—Tú eres bonita. —La cubrió de besos mientras le recorría el cuerpo con las yemas de los dedos—. Y sexy.

—Gregor...

Sus dedos habían alcanzado ya la entrepierna del biquini y Jacki se sorprendió al notarlo, pero eso también la excitó mucho. Gregor emitió un gemido de deseo.

—Joder, cariño, dime que estás lista, por favor. Antes de que explote.

Jacki quería apartarse de allí antes de ponerse en ridículo. Y también quería rodearle el cuerpo con las piernas y suplicarle que no parara. Sin embargo, lo único que pudo hacer fue mover la cabeza negativamente.

—¿No? —Trazó con los labios un húmedo sendero a lo largo de su mandíbula, de la garganta, y ascendió hasta la oreja. Allí le susurró un tanto decepcionado—: Aún no, ¿eh?

Jacki se sentía como una idiota.

—Te deseo, Gregor. De verdad.

—¿Pero?

Jacki se humedeció los labios y rogó que no se riera de ella cuando se lo dijera.

—Soy virgen.

No se rió. Se burló de ella.

Sonriendo, hundió una mano en su pelo, mientras decía con tono zalamero:

—Está bien. Lo que tú quieras, nena. Te seguiré el juego.

Jacki sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¿Juego?

—Si eso te pone cachonda. —La besó, y ni siquiera se dio cuenta de que ella se había quedado inmóvil y rígida—. ¿Tengo que convencerte para que te quites este diminuto biquini?

Jacki sintió deseos de gritar. Sin embargo, habló con una calma que casi rozaba la frialdad.

—Lo que puedes hacer es quitarme las manos de encima.

Gregor la soltó, confundido. Furiosa, herida y mortificada, Jacki nadó con gran rapidez hasta el borde de la piscina y salió del agua.

—Jacki —lo oyó llamarla mientras atravesaba la piscina a nado tras ella, después de la confusión inicial.

Jacki se volvió hacia él, agradecida de que estuviera oscuro para que así no pudiera verle las lágrimas y ella no pudiera ver la sorpresa o la hilaridad que aquello le provocaba a él.

—¿De verdad crees que mentiría sobre algo así, grandísimo zopenco?

Se quedó impresionada al verlo apoyar las manos en el borde y salir de un salto. Retrocedió un poco, pero en dos largas zancadas Gregor estaba delante de ella.

—No me importa.

—¿Qué no te importa?

—Que seas o no... ya sabes. Virgen.

Jacki se rió de él con desdén.

—Hasta te cuesta decirlo.

La incomodidad de Gregor era palpable.

—Lo he dicho, maldita sea.

—Pero no me crees —repuso ella con desprecio—. Pese a haberte confesado que lo soy.

—Está bien, de acuerdo. Lo eres.

—No necesito tu condescendencia.

—Venga ya, mujer. —Gregor se cernía sobre ella, respirando agitadamente; furioso, frustrado. Y desesperado—. ¿Qué demonios quieres?

Jacki no tenía una respuesta inmediata a eso. Pero sí sabía lo que no quería, que era exactamente lo que Gregor le ofrecía. Desvió la cara.

—Mírate —le espetó él tras unos segundos—. Toda tú despides sexo, y lo sabes.

—¿Que despido sexo?

—Y que me caiga muerto ahora mismo si alguna vez he visto a una virgen peinada y maquillada como tú.

Jacki apretó los dientes y avanzó hacia él.

—¿Me estás diciendo que voy vestida como una puta?

—¡No! Claro que no. —La sujetó por la cintura—. Lo que digo es que tienes pinta de ser una mujer que sabe lo que quiere, y eso es lo que pensé. Si dices que no lo eres, por mí, bien. No tengo ningún problema. No me importa.

Jacki se rió por lo bajo.

—Ya. No te importa ahora porque ves la oportunidad de acostarte conmigo fácilmente.

Gregor levantó las manos en señal de rendición.

—Joder, sí, eso también.

—Sí, eso es lo único que te importa.

Gregor proyectó la mandíbula hacia adelante.

—Lo que me importa es que mis empapados calzoncillos ahora parecen una tienda de campaña gracias a ti. —Se arrimó a ella hasta que ésta pudo sentir su aliento caliente cuando añadió—: ¿Quieres echar un vistazo?

Lo hizo, y deseó no haberlo hecho.

—Vete a casa, Gregor.

—Mi casa está en Nevada.

Jacki sintió que el corazón se le encogía, y emitió un gemido ahogado ante lo incómodo de aquella sensación.

—Pero le prometí a tu hermano que lo ayudaría con el tejado y eso es lo que pretendo hacer. —Y, diciéndolo, agarró una toalla y se envolvió con ella—. Yo soy un hombre de palabra.

Lo dijo con énfasis y un deje de acusación, como si ella no lo fuera.

—¡Yo no soy un hombre!

—Ya lo creo que no. En mí está la prueba.

Y dicho esto, se fue.

Jacki se quedó allí plantada, incapaz de moverse hasta que Gregor hubo desaparecido en la oscuridad de la noche. Todavía seguía igual cuando lo oyó poner en marcha el motor y alejarse de la casa. No salió quemando rueda.

Era un cretino, pero no ese tipo de cretino.

Y se había ido.

Desalentada, Jacki cogió su toalla y entró en la casa. El único consuelo que le quedaba era que había dicho que regresaría para terminar el tejado. Pero conforme subía la escalera de la casa vacía y silenciosa, se preguntó en cuánto tiempo acabarían el trabajo. Un día más, dos como máximo. Ella siempre había sabido que tendría problemas cuando se enfrentara por primera vez a una relación sexual. Viendo su actitud, los hombres esperaban cosas de ella. Y no podía actuar de otra manera. No se le daba bien.

No seguía siendo virgen por cuestiones morales, miedo o convicciones religiosas. Era porque no había encontrado al hombre por el que mereciera la pena explicar lo que le ocurría. Excepto que con Gregor había sentido algo diferente.

Al parecer, se había equivocado. Aunque tampoco era nada nuevo. En el último año se había equivocado respecto a muchas cosas.

Minutos después, se había cambiado y metido en la cama. Pero no dormía. No podía hacerlo.

Maldita fuera, ya echaba de menos a Gregor y éste aún no se había marchado de la ciudad.

Dean recorrió el sendero de entrada de la casa de Eve y llegó a la puerta con la mente ocupada en varios asuntos. Conociendo como conocía a Simón sabía que aparecería tarde o temprano, más bien temprano. Con sólo dos años más que él, Simón gozaba de una estabilidad emocional que Dean no era capaz de imaginar siquiera. Tenía una relación sólida con una mujer, un hogar y una familia enorme.

Para Simón, las cosas eran blancas o negras, igual que solían serlo para él antes de que Cam se arrojara en sus brazos, emocionada de «conocerlo».

Ahora se sentía más confuso que otra cosa. Cambiaba de opinión con más rapidez que un político, dejaba que las emociones gobernaran sobre sus decisiones y, deliberadamente, se había liado con una mujer que no tenía nada que ver con su vida.

Mientras esperaba a que Eve le abriera la puerta, sintió una punzada de culpabilidad. No le gustó. La culpa no le sentaba bien.

Siempre había tratado de hacer lo que consideraba que estaba bien y después se olvidaba.

Pero ¿cómo iba a hacer ahora algo así?

Como si Cam no tuviera suficientes motivos de preocupación ya, él había contribuido a su incertidumbre al dejar que creyera que se iría tan súbitamente como había llegado. Joder, si todavía estaba buscando motivos para no irse... Pero sabía que lo haría.

Algún día.

Cam tenía además que preocuparse por Jacki, porque su trabajo —un trabajo que había buscado gracias a él— no era precisamente el mejor. Y luego estaba Gregor. A él le gustaba, pero también sabía que era un mujeriego, y ahora había puesto los ojos en Jacki.

«Buen trabajo, chico.» Hasta el momento no había marcado ni un tanto. Lo más sorprendente era que Cam no le hubiera dicho ya que se fuera.

De nuevo.

Pensar en ello no hizo más que aumentar el resentimiento que sentía hacia Lorna. Aquella mujer les había ocultado muchas cosas a sus hermanas, cosas importantes que tenían todo el derecho a saber. Pero contárselas no sería fácil, ni para él ni para ellas. Claro que tampoco era deber suyo aclarar la situación. Sin embargo, estaba en su derecho de hacerlo, de explicarles todo con pelos y señales. Una vez que tomó la decisión de aceptar la invitación de Cam y regresar a Harmony, había planeado hacerlo, contarles todo y más.

Pero entonces conoció a sus hermanas, y sus planes ya no le parecieron tan adecuados. No se sentía bien.

Además de eso, estaba el instintivo desagrado que Roger despertaba en él. Ese hombre no le gustaba. No confiaba en él. Estaba tramando algo; no sabía de qué se trataba, pero él nunca ignoraba lo que le dictaban sus instintos.

Tenía que averiguar en qué lugar encajaba Roger en el esquema de las cosas y qué ganaba haciendo que Cam dependiera de él. Porque eso era lo que estaba haciendo. No la había ayudado lo bastante como para que ella se sintiera completamente en deuda con él, pero sí lo justo como para que lo necesitara. Puede que para que confiara en él.

Dean llamó con los nudillos una vez más, impaciente, hasta que Eve abrió por fin. Lo miró medio adormilada, lo invitó a pasar por señas aunque con poco entusiasmo, y se dio la vuelta. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, camiseta de fútbol dos tallas más grande, y al parecer nada más.

Bueno, tal vez bragas. No podía estar seguro, pero definitivamente, no llevaba pantalones cortos debajo. Y tampoco sujetador.

Embelesado, Dean se quedó de pie en el umbral, observando cómo Eve se arrastraba de nuevo hasta el sofá y se dejaba caer en él. Al tumbarse, vislumbró algo de sus braguitas, lo bastante sexys como para tentar a un santo.

Agradable. Muy, pero que muy agradable.

El sonido de la televisión lo sacó del fascinante examen de su suave y adormilado cuerpo. Reconoció el sonido de los gruñidos y los golpes, la voz excitada del comentarista, los vítores del público.

Con una bolsa de papel en una mano, Dean entró y cerró la puerta sin hacer ruido. Después echó la llave.

—¿Estás viendo grabaciones de la SBC?

—Me las ha traído Mark. Se ha quedado aquí conmigo a ver dos, para asegurarse de que comprendía lo que significaba un combate, y después se ha ido —contestó ella, sin apartar la vista de la pantalla—. Casi coincides con él.

Gracias a Dios por los pequeños favores.

—¿Cuántas te ha traído?

—Un montón —dijo Eve, haciendo un gesto hacia una pila de DVD, diez o doce por lo menos, que había sobre una estantería, al lado del televisor—. En los otros, he pasado todos los combates menos los tuyos. En éste he empezado desde el principio. Acabo de terminar los entrenamientos con las pesas. Tu combate acaba de empezar. —Con el brazo doblado y la mejilla apoyada en él, Eve se puso de lado y se hizo un ovillo—. Me ha servido para distraerme. Tus músculos parecen aún más grandes cuando estás peleando. Aunque los combates no es que duren mucho. En todos ellos, o bien noqueas a tu contrincante o lo tiras al suelo y le retuerces alguna extremidad hasta que golpea la lona. Ninguna de las otras peleas han pasado del primer asalto. Es... apasionante.

—Los músculos se hinchan durante un combate porque aumenta el riego sanguíneo —explicó Dean, echando un vistazo a la televisión.

Ella hizo una mueca de sufrimiento.

—Por el amor de Dios, ¿qué quiere hacerle ese tipo a tu brazo?

—La técnica se llama Kimura. —Sin mirar, con la atención fija en la pantalla, Dean se sentó junto a los pies de Eve, que, sin hablar, encogió un poco más las piernas para hacerle sitio—. Básicamente se trata de una llave de bíceps que se aplica sobre la articulación del hombro.

—¿Por qué no golpeas la lona para que te suelte?

—No hace la palanca adecuada. Si fuera un luchador más experimentado, lo sabría y cambiaría la posición.

Eve se tapó los ojos.

—No puedo mirar.

Dean sonrió. Un segundo después, al oír los gritos de júbilo del público, Eve se destapó los ojos y se irguió lentamente en su asiento.

—¿Qué ha pasado?

—Ya te lo he dicho, soy bueno —respondió él, reclinándose en el sofá; pero en vez de mirar la televisión la miró a ella—. Ahora lo he inmovilizado subiéndome encima, una buena posición, porque yo puedo golpearle mientras que él sólo puede tratar de evitar los golpes, pero no puede devolvérmelos, o al menos no con mucha fuerza.

Cuando la sangre empezó a brotar de la nariz del otro hombre, Eve soltó una exclamación.

—Los otros combates que he visto no eran tan brutales.

—Son golpes muy seguidos. Una buena manera de dejar agotado a tu contrincante.

Eve se quedó lívida, y Dean la tranquilizó diciendo:

—No te preocupes. El árbitro está a punto de señalar el final. — Le dio unas palmaditas en la pierna, le gustó el contacto con su piel cálida y sedosa, y ascendió hasta el muslo.

Aunque ella no parecía estar prestándole atención, los dedos de los pies se le enroscaron de placer. Dean decidió que sería mejor parar, o, de lo contrario, se olvidaría de que esa noche no incluía sexo.

—En seguida vuelvo.

Eve no respondió. Tenía toda la atención puesta en el final del combate.

Dean, complacido, llevó la bolsa de papel a la cocina. Encontró un cuenco en los armarios situados encima del fregadero, abrió entonces una tarrina de helado y sirvió dos porciones grandes. Esperaba que a Eve le gustara la sorpresa.

El combate terminó justo cuando volvía al cuarto de estar, y Eve apagó el reproductor.

—Siempre está lleno de gente famosa.

—¿Entre el público quieres decir?

—Sí —contestó ella muy sorprendida—. Estrellas de la televisión y del cine, modelos, deportistas.

—Es muy popular. —Dean se sentó a su lado y, con una floritura, le entregó el cuenco—. Toma.

Eve se reclinó hacia atrás en el sofá y se quedó mirando con fijeza el helado. Durante un momento, no dijo nada, hasta que, finalmente, susurró:

—¿Tarta de queso al amaretto?

—Sí. Tienes una tarrina en el congelador por si te apetece más.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó ella sin coger el cuenco aún.

—Cam me lo dijo.

Eve alzó la vista y lo miró.

—¿Has hablado con Cam de lo nuestro?

—Le dije que tenías la menstruación, por lo que se me habían arruinado los planes para esta noche, pero que no quería que también tu noche fuera un desastre. Le pregunté si sabía de algo especial que pudiera traerte.

Eve lo fulminó con la mirada.

—Genial —exclamó ella, quitándole el cuenco y llenando una cucharada—. Ahora tu hermana sabe que estamos tonteando sin yo conocerte apenas. No sé qué pensará de mí.

Dean se echó a reír.

—Era broma.

Con la boca llena, Eve masculló:

—Oh.

—Le dije que quería traer cena, y ella me dijo que lo más probable era que prefirieras helado.

—Cam me conoce muy bien —repuso ella, llenando otra cucharada—. Seguro que ya sabe que nos hemos acostado. Nunca he podido ocultarle nada. —Se metió la cucharada en la boca y cerró los ojos de puro éxtasis—. Mmm. Gracias.

La expresión de su rostro mientras saboreaba el helado lo llenó de satisfacción. Con la voz suavizada por el placer respondió:

—Me alegra que te guste.

Ella le ofreció la siguiente cucharada, pero Dean la rechazó, negando con la cabeza.

—Estoy bien.

—No tienes idea de lo que te estás perdiendo.

Por supuesto que lo sabía. Pero por Eve se lo guardaría para sí. Se puso los pies de ella en el regazo y miró con detenimiento sus dedos. Tenía unos pies estrechos, delicadamente arqueados, tersos y suaves. Para llevar esas uñas tan perfectamente pintadas de rosa debía de hacerse la pedicura de forma regular.

Mantener a Eve Lavon no debía de ser barato.

Dean ya se había percatado de que le gustaba la ropa de buena calidad, y ni una sola vez la había visto repetir zapatos. Tanto si iba arreglada como si se trataba de una ocasión informal, siempre iba perfectamente conjuntada. Desde los pendientes hasta el color de los labios, desde el peinado hasta el perfume, todo estaba planeado al detalle. Incluso ahora, con aquella camiseta de fútbol, parecía no haber dejado nada al azar. Estaba muy sexy. El encaje de color rojo de sus braguitas hacía juego con el color de la camiseta.

Eve dio buena cuenta del helado en cuestión de minutos. Dean la contempló mientras relamía la cuchara y le preguntó:

—¿Más?

—De momento no. Tal vez después.

—Vale —contestó él. Podía sentir lo tensa que estaba, de modo que le frotó los arcos de los pies, le estiró los tendones y le masajeó los tobillos.

Eve emitió un sincero gemido de gratitud, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—Me estás convirtiendo en una hedonista. —Abrió un ojo—. ¿Hay algo que no se te dé bien hacer?

Mientras le trabajaba la cara interna de los pies con los pulgares, Dean observó cómo los dedos se le enroscaban otra vez.

—Muchas cosas, probablemente.

—¿Por ejemplo?

Él se encogió de hombros.

—Creo que no se me da bien tratar con hermanas.

Eve abrió entonces los dos ojos y se incorporó un poco.

—Oh. ¿Por qué dices eso?

—No son como esperaba.

—¿No esperabas que fueran dos chicas agradables?

No. Él se había hecho la idea de que serían egoístas y aprovechadas, como si ellas hubieran tenido algo que ver con que lo echaran de su propia casa cuando tenía sólo nueve años. Había esperado encontrar a dos mimadas y desconsideradas que le resultarían odiosas y repelentes.

Y en su lugar había conocido a dos chicas amables, simpáticas, dulces y cariñosas. Como deberían ser unas hermanas.

Le sonaba a melodrama, por lo que decidió guardarse para sí sus pensamientos. En su lugar dijo:

—Voy a comprarle un coche a Jacki.

CAPÍTULO 16

Eve dejó caer la cuchara, que golpeó el cuenco con un tintineo. Se quedó mirándolo con los ojos abiertos como platos y los tersos labios entreabiertos. Tragó saliva antes de hablar.

—¿Que le vas a comprar un coche?

Dean movió la cabeza de un lado a otro con impaciencia.

—No se trata de un coche nuevo ni tampoco llamativo. De hecho, hasta puede que lo rechace.

—No —dijo Eve—. No lo rechazará. Le darás una gran alegría.

Eso esperaba él.

—Es un pequeño Escort de cuatro velocidades. Un utilitario. Sencillo pero sólido. Ni siquiera tiene elevalunas automáticos. —Y como para justificarse, añadió—: Necesita un medio de transporte, caramba, ser independiente, y...

—Dean —lloriqueó entonces Eve, con labios temblorosos, y tuvo que cubrirse la cara para ocultar un sollozo.

Sorprendido, él se quedó mirándola con fijeza, y se dio cuenta de que se iba a echar a llorar en serio. Levantó los ojos al cielo y se reclinó en el sofá.

—¿Por qué demonios las mujeres siempre hacéis eso?

—Porque tengo el período —espetó ella, llorosa—. Por eso. —Se enjugó las lágrimas en la amplia manga de su camiseta—. Y si mis estallidos emocionales te incomodan, puedes irte.

—¿Cómo es que siempre intentas deshacerte de mí?

—¿Por qué me insultas? —protestó ella.

Dean dejó escapar un largo y exasperado suspiro, aunque no tenía intención de batirse en retirada.

—No me refería a las lágrimas, cariño. Eso es algo propio de las mujeres. —Contempló sus húmedas pestañas y su nariz enrojecida, y añadió— Y además estás preciosa.

¿Preciosa? Furiosa, Eve contrajo la cara bañada en lágrimas.

—Es uno de los comentarios sexistas más...

Dean se apresuró a interrumpirla y evitar así una discusión.

—Antes me refería a lo de hacer una montaña de algo que carece de importancia. No era un coche tan caro.

—¿No era?

—He pasado por el concesionario de camino a casa. —Dean se sintió un poco avergonzado, una sensación totalmente nueva para él—. Y todavía estaba abierto.

—Y... —Eve se secó los ojos llorosos mientras buscaba las palabras precisas—. ¿Lo has comprado ya?

—Tengo que ir a recogerlo mañana.

Las lágrimas empezaron a brotar de nuevo, pero Eve las reprimió.

—¿Lo sabe Jacki?

—No.

—¿Lo sabe Cam?

Dean negó con la cabeza.

—Oh-oh. —Eve quitó los pies del regazo de Dean y los plantó en el suelo. Tras un segundo de profunda reflexión, se volvió hacia él—. A Cam no le va a gustar, Dean.

—No tiene nada que ver con ella. Esto es entre Jacki y yo.

—Jacki no tiene seguro. Quiero decir, supongo que Cam la tiene incluida en el seguro del coche como conductora ocasional, pero eso...

—Yo me ocuparé.

Eve lo miró fijamente y otra vez empezó a hacer pucheros.

—Oh, por el amor de Dios —exclamó Dean, levantándose de golpe y empezando a caminar arriba y abajo por el salón—. Soy un hombre soltero con muy pocos gastos. No tengo hijos ni casa propia ni nada de eso. Cam ya tiene bastante. No me cuesta nada ayudar un poco.

—Comprar un coche y correr con los gastos del seguro no es «ayudar un poco». Es una contribución enorme.

—No para alguien en mi situación. —La necesidad de que Eve lo comprendiera, le hizo añadir—: Y no creo que eso tenga nada que ver con el hecho de ser el hermano mayor, ni con ningún otro estúpido cliché.

—No, no se trata de un cliché —convino ella—. Tiene que ver con que eres un buen tío.

Dean puso los ojos en blanco.

—Déjalo ya, Eve.

Ella lo miró con una expresión cercana a la adoración.

—Ojalá no tuviera la regla.

Sorprendido, Dean preguntó:

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo me resultas irresistible.

Eso volvió a irritarlo.

—Sólo porque he comprado un maldito coche...

—Lo cierto es que tiene muy poco que ver con el coche, así que no te pongas a la defensiva. —Mientras reflexionaba sobre lo que quería expresar, se alisó el borde de la camiseta, que le llegaba a las rodillas—. No es sólo una cosa, Dean. Es todo el conjunto. Es el cuerpo y la cara, la actitud y la confianza, tu capacidad y tu honor...

¿Honor? De todo lo...

—Yo también te deseo. Mucho. —Dean la interrumpió antes de que lo instalara en un pedestal de santidad. Joder, si no fuera porque él no se ruborizaba, estaría rojo como un tomate—. Pero no me importa esperar hasta que te sientas más cómoda.

Con una sonrisa temblorosa, Eve le tendió una mano para que se sentara otra vez. Nada más hacerlo, se enroscó en su regazo y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Siento haber sido tan borde contigo esta tarde.

—Estás perdonada.

—Y me alegro de que insistieras en venir, a pesar de mi mal humor.

—Yo también —contestó él, y lo decía en serio. Muchas de sus preocupaciones se habían disipado después de hablar con Eve—. Entiendes que no te he contado lo del coche para seducirte ni nada de eso, ¿verdad?

—Lo sé. —Eve cambió la cabeza de posición para mirarlo y le sonrió. Le acarició entonces la cálida garganta y el cuello—. Dean.

—¿Hmm?

—¿Por qué me lo has contado?

Ojalá lo supiera. Pero era fácil hablar con Eve. Conocía a sus hermanas, se preocupaba por ellas, y esperaba que él hiciera lo mismo. Al contrario que Gregor, no lo atosigaba porque ayudaba a Cam.

No, ella se limitaba a llorar.

A fin de ganar tiempo, empezó a toquetearle la cola de caballo, soltándosela y dejando que el pelo le cayese por la espalda. Eve necesitaba una respuesta, de modo que, cogiéndole el rostro entre las manos, le rozó las pestañas con el pulgar y dijo:

—Supongo que... no puedo dejar de darle vueltas. A lo que Cam y Jacki han tenido que soportar, quiero decir.

—¿Qué han tenido que soportar?

Dean apartó la vista, rehuendo su perspicaz mirada.

—No lo sé, maldita sea. Lo que pasa es que siempre pensé, quiero decir que yo asumía que ellas se habían quedado con la parte buena del pastel cuando nuestros padres murieron. No significa que el tío Grover fuera malo. No lo fue. Para mí él era muy importante.

—Lo querías.

Dean asintió. No se avergonzaba de sus sentimientos hacia Grover.

—Y lo respetaba, lo admiraba y me gustaba. Fue un modelo fantástico. Justo, sin demasiadas filosofías. Considerado, casi de manera espontánea.

—Decente —formuló ella con convicción.

Dean frunció el cejo.

—Grover era fuerte como un caballo, y estaba decidido a que las cosas se hicieran a su manera, pero sin recurrir nunca a la fuerza ni al abuso.

—Hmmm. Me recuerda a alguien que conozco.

Para evitar que Eve empezara a cantar otra vez sus alabanzas, le cogió la mano y examinó sus dedos. Delicados y femeninos, pero fuertes a su manera. Los imaginó alrededor de su pene, apretando, acariciando, y el deseo se apoderó de él. Allí sentado, con el suave y cálido peso de su cuerpo en el regazo, sintiendo su tranquila respiración, sabía que no le costaría nada hacerla cambiar de opinión respecto a lo de hacer el amor aunque tuviera la regla.

Pero no lo haría.

Al no disponer de una base lógica que él mismo pudiera comprender con facilidad, Dean quería que ella viese que podía disfrutar de su compañía con o sin sexo. Dejó caer la cabeza hacia atrás en el sofá y cerró los ojos para no perder el hilo de la conversación.

—Me atormenta comparar a Grover con Lorna, porque entonces tengo que admitir que he vivido con muchos prejuicios.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. En realidad, yo fui quien salió ganando después de la muerte de nuestros padres —insistió—. Siempre me sentí como si me hubieran echado a patadas. Y ahora... ahora siento que las abandoné.

—Dean. —Eve se removió en su regazo hasta erguirse y poder darle un beso en el mentón; Dean tuvo que apretar los dientes—. No te atormentes pensando que Lorna haya sido tan mala. No lo ha sido. —Con una tierna caricia, Eve le acercó el rostro al suyo—. Cam y Jacki han tenido siempre todo lo que han necesitado.

—Pero no han tenido amor. —«No me tuvieron a mí.» Apretó los puños—. Tampoco han tenido afecto. —Un hecho incontestable que saltaba a la vista cada vez que veía a Lorna con ellas.

—No lo sé. Lorna es una mujer extraña. Por fuera, parece que se preocupe sólo de las apariencias y de su propio bienestar.

—Tratándose de Lorna, no estoy muy seguro de que haya algo bajo la superficie.

Eve le apretó con el puño en las costillas.

—Llevaba a Cam o a Jacki al médico cuando lo necesitaban. No las privó nunca de ir al dentista. Puede que no tuviesen lo último en ropa y maquillaje, pero siempre iban bien vestidas y limpias. —Sonrió con ánimo tranquilizador—. Eso cuenta, ¿no?

A cada palabra, Dean se sentía peor. Empezó a acariciarle la espalda.

—En algunos de los países en los que trabajé con Grover, el médico más cercano estaba a un día de viaje en coche. Sólo se acudía a él en caso de extrema necesidad.

—No sé por qué, pero no creo que enfermaras muy a menudo.

—Casi nunca. Creo que he desarrollado un buen sistema inmunitario. —Sin darse cuenta, su mano había descendido hasta la cadera de Eve y volvió a subirla—. Iba al dentista sólo cuando me dolía algún diente, y sólo me compraban ropa cuando la que tenía se caía a pedazos.

Eve adoptó una expresión irónica.

—Ah, entonces tal vez eso explique la elección de tu vestuario actual.

Dean se echó a reír, porque llevaba unos vaqueros muy gastados y una camiseta negra bastante descolorida de la SBC,

—La comodidad explica muchas de las cosas que hago.

—Ya, claro. ¿Como dejar que te dieran una paliza en el ring?

Fingió apartarla de su regazo. Eve protestó y entonces la dejó donde estaba, diciendo:

—Eres una sabelotodo. Me han dado algún que otro puñetazo. Es inevitable. Pero me pagan bien por pelear, porque lleno las gradas.

Eve parecía albergar alguna duda y él se puso otra vez a la defensiva. Exceptuando cuando negociaba un contrato nuevo, jamás hablaba de dinero con nadie, principalmente porque no permitía que lo monetario definiera lo que él era, ni como luchador ni como persona. Se había convertido en todo un experto en evitar las respuestas directas a las preguntas de los medios y si alguien se atrevía a preguntar sólo por el deseo de chismorrear, lo único que conseguía era que lo pusiera en su sitio sin demasiada sutileza.

Pero esta vez, antes de que pudiera reprimirlas, las palabras rodaron fuera de su boca como por voluntad propia.

—Gano un cuarto de millón sólo por salir al ring.

Eve se quedó con la boca abierta.

—La cantidad aumenta si gano el combate, y, como te he dicho, Eve, normalmente gano.

Cuando por fin encontró la voz, ella dijo casi con un susurro:

—No tenía ni idea.

—Ya me he dado cuenta.

Se apartó de él entonces y le lanzó una mirada furibunda.

—No te estaba preguntando cuánto ganabas.

—No, estabas haciendo suposiciones. —La miró con severidad—. Y todas ellas incorrectas.

Eve lo recorrió con la mirada y, finalmente, cedió.

—Vale, te creo, tu estilo de vestir es cómodo.

¿Tenía que sonar tan sarcástica, demonios?

—¿Te molesta?

—No. ¿Por qué habría de molestarme?

Hasta el botarate de Roger se había dado cuenta de que se estaban convirtiendo en una pareja rápidamente.

—Cariño, tú siempre vas como recién salida de una revista de modas, y yo disto mucho de ello. Por eso.

—¿Y?

—Pues que te ven conmigo en público.

La falsa mirada de confusión de Eve no engañaría a nadie.

—Tampoco es que vayamos a casarnos, ni nada por el estilo. No tenemos una relación tan seria.

Que negara el hecho de una relación seria hizo que Dean se pusiera rígido y se sintiera ofendido hasta el límite de lo irracional. Cuando habló, lo hizo en un tono frío y desafiante.

—¿Eso crees?

—Claro que sí. —Como si hubiera malinterpretado su mal humor y quisiera tranquilizarlo, Eve le dio unas palmaditas en el pecho—. No te preocupes, Dean. No voy a olvidarme de que sólo has venido de visita y que te irás pronto.

—No sé cuándo me voy a ir.

Ella se limitó a sonreír.

—Pero sabes que no vas a quedarte. Así que no complicaré las cosas, te lo prometo.

—Maldita sea, Eve...

—Estoy disfrutando mucho contigo, no te lo voy a negar. Y espero poder verte más mientras estés aquí. Pero no cometeré el error de enamorarme de ti.

—Conque no, ¿eh?

Ya se encargaría él de ver hasta dónde alcanzaba su determinación de mantener las distancias. Si se lo proponía, podía hacer que ella... Pero ¿en qué demonios estaba pensando?

La miró con el cejo fruncido, aunque la irritación que sentía estaba dirigida a sí mismo, por su reacción visceral ante la falta de interés mostrada por Eve.

—No. No tienes que preocuparte pensando que vaya a intentar cambiarte. No es asunto mío cómo te vistas, y lo sé.

—Dicho esto, se atrevió a sonreír, y le rozó el esternón con las yemas de los dedos; una caricia inocente que lo incendió—. Además, te pongas lo que te pongas, a mí me parece que estás guapísimo.

Mierda. Dean sabía que tenía que desviar la atención hacia otra cosa. Cuanto antes. La necesidad que tenía de ella era casi irresistible. Y ahora, lo que quería era que Eve admitiera que sentía por él algo más que una atracción física.

Porque él sí sentía algo más.

La conocía desde hacía muy poco como para tener esos sentimientos. La parte racional de su cerebro le decía eso, pero el resto de su cuerpo, de su psique y de su alma insistían en que el tiempo no importaba. Esa vez no.

Sabía que parte de su fascinación por Eve podía ser la cercana relación que ésta tenía con sus hermanas. Tenía una conexión íntima con Cam y con Jacki; las conocía mejor de lo que él llegaría a conocerlas nunca, pues ellas compartían una sólida base que él se había perdido.

Sin embargo, era lo bastante inteligente como para saber que una mujer normal y corriente no habría podido atraerlo con tanta facilidad. Cobró conciencia de la química existente entre ellos desde el momento en que la vio, allí de pie, en el bar de Roger. La deseó desde el principio, y tenerla no había hecho desaparecer la necesidad que sentía. Conocerla íntimamente sólo había contribuido a intensificar más las cosas, si cabía.

Con la palma de la mano, Dean detuvo los dedos de Eve, que, juguetona, le recorrían el abdomen, y le preguntó una cosa que le preocupaba desde hacía tiempo.

—¿Sabe Cam cómo murieron nuestros padres?

La pregunta la dejó muy confusa.

—¿A qué te refieres? Murieron en un accidente de coche, ¿no?

—¿Eso es lo único que sabe Cam?

Cada vez más preocupada, Eve dijo:

—¿Por qué? ¿Qué más tendría que saber?

—¿Nunca te ha contado nada más?

—Dean. —Eve se apartó de su regazo antes de que él pudiera detenerla—. Hoy no tengo demasiada paciencia, como ya habrás podido comprobar. Así que, deja de andarte por las ramas y dime qué está pasando.

Dean se pasó una mano por el pelo. ¿Debería contárselo a Eve antes de que Cam y Jacki lo supieran? Podía confiar en que ella no dijera nada. Pero ésa no era la cuestión.

Pensando en voz alta, Dean admitió:

—Ni siquiera estoy seguro de que deban saberlo. Quiero decir que no es algo agradable para una hija. —Se volvió hacia Eve, y, a modo de pregunta, le dijo—: Imagino que ninguna de las dos recordará mucho de nuestros padres.

—No. Y, al no haber fotos, carecieron de un recordatorio visual durante la niñez y la adolescencia.

—Puede que fuera mejor así.

De hecho, puede que ése hubiera sido el razonamiento de Lorna en el momento de retirar todas las fotos. ¿Sería posible que se hubiera movido por un objetivo altruista, después de todo? En realidad no lo creía.

—Algunas personas no están hechas para ser padres.

—¿Te refieres a Lorna?

Él negó con la cabeza.

—Como sabes, yo sólo tenía nueve años cuando mis padres murieron.

—Un niño muy pequeño.

—Me faltaba madurar mucho —convino él—, pero era lo bastante mayor como para que me acuerde de mis amigos, de los juegos y de las travesuras que hacíamos. Lamentablemente, no puedo recordar más que una o dos sonrisas de mi madre. De lo único que me acuerdo es de que era una mujer bella, que no parecía ni actuaba como una madre.

Eve se recostó en el sofá y lo escuchó en silencio.

—Contrataba a gente para que se ocupara de Cam y de Jacki, y ella sólo daba su opinión respecto a cómo tenían que ir vestidas para que sus amigas pudieran decir lo monas que eran.

—¿Y tú?

—Los chicos eran responsabilidad del padre —contestó él encogiéndose de hombros al recordar esas ideas de su madre—. Pero papá era el tipo de hombre al que le gustaba la imagen de padre de familia, pero no la familia en sí. Cuando no estaba trabajando, estaba jugando al golf con hombres de negocios, haciendo contactos; ese tipo de cosas.

—Como has dicho, sólo tenías nueve años cuando murieron. Fue algo horrible: perdiste a tus padres y te apartaron de tu hogar. Puede que no lo recuerdes con exactitud.

Lo dijo esperanzada y triste. Dean le sonrió. Eve le había dicho que algún día le gustaría tener niños. Sabía por instinto que sería una madre cariñosa que se preocuparía por sus hijos. Había llegado a esa conclusión después de ver cómo se comportaba con su familia, y la relación que tenía con Cam.

—Tú tienes una relación muy estrecha con tus padres, y por eso probablemente te resulte difícil de creer que un padre y una madre puedan mostrarse tan indiferentes. Pero así es como eran los míos. Yo recuerdo muchas cosas, y lo que no recuerdo estaba en las fotografías y en las cartas. Y mi tío me explicó lo que no tenía del todo claro.

—¿Y no crees que él pudiera tener una visión parcial de las cosas?

—No. —Dean le acarició la cara y se sinceró con ella—. Mi madre tenía una aventura desde hacía mucho tiempo. Mi padre la encontró en la cama, en nuestra casa, con otro hombre. Yo estaba jugando con mis amigos, pero Cam y Jacki estaban allí, durmiendo la siesta bajo la supervisión de una niñera.

—Dios mío.

Dean dejó caer la mano.

—Según la niñera, mis padres empezaron a discutir a gritos. El amante de mi madre se fue... y mi madre se fue con él.

Eve permaneció sentada, muda.

—Supongo que mi padre no estaba dispuesto a permitirlo. O tal vez estuviera demasiado enfadado como para dejar que el otro hombre se fuera tranquilamente. El caso es que cogió su coche y salió detrás de ellos. Los dos coches iban a gran velocidad, y por eso tuvieron el accidente. Lo irónico del caso es que, a pesar de ir en coches distintos, tanto mi padre como mi madre murieron. —Dean negó con la cabeza—. En cambio, el amante de mi madre no.

Lívida y retorciéndose las manos, Eve susurró:

—Cam y Jacki no tienen ni idea.

—Me lo imaginaba, pero no lo sabía con certeza. Lorna sí lo sabe. Podría habérselo dicho. —Se encogió de hombros—. Grover y ella estaban juntos en la casa, después del funeral, cuando el hombre apareció.

Eve introdujo una mano en la de él. Con voz teñida de rabia contenida, preguntó:

—¿Y tú dónde estabas?

—Sentado en el sofá. —Dean sonrió con amargura al recordarlo— Grover me había estado explicando que me iba a ir con él, que no me quedaría con mis hermanas. Se estaba esforzando para que lo que me decía pareciera una aventura emocionante, cuando aquel hombre entró sin llamar, alborotando con su rabia atronadora.

—Oh, Dios, Dean. —Eve lo rodeó con sus brazos y lo estrechó con fuerza.

Quería reconfortarlo, no excitarlo. Desde que había vuelto a Harmony, Dean había tenido más experiencias únicas con las mujeres que en toda su vida.

Experiencias buenas.

Hacia muchos años que no revivía aquel día, y con razón. Odiaba esos recuerdos, la forma en que siempre traían consigo aquella sensación de desagradable vacío, y de encontrarse perdido y asustado.

—Recuerdo que el hombre entró gritando que mi padre había matado a mi madre, aunque, en realidad, en aquel momento yo no entendí lo que quería decir. No paraba de repetir que sin ella él no tenía razón para vivir.

—Menudo cabrón egoísta.

Dean se dio cuenta de que Eve estaba llorando de nuevo, pero esta vez de rabia. No cabía duda de que tenía las emociones a flor de piel, y él no le estaba sirviendo precisamente de ayuda. Decidió que lo mejor sería terminar ya de contarle la historia.

—Grover era un hombre impresionante. Atravesó la sala como una exhalación y lo dejó inconsciente con un puñetazo a lo Superman.

—¿Un puñetazo a lo Superman?

—Un rechazazo impulsándose con fuerza con el cuerpo. —La descripción no le hacía justicia al puñetazo en cuestión, pero Dean no sabía de qué otra manera explicarlo—. Después, Grover abrió la puerta y sacó al tipo, arrastrándolo por la escalera hasta la acera. Y allí lo dejó. Cuando entró en la casa, todavía parecía terriblemente furioso. Le dijo a Lorna que fuera a ocuparse de Cam y de Jacki.

—¿Y ella lo hizo?

—Oh, ya lo creo. Dos segundos después, Grover y yo nos quedamos a solas. Se plantó delante de mí, y recuerdo que me pareció que tenía pinta de malo, pero yo no tenía miedo. No de él. Me dijo que no hiciera caso del hombre, porque no era más que un borracho, y que nunca escuchara lo que me dijera un borracho. Me repitió que tenía que irme con él, y me dijo que él se ocuparía de mí.

—Muy directo —dijo Eve.

—Sí, pero me sentí mejor, ¿sabes? Al menos durante un rato. En vez de preocuparme por el futuro, estaba ansioso por preguntarle a Grover sobre lucha.

—¿Te despediste de tus hermanas?

—No. Nos fuimos en ese momento. Grover me dijo que él me facilitaría todo lo que yo necesitara. —Dean negó con la cabeza al recordar lo rápido que cambió todo y lo diferente que fue su vida a partir de aquel momento—. Cuando no montamos en el coche de Grover, aquel tipo seguía en el suelo, con la cara cubierta de sangre.

Eve apretó los labios y dijo:

—Bueno, la verdad es que no me da ninguna lástima. Tuvo lo que se merecía.

Dean se rió sin alegría.

—Yo pensé lo mismo. Él también estaba casado y tenía un hijo. Grover creía que había dejado a su mujer, pero no lo sabía con seguridad.

—Es una historia horrible, Dean.

—Sí, lo sé. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. ¿Crees que Cam y Jacki deberían saberlo?

—No lo sé.

—Mis padres dejaron dinero, Eve. Bastante como para que les durara hasta pagar la universidad de las dos. —Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas—. Es absurdo que ahora se vean en una situación tan precaria.

Eve frotó la espalda de Dean con una mano.

—Mi madre cree que Lorna ha despilfarrado gran parte del dinero de su herencia en caprichos para ella, pero tampoco es que vaya cubierta de diamantes y envuelta en pieles. Hay gente a la que no se le da bien administrar el dinero.

Dean se volvió hacia Eve y dijo:

—A mí sí se me da bien.

Ella alzó la barbilla.

—A mí también.

El tono desafiante que captó en su voz casi lo hizo sonreír.

—Me di cuenta en seguida. No muchas mujeres solteras de tu edad pueden permitirse una casa tan bonita.

—Oh. Bueno... gracias. —Azorada, Eve frunció un poco el cejo—. Creo que Lorna probablemente lo intentó, pero pasó de ser una mujer soltera de treinta y seis años a tener que ocuparse de dos niñas pequeñas.

—Esa forma de hablar me recuerda a Cam.

—Ella lo dice muchas veces. Cam defiende a Lorna. De hecho, Cam defiende a todo aquel que le importa.

Y eso lo incluía a él.

—Se está haciendo tarde —comentó Dean—, y por hoy ya he terminado de revivir recuerdos. —Tomó a Eve en brazos—. Es hora de irse a la cama.

—¿Qué haces? Puedo caminar sola.

—Pero me gusta llevarte en brazos. —Echó a andar hacia el dormitorio y, de camino, hundió la nariz en su cuello—. Así puedo oler el aroma del jabón y la crema que te has puesto después del baño. Es muy agradable.

—Se supone que es relajante.

—Sí. Me siento muy... relajado.

Eve lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro.

—Me duele todo lo que has sufrido.

—Ocurrió hace mucho tiempo. Probablemente no debería haber sacado el tema. —Llegó al dormitorio y cerró la puerta de una patada después de entrar.

—Querías saber si Cam o Jacki lo sabían. Y, Dean, me alegra que hayas confiado en mí como para contármelo.

Muy despacio, Dean dejó que el cuerpo de Eve se deslizara pegado al suyo hasta tocar el suelo. Entonces le colocó las manos en la cintura y le sonrió.

—¿Lista para meterte ya en la cama?

—Tengo que hacer algo antes. —Se puso de puntillas para darle un beso y se dirigió al cuarto de baño que había en la habitación.

Sorprendido aún por la manera en que se había abierto a ella, Dean la observó alejarse. No le había pasado desapercibido que Eve realmente lo escuchaba mientras hablaba, que contribuía con sus propias opiniones de vez en cuando, pero sin presionarlo cuando él no quería continuar.

En más de un sentido, Eve Lavon era una mujer muy especial.

Al oír correr el agua dentro del cuarto de baño, Dean salió de la habitación y fue al coche a por su bolsa con algunos efectos personales. Cuando Eve salió del cuarto de baño, le hizo un gesto con su cepillo de dientes y dijo:

—Mi turno. —Y cerró la puerta ante su cara sorpresa.

Tras lavarse los dientes, Dean se quitó la camiseta y los vaqueros; los dobló, los metió en su bolsa, que dejó, junto con los zapatos, al lado de la puerta del cuarto de baño.

Entró entonces a oscuras en la habitación. Vislumbró el cuerpo de Eve metido en la cama, cubierto con la sábana, aparentemente dormida. Percibió que el hecho de que un hombre se quedara a pasar la noche era nuevo para ella, y comprendió que necesitara ocultarse. Pero no quería abonar ese comportamiento.

—No veo nada —dijo, al tiempo que corría las cortinas para que entrara la luz de la luna—. Así está mejor. —No obtuvo respuesta—. ¿Qué tal te ha ido la cita de hoy?

Finalmente, Eve lo miró.

—Bien. —Lo recorrió con la mirada de la cabeza a los pies, demorándose en la parte frontal de sus bóxers—. Tengo un nuevo encargo.

Dean se dirigió al otro extremo de la cama, levantó la sábana y se tumbó junto a la espalda de Eve. Deslizó una mano debajo de la almohada de ella y posó la otra en su cintura hasta dar con una postura cómoda.

—Eso está bien. —Le besó la oreja—. ¿Algo interesante?

—Una boda.

Dean hizo una pausa.

—¿En serio? ¿También haces esas cosas?

—Hago de todo —se enorgulleció ella.

—Hmmm —murmuró él. Para evitar que se apartara, le puso una mano en el vientre y se pegó más a ella, hasta que tuvo perfectamente acoplada su entrepierna contra el trasero de Eve—. Me alegra saberlo.

Ella se rió por lo bajo.

—No me refería a eso.

—¿Y qué tipo de boda será?

Eve lo miró por encima del hombro y le preguntó:

—¿De verdad te interesa?

Incapaz de contenerse, Dean volvió a besarla.

—¿Y por qué no habría de interesarme? Eres una mujer muy interesante.

De pronto, ella se volvió para mirarlo de frente.

—La novia no tiene ni idea de lo que quiere y el novio no se fía de sí mismo. Me han dado carta blanca para hacer lo que quiera.

Incluso en medio de la oscuridad, Dean reconoció el resplandor de la excitación en sus ojos.

—Te gusta la idea, ¿eh?

—Desde luego. Si no puedo organizar la boda perfecta para mí, puedo hacerlo para otros.

Demonios, tener a Eve tan cerca era verdaderamente agradable. Y estimulante, pero ignoraría ese último sentimiento por el placer de simplemente abrazarla.

—Cuéntame qué estás planeando, cariño. ¿Cómo es, para ti, la boda perfecta?

CAPÍTULO 17

Eve no podía creer que Dean quisiera hablar de ello. La mayoría de los hombres se ponían nerviosos cuando alguien les hablaba de bodas o de vestidos blancos y finales felices.

Pero Dean Conor no. A él nada lo incomodaba.

Excepto el amor de sus hermanas.

Eve se incorporó rápidamente y encendió una lámpara. Dean no se quejó. Se limitó a apoyar la cabeza en la palma de la mano y aguardó.

—No quieren una boda multitudinaria. Habrá sólo cincuenta invitados.

—¿Y tú? ¿Cuánta gente querrías invitar a tu boda?

Había pensado en ello tantas veces, que dijo sin vacilar:

—Por mi parte, serían treinta invitados, pero el número total dependería de los familiares y amigos del novio.

Dean sonrió.

—¿Te imaginas a un montón de tipos como Gregor vestidos de esmoquin? —dijo él, y la sonrisa dio paso a una carcajada en toda regla—. Yo tendría que limitarme a mi familia o de otro modo, tendría que invitar a un centenar de guerreros tatuados.

Eve, fascinada por la jovialidad con la que Dean compartía sus planes de una boda imaginaria, dijo:

—A mí no me gustan mucho los esmóquines. Me parecen demasiado formales.

—Y yo que pensaba que eras una chica formal porque siempre vas tan bien vestida y tan arreglada —dijo él, recorriéndole la pierna con un dedo.

—Hay ocasiones en las que me gusta arreglarme, como a cualquier mujer, pero para una boda, siempre he pensado que sería bonito ponerse algo cómodo; un vestido de un tejido vaporoso y suave, en vez de kilómetros de tieso encaje. Blanco, eso sí. Tal vez de bordado inglés en delicado algodón. Largo hasta los tobillos.—Cerró los ojos—. En vez de rosas, llevaría margaritas y claveles.

Y en lugar de velo, me prendería algunas de esas mismas flores en el pelo.

—Preciosa —dijo él, contemplando más sus piernas que su cara.

Haciéndose una imagen mental, Eve levantó las piernas y se las rodeó con los brazos a la altura de las rodillas.

—Las damas de honor podrían llevar vestidos similares, en tonos pastel. Amarillo narciso, verde agua y azul cielo. El padrino y amigos del novio, pantalones sueltos de algodón en color beis, y túnicas de suave algodón, y... —Se detuvo de pronto y se echó a reír un tanto avergonzada—. Me he pasado un poco, ¿no?

Con la voz ronca, Dean dijo:

—Lo he visualizado perfectamente.

Ella hizo una mueca.

—En cualquier caso, ésa es mi idea, y, aunque a mí me gusta, nunca obligaría a mis nuevos clientes a aceptarla.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—Porque las bodas son algo muy serio para la mayoría de la gente. Me gusta mi trabajo y no quiero ganarme reputación de hippy descerebrada. Y, además, ésa es mi boda. La reservo para mí.

Dean guardó silencio unos momentos, y, finalmente, le tendió una mano.

—Ven aquí. Deja que te abrace.

—Está bien. —Eve apagó la luz y se tumbó a su lado, sintiéndose tensa y como una estúpida—. Supongo que para esta pareja organizaré algo más normal, algo tradicional.

Dean la acurrucó contra su torso, la espalda de ella en contacto con el pecho de él.

—Esmóquines y tieso encaje, ¿eh?

El calor de su cuerpo y el aroma único que desprendía la envolvieron.

—Con marcha nupcial y flores de azahar. Es lo que quieren. Nada demasiado elaborado. Y eso es lo que haré.

—Si tú te encargas, saldrá perfecto.

Eve se mordió el labio.

—Gracias.

Dean le besó el hombro.

—¿Cómo te sientes? ¿Bien?

Le sorprendió darse cuenta de que sí.

—Pues lo cierto es que estoy bien.

—Me alegra oírlo —dijo él, posando la mano en su vientre.

Eve odiaba tener que decir nada, pero no sabía cómo podría evitarlo. En la postura en que se encontraban, podía sentir la erección de él.

—Dean...

—Shh —repuso él, acariciándole el vientre, y entonces se detuvo—. No te preocupes.

Debía de estar de broma.

—Pero es que tienes una erección.

—Lo sé. No es algo que a uno le pase desapercibido, pero, créeme, no tienes de qué preocuparte.

Eve se volvió para mirarlo y, al hacerlo, la mano de Dean se desplazó desde su vientre hasta su cadera.

—¿Estás seguro?

En la oscuridad no se veía prácticamente nada, pero sí pudo vislumbrar la blancura de sus dientes cuando le sonrió. Dean le echó todo el pelo hacia atrás y la besó en la frente.

—Si fuera un problema, iría a ocuparme de ello y volvería aquí contigo.

Eve se quedó sin palabras. Tan obvio debió de ser su gesto de aturdimiento que Dean soltó una carcajada.

—Todo el mundo lo hace, Eve.

Pero no todo el mundo hablaba de ello. Su maliciosa sonrisa prácticamente iluminaba la habitación.

—Sabes que es cierto, cariño. Y los que dicen que no, mienten o tienen muy mala memoria.

—Vamos a dormir un poco —propuso ella, acurrucándose contra él para que no le viera la cara.

Dean se echó a reír otra vez.

—No me puedo creer que te dé tanta vergüenza algo que es perfectamente natural.

Por toda respuesta, Eve fingió roncar. Y, afortunadamente para su paz mental, Dean le dio un suave apretón, se colocó de lado y la arrastró contra su cuerpo.

—Buenas noches, mi vida.

Mi vida. Sonaba maravillosamente viniendo de él.

Ella no dijo nada. Tan sólo le dio un beso en el pecho, cerró los ojos y disfrutó de su cercanía. Justo antes de quedarse dormida, tuvo el inquietante pensamiento de que Dean Conor podía ser la cura para su dolor menstrual.

Qué mala suerte que no tuviera intenciones de quedarse a vivir allí para siempre.

Cuando Eve se despertó a la mañana siguiente, un tímido sol trataba de abrirse paso entre una maraña de nubes. Se incorporó en la cama, sintiéndose un poco adormilada incluso después de haber dormido profundamente, y miró hacia el otro lado de la cama. Vacío.

Forzando el oído, oyó la voz de Dean y supuso que estaría hablando por teléfono. Tras una rápida visita al cuarto de baño, se dirigió a la sala de estar.

Dean andaba arriba y abajo, con el móvil pegado a la oreja.

—Son las dos ruedas del lado que da a la calzada. No, no las han rajado, pero han cortado las válvulas, de modo que no puedo hincharlas. Sin ninguna duda ha sido algo deliberado. —Levantó la gruesa muñeca y echó un vistazo a su reloj negro—. Gracias. Sí, me viene bien. Hasta ahora.

Nada más colgar, Eve preguntó:

—¿Te han reventado las ruedas?

Él se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Hola, nena —la saludó, atravesando la habitación en dos zancadas—. Lo siento. ¿Te he despertado?

—No. Tenía que levantarme ya... —Un bostezo la tomó por sorpresa, y Dean sonrió al ver cómo se tapaba la boca—. Lo siento. Es que aún no estoy despierta del todo.

—¿Tienes alguna cita hoy?

—Dentro de unas horas. Pero normalmente me cuesta bastante despejarme.

Con esa ternura que Eve había empezado a anhelar ya, Dean le acarició la mejilla con los nudillos.

—¿Cómo puede una mujer estar tan condenadamente guapa nada más despertar?

Eve se dispuso a contestar, pero Dean se lo impidió poniéndole el pulgar en los labios.

—Era una pregunta retórica, así que no te molestes en decirme que necesitas cepillarte el pelo o que tienes los ojos hinchados.

—Las dos cosas son ciertas.

Con una mirada cálida e íntima, Dean susurró:

—Pues aun así estás para comerte.

Eve sintió que la recorría una oleada de sensaciones y que los párpados le pesaban.

—Es demasiado pronto para hacerme esto, y más aún cuando no puedo aprovecharlo.

—Lo siento —dijo él, dándole un rápido beso en la frente—. El café ya está listo.

—Bendito seas —respondió ella. Lo rodeó para dirigirse a la cocina y preguntó de nuevo—: ¿Alguien te ha pinchado las ruedas?

—Supongo que sólo ha sido una gamberrada. El servicio de asistencia estará aquí en media hora, pero llegaré tarde a casa de Cam porque tendré que esperar a que lo hayan arreglado.

Eve llenó de humeante café una taza de gran tamaño.

—Yo puedo llevarte a casa de Cam si quieres —se ofreció—. Cuando lleguen los del servicio de asistencia yo estaré lista.

Dean apartó una silla de la mesa y se sentó a horcajadas en ella.

—No quiero meterte prisa.

Eve no le dijo que, después de la cura de sueño de la noche pasada con él, estaba dispuesta a enfrentarse a unos dragones si hacía falta. Una ducha rápida y pintarse un poco no le llevaría ni media hora.

—No hay problema. —Con la taza en la mano, se dirigió a la puerta de la cocina, pero se detuvo a medio camino para decir—: Naturalmente, tu café es perfecto.

—¿Otra cosa que hago bien?

—La condenada lista empieza a ser infinita.

Dean se quedó sorprendido al ver a Eve lista y arreglada en tan poco tiempo. Y, por supuesto, estaba increíble, con un elegante top de ganchillo de cuello de pico, pantalones anchos de color marrón y sandalias a juego. Completaban el conjunto unas delicadas joyas de oro.

Cuando llegaron, Cam y Gregor estaban de pie fuera de la casa, mirando al cielo con preocupación. En cuanto vio que Dean salía del coche de Eve, Gregor apuró su café, le dio la taza vacía a Cam y fue a recibirlo. Se cruzó con Eve, que se encaminaba a saludar a Cam y le hizo un mero gesto de la cabeza.

—Tu hermana ya se ha ido —rezongó Gregor en un tono que parecía un reproche.

Dean frunció el cejo.

—Sí, ¿y?

—Cam dice que se ha llevado a tu tía de compras, pero yo sé que no es así. Me está evitando.

—¿Por qué? —preguntó Dean, enarcando una ceja—. ¿Qué has hecho esta vez?

Para su sorpresa, Gregor se sonrojó. Durante un momento, no fue capaz de decir nada, hasta que, a media voz y apretando los dientes, gruñó:

—Que te jodan, Huracán. —Y se dirigió hacia el jardín trasero como alma que lleva el diablo.

Vaya. Dean lo observó, preguntándose qué habría hecho. Cuanto más pensaba en ello, más tenso se ponía. Al cabo de unos momentos, echó a andar cabreado detrás de él, dispuesto a pedirle explicaciones, cuando oyó una imprecación seguida de un gran estrépito.

Cam y Eve miraron a Dean, y un segundo después todos salieron a la carrera hacia la parte trasera de la casa.

Allí encontraron a Gregor en el suelo, medio cubierto por la escalera, y con un incipiente chichón en la frente.

Sin poderlo creer, Dean se detuvo a los pies de Gregor.

—¿Te has caído del tejado?

El otro dejó de frotarse la cabeza y entonces fulminó a Dean con la mirada.

—No, no me he caído del tejado. —Furioso, lanzó la escalera a un lado y se quedó sentado en el suelo, refunfuñando y haciendo muecas—. El maldito escalón se ha partido.

Dean tuvo un terrible presentimiento.

—¿De qué estás hablando?

—El décimo o el undécimo escalón. Menos mal que no había llegado arriba —gruñó Gregor quitándose la hierba de un rasguño que se había hecho en el brazo—. La madera se ha partido bajo mi pie y he perdido el equilibrio. He intentado agarrarme al canalón, pero no he podido alcanzarlo. He salido volando y la escalera se me ha caído encima.

Mientras Eve y Cam rodeaban a Gregor con preocupación y se mostraban solícitas con él, Dean examinó el escalón partido y frunció el cejo. El travesaño no se había partido porque la escalera fuera vieja o estuviera en malas condiciones. A juzgar por las manchas anaranjadas que habían quedado alrededor, más bien parecía que alguien hubiese utilizado una sierra oxidada para cortar la madera del escalón casi por completo. Lo justo para que, con un poco de presión, o los ciento veinticinco kilos de Gregor, se rompiera.

El propósito era que... quienquiera que se subiera a la escalera, se cayera.

¿Sabotaje? ¿Igual que sus neumáticos?

Dean recordó haber visto una sombra, puede que de una persona, cerca de su coche cuando salió del motel. Pero estaba hablando con Simón y, pese a la advertencia de su instinto, le había quitado importancia al incidente.

Hasta esa mañana, en que se había encontrado las ruedas deshinchadas.

Y ahora aquello.

De no ser porque los dos incidentes juntos daban pie a una sólida sospecha, habría creído que se trataba de una gamberrada. Pero tras el ataque deliberado a las ruedas de su coche, diría que tanto Gregor como él eran los objetivos. No tenía duda: alguien quería hacerles daño.

La víspera, en el vestíbulo del hotel, Roger le había demostrado a las claras que no era bienvenido, y luego, cuando abandonó el hotel una hora después, no estaba. Por otra parte, Roger sabía que iba a casa de Eve.

El no le gustaba, eso estaba claro. Pero ¿lo detestaba tanto como para cometer vandalismo contra su coche y tratar de causarle daño físico? En vista del magullado cuerpo de Gregor, que aún seguía tumbado sobre el suelo húmedo de rocío, no se podía pasar por alto la posibilidad.

Pero ¿por qué?

Cam, horrorizada, se apresuraba a quitarle restos de hierba y tierra mientras Gregor se levantaba con gran esfuerzo, como lo demostraban sus muecas de dolor y sus quejas.

—Estoy bien —le decía él, que intentaba acercarse a examinar la escalera.

Con un susurro de lástima, Cam dijo:

—Pero tu pobre cabeza.

Dean echó un vistazo al melón de Gregor y restó importancia a la preocupación de Cam.

—Es sólo un chichón. Se ha dado golpes peores.

—Iré a por un poco de hielo —se ofreció Eve.

—No te molestes —insistió Gregor, dándose unos golpecitos con los nudillos en la cabeza—. Dean tiene razón. No es nada.

Tengo un cráneo de acero templado. Es sólo que me fastidia haberme caído.

Cam se retorció las manos mientras miraba a los dos hombres alternativamente.

—Lo que ha ocurrido es horrible. Podrías haberte matado.

—¿Por esa caída de nada? No te preocupes. —Se acercó entonces a Dean y se inclinó sobre la escalera. Le bastaron dos segundos para llegar a la misma conclusión que él—. ¡Maldita sea! Yo juraría que...

Dean le lanzó una breve pero significativa mirada.

—¿Que la madera ha sido serrada? Yo pienso lo mismo.

Gregor, que pese a las apariencias no era ningún tonto, frunció el cejo, pero no dijo nada.

—Entiendo.

Dean asintió. No quería decir nada a nadie todavía. Obtendría respuestas a su debido tiempo y a su manera, sin que el idiota que lo había hecho se enterara.

—Tendría que haber comprobado el estado de la escalera —dijo Cam, con una profunda desazón—. Iré a comprar una nueva ahora.

—No —se opuso Dean—. Nos arreglaremos con ésta.

—Pero si la madera se ha partido...

—No le pasa nada al resto. Casi hemos terminado. Evitaremos ese travesaño y listo.

El ruido de un coche que aparcaba en la parte delantera de la casa llamó la atención de Gregor. Su rostro se endureció con determinación.

—Dean tiene razón. No tardaremos en terminar.

Y dicho esto, apoyó la escalera contra la pared de la casa y se subió al tejado.

Haciéndose sombra con la mano sobre los ojos, desde el pie de la escalera, Dean miró hacia arriba.

—Oigo a Jacki —dijo.

—Ya —contestó Gregor, sacando un pañuelo del bolsillo que se ató alrededor de la frente.

—Creía que querías hablar con ella.

—Quería, antes de que me tocara las narices tratando de evitarme. Ahora ya no sé si quiero o no. Además, si me quiere ver, ya sabe dónde encontrarme.

—Hablas como un capullo.

—Que te jodan, Huracán —contestó, pero al momento añadió con actitud contrita—: Lo siento, señoritas. —A continuación se dio la vuelta y terminó de subir al tejado.

Suspirando, Dean se dirigió a las dos mujeres. Cam se mordió el labio, más para evitar reírse que ofendida por el lenguaje de Gregor. Eve miró la hora, impaciente por acudir a su cita.

—No os preocupéis, Gregor sólo estaba descargando la tensión. Tengo la impresión de que, sea lo que sea, Jacki y él lo solucionarán.

—A mí no me preocupa en absoluto —replicó Cam—. Reconozco a un hombre enamorado en cuanto lo veo.

—¿Gregor? —se sorprendió Dean. No podía estar hablando en serio.

—Se resiste, lo admito. Pero no le servirá de nada. Si Jacki no fuera mi hermana, Gregor casi me daría lástima. No tiene ninguna posibilidad. —Se inclinó un poco hacia él y añadió en un susurro—: Pero Jacki aún no lo sabe, y tal vez sea mejor que siga así.

—Si tú lo dices.

Luego, Cam echó un vistazo a Eve y sonrió.

—Tengo que hacer unas cosas dentro, así que os dejaré solos para que os despedáis.

Nada más irse su hermana, Dean atrajo a Eve hacia él.

—¿Cuándo te veré?

—Volveré a casa hacia las siete —respondió ella, jugueteando con el cuello de la camiseta de Dean—. ¿Vendrás esta noche?

—Sí —contestó él, besándola. No quería parar—. Y mañana por la noche. Y pasado mañana por la noche.

Eve asintió, pero dijo:

—Seguiré sin poder... hacerlo.

—Y yo seguiré disfrutando de tu compañía.

El rostro de Eve se iluminó.

—Entonces vale.

—Prométeme una cosa.

Ella ladeó la cabeza.

—Lo que quieras.

—Ten mucho cuidado.

Al ver que fruncía el cejo sin comprender, Dean consideró la situación. Alguien, posiblemente Roger, quería hacerle daño. ¿Y qué mejor manera que haciéndole daño a Eve?

La mera idea lo aterrorizaba y fue lo que lo hizo decidirse.

La cogió de un brazo y dijo:

—Deja que te acompañe hasta tu coche. Quiero explicarte una cosa.

CAPÍTULO 18

Unas cuantas horas más tarde, durante las cuales hicieron grandes progresos, Dean se quitó los guantes y miró a Gregor. Habían estado trabajando casi en absoluto silencio, y eso era algo inusual en su compañero.

—Nos queda poco para terminar. ¿Qué te parece si hoy comemos un poco antes? Tengo algo que hacer.

Sin levantar la vista, mientras terminaba de clavar un clavo, Gregor respondió:

—Como quieras. ¿Es algo importante?

Dean restó importancia al asunto. El silencio de Gregor lo había puesto tan nervioso que era un alivio oírlo hablar de nuevo. Pero quería decírselo antes a Jacki.

—¿Vienes dentro?

—No lo sé —respondió, empezando a clavar otro clavo—. Ve tú. Yo me lo pensaré un rato más.

—Como quieras —respondió Dean. Lo último que quería era cabrear a un luchador malhumorado.

Pocos minutos después, cuando abrió las puertas correderas y entró en la casa, encontró a sus dos hermanas en la cocina. Jacki estaba hablando con Cam, sentada en una silla, con las piernas cruzadas y las rodillas sobresaliéndole en un ángulo extraño. Tenía un aspecto... adorable. Tan estrafalaria como ella podía ser.

Cam estaba de pie delante de la tabla de planchar, que había colocado entre la cocina y el cuarto de la lavadora, asintiendo de vez en cuando a lo que le decía su hermana. Tenía una buena pila de ropa pendiente. No importaba que hubiera trabajado hasta tarde la noche anterior y que se hubiera levantado temprano, Cam no se permitía estar sin hacer nada.

Era extraño lo mucho que se habían acostumbrado a su mutua presencia en tan poco tiempo. Para él era como si las conociera realmente, cuando algo así era imposible. Y no obstante... sabía perfectamente cómo se iban a comportar en los próximos minutos. Sabía lo que haría Jacki y cómo reaccionaría Cam. Sabía las razones de cada una para ello.

Eran sus propias motivaciones las que seguían siendo un caos y un mar revuelto. No quería demorarse más, y optó por llamar su atención.

—Hola —dijo.

Casi al unísono, sus hermanas levantaron la vista y le dedicaron una cariñosa sonrisa.

Jacki se levantó de la silla.

—Pareces acalorado. ¿Quieres beber algo?

—Agua fría, gracias.

Cam dejó la plancha a un lado. Sacudió la camisa que acababa de planchar, la colgó cuidadosamente y atravesó la habitación en dirección a él.

—¿Qué tal va el tejado?

—Acabaremos hoy.

—¿En serio? —Cam se detuvo de pronto y sonrió con esfuerzo—. Bueno. Eso es fantástico. No sabía que pudierais hacerlo tan rápido.

Dean sabía exactamente por qué su hermana se comportaba de esa forma tan extraña. Deseó que hubiera una forma de facilitarle las cosas, pero sabía que la propia Cam lo haría imposible.

—No sé cómo darte las gracias —continuó ella, confirmando sus pensamientos—. Si me dices cuánto te debo, te lo pagaré de inmediato.

Aquel momento era tan bueno como cualquier otro, se dijo Dean, y se plantó con firmeza en el suelo mirándola a los ojos.

—No voy a aceptar tu dinero, Cam.

A juzgar por la forma en que reaccionó, se diría que la había insultado gravemente. Inspiró hondo, y le devolvió la mirada al tiempo que forzaba una rígida sonrisa.

—Claro que lo aceptarás. No permitiré que...

—No puedes hacer nada para impedírmelo.

La certeza de esas palabras terminaron de provocar su estallido de furia.

—No necesito caridad.

—Ésta también es mi casa, ¿recuerdas? —Dean cogió una silla y se sentó en actitud despreocupada, a pesar de que por dentro se le partía el corazón de ver el sufrimiento de su hermana. Se repantigó en la silla y soltó un suspiro de cansancio—. Tú misma lo dijiste.

Con cautela, mirando alternativamente a cada uno de sus hermanos, Jacki dejó el vaso de agua con hielo delante de Dean.

—Gracias.

—De nada.

Con la voz más fría que Dean le había oído hasta el momento, Cam dijo:

—De haber sabido que no me dejarías que te pagara, jamás habría consentido que hicieras la reparación.

—No te pedí permiso, cariño —le contestó Dean con ternura.

Cam tenía las mejillas encendidas de rabia.

—Cam, siéntate.

Ella cruzó los brazos y negó con la cabeza.

—No quiero sentarme.

—Como quieras. Quédate de pie entonces. Pero no te va a gustar lo que tengo que decirte.

Jacki, fascinada, se sentó enfrente de Dean, apoyó la barbilla en las manos y esperó.

—Por lo que tengo entendido, Roger te ha ayudado a hacer algunas reparaciones y mejoras en la casa.

—¿Quién te ha dicho eso? —exigió saber ella.

—El propio Roger cuando me encontré con él por casualidad en la inmobiliaria en la que trabaja la madre de Eve. También me dijo que la casa necesitaba muchas más reparaciones.

La mirada de Cam traslucía la lucha que se estaba librando en su interior entre la cautela y la rabia.

—Por eso voy a venderla.

—A Roger.

Ella negó furiosamente con la cabeza.

—No. Jamás.

Perplejo, Dean se quedó mirándola con fijeza.

—Pero yo creía que estabais...

—Comprometidos, ya lo sé. —Finalmente, Cam decidió sentarse— Verás, al igual que tú, Roger cree que puede venir y salvar a la pobre chica en apuros. Sólo que yo prefiero salvarme sola.

¿Salvarse sola de qué? ¿De las deudas?

—Cam, si tienes en mente casarte con él, es natural que quiera ayudarte.

—No me casaré mientras esté en deuda con él. No me sentiría bien. La deuda siempre estaría ahí, entre los dos. Un matrimonio no puede basarse en algo así. Y, definitivamente, el mío no será así.

Jacki inspiró bruscamente sintiendo una punzada de culpabilidad. Acto seguido, se irguió en su asiento y se miró las manos, evitando el contacto visual con sus hermanos. Dean se dio cuenta, pero Cam no. Sin embargo, decidió que ya hablaría después con Jacki de su reacción.

—Cuando venda la casa y cancele la deuda podré casarme.

—¿Con Roger?

—Sí. Es probable.

Dean no había esperado esa salida de su hermana.

—¿Lo amas, Cam?

Iba a negar con la cabeza, pero de pronto se detuvo.

—Creo que sí. Lo conozco de toda la vida —explicó, elevando la barbilla.

—¿Y eso cuánto tiempo es?

—Crecimos juntos. Fuimos juntos al colegio y todo eso.

—¿Sois novios desde entonces?

Dean no había caído en la cuenta de que Roger fuera de allí. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Si aquel hombre llevaba tanto tiempo cerca de ella, entonces todo era posible.

—No empezamos a salir hasta el instituto, pero siempre fuimos amigos, buenos amigos. Lo conozco mejor que nadie. Aunque se esfuerza mucho, a veces demasiado, por ganarse la amistad de Eve, sé que ella no lo entiende, y que no le gusta. —Cam lanzó una breve mirada a Jacki—. Y sé que a ti tampoco, Jacki.

Dean esperó a que ésta lo negara, pero en vez de ello, agachó la cabeza. A Cam no pareció importarle.

—En muchas ocasiones veo un lado de Roger que los demás no ven. Conmigo siempre es muy dulce y muy amable. Siempre quiere ayudarme de todas las formas posibles. —Miró a Dean—. No tuvo una vida fácil. Ha tenido que trabajar mucho para conseguir lo que tiene. Se lo ha ganado todo a pulso, y yo estoy orgullosa de él.

Mierda. Cam lo hacía parecer un santo.

—Pero así es como están las cosas. Roger ha hecho tanto por mí que me cuesta decidir qué es lo que siento verdaderamente, porque también le estoy muy agradecida. Estoy en deuda con él y... y obligada hacia él.

Dean permanecía allí, admirado. Su hermana era una chica con cabeza.

—Ya veo.

—No quiero confundir mis sentimientos, y, desde luego, no quiero confundirlo a él.

Tal vez deberían dejar para más tarde la discusión sobre las demás reparaciones.

—Entiendo.

—¿De verdad? —Cam desvió la vista, sin mirar a nada en particular—. Eres tan independiente.

«Pero estoy solo.»

A Dean no le agradó ese pensamiento. Para eludirlo, posó una mano sobre la mesa.

—Me dijiste que parte de esta casa también era mía.

Cam lo miró de nuevo con recelo.

—Así es.

—Pues no quiero venderla. Y tampoco quiero que se caiga a pedazos. Tú te has ocupado de mantenerla desde hace años. Ahora es mi turno.

Cam abrió y cerró la boca dos veces antes de que las palabras surgieran de ella.

—¡No seas ridículo! Yo vivía aquí. No es lo mismo.

—Puede que yo también viva aquí. —Pero ¿qué estaba diciendo?—. A temporadas, claro. Dependiendo de mi... agenda. —Ay, Dios. Ahora sí que la había hecho buena.

Jacki levantó la vista nada más oírlo.

—¿De verdad? ¿Estás pensando en quedarte a vivir aquí de forma permanente?

—Semipermanente. Quizá. —Y, a continuación—: Mierda, no lo sé.

Jacki le dedicó una resplandeciente sonrisa, divertida con la visible confusión de su hermano.

—Genial. Me gustaría tenerte por aquí más a menudo.

Disgustado consigo mismo, Dean desplazó la atención de Jacki a Cam.

—Y en vista de que éste es ahora mi hogar, también significa que tengo todo el derecho a hacer las mejoras que considere necesarias.

Confusa, Cam dijo:

—Supongo que sí.

A Dean no le gustó esa actitud derrotada, pero ya se ocuparía de solucionarlo.

—Bien. Entonces todo arreglado.

En ese momento, Gregor asomó la cabeza. Miró a Cam y sólo a Cam.

—¿Hay alguna posibilidad de comer algo?

Jacki desvió la vista y le dio la espalda con deliberada frialdad. Los buenos modales obligaron a Cam a tratar de compensar el desaire de su hermana.

—Claro que sí, Gregor. Lo siento. Quería haber preparado algo, pero se me ha olvidado. Supongo que estaba absorta en mi conversación con Jacki. Pero puedo prepararte un sandwich. ¿Te parece?

—Me parece bien —contestó Gregor entrando en la cocina—. ¿Y de qué estabais hablando?

—Antes de que llegara Dean, tratábamos de decidir cómo irá y volverá Jacki del trabajo mañana.

Gregor cerró las puertas detrás de él y, todavía sin mirar a Jacki, dijo:

—Yo la llevaré.

Jacki se volvió y fijó en él una mirada furibunda.

—Prefiero ir andando —siseó—. O gateando. O... o rodando acera abajo.

Cam emitió un sonido de impaciencia.

—Jacki, por el amor de Dios.

Dean no pudo contenerse más y prorrumpió en una carcajada. Sin embargo, la cortó en seco al encontrarse con los semblantes ceñudos de Cam y de Jacki.

—No vas a ir andando —la contradujo Cam con calma, tanto para llenar el incómodo silencio como por el resto de los motivos que tuviera—. Cogerás mi coche y yo llamaré a Roger.

De perdidos al río, pensó Dean, y carraspeó. Cam lo miró, vio su sonrisa contrita y soltó un gemido.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Le he comprado un coche.

Cam y Jacki preguntaron al unísono:

—¿A quién?

—A ti —contestó él, haciendo un gesto con la cabeza hacia Jacki—. Te he comprado un coche. Nada llamativo —explicó al ver que su hermana pestañeaba varias veces seguidas por efecto de la incredulidad—. Un Ford Escort.

De nuevo al unísono, las dos hermanas dijeron:

—¿Que has hecho qué?

Dean pensó en lo asombroso que era que las dos hubieran formulado el mismo pensamiento al mismo tiempo y lo hubieran verbalizado con tanta exactitud. Como le pareció que Cam era la más difícil de convencer, Dean se dirigió a ella primero.

—Jacki necesitaba un medio de transporte y le he comprado un coche. Fin de la historia.

—Oh, Dios mío —dijo ella, y por una vez parecía más inclinada a abofetearlo que a abrazarlo.

Al contrario que su otra hermana, que se levantó de su silla presa de la excitación.

—¿De qué color es?

—Plateado.

Cam lanzó a su hermana una mirada de advertencia indicándole que se tranquilizara, y a continuación volcó todo su disgusto en Dean.

—No puedes comprarle un coche.

Jacki puso los brazos en jarras.

—Claro que puede. Dice que lo ha hecho.

—¡No! —le gritó Cam a Jacki perdiendo los nervios de una manera inusual en ella—. No puede. Dean no nos debe nada, y menos un coche. Si acaso...

Él se puso en pie, poco deseoso de dejar que Cam continuara por ese camino.

—No se trata de deber o no deber. —Puso las manos sobre los hombros a Cam antes de que ésta se zafara—. Puedo permitírmelo. Quiero hacerlo. —Se los apretó ligeramente en señal de disculpa y añadió—: Y no tiene nada que ver contigo, Cam.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y una mirada muy dolida en ellos.

Pero Dean se mantuvo firme. Cam tenía que darse cuenta de que ella no era responsable de su hermana. Ya no.

—Esto es entre Jacki y yo.

Jacki avanzó un paso y mostró un cambio radical de opinión.

—Si Cam no quiere que me quede con el coche, no lo haré.

Dean la estudió detenidamente, vio la determinación en sus ojos, y se sintió tan orgulloso de la lealtad de Jacki hacia su hermana que casi se atragantó.

—Me parece justo. Pero ¿qué voy a hacer yo ahora con ese coche? Está pagado. Y el concesionario no dejará que se lo devuelva.

Esperanzada, Jacki miró a su hermana de reojo.

Todavía atónita y dolida, Cam se encogió de hombros.

—Tiene razón. No es asunto mío.

Dean la sacudió un poco, pero con ternura y dijo:

—He dicho que era algo entre Jacki y yo, pero como hermana mayor, todo lo relativo a Jacki es asunto tuyo.

Un brillo dorado apareció en los ojos castaños de Cam.

—Entonces ¿también es asunto tuyo como hermano mayor?

Dean, pasmado, dejó caer las manos y retrocedió un paso. Tragó saliva. Miró a Jacki de soslayo e hizo todo lo posible por ignorar la colosal presencia de Gregor.

—Algo así, sí.

Una lenta sonrisa brotó de los labios de Cam.

—Entonces, vale. Gracias.

Él tuvo la terrible sospecha de que había sido manipulado. A continuación, Jacki agitó las manos en el aire entonces.

—Yo soy la que debería estar ofendida viendo cómo los dos creéis que necesito que me cuiden, pero tengo demasiada curiosidad por el coche como para enfadarme. —Sonrió—. ¿Cuándo podré verlo?

Aliviado al ver que todo parecía haberse arreglado, Dean miró la hora.

—Podemos ir a buscarlo ahora mismo. ¿Sabes conducir un coche con cambio manual?

—No —contestó ella desanimada.

Gregor llamó la atención sobre su persona al decir:

—Yo sí. Te enseñaré.

—No...

—Maldita sea, Jacki—estalló Gregor, causándoles un sobresalto a todos excepto a Dean—. Te creo, ¿vale?

Jacki palideció y dijo con un hilo de voz:

—Cállate, Gregor.

El avanzó hacia el centro de la habitación, sin prestar atención a que casi tiró a Dean al pasar junto a él.

—No hasta que me perdones.

—¿Qué es lo que crees, Gregor? —quiso saber Cam.

Con la mirada fija en Jacki, Gregor cuadró sus inmensos hombros.

—Jacki me explicó que...

—¡Gregor!

Él se plantó delante de ella.

—¿Y bien? ¿Vas a perdonarme o no?

Una furia impotente hizo que Jacki se estremeciera.

—Esto es chantaje.

—No, es desesperación. —Gregor entornó los ojos—. Con alguien tan testarudo como tú, haré lo que haga falta.

Con los dientes apretados, la joven dijo por fin:

—Está bien. Estás perdonado durante un período de prueba.

—Lo acepto —repuso él con una inmensa sonrisa en los labios.

—Pero si...

—No lo haré —la cortó él, rodeándole los hombros con un brazo—. Vamos a recoger tu coche.

Jacki sentía la respiración de Gregor. Notaba su escrutinio en el rostro y en el cuerpo. El calor de su interés por ella la quemaba.

Apretó los dientes y la marcha se atascó. Entonces explotó:

—¡Ya basta! Por favor... para. No puedo concentrarme si no dejas de hacer eso.

Gregor le acarició la mejilla con los nudillos.

—Creo que nunca me he acostado con una virgen. Dios, estoy ansioso.

Jacki sintió que se derretía de excitación allí mismo. Pisó el embrague, puso el coche en punto muerto y echó el freno.

A aquella hora de la noche y con el calor que hacía, el parque estaba casi desierto. Habría sido el lugar perfecto para una clase de conducción si Gregor no estuviera más concentrado en seducirla.

Al darse cuenta de lo que ella había hecho, él miró a su alrededor y frunció el cejo.

—Estás en medio de la calle.

Jacki abrió la puerta, salió del coche y se alejó.

—¡Jacki!

Ella no se detuvo, sino que se dirigió hacia el espacio de césped que se abría junto al camino, atravesándolo en dirección a un claro con mesas de picnic. Sacudió con la mano la superficie de un banco para apartar las hojas y los bichos, y se sentó.

En cuestión de unos treinta segundos, llegó Gregor arrastrando los pies entre las hojas.

—Maldita sea, mujer. Creía que ibas a volver a casa andando, o alguna estupidez por el estilo.

—No.

Una oruga peluda avanzaba por la mesa. Jacki la capturó con ayuda de una hoja y la depositó suavemente en el suelo.

Gregor se sentó a su lado sin decir nada durante un momento.

—No voy a presionarte. Si creías que sí, bueno, te equivocabas.

—¿De verdad? —Jacki se sentía tan desgana por el calor que no quería ni discutir.

—Sí, de verdad. Yo... es sólo que eres tan bonita. Y tan sexy.

—Continúa.

—Y virgen. —Gregor se puso tenso—. Dios bendito, no sabes cómo me pone saberlo.

Jacki no pudo contener la risa.

—Y, naturalmente, ya has decidido que tú serás el primero con quien me acueste.

—Bueno... sí, eso espero. —Vaciló un momento, y, lentamente, su expresión se oscureció como una nube de tormenta—. ¿Acaso no lo seré?

Jacki no se sintió intimidada en absoluto.

—No lo sé, Gregor.

El tensó todos los músculos. Su voz sonó un poco ronca cuando preguntó en un susurro:

—¿Estás viendo a otra persona?

Jacki casi esperaba que empezara a golpearse el pecho como un gorila de un momento a otro.

—No.

—¿Seguro?

—¿Vas a empezar a llamarme mentirosa otra vez? —dijo ella en broma.

—No —contestó él, relajándose un poco—. Claro que no. Si tú dices que seré yo, seré yo.

Oh, por el amor de...

—Yo no he dicho que vayas a ser tú.

—Soy el único con quien estás saliendo —observó él con una sonrisa de suficiencia.

—Pero eso no significa que tenga intenciones de perder la virginidad contigo.

—Oh.

Jacki no comprendía cómo un tarugo como él podía mostrarse tan alicaído.

—Me estás volviendo loca, Gregor.

—Pues intenta ponerte en mi lugar, cariño, y entonces sí sabrás lo que significa volverse loco.

Tras un profundo suspiro, Jacki pasó una pierna por encima del banco y se sentó a horcajadas frente a Gregor.

—Escucha. Lo que digo es que no estoy lista todavía. Ahora lo sé. Y no me gusta que me presiones.

Él hundió la barbilla, terriblemente ofendido.

—No lo he hecho. No lo haría.

Jacki puso los ojos en blanco.

—¿No? Entonces ¿cómo llamas tú a las miradas de deseo, las caricias y los exagerados cumplidos?

Gregor le hizo otra de aquellas caricias, y esta vez el objetivo fue un lado de la garganta.

—Eso es culpa tuya, preciosa, no mía. Si no fueras tan irresistible...

Ella lo apartó de un manotazo.

—A eso precisamente es a lo que me refería.

—Me estoy adaptando, maldita sea. No espero que te bajes los pantalones ni nada de eso... bueno, a menos que quieras hacerlo.

Jacki inspiró hondo, pero Gregor continuó antes de que ella pudiera descargar su furia contra él.

—Pero eres sexy, tanto que me estás volviendo loco, en el buen sentido de la palabra. Puedo soportarlo. Quiero soportarlo. Demonios, ¿cuánto necesitas? ¿Un mes? Bien. Esperaré un mes. —Le cogió las manos y le besó las muñecas—. Pero no puedo no tocarte o no mirarte. Eso es pedir demasiado.

Había tanta sinceridad en sus palabras que Jacki lo creyó. Y tal vez fuera ése el motivo de que sin poderse contener, dijese:

—Tengo cuerpo de chico.

Enarcando una ceja, Gregor bajó la vista hacia su regazo.

—¿Cómo dices?

Jacki se soltó y le dio una bofetada.

—Ahí no, idiota. En eso soy como cualquier mujer. —Jacki se llevó las manos al pecho—. Aquí

Gregor le miró las manos, se humedeció los labios y siguió mirando.

—¿Ahí?

Exasperada, Jacki cogió una de sus manazas y le colocó la palma sobre uno de sus pequeños senos; lo oyó gemir entrecortadamente.

—¿Por qué demonios gimes?

Con la boca abierta y respirando de forma rápida y pesada, Gregor desplazó la mirada desde la mano con la que le cubría el pecho hasta su cara. Tragó saliva con dificultad. Con la mirada enturbiada, el rostro ruborizado y la voz ronca de deseo, dijo:

—Eres condenadamente suave.

—Lo que soy es plana.

—Noto tu pecho, y el pezón henchido y tenso... creo que podría correrme en los pantalones.

Jacki se quedó mirándolo.

—¿Hablas en serio?

Él tragó saliva otra vez, pero no dejó de mirarla a los ojos.

—No querrás echarme una mano con esto, ¿verdad? Una sola caricia tuya y... No, no, has dicho que no estás preparada, y por Dios que voy a esperar hasta que lo estés.

—Gregor...

Éste apartó la mano bruscamente de su seno y se levantó del banco en un abrir y cerrar de ojos.

Atónita, Jacki lo vio alejarse como un rayo.

Sin embargo no se fue muy lejos. Sólo lo justo para poder recuperar el dominio de sí mismo. Se quedó a unos pasos, de espaldas a ella, respirando a grandes y rápidas bocanadas.

—Deberíamos irnos.

—Estaba pensando en operarme.

Gregor se dio la vuelta tan de prisa que casi se tropezó. Toda una gama de expresiones cruzó su rostro en rápida sucesión hasta que, finalmente, se instaló en él la determinación.

De una sola zancada cubrió la distancia que lo separaba de Jacki. La sujetó entonces por la parte superior de los brazos y la levantó hasta que sus ojos estuvieron al mismo nivel que los suyos.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó con gran vehemencia.

—Sé que no tengo suficiente pecho, Gregor. Es algo que siempre me ha incomodado. Y mucho. Es una de las razones por las que he evitado a los chicos tanto tiempo.

Gregor le miró los senos con las fosas nasales infladas, traspasándola con su oscura mirada.

—Bien, pues no sabes cuánto me alegro, porque ahora que sé que seré el primero, no puedo soportar la idea de imaginarte en la cama con algún idiota.

Levantada del suelo por las manos de Gregor, Jacki dejó escapar otro largo suspiro de exasperación.

—Estás realmente obsesionado con lo de «ser el primero», ¿verdad?

—Ni te lo imaginas.

Jacki no supo qué demonios la empujó a hacerlo, pero el caso es que se oyó decir a sí misma:

—Roger se ha ofrecido a pagarme la operación.

Gregor enarcó las cejas totalmente confuso.

—¿Qué operación?

—La de aumento de pecho.

Lentamente, la dejó en el suelo, pero no la soltó.

—¿Que ha hecho qué?

Oh-oh. Vale, ahora ya conocía la diferencia entre ver a Gregor irritado y verlo realmente furioso. Y lo que estaba presenciando era furia en estado puro.

—Es el prometido de Cam, ¿lo sabías?

—¿Y qué demonios tiene él que ver con todo esto?

—Bueno, Roger me dijo que sabía lo mucho que me molestaba no tener pecho. Supongo que a veces soy muy obvia.

—Pues yo no lo sabía.

Jacki resopló airadamente.

—En lo que a mujeres se refiere, eres tan astuto como un tarugo de madera.

—O puede que nunca se me haya ocurrido pensar que una mujer tan sensual como tú pudiera estar traumatizada por algo que no tiene la más menor importancia —contestó él, apretando los dientes. Estaba tenso y cabreado otra vez.

Vaya. Un discurso impresionante, pensó Jacki.

¿La más menor importancia? ¿Qué tipo de frase era ésa?

—Dejémoslo. Lo importante es que a mí me incomoda, y Roger me dijo que quería hacer algo por mí para agradar a Cam, de modo que me propuso ponerme en contacto con un cirujano plástico que no me cobraría mucho por la operación. Incluso se ofreció a pagármela él.

—Voy a matar a ese cabrón.

Jacki hizo una mueca.

—Tú no vas a matar a nadie, Gregor.

—Sí voy a hacerlo.

Y, soltándola, echó a andar hacia el coche. Parecía haberlo dicho tan en serio, que Jacki de pronto se puso muy nerviosa.

—¡Espera un momento!

Pero Gregor no se detuvo.

—Si no quieres volver andando a casa, te aconsejo que traigas tu pequeño culo hasta aquí y te metas en el coche.

¡Qué cara más dura! Jacki tuvo que correr para adelantarlo, y entonces se colocó delante de la puerta del copiloto.

—No dejaré que...

Él la levantó, la colocó a un lado y abrió la puerta.

Metió la llave en el contacto y, sin saber qué hacer, desesperada, Jacki se le subió al regazo.

—Maldita sea, Gregor, hablo en serio.

—Yo también. Muy en serio. Ese gilipollas no tiene por qué fijarse en tu cuerpo, y mucho menos hacer comentarios al respecto; y de ninguna manera debería meterte en la cabeza que necesitas que ningún medicucho te haga ninguna operación.

Pese a tenerla encima, Gregor giró la llave y puso el motor en marcha. El pánico se apoderó de Jacki.

—¡Gregor, por favor!

Él se detuvo y se quedó mirándola con fijeza durante un momento, en medio de un tenso silencio, hasta que, finalmente, preguntó:

—¿Por favor, qué?

Una inquietante sospecha se apoderó de ella. ¿Le habría estado tomando el pelo? Ya no parecía tan enfadado, pero no podía estar segura.

—Por favor, no te pongas así.

Gregor se mantuvo en silencio. La verdad era que a Jacki le había gustado cómo la había defendido, especialmente en algo que la hacía sentir tan insegura como mujer.

—Por favor, no te pelees con Roger.

—¿No sabes que no te hace falta ninguna maldita operación?

—Sé que tú crees que no, pero —dijo poniendo en ello mucho énfasis— si yo decido que quiero hacérmela, lo haré.

—Por mí, bien. Siempre y cuando sea porque lo desees y no porque creas que lo necesitas.

Qué dulce.

—De acuerdo.

Gregor no había terminado.

—¿Y por qué te preocupa que le rompa la cara a Roger? Tenía la impresión de que no te gustaba mucho.

—Y no me gusta. O bueno, no me gustaba. Pero me he dado cuenta de que Cam ama de verdad a ese imbécil, y eso lo cambia todo.

—¿Te lo ha dicho ella?

Parecía verdaderamente sorprendido.

—Sí. Lo sé. Es una locura, pero es cierto. Supongo que Roger debe de tener algo que se me ha pasado por alto.

—¿La piel de serpiente? ¿Los dientes afilados? ¿Qué?

Jacki apretó los labios.

—No debería haberte contado lo de su ofrecimiento.

Gregor volvió a fruncir el cejo con la misma ferocidad de antes.

—Deberías habérmelo dicho antes.

Vale. Tal vez fuera hora de presionar un poco. Jacki ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Y eso por qué?

Para su sorpresa, Gregor no se arredró. La miró a los ojos, le tomó el rostro entre las manos y la besó. Un beso largo, húmedo y profundo. Jacki dejó que su cuerpo se relajara contra el de él, y le devolvió el beso. Él se apartó finalmente y le rozó la nariz con la suya.

—Por esto. Hay algo entre nosotros. Algo grande.

La esperanza brotó dentro de Jacki.

—¿De verdad lo crees así?

Por su parte, Jacki sabía que ella ya estaba medio enamorada de aquel enorme zoquete. Puede que algo más que medio enamorada.

Gregor asintió.

—Lo sé. —Plantó la palma de la mano sobre el pecho de Jacki otra vez y se lo acarició. Acto seguido, visiblemente decidido, la levantó y la ayudó a sentarse en el asiento del copiloto—. Mañana, el mes que viene o dentro de un año, seré el primero, cariño. Cuenta con ello.

Jacki le sonrió desde lo más profundo de su corazón y se abrochó el cinturón con manos temblorosas.

—Vale.

—No vas a hacerte ninguna estúpida operación, ¿verdad?

—No. Ya había decidido no hacerlo, porque sé que Cam lo consideraría una deuda añadida.

—Olvídate del dinero, maldita sea. Tú...

—Y además —lo interrumpió Jacki, sofocando un nuevo estallido de cólera—, ya había decidido que si a alguien no le gusto como soy, mala suerte. No voy a cambiar.

—Aleluya —exclamó Gregor, y recorrió con la mirada todo su cuerpo y terminando con un agudo silbido—. Bastante tentadora eres ya.

—Gracias. ¿Y qué pasa con Roger?

Gregor metió la marcha y se pusieron en camino.

—Lo dejaré en paz por esta vez, después de explicarle que eres mía.

«Vaya un posesivo.»

—¿No vas a hacerle daño?

—No. Sería como pegarle a un cachorro. No me sentiría bien.

Eso no era lo que había dicho un momento antes, de modo que Jacki decidió decirle lo que pensaba.

—Me alegra saberlo, porque no podría estar con alguien que pega a la gente sólo porque no le gusta lo que hacen.

Gregor entornó los ojos.

—¿Te molesta que pelee?

—Lo que me molesta es que se abuse de la gente. —Ladeó la cabeza—. Me encantaría verte pelear. No en vídeo, en directo.

Gregor pensó en ello.

—Podría arreglarlo. De hecho, la idea de tenerte cerca me parece perfecta —dijo él, sonriéndole—. Será mejor que no esté muy lejos cuando decidas que ya has sido casta durante bastante tiempo y estés preparada para dejar de serlo.

Jacki se rió de buena gana, pero lo cierto era que ya estaba preparada. Lo único que le faltaba era encontrar el momento adecuado para decírselo.

CAPÍTULO 19

El sol se hundía en el cielo, extendiendo un manto rojizo por todo el horizonte. Dean aplicó unos últimos toques de asfalto sobre las esquinas sueltas de las tejas alrededor de las rejillas de ventilación.

Se acababa de limpiar las manos y se estaba poniendo en pie cuando notó que alguien lo observaba.

Tratando de mostrar despreocupación, escudriñó la zona que lo rodeaba y no vio a nadie. Pero lo sentía. De eso no tenía duda. Lo recorrió un escalofrío. Pensó en el travesaño roto y en sus neumáticos deshinchados, no quería correr riesgos. Con cautela, empezó a bajar por la escalera, prestando atención en todo momento a su alrededor.

La casa estaba en silencio. No había nadie. Roger había llamado por teléfono y Cam se había ido al trabajo antes de lo habitual. Con su bendición, Jacki y Gregor estaban fuera desde hacía horas, supuestamente a practicar con el cambio manual del coche, aunque él imaginaba que tendrían en mente algo más que eso.

Dean se había hecho a la idea de Gregor con su hermana, especialmente después de ver cómo ésta lo afectaba. Y mientras estuviera con él, sabía que Jacki no correría ningún peligro. A la luz de los últimos acontecimientos, eso era importante.

No mucho después de que los demás se hubieran marchado, Lorna había regresado a casa. Su disgusto al ver que sólo estaba allí Dean había sido extremo.

Bruja loca.

Con su agudo tono de voz había exigido saber cuánto tiempo se quedaría y, al darse cuenta de que tendría que estar a solas con él en la casa durante varias horas, se había ido echando chispas. Dean debería haberse sentido culpable, Lorna parecía más cansada de lo habitual; supuso que su intromisión, así como las dificultades económicas y los problemas de la vivienda, estaban haciéndole mella. No era una mujer joven y fuerte, y, de pronto, las cosas no funcionaban como ella quería.

Sin embargo, no se sintió culpable. Tenía muchas ganas de encontrar una oportunidad de decirle a Lorna lo que pensaba de ella y de sus habilidades maternas, de modo que mejor que se hubiera ido, porque, a pesar de su agria personalidad, sus hermanas se preocupaban por ella. Eso le dificultaría a Dean despacharse a gusto.

Ocultándose en las sombras de la casa, comprobó la hora. Eve ya estaría en casa, y se la imaginó como la había encontrado la noche anterior, hecha un ovillo en el sofá, con ropa cómoda; tan suave y cálida. Pensar en ella le aceleraba el pulso. Y se dio cuenta de que estaba sonriendo. De anticipación. De placer.

Unas horas antes, ese mismo día, le había dicho que quería mudarse a su casa para estar más cerca en caso de que pasara algo. Después de contarle lo de la escalera, ella se había tomado la sugerencia en serio y había aceptado. En el fondo, Dean pensaba que ambos sabían que era una excusa fácil, pero los dos tenían intención de aprovecharla.

Eve comprendía que, por el momento, no quisiera contarle a nadie sus sospechas. No porque no confiara en sus hermanas, pero cuanto menos gente lo supiera, menos posibilidades habría de que Roger se enterara. Y, como sospechoso número uno, no quería que lo hiciera, para ver si así daba un paso en falso. Como mejor amiga de Cam, aquello resultaba un problema para Eve, pero le había prometido no decir nada.

Guardó las herramientas y la escalera, lo limpió todo y cerró la casa con llave. Sintiendo todavía observado, se dirigió a su coche. Una vez dentro, puso el aire acondicionado y llamó a Eve.

—¿Sí?

El tono meloso, casi adormilado, de su voz, lo hizo sonreír.

—Hola. ¿Tienes hambre?

—Mmm. No lo sé. ¿Qué tienes en mente?

Dean no pensaba más que en acurrucarse en el sofá con ella, pero dijo:

—Si te apetece podemos salir. Recuerdo que te prometí algunas citas.

—Y tengo intención de que lo cumplas.

—O bien puedo llevar algo a casa.

La palabra «casa» quedó flotando entre los dos rebotando de un significado silencioso y emotivo.

Al cabo de un momento, Eve dijo:

—Si quieres que salgamos, puedo ponerme unos vaqueros.

¿Significaba eso que no llevaba nada en ese momento? Dean se representó una provocativa imagen mental y su voz adquirió un tono ronco.

—Lo que tú quieras.

—¿En serio no tienes una preferencia?

—En serio —mintió él.

—Entonces cenemos aquí. He estado viendo otro de tus combates, a cámara lenta. ¿Crees que podrías enseñarme alguno de esos movimientos?

La anticipación embotó el resto de sus sentidos.

—Sí —se forzó a decir, saboreando la idea—. Puedo hacerlo.

El móvil lo avisó de una llamada entrante. Dean la ignoró.

—Iré primero por el hotel a recoger algunas cosas y a darme una ducha. ¿Qué quieres que lleve para cenar?

—Sorpréndeme —contestó ella. El timbre de la llamada entrante sonó otra vez—. ¿No vas a contestar?

—No.

—Podría ser Cam o Jacki.

Dean miró el número que aparecía en la pantalla y dijo:

—Probablemente no.

—¿Quién es?

—No lo sé. No reconozco el número.

—Dean, contesta, podría ser importante.

La insistencia de Eve no lo molestaba. Justo lo contrario; por alguna razón hacía que su relación pareciera más oficial.

—Quienquiera que sea ha colgado. No te preocupes. Si fueran Jacki o Cam porque tuvieran un problema, te llamarían a ti a continuación, ¿no crees?

—Probablemente.

Dean echó un vistazo al retrovisor. Seguía sin ver a nadie. Metió la directa.

—No tardaré.

—Estoy impaciente —respondió ella con voz suave.

En lo alto de la colina que se elevaba detrás del hotel, Roger se sentó en el suelo, sobre la alfombra de hojas muertas. Los insectos nocturnos empezaban a agitarse, pero no les prestó atención.

No le importaba haberse llenado de barro los zapatos, ni que los pantalones del traje se le hubieran enganchado varias veces con las ramas de los arbustos.

Nada tenía importancia ya para él.

Se le estaba agotando el tiempo. Si realmente quería cambiar las cosas, tendría que darse prisa.

Pero ¿qué podía hacer? Lo había intentado y había fracasado.

Cerró los ojos con fuerza y recordó la reacción de Cam al pedirle de nuevo que se casara con él. La había presionado, ahora lo sabía. Pero ¿qué otra cosa podía hacer cuando todos sus planes se estaban derrumbando a su alrededor?

Vio la dulce pero triste sonrisa de Cam. Vio la mirada apenada en sus ojos. Incluso antes de recibir el no, el rechazo había empezado a resonar en su cabeza. Alejarse de ella parecía la única opción posible. Cam lo había estado llamando después, pero él no había querido oír sus palabras de consuelo, sus excusas. Ya no. Su condenado hermano tenía la culpa de que todo hubiera cambiado.

Era un cabrón.

Se apoyó contra un árbol y se quedó mirando el hotel al pie de la colina. Desde aquel punto elevado podía ver el aparcamiento lleno, las luces que se encendían automáticamente, una a una. Vio los coches pasar, y la gente que entraba y salía.

Sabía lo que tenía que hacer.

La rabia, la decepción y el remordimiento le quemaban en las venas. No habría querido llegar a ese extremo, pero Cam no le dejaba otra opción. Toda su vida había tenido que aguantar que los demás lo jodieran. Había tenido que soportar que le quitaran lo que por derecho le correspondía, lo que merecía. Lo que deseaba.

Pero se había terminado.

Estaba contra la pared. Ya no tenía nada que perder.

Cuando Dean salió de la habitación del hotel se encontró a Gregor apoyado contra la pared, esperándolo. Antes de que pudiera preguntar nada, Gregor dijo:

—Ya era hora. —Y echó a andar a su lado—. Habría llamado a la puerta, pero no recordaba el número de tu habitación.

—¿Ocurre algo malo?

—Si consideras malo que tu hermana quiera operarse, entonces sí.

Dean se volvió tan de prisa que Gregor retrocedió un paso, sorprendido.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Jacki está enferma? ¿Herida?

—No. mierda. Cálmate, ¿vale? No pretendía asustarte.

¿Asustarlo? Había hecho algo más que asustarlo. Dean frunció el cejo y mentalmente recuperó el control.

—¿De qué operación se trata?

—No va a hacérsela. Al menos por ahora.

—Gregor —dijo Dean, con un tono que obligó al otro a desembuchar.

—Roger iba a pagarle una operación de aumento de pecho.

De todo lo que Gregor podría haberle dicho, Dean jamás habría esperado aquello. Por el amor de Dios, ni siquiera quería pararse a pensar en si Jacki tenía pecho o no. Pero que Roger estuviera involucrado, que se hubiera atrevido a sugerir...

Dean echó a andar con determinación.

—Voy a matar a ese hijo de puta.

—De eso nada, tío —espetó Gregor, apresurándose a sujetarlo—. Si alguien va a matarlo, ése seré yo.

Dean no disminuyó el paso.

—Entonces ¿para qué coño me molestas contándomelo?

—Jacki me hizo prometer que no lo mataría.

Dean se echó a reír.

—Eso es problema tuyo. Yo no le he prometido nada.

Sonriendo de oreja a oreja, Gregor dijo:

—Eh, en eso tienes razón. Pero espera un poco, déjame mirar al menos.

Llegaron al vestíbulo, que encontraron vacío. Una vez más.

Dean se acercó como un rayo al mostrador de recepción y golpeó con furia la campanilla hasta que un joven se acercó. Pero éste no sabía dónde estaban Cam o Roger, y este último no respondía a su busca. El joven se ofreció a darle cualquier mensaje, pero Dean rechazó el ofrecimiento. Frustrado, se pasó una mano por el pelo mientras consideraba las alternativas, y llegó a la disparatada conclusión de que, tal vez, primero debiera discutir aquello con Eve. Ella conocía a Jacki mejor que él. Sería racional en vez de emocional, como sabía que lo era él.

Con esa idea en la cabeza, salió del hotel, olvidándose de que Gregor le pisaba los talones.

—Espera un poco, ¿quieres?

Dean se detuvo, cerró los ojos y se volvió muy despacio.

—¿Y ahora qué?

—Quiero saber qué tienes en mente.

—Aún no lo sé —contestó Dean, dirigiéndose a su coche. Esta vez lo había aparcado más cerca del edificio, debajo de una farola. Y, sin poderlo evitar, dijo con tono acusador y bastante enfadado—: Pero ¿en qué demonios estaba pensando Jacki?

Gregor encogió un hombro.

—En que necesitaba tener más pecho para atraer a los hombres, supongo.

Dean se quedó mirándolo.

—No tiene mucho pecho, pero eso a mí no me importa; claro que ella no lo sabía... —continuó Gregor.

—Olvida que te lo he preguntado —lo interrumpió Dean mientras abría la puerta del coche. La cabeza le daba vueltas. Como si no hubiera dicho nada, Gregor se apoyó contra el coche y siguió hablando.

—Le dije que ya es condenadamente sexy tal como es.

—Gregor...

—Como eres su hermano, probablemente no lo veas, pero es muy sensual.

—¿Quieres que te mate a ti también?

Gregor negó con la cabeza, pero no pudo contener la sonrisa.

—Creo que se ha convencido, porque me ha dicho que se ha olvidado ya de ese asunto de cortar y pegar plástico.

«Santo Dios.»

—Ni una palabra más.

—¿Sabes?, nada me gustaría más que ver al bueno de Rog aplastado como una cucaracha, pero creo que para Jacki es importante que no se le haga nada a ese tipo.

Un tema de conversación más seguro. Dean pudo relajarse.

—Sí. Probablemente Cam esté enamorada de él, por eso Jacki quiere protegerlo.

—Joder, Huracán, qué astuto eres.

Con un humor de perros, Dean se volvió hacia Gregor.

—¿Me estás haciendo la pelota para que pelee contigo?

—No. Claro que no. Lo digo porque eso fue exactamente lo que dijo Jacki. —Sonrió—. Creo que la conoces bastante bien ya, ¿no?

Dean iba a decirle a Gregor lo que podía hacer con sus observaciones, cuando un insecto, del tamaño de un mamut a juzgar por el ruido que hacía, le pasó zumbando junto a la oreja. Soltó un improperio, trató de apartar al bicho y, un segundo después, Gregor se le lanzó encima con todo el peso de su cuerpo.

Como lo pilló por sorpresa, no tuvo problema alguno para tumbarlo, pero no le resultaría tan fácil mantenerlo allí.

Dean reaccionó por instinto. Nada más caer al suelo se revolvió de manera que quedó encima de Gregor. Le sujetó los gruesos brazos bajo su cuerpo y las piernas con las botas, inmovilizándolo eficazmente.

—¿Has perdido la jodida cabeza? —preguntó Dean con voz calmada, mirando de cerca y con fijeza a Gregor.

Éste forcejeaba debajo de Dean sin poderse liberar, hasta que por fin dijo con voz entrecortada:

—Disparos.

Confuso, Dean frunció el cejo, y una bala impactó en el suelo, justo a la derecha de ambos, haciendo saltar la grava y... pintura azul.

—Oh, mierda.

Los dos hombres rodaron como si fueran uno y se ocultaron detrás del coche de Dean. Éste tenía el móvil ya en la mano cuando Gregor dijo con tono de censura:

—Malditos crios.

—¿Crios? —repitió Dean, esperando a que la policía respondiera a su llamada.

—¿Crees que es otra cosa? Era una bola de pintura lo que nos han lanzado, ¿no? —Gregor movió la cabeza a un lado y a otro—. No me importa confesarlo, me he llevado un susto de muerte. Creía que era una arma de verdad. Y el primer disparo te ha pasado rozando la oreja.

—Si ésta es tu manera de explicar por qué te has tirado encima de mí, no es necesario que lo hagas.

Gregor se tiró de la oreja.

—Lo que digo es que... escucha: se han acabado los disparos.

Dean se quedó mirándolo.

—Tal vez sea porque su objetivo, es decir, nosotros, se ha escondido.

Finalmente, la policía respondió a su llamada y, en cuestión de diez minutos, apareció un coche patrulla con las luces y las sirenas de emergencia encendidas. La gente salió del hotel para ver de qué iba todo aquel barullo.

Y Roger seguía sin aparecer.

Pero ¿cómo podía señalarlo con el dedo sin contar con más pruebas? ¿Más?

Demonios, pero si no tenía ninguna. Ninguna que contara realmente. Por ese motivo, dejó que la policía llegara a sus propias conclusiones mientras él llamaba a Eve para decirle que llegaría tarde y por qué. Terminó de hablar con ella justo a tiempo de ver a Gregor hablando en susurros a través de su propio teléfono.

—¿Jacki?

Gregor asintió, dijo algunas cosas más y se despidió.

—Qué mala suerte que Cam no tenga móvil. También podrías llamarla a ella —observó Gregor.

¿Que Cam no tenía móvil? Eso era nuevo para Dean. Su sorpresa debió de resultar evidente porque Gregor optó por explicarse más.

—Le he pedido a Jacki el número de su hermana y me ha dicho que ninguna de las dos tiene móvil. No les gusta tener que pagar facturas fijas todos los meses.

Dean puso los brazos en jarras y se alejó. No era que no les gustaran las facturas mensuales, más bien era que no podían permitírselas.

Si no hubiera estado tan ocupado tratando de mantener las distancias con Cam y Jacki, puede que se hubiera dado cuenta. Así podría haber...

Sus pensamientos se desplazaron ligeramente hacia otro punto. Cam se había mostrado disgustada por el dinero que él se había gastado en el tejado y en el coche, y encima Dean tenía la intención de hacer más reparaciones en el interior de la casa.

¿Cómo demonios iba a convencerla para que además tuviera móvil y le dejara a él pagar la factura? ¿Y por qué estaba tan desesperado por hacerlo? Pero él ya sabía la respuesta. Eran sus hermanas.

Habían pasado veinte años sin verse y, aun así, era como si ninguno de esos días importara. Ya no.

Tal vez fuera eso lo que significaba tener una familia. Cam nunca había tenido dudas sobre la conexión entre ellos. Desde el principio, lo había tratado como el hermano del que la habían separado, y había confiado en que él le dejara hacerlo.

Él se había resistido, pero ahora tenía que admitir que Cam había ganado.

Demonios, cómo deseaba hablar de ello con Eve.

El agente Ramsey, un policía veterano con veinte años de servicio, se acercó a él mientras su compañero se encaminaba hacia la multitud que se había congregado allí.

—Hemos examinado la zona, pero ya sabe como es esto. Sólo hemos encontrado unas bolas de pintura. Probablemente las hayan disparado desde algún punto en lo alto de la colina. Quiquiera que haya sido, podría verlos a ustedes aquí, a la luz de las lámparas de seguridad, mientras que él se mantenía oculto en las sombras.

—Bastardo cobarde —murmuró Dean, más convencido que nunca de que Roger era quien estaba detrás de aquello.

—¿Cree que ha sido cosa de crios? —preguntó Gregor.

El policía se encogió de hombros.

—No importa. Sigue siendo una agresión grave. Uno de ustedes, o los dos, podrían haber resultado muertos.

Gregor se burló del comentario.

—¿Con una pistola de juguete?

Con una seriedad que no admitía réplica, el policía se metió debajo del brazo el cuaderno en el que estaba tomando nota, y se dispuso a echarles una charla.

—En mis tiempos se llamaban pistolas de aire comprimido. Y sé de muchos chicos que se hicieron daño con uno de esos chismes. Los hubo que se quedaron ciegos. Ahora, la pistola de bolas de pintura ha pasado a ser el arma letal de los crios.

—¿Letal? —repitió Gregor.

—Este año se han vendido en nuestro país más de tres millones de esos condenados trastos. Y el hecho de que utilicen aire comprimido en vez de pólvora para lanzar sus proyectiles no las hace menos peligrosas que un arma de fuego convencional. Sin embargo, como la gente las considera juguetes, no toman las precauciones necesarias al respecto.

—No lo sabía —dijo Gregor, mostrándose avergonzado tras la bronca.

—¿Quiere algunas estadísticas? —Ramsey levantó un dedo—. Aquí tiene estadísticas: La velocidad inicial de una pistola de bolas de pintura puede variar entre los cuarenta y cinco y los trescientos sesenta y cinco metros por segundo. En una pistola tradicional es de doscientos treinta a cuatrocientos veinticinco metros por segundo.

Dean soltó un silbido.

—No hay mucha diferencia.

El agente sacó otro dedo y siguió con la cuenta.

—Producen más de veinte mil heridas graves y, aproximadamente, cuatrocientas muertes cada año.

Gregor se frotó la nuca, incómodo con aquella reprimenda.

Ramsey sacó un tercer dedo, acompañado de una recalcitrante mirada.

—La mayoría de esas lesiones y casi todas las muertes son de chicos menores de quince años.

Dean sintió lástima de Gregor y le dio unas palmaditas en el hombro al policía.

—Debe de ser muy duro tener que enfrentarme a eso.

—Y que lo diga. Y me paso la vida viendo a todos esos padres que se empeñan en decir que se trata de juguetes. Si de mí dependiera, estarían fuera del mercado. Así no tendríamos que bregar con esa mierda. —Con la mano, indicó la mancha de pintura que había quedado en el aparcamiento del hotel.

Gregor se aclaró la garganta.

—¿Qué posibilidades hay de encontrar al chaval que lo ha hecho?

—Prácticamente ninguna, y mucho me temo que debe de haber salido de la ciudad. No tenemos testigos, y nada que nos sirva como prueba. Quienquiera que les haya disparado, hace rato que ha desaparecido. Y no puedo registrar a todos los chavales que tienen una de esas armas. Pero estaré atento, y si me entero de algo se lo haré saber.

Dean le estrechó la mano.

—Lo entendemos. Gracias por venir tan rápido.

—Ojalá pudiéramos hacer más.

Al marcharse los policías, Dean miró hacia el hotel.

Lo cierto es que se alegraba de que no tuvieran ninguna pista. Quería enfrentarse a Roger él solito.

Cuando Dean llegó por fin a casa de Eve, ésta estaba hambrienta. Lo miró al entrar en el vestíbulo y lo rodeó con sus brazos. Era extraño cómo todo su mal humor se había evaporado nada más tocarlo ella. Dean hizo lo posible por devolverle el abrazo, teniendo en cuenta que llevaba entre ellos un cubo de pollo frito y una bolsa con varias salsas para acompañar.

—Hola —saludó—. ¿Estás bien?

Eve dio un paso atrás para mirarlo.

—¿Estás loco? Pues claro que estoy bien. Sólo te estaba ofreciendo consuelo, después del horrible día que has tenido.

Al esbozar Dean aquella sexy sonrisa que Eve había llegado a adorar, se le borró un poco el cansancio del rostro.

—Conque consuelo, ¿eh? —Retrocedió un paso para mirarla de arriba abajo—. ¿Cómo consigues estar siempre tan sexy?

Ella sonrió. Por él, se había puesto el pijama de camiseta de tirantes a rayas blancas y rosa, a juego con un pantalón corto de florecillas.

—Siempre no. Una vez tuve la gripe —dijo, cogiendo la comida y encaminándose hacia la cocina—. Tenía fiebre y vomitaba cada diez minutos. Me sentía tan mal que no tenía fuerzas ni para cepillarme el pelo. Créeme, fue algo muy desagradable.

—Ojalá hubiera estado aquí para ayudarte.

Eve sintió que el corazón le daba un vuelco. Sí, Dean habría sido de gran ayuda. Y conociéndolo, no creía que hubiera puesto ninguna pega a su repelente aspecto de entonces. Era un hombre tan llano, con un comportamiento tan natural ante la vida y sus desafíos, que probablemente habría sabido cómo ocuparse de la situación sin problemas.

—Después del día que has tenido, podríamos habernos hecho unos sandwiches. No era necesario que pararas a comprar comida.

—Quería hacerlo.

Cuando levantó los brazos para abrir el mueble y sacar los platos, Dean la estrechó desde atrás. Acercó la nariz a su nuca y le susurró:

—Te he echado de menos.

Eve sintió un nuevo vuelco. Si seguía así, dentro de poco iba a sentirse mareada. Con los platos en la mano, se volvió hacia él y le sonrió para suavizar lo que iba a decir.

Dean la miró y suspiró.

—Vale. ¿De qué se trata?

Su intuición la sorprendió, pero no vaciló.

—Creo que deberías decirle a Cam lo que está pasando.

—Aún no —respondió él, besándole la nariz. A continuación, cogió los platos y los llevó a la mesa.

—Pero esto se está volviendo más grave. Estropearle las ruedas del coche es una cosa. Provocar una caída de una escalera y dispararte... ¡Podrías haber perdido un ojo!

—O algo peor, lo sé. —Abrió el cubo de pollo y metió la nariz—. Estoy hambriento.

—Dean —dijo Eve con exasperación—, es tu hermana. Tienes que confiar en ella.

—No. No tengo que hacerlo —repuso él, mirándola de soslayo.

—¡Pues deberías!

—Ella cree que está enamorada de Roger. No sería objetiva en esto —contestó mientras sacaba los cubiertos de un cajón y los ponía en la mesa.

Eve pensó que era muy agradable ver cómo Dean colaboraba. No sería propio de él sentarse delante de la televisión mientras los demás, en concreto una esposa, hacían las tareas.

Y eso era lo más peligroso que jamás se le había pasado por la cabeza.

—Lo sé. Me lo ha dicho. Pero Cam no es una mujer que se tome el amor a la ligera —observó Eve, sentándose después de sacar un par de refrescos de la nevera.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que no sólo lo cree. Está enamorada de él.

Dean se dejó caer en su silla.

—Ahí lo tienes —dijo con suficiencia.

Eve frunció el cejo ante su actitud, pero no se arredró.

—Dudo mucho de que Cam pudiera amar a un hombre capaz de hacer lo que estás sugiriendo.

—Lo sabía.

Visiblemente enfadado ahora, Dean sirvió una montaña de ensalada de patata en un plato y se lo puso a Eve delante.

Ella echó una ojeada a aquella enorme cantidad de comida, suficiente para dos hombres adultos, y movió la cabeza.

—¿Qué es lo que sabías?

—Que te tomarías esto como una mujer.

—Será porque soy una mujer. Pero eres consciente de que yo podría decir lo mismo de ti, es decir, que lo ves desde el punto de vista de un hombre.

—¿Y cuál es ese punto de vista?

—Que Roger no te gusta, que no quieres que tu hermana se case con él, y por eso tiene que ser el villano de la historia.

Dean terminó de masticar el pollo que tenía en la boca, tragó, dio un sorbo a su refresco y la señaló con el tenedor.

—Lo cierto es que lo estoy mirando desde una perspectiva lógica. La gente rara vez hace nada sin un motivo.

—Todo lo que te ha sucedido no tiene por qué estar necesariamente relacionado.

—Yo no creo en las coincidencias. No cuando se trata de tres seguidas.

Eve se detuvo para organizar sus ideas y pensar en otra estrategia.

—Veo cómo se mueve la maquinaria de tu cerebro mientras piensas —observó Dean—. Pero te advierto que no es fácil manipularme.

Ella desechó el comentario con un gesto de impaciencia.

—¿Y si llegamos a un acuerdo?

—¿De qué tipo?

—Dejemos que pasen unos días. Si no ocurre nada, le cuentas a Cam tus sospechas. Confía en que tendrá suficiente sentido común como para saber diferenciar entre un hombre bueno y uno malo. —Sonrió con dulzura—. Después de todo, a ti te caló desde el primer momento.

En opinión de Eve, Dean ponderó la sugerencia durante demasiado rato. Ya iba a tirarle un hueso de pollo cuando aceptó.

—Está bien. Tengo a alguien haciendo averiguaciones sobre el pasado de Roger, y hasta que tenga noticias tuyas, no quiero decir nada.

Eve se reclinó en la silla y lo miró atónita.

—Espero que sea una broma.

—En absoluto. Pero hay otra razón. También había pensado que tú conoces a las chicas mejor que yo.

—¿Las chicas? —se burló ella, enarcando una ceja como si la hubiera ofendido.

—Mujeres. Hermanas. —Dean movió la cabeza a un lado y a otro—. Cam y Jacki. Estoy empezando a conocerlas, pero sé que se me escapan muchas cosas. Supongo que entre el tiempo que pase en la casa ocupándome de las reparaciones que quiero hacer y el que pase hablando contigo, podré hacerme una idea mejor de cómo manejarlas.

—¿Manejarlas?

Dean le echó una mirada mientras cogía otro trozo de pollo.

—No haces más que repetir lo que digo.

—Sólo las estupideces.

—¿Vas a comer o no?

Eve bajó la vista hacia su plato y observó la pequeña cantidad que faltaba de la enorme montaña de comida que Dean le había servido.

—He comido. Es sólo que no soy una glotona. Es imposible que pueda comerme todo esto de una sentada.

—Lo siento. Come lo que quieras y después te enseñaré esos movimientos que querías aprender.

—¿Seguro que te apetece hacerlo?

—Seguro. —La miró con sus ojos castaños cargados de promesas sensuales—. ¿Alguna preferencia?

Sin dudarle, Eve dijo:

—Quiero aprender a hacer una presa de inmovilización de brazo, un estrangulamiento con el codo desde atrás y la técnica Kimura.

Dean volvió a sonreír muy lentamente.

—Has estado viento combates, ¿no?

—Y he aprendido mucho. Cuando me enseñes unas cuantas cosas, tengo la intención de darle a ese hermano mío la sorpresa de su vida.

El teléfono sonó mientras Dean seguía carcajeándose. Eve se excusó para ir a contestar, pensando por el camino lo agradable que era verlo así, bromeando, relajado. El sonido de su risa la hizo sonreír por dentro y por fuera.

Pero ésta se desvaneció en cuanto oyó la voz alterada de Cam.

Tras hablar con ella unos minutos, Eve se ofreció a ir a su casa. Se habían consolado mutuamente muchas veces, y ningún hombre, ni siquiera su hermano, por muy buenas intenciones que tuviera, podría cambiar eso. Pero Cam sabía que Eve estaba con Dean, e insistió en que sólo deseaba meterse en la cama.

Eve regresó a la mesa con el cejo fruncido.

—¿Ocurre algo?

«Probablemente demasiadas cosas.»

—No te va a gustar.

—Cuéntamelo de todos modos.

En vez de alargar lo inevitable, Eve apoyó un codo en la mesa y le explicó lo que sabía.

—Roger le pidió a Cam que se casase con ella. Otra vez. Cam se negó. Otra vez. Pero esta vez Roger no se lo tomó tan bien.

Medio levantado ya de la silla, Dean preguntó:

—¿Qué le ha hecho ese cabrón?

—Nada de lo que estás pensando. No le gritó ni la presionó. Sólo se marchó. Lisa y llanamente. —Eve no podía evitar sentir lástima de él— Cam dice que parecía desolado.

Dean resopló con desdén.

—Unas cuantas horas después, recibió un mensaje escrito de su puño y letra.

Eve comprendía la reacción de Dean, porque no hacía mucho, también ella despreciaba a Roger. Siempre con aquella actitud tan agresiva y controladora, alguien tan distinto de Cam.

Pero a través de ésta, había empezado a ver a Roger con otros ojos. Si su amiga lo amaba, y así era, no podía ser tan malo.

—La nota decía que se iba a tomar unos días libres, y que se pondría en contacto con ella cuando regresara. Cam está desesperada, y se siente culpable por no haberse explicado bien. No sabe adonde ha ido, y no responde a sus llamadas.

Dean se levantó y miró hacia la oscuridad a través de la ventana.

—¿Cuándo ha ocurrido?

Parecía tan perdido en sus pensamientos que Eve se acercó y se apoyó contra él.

—Como una hora antes de que alguien te disparara.

Dean no dijo nada, sino que se guardó para sí lo que pensaba. Eve trató de animarlo a que hablara con ella.

—¿En qué piensas?

Con la despreocupación de alguien acostumbrado a ese gesto, Dean le rodeó los hombros con el brazo, y ella se acomodó contra su cuerpo.

—Que este súbito viaje de Roger no es más que una tapadera. Que debe de estar planeando algo más. —Entonces la miró—. No sé qué puede ser, ni por qué. Y no descansaré hasta que lo averigüe.

CAPÍTULO 20

Los tres días posteriores a la desaparición de Roger transcurrieron sin incidentes. Aun así, Dean no era capaz de relajarse, y decidió pasar más tiempo con Cam y con Jacki. Trabajaron juntos en la casa, comieron y nadaron. En lo que a fortalecer su relación se refiere, cada día parecía más bien un año. En un abrir y cerrar de ojos, Dean empezó a tener recuerdos de sus hermanas; algunos de reciente creación, y otros que compartieron de cuando eran niñas y Lorna era su tutora.

Cam contó historias increíbles de Jacki, cosas que sonaban horribles y angustiosas, lo que probablemente sería lo que a Cam le habrían parecido, siendo como era una mujer tan maternal.

Por su parte, Jacki miró a Cam describiéndola como una estricta profesora de colegio o un muermo de bibliotecaria. Ninguna de las dos se ofendió; en vez de eso, se rieron la una de la otra. Ambas se mostraban un afecto abierto y sincero, y confiaban en el amor que se profesaban. Dean envidiaba su cercanía, y también se deleitaba con ella.

Cuando bajaba la guardia, se sentía parte de ello.

De no ser por la preocupación y la falta de la alegría habitual en Cam, habría sido perfecto. No era que Cam se quejara, ni que se pasara el día haciendo pucheros. Su orgullo no se lo permitiría. Pero Dean notaba que sus sonrisas no eran tan resplandecientes, y que nunca alcanzaban sus ojos. Quería hablar con ella de Roger, y de las sospechas que tenía respecto a su marcha, pero demonios, no sabía cómo hacerlo sin angustiarla aún más.

Cam no era la única hermana que le preocupaba. Su otro motivo de inquietud tenía que ver con Jacki, más específicamente con la manera en que Gregor vigilaba todos y cada uno de sus movimientos con una mirada que cualquier hombre reconocería. Odiaba admitirlo, pero después de todo se había convertido en el típico hermano mayor, y lo cierto era que no había sido tan difícil. Su determinación de no permitir que surgiera ningún tipo de lazo con ellas no había servido de nada frente al contagioso encanto y la calidez de sus hermanas.

El siempre se había vanagloriado de conocerse a sí mismo. Aceptaba quién era y lo que quería. Afrontaba sus debilidades y conocía sus puntos fuertes. Pero estando con Jacki y Cam no se reconocía. Lo que creía que quería, cambiaba a medida que pasaba tiempo con ellas. Su futuro, antes claramente diseñado, ya no le parecía tan atractivo. Le gustaba estar con Jacki y con Cam, pero no le gustaba la forma en que aquello lo debilitaba.

Pasar las noches con Eve ayudaba. La había enseñado a hacer algunos movimientos, y, a veces, cuando forcejeaban, ella lo sorprendía. No porque tuviese ninguna posibilidad de vencerlo, por supuesto, pero era rápida y recordaba cada detalle. Por cada «combate» que perdía físicamente, Eve conseguía una situación de empate, ya fuese gastándole bromas por lo mucho que se preocupaba de sus hermanas, o bien instándolo a involucrarse más en sus vidas, lo cual los dejaba en tablas. Su actitud hacía del proceso de recuperación del afecto menos chocante y más natural.

Si por ella fuera, él se mudaría a Harmony y viviría bajo el mismo techo que sus hermanas, y hablaría con ellas de todo, desde sus períodos menstruales hasta la talla de sujetador que usaban, pasando por la última moda en ropa.

Eve afirmaba que los hermanos debían poder compartirlo todo, y contar los unos con los otros en cualquier situación.

Sabiendo que ella tenía esa relación con su hermano, Dean confiaba en su juicio. Sin embargo, eso no hacía más fácil la tarea de fortalecer los lazos con sus hermanas, siendo como era un hombre que siempre se había considerado un hombre libre.

—¿Cuándo volverás a pelear?

Sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, Cam observaba cómo Dean reparaba el techo de la habitación de Lorna. Tenerla allí, charlando de cosas sin importancia, debería haberle resultado un fastidio. Con otras mujeres —mujeres que no eran para él en absoluto como hermanas— no había sentido el más mínimo interés en conocerlas. Sin embargo, la camaradería que iban creciendo entre Cam y él le encantaba.

Lorna se había mantenido alejada de Dean casi todo el tiempo, pero ese día no dejaba de acecharlo, mirando a hurtadillas constantemente dentro de la habitación, donde se encontraba trabajando, y siempre con expresión ceñuda. Probablemente esperase pillarlo hurtándole algo del joyero, o rebuscando en su armario. Dean sabía que saltaría a la menor oportunidad, reafirmando la baja opinión que tenía de él.

Al oír la pregunta de Cam, Lorna se demoró un momento, y se quedó mirándolo, aguardando a ver qué decía.

—Simón quiere organizar algo. Un programa especial de promoción. No sé mucho todavía, pero creo que sería parecido a uno de esos realitys.

Dean aplicó un poco de yeso sobre los agujeros del techo. Cuando se secara, lo lijaría y después lo pintaría del mismo color que el resto de la habitación.

—¿Un reality sobre ti?

Él se encogió de hombros sin apartar la atención de lo que estaba haciendo.

—Según me ha dicho Simón, supongo que las cámaras me seguirían durante las seis semanas o así que duraría un entrenamiento y después grabarían el combate.

Lorna entró en la habitación con expresión y tono de voz esperanzados.

—¿Y cuándo es ese combate? ¿Significa eso que nos dejas?

—Aún no lo he decidido —contestó Dean, disfrutando al ver la decepción de Lorna—. Pero aunque lo hiciera, volvería. ¿No te lo han dicho las chicas?

Cam se aclaró la garganta.

—¿Y para cuándo quiere Simón que empiecen a rodar las cámaras?

Pero su intento de cambiar de tema cayó en saco roto.

De manera que Cam no le había dicho a Lorna nada de sus planes. No le sorprendía, conociendo a la mujer.

Ésta no tardó en reaccionar con su brusquedad habitual.

—¿Tienes algo importante que contarme, jovencita? —Su tono y su aspecto parecían más de pánico que de enfado—. ¿Qué ha hecho ahora este metomentodo?

Consciente de que el momento era él, Dean decidió intervenir para evitar que Cam se dedicase a defenderlo y terminara siendo el objeto de la ira de Lorna.

—He decidido quedarme en vivir a Harmony para siempre.

La vieja abrió tanto la boca que la mandíbula casi le llegó al suelo.

—¿Qué? —chilló con su voz de pito. Y al cabo gritó con más fuerza—: ¡No!

Lo cierto era que Dean no había tomado tal decisión. No era propio de él echarse faroles, pero no pudo resistir aquella oportunidad de oro de irritar a Lorna.

Lamentablemente, Cam no sabía que era un farol, y se puso en pie llena de excitación.

—¿Hablas en serio?

Dean se habría arrepentido de un pronunciamiento tan impetuoso, pero no había visto a Cam tan feliz desde que Roger se marchara, lo que convertía el farol en un hecho.

De ninguna manera pensaba decepcionar a Cam.

—Sí —contestó él, bajando de la escalera y sonriendo ante la reacción de su hermana—. ¿Por qué no?

Ella se lanzó sobre él, llorando y riendo.

—¡Dean, es maravilloso! No puedo creer que Eve no me lo haya dicho.

Él la rodeó con los brazos como si llevara toda la vida abrazándola.

—Será porque aún no se lo he dicho a Eve.

Lorna recobró por fin la compostura y lo miró con los ojos entornados, su boca contraída en una mueca de odio.

—¿Y por qué habría de decírtelo esa chica? Ella no es de la familia. Ella no es nadie. Ella...

Sin soltar a Dean, Cam la interrumpió y dijo:

—Porque Dean está enamorado de ella.

Esta vez fue él quien se quedó con la boca abierta. Oír en boca de Cam un pensamiento que mantenía oculto en lo más profundo de su ser, lo dejó sin aire en los pulmones.

Cam, juguetona, le dio un codazo en un costado y continuó sonriendo.

—Oh, venga ya, Dean. ¿Creías que no me daría cuenta de algo tan evidente?

Los mismos argumentos que él se había dado a sí mismo se los ofreció a Cam.

—No la conozco desde hace tanto tiempo como para estar enamorado de ella. Y tú no me conoces desde hace tanto como para hacer una afirmación de ese tipo sobre lo que siento. Por lo que a ti respecta, podría comportarme igual con todas las mujeres.

A Cam se le hizo un hoyuelo al sonreír.

—¿Y es así?

El automático «sí» murió en su lengua. Desde el principio, su determinación a tener a Eve lo había ayudado a amortiguar el choque que implicaba el regreso a su ciudad natal, a su pasado y a las vidas de sus hermanas. No sólo había deseado a Eve, la había anhelado con toda su alma. Y eso no había cambiado. Igual daba que estuviera cerca que lejos de ella. El deseo no desaparecía.

¿Y por qué no? Eve era atractiva, también lo deseaba a él, y había aspectos de su carácter que atraerían a cualquier hombre.

Dean pensó en Tiffany, la groupie que había amanecido en su habitación la mañana siguiente de su último combate, y frunció el cejo. Una mujer bonita. Jovial. Sexy. Más que dispuesta. Y, además, Tiffany compartía su amor por el deporte que practicaba.

—No. No siento lo mismo con todas las mujeres —admitió.

—No parece muy contento.

—Es inquietante, si quieres que te sea sincero.

—No entiendo por qué. —La sonrisa de Cam se suavizó—. El amor no responde a una línea temporal, ¿sabes? Cuando es amor, es amor.

¿Se lo habría confesado Eve? La idea lo intrigaba.

—¿Y te parece que lo es lo que hay entre Eve y yo?

—Casi desde el momento en que te vio ha demostrado tener una conexión contigo que no le había visto tener antes con nadie. Creo que es genial.

Con un tono que apenas parecía humano, Lorna susurró:

—Yo no veo qué hay de genial en eso.

Dean le lanzó una ojeada, y hasta él se quedó sorprendido al ver que estaba casi fuera de sí, reflejando un dolor y una furia que no se molestaba en disimular.

Atónita, Cam tendió la mano hacia ella.

—Tía Lorna...

—¡No! —La mujer se apartó de un tirón y lanzó su alegato ante Cam.

—¿No ves que quiere tomar el mando? Es un plan calculado y retorcido. Ya ha hecho que tu prometido se marche. ¿Es que no te importa?

Cam se apartó de Dean.

—Dean no tuvo nada que ver con eso, tía Lorna. Roger y yo tenemos que solucionar algunas cosas.

—Vale. ¿Y cómo vas a solucionar las cosas con Roger si él no está aquí? —repuso Lorna, cuyas palabras destilaban un profundo desprecio.

Cam alzó el mentón, aunque no parecía muy convencida.

—Volverá.

—Jamás deberías haber permitido que Dean lo apartara de ti. Roger nos habría salvado de la ruina económica. —La arenga de Lorna apenas tenía sentido—. Se ofreció. Quería ayudar. Es rico y amable. Un buen partido. Pero tú lo has rechazado una y otra vez. ¿Y ahora le suplicas a éste que se quede?

La acusación implícita en el tono de Lorna reforzó a Cam.

—Por supuesto que quiero que Dean se quede. Es mi hermano. Es tu sobrino.

Llena de odio, Lorna desplazó la vista hacia Dean.

—No lo quise entonces y no lo querré ahora.

Cam ahogó una exclamación de horror, pero Dean se cruzó de brazos, preguntándose hasta dónde sería capaz de llegar Lorna. ¿Le diría, por fin, lo mucho que lo despreciaba? ¿Qué podía haber hecho un niño de nueve años para ganarse aquella aversión?

—Ya basta —ordenó Cam.

Pero Lorna se negó a abandonar su postura.

—Estás siendo una completa estúpida, niña. No puedes confiar en él. Sé que Grover lo crió a su imagen y semejanza. Oh, sí, Dean jugará a ser el complaciente hermano mayor hasta que logre infiltrarse en vuestras vidas, y entonces exigirá el pago inmediato de la deuda y nos echará a la calle de una patada. Espera y verás.

Cam miró a Dean, tal vez con la esperanza de que éste se defendiera. Pero él no tenía intenciones de hacer tal cosa. No le debía a Lorna ninguna explicación.

—Eres igual que ellos —prosiguió la mujer con regocijo, acercándose a Dean, al tiempo que agitaba su menudo puño delante de él—. Tú ya eras demasiado mayor para que pudiera cambiarte, las niñas, en cambio, sólo eran unos bebés que no habían sido contaminados por ellos.

Cam, confusa, miró alternativamente a Dean y a su tía.

—¿Quiénes son ellos?

Dean había querido que Lorna admitiera los fallos de sus padres, pero ahora... no podía soportar la idea de disgustar a Cam.

—Cállate, Lorna.

—Querías que ellas lo supieran —lo acusó—. Me amenazaste con contárselo tú mismo.

—He cambiado de opinión.

—Pues ¡mala suerte!

Cam tuvo que elevar la voz para llamar la atención.

—¿Decirnos qué?

Temblando de pies a cabeza, Lorna se volvió hacia ella.

—Que vuestros padres eran unos borrachos y unos inmorales. —Sintiéndose justificada en su furia, Lorna se apretó el puño contra el pecho—. Yo traté de protegeros. Por eso lo aparté a él —dijo, señalando a Dean con uno de sus dedos de manicura perfecta.

Dean decidió que no importaba lo que dijera de él, Cam había afrontado ya suficientes realidades en su vida. Pero quería proteger cualquier ilusión que pudiera albergar, si es que había alguna, sobre sus padres.

—Ya vale, Lorna. Déjalo.

Como si no lo hubiera oído, la mujer continuó vomitando su furia.

—Por eso he sido tan estricta con vosotras, por eso nunca os consentí de ninguna manera. La sangre de vuestros padres corre por vuestras venas, por eso no podía permitir que el alcohol entrara...

—Cállate, maldita seas. —Dean se lanzó hacia ella, aunque no sabía muy bien qué iba a hacer.

Cam lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—No pasa nada, Dean. Ya lo sabía. Y Jacki también.

Dean se quedó mirándola, profundamente conmocionado. Cam estaba allí, erguida y orgullosa, fuerte y compasiva respecto a su tía. El orgullo que sentía por ella se multiplicó.

Lorna se había puesto pálida.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Me deshice de todo. De las cartas, de las fotos...

—De mí —agregó Dean.

—Pero no pudiste deshacerte de los recuerdos —explicó Cam, ladeando la cabeza con gesto compasivo—. La gente habla, tía Lorna. Era inevitable que oyera algunas cosas.

—No puede ser cierto. —Lá mujer siguió sacudiendo la cabeza, negándolo—. Me ocupé de todo. De todo. No es posible. Dime que te lo estás inventando.

—No quería preocuparte —contestó Cam, tendiéndole una mano, pero Lorna la rechazó.

—Mientes. El te lo ha dicho, ¿verdad? —dijo ahora, mirando a Dean.

—Dean no ha tenido que decirme nada. —Pese al rechazo de Lorna, Cam le tomó las manos—. No me importa lo que hicieran mis padres, tía Lorna. Jacki y yo te tuvimos a ti, y te agradecemos todo lo que hiciste por nosotras.

—Sí —dijo ella, respirando un poco más relajadamente—. Sí, me teníais a mí. Siempre me tuvisteis. —Trató de sonreír, pero apenas pudo borrar el desconsuelo de su semblante—. No dejes que Dean lo arruine todo.

Santo Dios, pensó él. ¿Qué demonios esperaba Lorna que hiciera?

—Te equivocas con Dean —insistió Cam—. Es un buen hombre. Sé que hiciste lo que creíste más adecuado, pero no deberías haberlo echado.

—No, no debería haberlo hecho —convino Lorna con un hilo de voz, escondiendo la mirada—. Porque ahora ha vuelto y quiere venganza.

—¿Venganza? —Cam frunció el cejo con preocupación—. Qué tontería.

—Me odia. ¿Cómo podría no hacerlo? Me echará, te lo digo yo.

Desde la puerta, se oyó la voz de Eve:

—Dean no va a echar a nadie. Adora a sus hermanas. Si le das la menor oportunidad, hasta puede que tú misma acabes gustándole, Lorna.

Dean se había ido sintiendo más incómodo a cada palabra de Lorna. La despreciaba, y aún peor, sentía lástima de ella. Todo junto, le había causado una desagradable sensación en la boca del estómago. Sin embargo, al ver a Eve, se relajó.

—Hola.

Ella le dirigió una resplandeciente sonrisa.

—Hola a ti también.

Algo parecía distinto en ella. O puede que el celibato se lo hiciera sentir así. Dean no la había saboreado lo suficiente cuando le llegó el período y...

Eve se acercó a Cam.

—¿Estás bien? —le preguntó cariñosamente.

Dean miró a su hermana, y sólo entonces se dio cuenta de lo pálida que estaba.

—¿Cam?

¿Qué se había perdido? Hacía sólo un momento Cam estaba allí, tranquilizando a Lorna, con el control absoluto de la situación, y en cambio ahora parecía totalmente vulnerable.

Gruesas lágrimas anegaron sus ojos, pero ella las apartó con un gesto impaciente de la mano y lo miró.

—¿Es cierto lo que dice Eve?

Dean estaba totalmente confuso.

—¿Qué ha dicho?

—Oh, por el amor de Dios, niña —dijo Lorna, dándole unos cariñosos golpecitos en la palma de la mano—. No te derrumbes ahora. Roger te ayudará. Nos ayudará a todas en esta horrible situación, si tú se lo permites.

Cam negó con la cabeza.

—Dean, ¿nos quieres? A Jacki y a mí, quiero decir.

¿Era por eso por lo que estaba llorando?

Antes de que él pudiese decir nada, se oyó decir a Gregor:

—Qué oportuno soy, ¿no crees, Huracán?

Molesto por su intrusión, Dean desplazó su atención a Gregor, entonces vio también a Simón en la puerta de la habitación. A su lado estaba Jacki, boquiabierta.

Eve miró a Simón, luego apartó la vista pero inmediatamente volvió a mirarlo.

—Oh, Dios mío.

Cam pestañeó para secarse las lágrimas, y preguntó en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Quién es ese hombre?

Divertido, Dean movió la cabeza a un lado y a otro. El bello sexo reaccionaba siempre de forma idéntica al ver a Simón. A sus treinta y un años, y con un palmares de treinta y cinco victorias en artes marciales mixtas, un empate y sólo una derrota, era un hombre de lo más atractivo. Nada de orejas aplastadas, ni cicatrices, ni tatuajes exagerados.

Medía casi metro noventa, y pesaba noventa y tres kilos de puro músculo. Con su tono de piel dorado natural, las cejas y el vello pectoral oscuros, su imponente actitud y la cabeza rapada, Simón llamaba la atención allá donde fuera.

Su cabeza calva no era un accidente de la naturaleza; tiempo atrás, Simón se había rapado, y ahora eso se había convertido en su marca personal. Por algún motivo, la falta de pelo sólo servía para que las mujeres se fijaran aún más en sus oscuros ojos.

A ellas debía que no le hubieran endilgado un apodo de tipo duro, como Huracán o El Maníaco. Al principio de su carrera deportiva, habían sido sus fans femeninas las que lo habían bautizado como «El Sublime».

Y le quedaba como anillo al dedo.

—Señoritas —dijo Dean, consciente de que hasta Lorna se había quedado muda y boquiabierta—, el hombre por el que a todas se os cae la baba es Simón Evans, mi entrenador, manager, productor y cualquier otra función que surja.

Ignorando la referencia de Dean hacia la atención que atraía, Simón miró a su alrededor.

—¿Quién es familia de Huracán?

Con los ojos como platos, Cam y Jacki levantaron la mano de forma un tanto vacilante.

—Aja. —Simón puso los brazos en jarras y asintió—. Ahora lo comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes? —quiso saber Gregor.

—El significado del tatuaje de Huracán.

Alarmado por la dirección que habían tomado los pensamientos de Simón, Dean le hizo una advertencia.

—No se te ocurra.

Demasiado tarde.

—Tres ramas entrelazadas —explicó Simón, haciendo un gesto con la cabeza hacia el bíceps de Dean—. Dos de ellas adornadas con delicados capullos de rosa, y la tercera cubierta de espinas.

—¿Y? —preguntó Gregor.

Durante años, los demás luchadores lo habían acosado a preguntas sobre el significado de su tatuaje, si es que tenía alguno. Y Dean siempre había repetido que su musa no había sido otra que la ignorancia de la juventud. Y ahora Simón pretendía dejarlo en evidencia.

Con la esperanza de no estar presente durante la revelación del secreto, Dean empezó a recoger sus herramientas.

—Son Dean y sus hermanas —anunció Simón.

«Mierda, mierda, mierda.»

Sintiendo sobre la piel la quemazón de las curiosas miradas, el corazón le dio un vuelco.

—Y ahora que he visto a sus hermanas, sé exactamente qué rama representa a Dean —aclaró Simón.

Llegados a ese punto, Dean se habría largado, pero Eve, Cam y Jacki le bloquearon el paso. Las tres tenían esa mirada de adoración que a veces ponen las mujeres cuando creen que un hombre ha hecho algo que les resulta conmovedor.

—No es nada —afirmó rotundamente—. No hagáis que parezca algo significativo, porque no lo es.

—En absoluto —susurró Cam, todavía con aquella sonrisa sentimental y conmovida en el rostro.

Por su parte, Jacki sonreía tan abiertamente que se le podían ver hasta las muelas.

—Me alegro de que te hicieras ese tatú antes de conocerme, porque si no, yo sería la rama de las espinas.

Dean apretó los dientes con fuerza y vio que Eve observaba a sus hermanas como una madre orgullosa. Eso fue lo que lo hizo palidecer más que cualquier otra cosa. Empujó el cubo medio vacío de yeso hacia Eve y pasó junto a sus hermanas lo más de prisa que pudo. Se detuvo junto a Simón lo justo para preguntarle:

—¿Sabes ya algo de aquello que te pedí que comprobaras?

—Estoy esperando una llamada.

—¿Cuándo?

—De un momento a otro.

Dean asintió. Si Roger tenía algo que ocultar, lo averiguaría.

—Vamos, Gregor.

—¿Adonde?

Dean se detuvo en el pasillo y dijo:

—A un gimnasio. Ya le he echado un vistazo a uno.

—¿De verdad?

—Sí. Y ahora que el bocazas de Simón está también aquí, podemos iniciar las sesiones de sparring que te prometí —prosiguió, y se dio media vuelta sin esperar a ver si alguien lo seguía o no.

Estaba demasiado avergonzado. Tenía incluso la horrible sospecha de que se había sonrojado.

Conforme se alejaba, oyó a Gregor que decía:

—Joder, Simón, no quiero entrenar con él estando como está de tan malas pulgas. Me va a matar.

—Idiota, te va a matar de todas formas —contestó Simón, echando a andar detrás de Dean—. Pero es la mejor manera de que aprendas.

—¿Cómo va a aprender Gregor nada si está muerto? —preguntó Eve a sus espaldas.

Con el único deseo de poner distancia, Dean bajó la escalera corriendo, llegó a la cocina, y... se preguntó adonde ir. No quería largarse y dejar a Eve allí. El jardín trasero parecía lo suficiente íntimo, pero tendría que esperar a que bajara para llevarla allí. Miró hacia el cuarto de la lavadora, el salón... demonios. Se detuvo en medio de la cocina.

Él nunca huía de nadie.

Vale, nunca había huido de un hombre. Pero con las hermanas no era tan distinto, al menos a ese respecto. Correr era de gallinas, no importaba quién te persiguiera.

No tenía motivo para sentirse tan abochornado. Tenía catorce años cuando se hizo ese estúpido tatuaje, y en los quince años que habían transcurrido desde entonces no se había hecho ningún otro. Todo el mundo se pone melodramático y comete errores estúpidos cuando es joven.

Mientras esperaba a que los demás lo alcanzaran, Dean se apoyó en la encimera, cruzó los tobillos y se paró a reflexionar sobre las nuevas circunstancias de su vida.

¿Eve lo amaba? Eso esperaba, porque Cam tenía razón, él la amaba a ella. Era más que eso. La necesitaba. Sin saber cómo, su vida se había vuelto del revés.

Como si se tratase del Flautista de Hamelín, todo el mundo había seguido a Dean. En cuestión de segundos, un montón de personas atestaban la cocina, y el murmullo de las distintas conversaciones llenaba el aire.

Lorna seguía mascullando, más para sí que para los demás. Cam y Jacki consideraban la idea de que Dean se mudara a Harmony, sin dejar de lanzar mientras tanto disimuladas miradas de embeleso a Simón. Gregor, por su parte, advirtió a Simón que Jacki no estaba libre, por si a éste se le ocurría alguna idea, a lo que Simón le contestó que se fuera a freír espárragos.

Sólo Eve se acercó a Dean, y fue para decirle:

—Tienes que decirle a tu hermana lo de Roger. Hace tres días que desapareció y aún no ha vuelto.

—Siempre dando la lata —contestó él. Dios mío, la adoraba.

Eve lo miró con el cejo fruncido.

—¿De verdad te vas a pelear con Gregor?

—Una sesión de sparring no es un combate, pero sí, voy a hacerlo. Tengo que liberar toda esta tensión, y no hay mejor manera que aplastando la cabezota de Gregor.

Eve le acarició el torso con los dedos.

—Bueno, eso no lo sé, pero a mí se me ocurre una manera mejor.

Dean se quedó inmóvil.

—¿Qué significa eso, Eve? —preguntó él, aprisionándole los dedos—. No juegues conmigo.

Ella se rió absolutamente complacida y se inclinó un poco más sobre él para susurrarle al oído.

—Significa que vuelvo a estar en perfecta disposición para actividades íntimas.

Fue como si la oscuridad lo rodease de repente. Las voces de la habitación enmudecieron. No había nadie más allí que Eve. Sin soltarle la mano, Dean se apartó de la encimera y se dirigió hacia las puertas correderas.

—Dean —suplicó ella, tratando frenéticamente de que le soltara la mano.

—Sólo será un minuto —dijo él—. Tal vez menos.

Medio avergonzada, medio riéndose, Eve susurró:

—Vas a tener que esperar.

—No puedo.

Dean abrió las puertas correderas y...

—¿Adonde creéis que vais vosotros dos? —exigió saber Lorna.

Dean se detuvo en seco y tragó saliva. Demonios, estaba empalmado, de modo que no podía darse la vuelta y enfrentarse a sus dos hermanas, su entrenador, Gregor y Lorna.

Entonces Eve se echó a reír.

—No nos vamos. Es que tengo que decirle algo a Dean. Volvemos dentro de un momento, lo prometo.

—Más bien media hora, diría yo —susurró Gregor.

—Creo que tienes razón —convino Simón—. Huracán carece de sutileza. Tendré que trabajar más ese aspecto con él.

—¿De qué habláis? —exigió saber Lorna.

Eve emitió un gemido y empujó a Dean a través de las puertas, atravesaron el porche y el césped hasta llegar a los árboles del bosque contiguo. No se detuvo hasta que dejó de oír las voces. Llegaron a un árbol grande y entonces Dean le dio la vuelta e hizo que apoyara la espalda contra el tronco, aprisionándola con sus brazos.

—Gracias.

Ella opuso resistencia, empujándole el torso con las palmas de las manos.

—Ni se te ocurra.

Su débil resistencia no era nada para él.

—Pues se me está ocurriendo, Eve. Lo siento.

Eso la hizo reír otra vez.

—Eres incorregible.

—Estoy tan caliente que no lo puedo soportar.

—Pobrecillo —lo calmó ella, poniéndose de puntillas para besarlo. Estaba tan preciosa que Dean deseaba poder llevársela de allí—. Puedo cancelar algunas de las citas que tenía esta tarde. Si quieres, nos vemos en mi casa dentro de unas horas.

El gemido que emitió desde lo más profundo de su garganta dejó en evidencia que el plan no le satisfacía.

—¿Horas?

—Lo siento, pero esta mañana tengo que hacer algunas cosas urgentes.

Realmente parecía sentirlo, por ella y por él. Eso lo ayudó a recuperar la compostura. Echó una ojeada hacia la casa y vio a varias personas en las puertas del patio, observándolos.

—Supongo que ni siquiera podré magrearte un poco, con toda esa panda de fisgones mirando.

Eve sacó la cabeza por un lado del árbol, y vio que tenían público.

—No. Además, tienes que decirle a Cam lo de Roger y...

—Eve...

—... y tienes que decidir qué vas a hacer con Lorna. No quiero ni pensar en lo desgraciada que puede hacerle la vida a Cam sólo porque no te odia.

—¿Y si la echo a la calle, como ella espera que haga?

—No. Y no tiene gracia. —Eve echó otro vistazo hacia la casa—. Dean, ¿por qué no me habías dicho lo guapísimo que era tu entrenador?

—Porque los hombres no hablamos así.

Ella ladeó la cabeza.

—¿No te importa que piense que es guapo?

Dean gruñó.

—Tú y todas las demás mujeres —contestó él, dándole un rápido beso—. No, no me importa. No estás ciega, por supuesto.

Pero tampoco eres el tipo de mujer que se relacionaría con dos hombres al mismo tiempo.

—Conque soy una apuesta segura, ¿eh? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Dean lanzó una carcajada al ver cómo Eve fingía sentirse insultada.

—Eres honrada.

—Eso suena mejor. —Suspiró con pesar—. Tengo que irme. Prométeme que hablarás con Cam.

—No lo sabes porque no estabas aquí, pero Lorna se lo ha hecho pasar muy mal. Creo que ya ha tenido bastante por un día.

—Excusas, excusas. —Eve posó la mano en el pecho de él—. Tiene derecho a saber lo que piensas, así que prométemelo.

Dean terminó por acceder al recordar que Eve conocía a sus hermanas mejor que él.

—Está bien. Si tan importante es para ti.

—Gracias. —Se demoró aún un poco, y miró su mano dentro de la de él; finalmente, lo miró a los ojos—. En cuanto a lo del tatuaje...

Dean la soltó.

—No voy a hablar más de ello.

—De acuerdo.

—Hablo en serio, Eve.

—Lo sé. —Sus ojos resplandecían, y tuvo que esforzarse para contener la sonrisa—. Pero ¿Simón tenía razón?

Dean puso los brazos en jarras y dio media vuelta alejándose unos cuantos pasos antes de regresar. Estaba claro que Eve no lo dejaría estar. Cuando algo se le metía en la cabeza, no había forma de hacerla cambiar de opinión.

—Sí, tenía razón. Fin del tema.

—Pero eso es muy...

—No digas dulce —le advirtió él. Hasta ahí podía llegar.

El brillo juguetón abandonó los ojos de Eve. En su lugar, Dean vio algo mucho más profundo cuando le dijo:

—¿Qué te parece noble?

¿Noble? Dean arqueó una ceja en señal de sorpresa.

—¿Se supone que es una broma?

Eve movió la cabeza muy despacio, negando.

—Que un niño de catorce años, incluso después de haber estado cinco separado de sus hermanas, las quiera tanto como para hacerse un recordatorio permanente de ellas en su propio cuerpo, donde no pudiera perderlo jamás ni nadie pudiera robárselo, es muy, muy noble.

Maldición. Dean se quedó mirándola, extasiado. ¿Seguiría viendo siempre lo mejor de él?

Eso esperaba.

Consciente de que había que aligerar un poco la situación o se le declararía allí mismo, Dean se acercó a ella.

—¿Sabes lo que creo?

—¿Qué?

Estaba casi a su lado.

—Pues que lo único que quieres es llevarme al huerto, y por eso me haces todos esos cumplidos.

Entre risas, Eve echó a andar hacia la casa.

—Tienes razón. Quiero hacerlo. —Y, adelantándose a cualquier comentario que Dean pudiera hacerle al respecto, comprobó la hora y dijo—: A las dos en punto, ¿de acuerdo?

Resignado a esperar, Dean asintió.

—Allí estaré.

—Y yo te estaré esperando —repuso ella. A continuación se dio la vuelta y se alejó a buen paso.

Cam estaba de pie en la puerta principal, observando cómo se alejaba aquella maravilla de espécimen varonil con Gregor y Jacki. Incluso de espaldas la dejaba a una sin aliento. Desde lo alto de su cabeza, perfectamente esculpida, hasta la punta de los pies, Simón Evans parecía ser capaz de asegurar el deleite de una mujer en todos los sentidos.

Alguien debería haberla prevenido. Un momento, y su cabeza daba vueltas en torno a una desagradable discusión entre Lorna y Dean, y al siguiente allí estaba él. La había dejado sin habla.

Nunca había visto a alguien igual. Era tan... hermoso. Pero en un sentido muy masculino. Bajo su mirada se había sentido incapaz de respirar y mucho menos de hablar. Y cuando se movía...

Con un escalofrío, le lanzó una última mirada y se obligó a cerrar la puerta. Se compadecía de la mujer que estuviera con él.

Desde luego, tenía que ser muy valiente. Sin embargo, era Roger, con todas sus imperfecciones, el dueño del corazón de Cam.

Si volvía con ella.

Lorna, que por algún ridículo motivo se negaba a dejar a su sobrina a solas con Dean, iba y venía por el vestíbulo detrás de ella. Actuaba como si su hermano fuera un villano. La forma en que había formulado todas aquellas insultantes acusaciones, haciendo lo posible por que pareciera que Dean era el culpable de todos los problemas, pasados y presentes, enfurecía a Cam. Pero al mismo tiempo, Lorna le había parecido especialmente frágil al mencionar el pasado, y sólo por eso se había contenido y no le había dicho todo lo que pensaba. La tía Lorna había renunciado a muchas cosas para criarlas. Cuando sus padres murieron, ella era una mujer joven, soltera, sin ataduras ni obligaciones.

Cam no podía olvidarlo, como tampoco podía dejar marchar al hermano que acababa de aparecer en sus vidas.

Menos mal que Roger ya le había contado las historias que circulaban por la ciudad sobre sus padres. Para Cam había sido una conmoción terrible descubrir que éstos distaban mucho de ser las personas protectoras y cariñosas que deberían. Pero Roger, siempre pendiente de lo que sería mejor para ella, había pensado que conocer la verdad facilitaría mucho las cosas cuando el pasado resurgiera.

Ahora entendía por qué Lorna había quitado todas las fotos y borrado todos los recuerdos de sus padres; por qué detestaba el alcohol; por qué siempre había sido tan rígida. Su padre y su madre habían protagonizado un horrible escándalo, dejando tras de sí a su tía con dos bebés, rodeada de los rumores, las especulaciones y los cotilleos de la gente.

No, se corrigió Cam, le habían dejado tres niños, pero ella había echado a Dean de casa de la forma más cruel. Para Lorna, las apariencias lo eran todo, de modo que le debía de haber resultado insoportable tener que enfrentarse a los vecinos, responder a las preguntas curiosas e ignorar las groseras miradas. Y, pese a todo, se había quedado y las había educado lo mejor que había sabido. No lo había hecho maravillosamente bien, pero tampoco horriblemente mal.

En general, Lorna llevaba el pelo siempre impecable, y se vestía bien. Pero últimamente parecía casi demacrada. Para Cam era motivo de preocupación y de pena. Su tía se sentía aún más insegura de su posición en el hogar de lo que la propia Cam habría podido imaginar.

Dean asomó la cabeza en ese momento.

—Si tienes un minuto, me gustaría hablar contigo —le dijo a su hermana, mirando a Lorna de soslayo—. En la cocina. He preparado unos sandwiches. Podemos hablar mientras comemos.

En vez de responder, Cam dijo:

—Tu amigo es muy guapo.

Dean le dirigió una divertida sonrisa.

—Eso he oído.

—Es un hombre impresionante —murmuró Lorna, sin dejar de moverse de aquí para allá, inquieta—. Tienes más amigos de lo que pensaba.

—¿Y eso te molesta? —preguntó Dean.

Cam no deseaba que empezaran a pelearse de nuevo. Quería a Dean, pero mientras que él era joven, vital e independiente, su tía rozaba los sesenta años y se sentía temerosa en cuanto a su futuro.

—Dean...

—Tus padres también tenían amigos —comentó Lorna en voz baja. Luego levantó la vista y se enfrentó a Dean, entornando los ojos, lo cual no hizo más que añadir patas de gallo a su semblante—. Desleales, mentirosos y lascivos amigos.

—Tía Lorna —dijo Cam a modo de advertencia—. No puedes comparar a Dean con nuestros padres. Él no es como ellos.

La mujer adoptó una rígida pose.

—Puede.

Que lo admitiera, sorprendió tanto a Cam como a Dean.

—Es verdad que pareces diferente —continuó Lorna—. Más fuerte. Más resuelto. Pero los hechos son como son, y si no hubieras vuelto, el pasado seguiría enterrado.

—No —la contradijo Cam. Se negaba a permitir que su tía siguiera engañándose—. Algo así no desaparece jamás. Las cosas más feas y desagradables de la vida siempre acaban resurgiendo, normalmente cuando menos lo esperas.

Lorna sonrió.

—En eso tienes razón.

De nuevo, Cam se quedó sorprendida. ¿La tía Lorna iba a aceptar por fin que Dean formaba parte de la familia? Dios, eso esperaba.

—Por favor, no te sientas a disgusto, tía Lorna. Es mucho mejor conocer la verdad para saber cómo enfrentarse a ella.

La mujer asintió y se volvió hacia Dean.

—No debería haberte echado la culpa a ti. En realidad, la culpa fue mía. No supe manejar la situación como debería.

Claramente confuso, Dean lanzó una mirada de soslayo a su hermana antes de responderle.

—Cam y Jacki son maravillosas, y tú las criaste, Lorna. Eso cuenta mucho.

—Sí cuenta. Gracias. —Su tía entrelazó los dedos y ladeó la cabeza de una forma curiosa—. Se ha hablado mucho de amor hoy por aquí.

Cam se mordió el labio.

Dean dijo sin inmutarse:

—Es muy fácil querer a Cam y a Jacki.

—¿Y a Eve? —presionó Lorna, acercándose a Dean—. ¿Es verdad que ella ha influido en tu decisión de quedarte?

Al recordar los comentarios despectivos que había hecho sobre su amiga, Cam se apresuró a contestar a su tía antes que Dean.

—Eve es una persona maravillosa, tía Lorna.

Ésta la escuchó con expresión profundamente pensativa.

—Supongo que si es tu mejor amiga debe de tener cualidades.

Era lo más amable que Lorna había dicho nunca sobre Eve. Cam parpadeó sinceramente sorprendida, y luego sonrió.

Dean la quería y también a Jacki, y deseaba volver a Harmony por ellas. Su tía, por su parte, estaba suavizando su postura. Al parecer, las cosas empezaban por fin a ser como deberían. Si Roger regresaba, la felicidad de Cam sería completa. De momento, la muchacha tenía la esperanza de un final feliz.

—Vamos a comer. Me muero de hambre —propuso.

Lorna salió detrás de los dos hermanos.

—Si Dean tiene algo que decirte, yo también quiero oírlo.

—Lo siento, pero quiero hablar con Cam a solas —aclaró él.

—No —insistió Lorna, manteniéndose firme en su postura—. A pesar de todos los problemas que hemos tenido, Cam sigue siendo mi sobrina. Como tú bien has dicho, yo la crié, y me preocupo por ella. Lo que sea que tengas que decirle, tendrás que decirlo delante de mí para que yo pueda protegerla.

Cam no podía culpar a Dean por querer excluir a Lorna. Y tenía razón para mostrarse indignado. A veces también ella se sentía igual.

Pero para evitar mayores hostilidades, decidió darle la razón a su tía.

—No pasa nada, Dean. No me importa que se quede. —Y diciéndolo, cogió una silla y se sentó.

Encogiéndose de hombros, Dean hizo lo mismo; Lorna en cambio se quedó de pie.

—No se trata de asuntos familiares, Cam —explicó. Su gesto era adusto y su hermana empezó a preocuparse—. Se trata de Roger.

—¿De Roger? —repitió Cam, negando confusa con la cabeza.

—Es un santo —declaró Lorna—. Un santo, te lo digo yo. Se ha ocupado de nosotras, nos ha ayudado cuando lo hemos necesitado...

—Reventó las ruedas de mi coche —informó Dean—. Fue él quien serró el travesaño de la escalera, esperando que se cayera quien fuera a subir por ella.

Cam no era capaz de pronunciar una palabra. Dean le cogió la mano.

—Y me disparó.

—¿Que te disparó? —Cam soltó una nerviosa risita de incredulidad—. Pero Dean, Roger ni siquiera tiene pistola.

—Puede que no tenga una pistola convencional. Me atacaron con una pistola de bolas de pintura. Y créeme, no era ningún juguete. Tenía potencia suficiente para haberme matado si una de esas bolas me hubiera dado en la cabeza.

—Pero... —Nada de aquello tenía sentido. Cam se volvió hacia Lorna, que permanecía de pie igualmente conmocionada—. Pero eso no tiene sentido.

—Lo siento, Cam —dijo Dean, apretándole la mano cariñosamente—. Sé que parece una locura, pero no sé quién más podría haberlo hecho. Roger sabía que iba a ver a Eve la noche en que reventaron los neumáticos de mi coche; sabía que estábamos trabajando en el tejado, y tenía acceso a tu casa, de manera que no tuvo problemas para manipular la escalera. Y fue en su hotel, en el que Roger sabía que me hospedaba, donde nos dispararon a Gregor y a mí.

Cam negó con la cabeza, obstinada, negándose a creer que Roger hubiera hecho tal cosa.

—Tiene que haber alguna otra explicación.

—Vistas por encima, parecen pruebas circunstanciales. Y estoy ansioso por hablar con Roger en cuanto regrese. Pero abandonó la ciudad justo después del último incidente.

—Porque rechacé su proposición de matrimonio.

—O porque yo llamé a la policía.

Lorna se colocó detrás de Cam y le puso una mano en el hombro.

—Creo que deberías irte, Dean. Ya le has hecho bastante daño.

—No —objetó Cam, dándole unas palmaditas a su tía en la mano mientras trataba de salir de aquella neblina de confusión—. Recuerda que ésta es también la casa de Dean.

—No importa, cariño —intervino Dean, levantándose—. Prométeme que si Roger se pone en contacto contigo me avisarás.

—No sé...

—No voy a pegarle, puedes estar tranquila. Sólo quiero hablar con él. Si estoy equivocado, no le costará aclarar la situación, y de buena gana le pediré disculpas. Pero hasta entonces, no quiero que te quedes a solas con él.

Para su sorpresa, la tía Lorna le dio la razón.

—No está de más andarse con ojo, querida. Y cuando Dean hable con él, podremos olvidar este fastidioso asunto.

—Está bien. Te avisaré si sé algo de él.

Cam rogó que eso ocurriera pronto. No podía soportar la idea de que Roger no regresara con ella jamás.

Dean asintió satisfecho.

—Y ahora, dado que voy a mudarme a Harmony, y tengo intenciones de hacerme cargo de todos los problemas económicos que hayáis tenido, te agradecería que me enseñaras los libros de la contabilidad —dijo Dean, enlazando las manos a la espalda.

Cam miró a Lorna.

—La tía Lorna se ha ocupado siempre de nuestro dinero, así que tendrás que hablarlo con ella.

—Se me dan bien los números —dijo Lorna.

Cam le dio la razón con una sonrisa.

—Nos ha sido de mucha ayuda al ahorrarnos la molestia de tener que preocuparnos de las facturas y los gastos.

Cam deseaba que Dean pudiera comprenderlo. Su tía necesitaba tener un papel importante en sus vidas, algo que la hiciera sentirse valiosa y le permitiera participar de alguna manera.

Para su gran alivio, Dean asintió.

—¿Qué te parece mañana por la tarde?

—Me parece bien —contestó Lorna.

—Gracias —dijo Dean. A continuación, se inclinó y le dio a Cam un beso en la mejilla—. Ahora tengo que irme.

Preocupada al pensar que se iba por culpa de su tía, Cam le dijo:

—¿Y la comida?

Dean le guiñó un ojo.

—Ya tomaré algo por el camino. Tengo que ir a que me quiten los puntos, y luego he quedado con Eve.

—Ah —exclamó Cam, con una enorme sonrisa—. Bueno, en ese caso, supongo que te veré mañana por la tarde.

CAPÍTULO 21

Antes de que Dean llegara al final del sendero de entrada, Eve abrió la puerta de la casa. Debía de estar esperándolo.

Se había quitado la ropa de trabajo y se había puesto en su lugar una camiseta y unos vaqueros cortos. Llevaba el pelo suelto, que le caía sobre la espalda. Iba descalza, y no le pasó desapercibido que no se había puesto sujetador.

Tras un vistazo a su semblante expectante, Dean supo que los dos sentían lo mismo. No aminoró la marcha, no dijo una palabra. Cuando la alcanzó, Eve lo rodeó con los brazos y Dean entró en la casa obligándola a andar hacia atrás, sin soltarla; una vez dentro, cerró la puerta de una patada.

Poniéndole una mano debajo del trasero, la levantó y ella lo abrazó con las piernas. Pegados el uno a la otra, se dirigieron al dormitorio.

En la habitación no se oía nada, excepto sus respiraciones agitadas y algún que otro gemido y otros sonidos de placer. Durante lo que pareció una eternidad, Dean la sostuvo contra él, besándola, deslizándose las manos por su espalda, por aquel lozano trasero, y más abajo.

Eve se arqueó contra él y liberó la boca.

—No puedo esperar más.

—No tienes que hacerlo —contestó él, dejándola en el suelo, al tiempo que le quitaba la camiseta por la cabeza. Le pasó un brazo por detrás para sujetarla, la levantó y la atrajo hacia sí, de manera que pudo meterse uno de sus pezones en la boca. Eve se agarró a su cabello.

Olía a jabón, a crema y a Eve, una combinación que lo volvía loco. Cambió al otro pezón, haciéndola gemir, y entonces ella intentó abrirle la cremallera de la bragueta.

Pero Dean capturó sus manos.

—Aún no, cariño.

—Dean...

—Shhh. Confía en mí.

Sin soltarle las manos, la condujo de espaldas a la cama. Cuando sus piernas chocaron con el borde del lecho, la instó a tumbarse de espaldas y él se colocó sobre ella, apoyando las rodillas a ambos lados de sus caderas. Le besó las palmas de las manos ya continuación hizo que las colocara encima de la cabeza.

Con un gemido de asentimiento, Eve giró la cabeza a un lado y cerró los ojos.

Dean contempló su cuerpo detenidamente, tomándose su tiempo. Era preciosa, y sexy. Pero sobre todo era suya. Y lo había sabido casi desde el primer momento en que la vio en el bar de Roger.

Se inclinó y fue dejando un reguero de besos sobre su tersa piel, desde el hombro hasta el pecho, desde las costillas hasta la cadera. Eve se retorció, pero por lo demás permanecía quieta. Con lenta precisión, Dean se movió por su costado derecho y le quitó los pantalones cortos y las bragas. Sus manos se detuvieron suavemente en su cintura mientras le decía:

—Abre las piernas para mí.

Ella obedeció, pero no era bastante para él, de modo que le levantó la pierna izquierda hasta doblársela, y luego la hizo girar hacia fuera, de modo que Eve quedó, ahora sí, totalmente abierta y arrebatadoramente tentadora.

Dean respiró hondo, despacio, ascendiendo con los dedos por la cara interna de su pierna cada vez más y más arriba, hasta alcanzar la sedosa piel de su sexo, mimado, caliente y suavemente hinchado. Se reclinó sobre un codo junto a ella, y la miró a la cara mientras introducía los dedos en su interior.

Cuando una de sus precisas caricias la hizo estremecerse y gemir a continuación, Dean sonrió.

—Te gusta, ¿verdad?

—Me gustas tú.

Él introdujo dos dedos en su interior con sumo cuidado, tan profundamente como pudo.

—¿Sólo te gusto?

Ella le tendió los brazos, pero Dean la detuvo.

—No, quédate como estás y deja que disfrute de ti. Tengo la sensación de haber estado esperando esto toda una vida.

Eve abrió los ojos, y lo miró a través de la neblina que le oscurecía la vista.

—No.

—¿No qué?

—Que no sólo me gustas.

Al aceptarlo, la tensión se apoderó de él. Dean reclamó su boca de nuevo, hundiendo la lengua al tiempo que introducía dos dedos dentro de su sexo. Podía sentir cómo se tensaban sus músculos alrededor, entonces los sacó y probó con tres. La excitación de Eve favorecía la penetración, humedeciéndolo, llenando la habitación de su aroma.

Eve empezó a respirar cada vez más rápidamente, más agitadamente.

Incapaz de seguir resistiéndose, Dean se apartó de ella para mirarla, vio su mirada de decepción y entonces se llevó los dedos mojados de su sabor a la boca. Cerró los ojos mientras lo hacía, y, al abrirlos de nuevo, contempló su expresión.

Eve lo miraba con el rostro encendido y en sus ojos se reflejaba la excitación.

—Quiero más, Eve. —Se agachó y le besó el vientre—. Lo quiero todo. —Siguió descendiendo.

Ella abrió aún más las piernas, tensa de pura expectación. Dean le sujetó las rodillas para abrirla al máximo y, tras una enardecedora mirada, la cubrió con la boca.

Eve soltó una exclamación de placer al contacto, y de nuevo al sentir cómo su lengua remoloneaba sobre su sexo, la penetraba, la llenaba de profundos y suaves lametones.

Consciente de que no podría soportarlo mucho más, Dean colocó las dos piernas de ella encima de sus hombros, la abrió un poco más, atrajo el inflamado clítoris hacia su boca y empezó a succionar lentamente.

En cuestión de segundos, Eve comenzó a retorcerse en la cama hasta que se corrió en su boca. Con las manos hundidas en los cabellos de él, alcanzó el clímax entre gritos y jadeos, y, por fin, se dejó caer sobre el colchón. Pequeños espasmos de placer aún le sacudían el cuerpo. Tenía la piel sudorosa y tibia.

Dean retrocedió y se quitó los vaqueros. Eve yacía en la cama, saciada, sonriente y feliz. Él apenas si pudo pensar en la precaución de ponerse el condón antes de introducirse en ella, apretando los dientes para soportar el increíble placer.

La primera arremetida lo llevó muy dentro, y entonces la estrechó contra su corazón, con demasiada fuerza, pero incapaz de soltarla.

Eve le rodeó la cintura con las piernas y comenzó a emitir suaves y reconfortantes sonidos en su oído. Dean la montó con fuerza, casi violentamente de tanto como la necesitaba, pero ella permaneció pegada a él, acoplándose a su ritmo. Cuando por fin él alcanzó el orgasmo y echó la cabeza hacia atrás al correrse, Eve le acarició el torso y lo contempló.

Nada más derrumbarse sobre ella, con las extremidades aún temblorosas y el pene húmedo de sus fluidos, Dean supo que quería hacerlo de nuevo. Cada noche, puede que también muchos días, durante el resto de su vida.

Eran casi las nueve cuando sonó el teléfono. Relajado después de la larga sesión de sexo, Dean observó a Eve salir de la cama, desnuda y sonrosada de la cabeza a los pies, por efecto del roce con su barba incipiente. Tanteó la ropa y rebuscó entre las sábanas, por toda la desordenada habitación hasta que, finalmente, dio con el teléfono, oculto detrás de una silla.

—¿Diga?

Dean miraba su rostro, la forma en que sus labios se movían al hablar, la ligera inclinación de su cabeza, cómo se colocaba un mechón del revuelto cabello detrás de la oreja con uno de sus largos y esbeltos dedos.

Ser noqueado era una nimiedad comparado con aquello.

La quería tanto que le dolía; un dolor más agudo que cualquier dolencia física, más acuciante. Su inagotable deseo de ella era como un ser vivo que palpitase en su corazón, en su cabeza, en sus músculos y en sus tendones. Incluso después de haber hecho el amor varias veces, sentía la necesidad de respirarla, saborearla, tocarla y estrecharla contra su cuerpo; necesidad, sencillamente, de estar con Eve.

Eran tantas las cosas que ella hacía o decía que lo afectaban profundamente. En vez de considerarlo torpe, como a cualquier chaval de catorce años, lo había tildado de noble. Desde el principio, cuando ni él mismo tenía ni idea, había sabido cómo reaccionaría con sus hermanas. Había esperado mucho de él, y todo bueno.

¿Cómo podía no amarla?

No prestó demasiada atención a lo que hablaba por teléfono, tan sólo era consciente de los sentimientos que lo inundaban con toda claridad por primera vez desde que regresara a Harmony.

Cuando colgó, la observó acercarse a la cama y sentarse en el borde.

—Dean.

—¿Hmmm? —contestó él, tendiendo la mano hacia uno de sus pechos. No porque quisiera volver a hacer el amor, aunque también. Y tampoco porque estuviera desnuda.

Era tan condenadamente sexy que lo dejaba sin aliento, pero ni siquiera ése era el motivo. La tocó porque podía hacerlo, porque Eve era suya aunque ella aún no lo supiera.

—Era Lorna —dijo, y frunció el cejo.

—¿Ocurre algo?

Se miraron en silencio y Dean supo la respuesta antes de que ella pudiera responder.

—Roger llamó a Cam y le pidió que fuera a verlo al hotel. Ya ha salido hacia allí.

Dean se levantó como un rayo.

—¿Que ha hecho qué?

—Lorna dice que le dijiste a Cam que te llamara antes de ver a Roger y quería que lo supieras.

Él ya estaba buscando los vaqueros para ponérselos.

—Hijo de puta.

Eve lo ayudó a buscarlos.

—¿De verdad crees que corre algún peligro?

—No lo sé. —Joder. ¿Dónde estaba su móvil? ¿Y su cartera?—. Necesito mis llaves, maldita sea.

La urgencia fluyó hasta Eve.

—Iré contigo.

Dean la sujetó por los hombros.

—No. No quiero que estés cerca de Roger. Tengo un mal presentimiento.

—Pero...

—Ahora no, Eve. —La soltó y se puso los pantalones—. Esta vez no.

Se puso la camiseta y se calzó las zapatillas de deporte. Entonces se volvió y vio que Eve también registraba la habitación en busca de su ropa.

—No vas a venir.

—No eres mi jefe.

Dean se detuvo. Estaba decidido a hacerla entrar en razón. Sólo que no había tiempo. Inspiró hondo, tratando de hacer acopio de paciencia.

—Normalmente, encuentro adorable esa necesidad que tienes de entrometerte en mis asuntos.

Eve se detuvo y se quedó mirándolo, incrédula y dolida.

—Sin embargo, esta vez no. Usa la inteligencia, por favor. Me estás entreteniendo cuando Cam podría estar en peligro.

—Si de verdad lo crees, llama a la policía.

—¿Para decirles qué? ¿Que sospecho que su prometido es el culpable de unos extraños ataques? No seas estúpida.

Eve se puso rígida.

—¿Estúpida?

Demonios, no había tenido intención de insultarla, pero no tenía tiempo para solucionarlo.

—Maldita sea, Eve...

Ella se agachó, recogió sus llaves y se las tiró.

—Vete. —Se dejó caer en el borde de la cama—. Estaré aquí cuando vuelvas.

Aquello sonó más como una amenaza que como una promesa, pero Dean asintió y corrió hacia la puerta.

—Gracias.

Ya le pediría disculpas por haberla llamado estúpida cuando regresara. Seguro que sabía que no lo había dicho en sentido literal.

Cuando Dean metió el coche en el aparcamiento del hotel, la mayor parte de su preocupación por Eve quedó también aparcada. Era una mujer razonable, que no utilizaría un pequeño resbalón como aquél contra él. ¿O sí?

Entonces vio a Roger. Y a Cam y a Jacki. Y a Gregor que trataba de agarrar a Roger... o algo así. Si Gregor hubiera querido hacerlo realmente, Cam y Jacki no habrían podido detenerlo. Salió del coche y se dirigió hacia ellos.

—Apártate, Gregor.

—Todavía piensa que Jacki tiene que hacerse esa operación de aumento de pecho —bramó Gregor.

Roger, más rabioso que preocupado, dijo:

—No es así. Lo que he dicho es que si ella quería hacérsela, yo la ayudaría.

Jacki le dio un golpe a Gregor, lo empujó y hasta lo pellizcó, pero él siguió acercándose a Roger con actitud intimidatoria.

Frenética, Cam corrió hacia Dean y lo alcanzó a mitad de camino.

—Por favor, detenlo, Dean. Por favor.

Rígido, él asintió. Llegó hasta donde estaba Gregor, lo agarró por la nuca y lo apartó de un tirón. El otro no había esperado tal cosa. Hasta tal punto lo pilló desprevenido, que se cayó sentado en el suelo. Al cabo de un segundo, Jacki estaba a su lado, impaciente, preguntándole si estaba herido.

—¿Dónde estabas, Roger?

—En ninguna parte —contestó éste, alisándose la ropa, todavía rojo de ira—. Necesitaba tiempo para pensar, así que decidí quedarme en casa unos días.

—Y es una casualidad que, mientras tú no estabas alguien me disparase, ¿no? —repuso Dean.

—No estoy de humor para tus ridículas acusaciones, tío, así que apártate.

—Estás muy equivocado si crees que voy a hacerlo.

Roger se cuadró ante él.

—¿Quieres que arreglemos esto en privado?

—Sí.

Esa respuesta lo pilló por sorpresa, probablemente porque, hasta entonces, Dean había evitado pelear con él, pero vio que Roger no lo descartaba.

Adusto y más resuelto que nunca, Dean iba a aceptar cuando Gregor se puso en pie y se colocó entre los dos hombres.

—Vamos, Dean, seguro que no quieres matarlo.

—No, claro que no quiere. Venga, déjalo ya, Dean —intervino Cam. Y entonces añadió en dirección a Roger—: No permitiré que te pelees con mi hermano.

Roger la miró con recelo y accedió ligeramente.

—Escucha, Cam me ha dicho lo que ocurrió y me ha hablado de tus sospechas. Pero no fui yo.

Dean apartó a Gregor a un lado y se dirigió a Roger.

—Entonces, ¿quién?

Al límite de su paciencia, Roger le respondió con un gruñido.

—¿Y cómo cono quieres que yo lo sepa, arrogante cretino? —repuso, quedándose a escasos centímetros de Dean—. Imagino que habrás estado fastidiando a mucha gente desde que llegaste.

Dean le sonrió con malicia.

—No vas a quedarte a solas con mi hermana. No me fío de ti.

Cam elevó las manos al cielo.

—¡Creía que no eras ese tipo de hermano!

—Y no lo era. —Dean la miró avergonzado—. Pero ahora lo soy.

—Bueno, eso cambia las cosas —reflexionó Gregor en voz alta, encogiéndose de hombros—. Adelante pues, aplástale la cara, Dean. Se lo merece.

Roger bajó la cabeza, lanzó una áspera carcajada y entonces levantó la vista hacia Cam.

—No he dormido mucho estos últimos días, pero Lorna me dejó un mensaje en el contestador diciéndome que tenías algo importante que decirme, así que aquí estoy. Si nos cuentas de qué se trata, podré librarme de una vez de este prepotente y cretino hermano tuyo.

Cam parpadeó, confusa.

—Pero... la tía Lorna me dijo que eras tú quien tenía algo que decirme.

Roger apretó la mandíbula.

—Y así es. Pero tu hermano no quiere dejarnos a solas, así que me temo que, antes de hacer que me odies, tendré que insistir en ello.

¿Hacer que lo odiase? Dean estudió a Roger y se preguntó de qué demonios estaba hablando.

Cam estaba desalentada.

—Oh, Roger, yo nunca podría odiarte. Ojalá pudieras creerme. Él se volvió y se dedicó a contemplar la oscuridad.

Cam le tocó el brazo.

—Te amo, de verdad. Pero todavía no puedo casarme contigo.

—Ni el año pasado. Ni ahora. —Roger le apartó la mano del brazo—. Y tampoco en el futuro.

—Yo no he dicho eso.

Dean tuvo la repentina sospecha de que entre su hermana y Roger había un enorme malentendido, y perdió la paciencia.

—No se casará contigo mientras te deba dinero.

Roger se volvió en redondo al oírlo. Miró a Dean y después a Cam.

—¿De qué habla?

Avergonzada, ella agachó la cabeza, y Dean respondió en su lugar.

—No quiere que las deudas se interpongan entre vosotros. Y eso hace que me pregunte por qué demonios estás pues tan decidido a mantener esa situación.

Confundida, Cam negó con la cabeza.

—¿Mantener la situación?

—Por el amor de Dios, me siento como un intérprete —suspiró Dean—. Roger hace que tu deuda con él aumente pagando pequeñas cosas, y te presta dinero para lo que no puedes pagar de inmediato. Sé que también le da algo a Lorna de vez en cuando.

Cam se quedó mirando a Roger con fijeza.

—¿Eso haces?

—No te ofendas, cariño, pero tu tía a veces es insufrible.

Dean se rió por lo bajo.

—Y es más fácil darle dinero para que vaya a darse una vuelta, ¿no?

—Sí.

—Pero eso no explica por qué has mantenido a Cam en deuda contigo.

Roger miró alternativamente a Cam y a Dean y de nuevo a Cam. Se apoyó en la pared de ladrillo de su hotel.

—Es bastante fácil de imaginar. La única manera que se me ocurre de conservarla a mi lado es manteniendo la deuda. Mientras sienta que me debe algo, no cortará los lazos que nos unen.

Gregor resopló.

—¿No os parece algo tan jodidamente dulce como la melaza?

Jacki le dio un pescozón, más fuerte esta vez.

—¿Te quieres callar, Gregor?

—No hasta que me explique por qué demonios pensó que podía hacer comentarios sobre tu cuerpo.

Cam también sentía curiosidad por saberlo.

Roger se pasó una mano por el pelo y se encogió de hombros.

—Vi que le preocupaba.

—¿Que lo viste? —preguntó Jacki.

—Estabas mirando al tejado, donde estaba trabajando él—explicó Roger, señalando a Gregor—. Entonces te miraste los... —Hizo un gesto en dirección a su torso—. Nunca te has molestado en ocultar lo mal que yo te caía, así que, al ver que te molestaba no tener curvas, pensé que, tal vez, ayudarte a solucionar ese problema sería una buena manera de congraciarme contigo. Tú tendrías lo que querías y yo me ganaría tu gratitud.

—Esto es increíble —murmuró Cam, moviendo la cabeza a derecha e izquierda, como si estuviera aturdida—. ¿Creíste que haciendo algo así te ganarías la amistad de alguien?

—Aparte de Lorna, todas las personas que te importan en la vida me desprecian.

—No necesito la aprobación de nadie, Roger.

El comentario pareció encender su ira nuevamente.

—Pues me alegro por ti —espetó con una sonrisa sarcástica—. Pero ¡ninguna de las estrategias que he probado ha dado resultado! Se me ocurrió que congraciarme con las personas que te importaban no haría daño a nadie.

Cam se puso delante de él.

—Esto es ridículo. Ya te he dicho que te quiero.

—Pues ¡entonces cástate conmigo, maldita sea!

—¡Está bien!

Un manto de silencio envolvió a todos los presentes.

Hasta que Roger dejó caer la cabeza hacia adelante con un gemido.

—No me lo puedo creer. —Un tipo de tensión diferente se apoderó entonces de él—. Ahora que tu tía está a punto de ponerme en evidencia, vas y dices que sí por fin.

Dean seguía teniendo la sensación de que algo no iba bien y se centró en Roger.

—¿Ponerte en evidencia?

—Supongo que ya no tiene importancia. Si no lo cuento yo, lo hará Lorna. —Lanzó una fugaz mirada a su público, aceptó que nadie iba a moverse de allí y volvió a mirar a Cam—. Te conté lo de tus padres, lo de que bebían demasiado y se eran infieles.

Y de pronto Dean lo supo. Cerró los ojos y se llamó idiota una y otra vez por no haber caído antes en la cuenta.

—Sí —confirmó Cam, mirando a Roger anhelante.

Dean deseó que hubiera alguna manera de evitarle aquello a su hermana.

—Tú eres el hijo.

Nadie lo entendió excepto Roger.

—Así es.

—Recuerdo que Grover me dijo que el amante de mi madre también tenía familia. —Dean recordaba la historia como si hubiera ocurrido el día anterior—. Cuando mi madre murió, el hombre con quien había engañado a mi padre se quedó tan desolado con su muerte que abandonó a su mujer y a su hijo.

—Era un borracho, siempre deprimido por algo —dijo Roger con voz monocorde—. Yo acababa de cumplir once años cuando sucedió todo. Tus padres murieron, y mi vida se rompió en mil pedazos. No muy distinto de lo que os ocurrió a vosotros, excepto que vosotros seguíais teniendo una familia.

Cam se mordió el labio y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Y tú no?

Roger negó con la cabeza.

—Después de que mi padre se fuera, mi madre se pasó un mes llorando. Apenas se daba cuenta de mi existencia, estaba demasiado ocupada maldiciendo a su marido y al minuto siguiente rogando por que regresara. Hasta que se rindió. Un día llegué del colegio y también ella se había ido; como mi padre. La diferencia es que ella sí dejó una nota. Me decía que no iba a volver. —Roger soltó una risotada.

Cam quiso tocarlo, pero él se apartó.

—La gente se enteró, por supuesto. Y luego empecé a vagar por casas de acogida, una después de otra.

—Lo siento mucho —susurró Cam—. No tenía ni idea.

Roger apretó los puños y sus hombros se tensaron.

—Perdí todo lo que tenía. —Se volvió para mirarla a la cara—. Y no quería perderte a ti.

—No lo harás.

Roger soltó una carcajada.

—Lorna me dijo lo que sentías por mí. Que nunca podrías superar la vergüenza de estar conmigo. Cuando todo el mundo supiera quién era yo, los cotilleos no terminarían. Tienes que admitirlo, es una tremenda ironía que me haya enamorado precisamente de ti.

Como si nadie más existiera, Cam miró a Roger y le dijo con ternura:

—No me importa.

—Iba a decírtelo —dijo él—. Me tomé unos días libres para hacer acopio de valor. Ya lo había intentado todo, y entonces me di cuenta de que no iba conseguirte, de que nunca te casarías conmigo, y pensé que, por lo menos, te debía la verdad.

Gregor miraba confuso a todos los presentes.

—Si tenías once años cuando sucedió, ¿no sabe ya todo el mundo quién eres?

—No. Vivía a unos cuantos condados de aquí, y cuando entré en el programa de acogida pasé varios años fuera. Cuando regresé, lo hice con un nuevo nombre, y había cambiado mucho. Hay niños que se convierten en hombres entre primaria y secundaria.

Cam le tendió las manos. Roger trató de rehuirla, pero era difícil disuadir a Cam una vez que a ella se le metía en la cabeza que quería consolar a alguien. Dean lo sabía por experiencia.

Abrazándose a Roger, Cam dijo por fin:

—No entiendo por qué querías que nos viéramos para contarme esto.

Roger la rodeó finalmente con sus brazos y apoyó la mejilla en su cabeza.

—No quería —contestó estrechándola con fuerza—. Eras tú la que quería que nos viéramos.

Cam se apartó un poco y lo miró con el cejo fruncido.

—No. La tía Lorna dijo que estabas aquí y que querías verme. — Con una sonrisa contrita, se dirigió entonces a Dean—: Siento no haberte llamado. Lorna y yo convinimos que no era necesario. Sabía que Roger no podía ser el culpable de...

Roger se puso tenso.

—Lorna.

A Dean casi se le paró el corazón.

—Cam, ella me llamó para decirme que viniera —dijo Dean.

—Pero eso no tiene sentido. A mí me dijo que mejor que no te dijera nada.

—También me llamó a mí. Sabía que yo había estado en casa. Creía que ella te lo habría dicho —comentó Roger—. Tu tía sabe lo que siento por ti, y fue quien me animó a prestarte dinero, a mantenerte en deuda conmigo para no perderte. Hoy me ha dicho que querías hablar conmigo y que viniese aquí.

Perpleja, Jacki intervino entonces:

—Pero ¿por qué?

—Porque tenéis dinero —contestó Dean cayendo en la cuenta de repente.

—Mucho dinero —confirmó Roger—. Hace tiempo, descubrí que teníais una considerable herencia. Vuestra tía ha estado desviando fondos para ella. No le gusta que Dean esté aquí, metiendo las narices, y que pueda descubrir lo que ha estado haciendo con vuestras finanzas. Estuvo al cargo de todo hasta que tú, Cam, cumpliste veintiuno.

—Ahora tengo veintitrés —observó ella—. Y nadie me ha dicho nunca nada de una herencia.

—Porque tu tía ha mantenido el control absoluto durante tanto tiempo como ha podido.

Jacki se cruzó de brazos.

—¿Tú lo sabías y no se lo dijiste a Cam?

—Lorna me dijo que, si lo hacía, revelaría todos mis secretos. Y yo no quería perder a Cam.

—Idiota.

Roger no hizo caso del insulto de Jacki. Toda su atención estaba puesta en Cam.

—Decidí que te lo contaría todo una vez que te convenciera para que te casaras conmigo.

—Jacki tiene razón —susurró Cam—. Deberías habérmelo dicho.

—Ahora lo sé. Y lo siento. Lamento muchas de las cosas que he hecho.

—Y yo me pregunto: ¿qué se traerá entre manos esa vieja bruja para que haya querido enviar a todo el mundo aquí? —dijo Gregor.

Cam se apartó de Roger dando un traspiés y se llevó las manos a la boca.

—Oh, no.

—¿Qué? —preguntó Roger.

—Dean..., después de que te fueras hoy, la tía Lorna ha estado tratando de convencerme de que Jacki y yo no te importábamos. Me ha dicho que ella sabía la verdad, que lo único que te ataba a Harmony era...

—Eve —acabó Dean la frase.

La palabra sonó apenas audible antes de que éste se diera la vuelta y echara a correr.

A sus espaldas, Gregor le gritó:

—¿Quieres que llame a la poli?

Fue Roger, corriendo ya detrás de Dean, quien contestó:

—Sí.

Apagar el contacto y salir del coche fue todo uno. No se entretuvo en tocar el timbre, sino que se precipitó contra la puerta de la casa de Eve. Una vez dentro, llamó:

—¡Eve!

No obtuvo respuesta.

Con largas y pesadas zancadas, entró en el dormitorio, en la sala de estar y, finalmente, se dirigió a la cocina. Lo que vio, hizo que se detuviera en seco.

Eve estaba sentada en una silla y Lorna le mantenía la cabeza hacia atrás tirándole de los cabellos. Un enorme cuchillo de carnicero, con la hoja manchada de sangre, se movía ante su cuello mientras Lorna se balanceaba detrás de Eve.

CAPÍTULO 22

Dean vio la sangre en el brazo de Eve y rogó por que no fuera un corte muy profundo.

—¿Lorna?

Ésta se movió bruscamente, tirando del pelo de Eve con más fuerza.

—Dean, ¿cómo es que no estás en el hotel, moliendo a golpes al pobre Roger?

—Porque estoy aquí.

—Qué mala suerte —dijo Lorna, y casi con aire contrito, añadió— : Tiré la pistola de bolas de pintura cuando te vi llamar a la policía. No sé muy bien cómo funciona eso de las huellas dactilares y sabía que parecería muy sospechoso que la encontraran en mi poder después de lo sucedido.

Dean la observó con más detenimiento.

—Supongo que tus huellas no estarán en su base de datos.

—No. Claro que no.

—Cuando tienen un sospechoso, suelen tomarle las huellas y ver si coinciden.

—Oh. —Lorna consideró la situación—. Entonces, supongo que debería deshacerme también de la escalera. No se me había ocurrido. Está claro que no soy ese tipo de persona. No tengo una mente criminal. Aparte de al padre de Roger, no he hecho daño físico a nadie.

Dean había empezado a preguntarse por sus neumáticos cuando Lorna atrajo totalmente su atención con aquella revelación.

—¿El padre de Roger?

—Grover dejó a aquel montón de basura tirado en la acera, delante de la casa. Pero a mí no me pareció suficiente. No podía asumir el papel de padre y madre de dos niñas teniendo la prueba de su negro pasado allí, ensangrentado en medio de la acera, donde todos los vecinos podían verlo. Estoy segura de que lo comprenderás.

Con una sobrecogedora calma, Dean se apoyó en el marco de la puerta. Mantenía una pose engañosamente despreocupada, aunque a la menor oportunidad se lanzaría sobre Lorna en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y qué hiciste con él?

Lorna sonrió.

—Lo metí dentro, claro. Esperé a que recuperara el sentido, y entonces le prometí que lo llevaría a ver a tu madre. Convencí a aquel desgraciado idiota de que ella no había muerto.

—¿Y lo mataste?

—¡Se mató él solito, con aquella vergonzosa vida que llevaba!

Dean no podía mirar a Eve. Aún no.

—¿Cómo murió, Lorna?

—Las cosas salieron de la mejor manera posible. —La mano con la que sostenía el cuchillo reposaba sobre el hombro de Eve. Riéndose como si aquello la complaciera sumamente, prosiguió—: Esperé hasta medianoche, hasta después de que Cam y Jacki se hubieran dormido. Entonces le di una botella de whisky para que recuperase fuerzas para el viaje, y lo llevé hasta un pequeño y sucio lago situado a las afueras de la ciudad.

—¿Se emborrachó otra vez?

Lorna asintió.

—Me di cuenta de que aquel hombre era un alcohólico. La verdad es que parecía más lúcido.

Dean esperó a que Lorna ordenara sus recuerdos.

—Cuando estuvo bien borracho, le dije que tu madre escondida, esperándolo. Mi plan era dejarlo allí, pero estábamos muy cerca de la orilla del lago. Entonces se cayó y no pudo levantarse. —Lorna se encogió de hombros—. No sé si se golpeó la cabeza o, sencillamente, perdió el conocimiento.

—¿Y tú lo ayudaste a caer al agua?

—Sí. —Lorna levantó la vista y lo miró de manera vaga e indolente—. Que yo sepa, allí sigue. —De pronto, Lorna tensó la mano y le dio un fuerte tirón de pelo a Eve—. ¿Por qué no te fuiste de la ciudad como debías? Todo habría sido mucho más sencillo.

Eve lanzó una exclamación ahogada, pero el leve sonido bastó para detener el corazón de Dean.

«Piensa, Dean.» Tenía que calmarse. Había visto un montón de sangre en su vida, claro que siempre en hombres grandes y musculosos, que no le daban ninguna importancia. Sangre causada dentro del ejercicio de un deporte, no fruto de un intento deliberado de hacer daño.

Con Eve era distinto.

Roger no debía de estar muy lejos, y seguro que Gregor ya había llamado a la policía. Era más que probable que dentro de nada llegaran con las luces de emergencia y las sirenas encendidas.

¿Y si el alboroto ponía nerviosa a Lorna?

Con cuidado, Dean se apartó de la pared.

—Lorna, creo que Eve está herida.

—Es sólo un pequeño corte —contestó la mujer, y, justificándose, añadió—: Trató de arrebatarme el cuchillo.

—Lo siento, Dean, me pilló por sorpresa —susurró Eve.

Él negó con la cabeza, quitándole importancia. Tal vez si se quedaba quieta y callada, Lorna no pensaría en ella, ni en que el tiempo iba pasando.

—Lo del dinero no tiene importancia, Lorna.

Ella levantó la vista hacia él.

—Ah, ya lo sabes.

—Roger me lo ha dicho.

—Será ingrato —exclamó Lorna, negando con la cabeza en actitud ofendida—. Ese chico ha sido una gran decepción.

—No importa, Lorna. Tú te merecías ese dinero.

—Eso es cierto —convino ella.

—Y yo tengo bastante. Más que Roger, en realidad. —Era mentira, pero Lorna no lo sabía—. Me puedo ocupar de todo el mundo; de ti también.

—¿Harías eso por mí?

—Te lo debo por haber cuidado de Cam y de Jacki todos estos años. Lo único que te pido es que retires el cuchillo.

—No puedo —contestó ella, moviendo el arma otra vez ante el cuello de Eve—. No te creo. Tú nunca te preocuparás por mí. Tus padres no lo hicieron. A ellos les gustaba Grover, mientras que a mí me consideraban aburrida. Se lo oí decir. Una mujer aburrida y mojigata. Y no me querían.

Maldita sea. ¿Aún le dolía algo que había ocurrido hacía veinte años? Pensar en ello lo hizo detenerse. No había querido admitirlo, pero hasta que no tuvo en su vida a sus hermanas y a Eve, él también había sufrido. Aunque no de la misma manera que Lorna. Y desde luego, no de la manera en que sufriría si perdiera a Eve.

—Te designaron a ti para que te ocuparas de sus hijos, Lorna. Eso significa que te respetaban.

—Ja. —Lorna lanzó una carcajada. Fue un restallido seco y crepitante, teñido de locura—. Me cargaron a mí con ellas porque no tenían a nadie más.

Dean rezó por que Cam y Jacki no se enteraran jamás de que Lorna había dicho algo así. Entonces avanzó con suma cautela hacia la mujer, sólo un paso.

—Lorna...

La hoja del cuchillo resplandeció en el aire. Dejando de reír, Lorna dijo:

—Si das otro paso, le clavo el cuchillo.

Eve se estremeció de miedo. Los nudillos se le pusieron blancos de tanto apretar el asiento de la silla, haciendo que la sangre descendiera por su brazo y goteara en el suelo. Se humedeció los labios secos y trató de ser valiente, pero ella no había llevado la misma vida que él, y aquello era demasiado duro.

¿Qué demonios podía hacer?

—Sólo estás en Harmony por ella —razonó Lorna—. Si desaparece, te irás y todo volverá a ser igual que antes.

—Me la llevaré de aquí —prometió Dean—. Los dos nos iremos.

Lorna torció la boca.

—¿Me tomas por tonta?

—No.

De pronto, Dean vio moverse algo por detrás de Lorna, a un lado.

Simón.

No tenía ni idea de cómo su entrenador había entrado tan silenciosamente en la casa, ni de cómo había sabido dónde encontrarlos, pero el corazón empezó a bombearle con fuerza de la alegría que le dio verlo. A Eve no le pasaría nada.

Para no traicionar la posición de Simón, Dean miró a Lorna y sólo a Lorna.

—Estás bien, Eve —tranquilizó a ésta.

Simón casi podía tocar ya a Lorna. Para ser un hombre de semejante tamaño, se movía sin hacer ningún ruido.

—Lo sé —repuso ella, mirándolo con fijeza. Para tranquilizarse ella o para tranquilizarlo a él, Dean no lo sabía.

Lorna lanzó una carcajada, un poco menos segura esta vez.

—Tiene un corte, Dean. Está... sangrando. —Arrugó la nariz y se esforzó por tragar—. Puedo dar sangre. No me había dado cuenta hasta ahora. Cómo puedes dedicarte a algo tan sádico como los combates, es un misterio para mí.

—Yo no voy por ahí haciéndole cortes a la gente, Lorna.

—No utilizas un cuchillo, eso es verdad. Pero he visto alguno de tus combates. Haces sangrar a la gente. Utilizas los codos, los puños, los...

—Clavar un cuchillo a alguien no es tan eficaz para detener su avance como otras técnicas, Lorna. Por ejemplo, un puñetazo en el hígado detendría incluso a un hombre adulto. Es el dolor más horroroso que puedas imaginar. —Miró a Eve—. Recuerdas que te lo dije anoche, ¿verdad, cariño?

—Sí —contestó ella. Y, como si lo tuviesen ensayado, Eve le vantó el codo y se lo clavó a Lorna con fuerza justo en el hígado.

Boquiabierta, ésta soltó a Eve, ahogando un grito de dolor, y Simón aprovechó para quitarle el cuchillo de la mano, puede que hasta fracturándole la muñeca en el proceso.

Lorna se derrumbó en el suelo, retorciéndose de dolor, sin hacer ruido.

Como un rayo, Dean levantó a Eve de la silla y la abrazó contra su pecho. Ella se sujetó el brazo herido y se apretó contra él.

—Dean.

—Shhh. Ya te tengo. —Se dirigió con ella hasta el fregadero en busca de un paño de cocina y se lo enrolló alrededor de la herida.

Eve tragó y asintió.

—Gracias. —Con la cabeza metida bajo la barbilla de Dean, dijo—: Te quiero, Dean.

Dios, se habría puesto a aullar al oír eso, pero Eve estaba profundamente afectada, de manera que no podía, no debía, dar demasiado crédito a sus palabras. Pero aun así, le había sentido maravillosamente oírlas.

—Yo también te quiero.

Eve tomó aire temblorosamente, se limpió las mejillas en la camiseta de Dean y, finalmente, se irguió. Miró entonces hacia Lorna y susurró:

—Dios, ha sido horrible.

—No sólo es una mujer mala, está loca —confirmó Dean.

Simón, todavía con el cuchillo en la mano, se arrodilló junto a Lorna para ver cómo estaba.

—No pasa nada, señora. Tranquila, respire despacio. Así es. Aguante un poco. La ayuda está en camino.

Ver a Lorna allí, tirada en el suelo hecha un ovillo y resoplando de dolor, era una imagen triste y patética. Después de haberse llevado él mismo unos cuantos puñetazos en el hígado y saber lo que era, Dean casi sentía lástima. Casi.

—¿Está muy mal?

—No. Se pondrá bien. El codo de tu mujercita no le ha causado un grave daño, sólo ha servido para quitársela de encima. Yo en cambio le he roto el brazo. —Simón miró a Eve, y añadió—: Lo has hecho muy bien.

—Dean me enseñó algunos movimientos —contestó ella.

Simón arqueó una de sus oscuras cejas.

—¿De verdad?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Dean.

—La versión corta es que recibí la información que me habías pedido respecto a tu futuro cuñado. Fui a buscarte al hotel para contártelo y allí me encontré con Gregor y tus hermanas. Me dijeron lo que había ocurrido, y que Roger ya te había hablado de su pasado.

—¿Gregor se quedó con mis hermanas?

Simón asintió.

—Muy heroico y protector por su parte.

El pensamiento lo irritó y lo alivió al mismo tiempo.

—Me alegra saber que ellas están a salvo.

—Si tú lo dices. —Simón sonrió abiertamente—. Por cierto, Roger está fuera. Le dije que si aparecía la policía les indicara que no hicieran ruido. No sabía lo que podía estar ocurriendo aquí dentro, si alguien tendría un arma o algo así.

—¿Por eso no has esperado a que llegara la policía?

Simón miró a Dean.

—No podía dejar que te mataran. Tengo demasiados contratos jugosos apalabrados, y para todos te necesito a ti.

Conociendo a Simón como lo conocía, Dean descartó todos los motivos mercenarios y besó a Eve en la frente.

—Deja que vea cómo tienes el brazo, cariño.

—Estoy bien. —Sin embargo, lo levantó para que se lo inspeccionara.

Dean aflojó el paño. Había dejado de sangrar.

—No creo que necesites puntos.

—Me alegro. —Eve inspiró hondo y trató de recuperar la compostura—. Llegó aquí diciendo que tenía que hablar conmigo sobre ti. Le dije que vale, pero que no dejaría que te insultara. Entramos en la cocina a tomar un café y entonces... me atacó.

Dean le acarició el pelo.

—Menos mal que estabas vestida.

—Sí —dijo ella, apretando la frente contra la de él—. Menos mal.

Simón ayudó a Lorna a sentarse. Parecía mareada, pálida y mucho mayor de la edad que tenía.

Todavía con el enorme cuchillo en la mano, Simón se frotó la frente con el dorso de la muñeca.

—Creo que me debes una, Huracán.

—Más de lo que imaginas.

—Te equivocas. No estoy ciego. Por eso estoy seguro de que aceptarás el proyecto del que te hablé. —Simón sonrió satisfecho—. Después podrás volver con tu dama.

Dean miró a Eve, la abrazó de nuevo y dijo:

—Sí, volveré con ella.

Al cabo de unos segundos, aparecieron los refuerzos. Como medida de precaución, Roger no sólo había llamado a la policía, sino que también había pedido una ambulancia. Entró y se colocó junto a Dean mientras los sanitarios atendían a Lorna, y después, bajo supervisión de la policía, la llevaron hasta la ambulancia.

En ningún momento, Lorna pareció lúcida.

Simón salió con la policía a contestar todas las preguntas que pudo.

—Cam se quedará destrozada —comentó Roger cerrando los ojos y apoyando la cabeza en la pared—. Pese a todo, su tía le importa.

Con Eve entre sus brazos, Dean comprendió un poco mejor el miedo de Roger a perder a Cam. Y cobrar conciencia de cómo las irresponsabilidades de sus padres también lo habían afectado, le permitieron ver a Roger a una luz diferente. Al fin comprendía algunos de los actos que había cometido.

—Debería ir a ver a Cam —dijo Eve.

—No. —Dean la apretó con más fuerza entre sus brazos para evitar que se moviera, y miró a Roger—. Lo tiene a él. Roger puede ocuparse ahora.

Éste no dijo nada.

Dean se desplazó y se puso frente a él.

—Ahora estoy ocupado, Rog, y me jodería bastante que me obligaras a hacerte entrar en razón por las malas.

El otro abrió los ojos y frunció el cejo.

—Esto lo cambia todo, maldita sea. Nunca le dije a Cam lo de su tía. Si lo hubiera hecho, nada de esto habría sucedido. Ha sido culpa mía que...

—No te martirices, idiota, ¿de acuerdo? No tenemos tiempo para eso ahora. Nadie se dio cuenta de que Lorna estaba loca, ni siquiera mis hermanas. Si las dos personas que se encontraban más cerca de ella no lo sabían, ¿cómo ibas a saberlo tú?

Como la viva imagen de un hombre apaleado, Roger miró el brazo de Eve e hizo una mueca de dolor.

—Lo siento mucho, Eve. De verdad.

—Ve con Cam —le dijo ella, y estaba claro que su postura hacia él también se había suavizado—. Te quiere. Y Dean tiene razón, ahora te necesita.

—No lo sé —dijo él, apartándose de la pared, esperanzado—.¿De verdad crees que será capaz de perdonarme?

Eve respondió sin vacilar.

—Sí. Te quiere.

Como precaución, Dean añadió:

—Y si la decepcionas, yo tendré algo que decir al respecto.

Una sonrisa agotada iluminó el rostro de Roger.

—Supongo que quieres que me case con ella.

—Cuanto antes mejor.

Tras una fugaz sonrisa, Roger le dio un apretón a Dean en el hombro y se fue. Dean sabía que iría a buscar a Cam y que, algún día, su hermana se recuperaría. Era una mujer fuerte y resistente, y tenía mucha fe en ella.

Dean posó la frente sobre la de Eve.

—Las cosas han ocurrido muy de prisa.

—A la velocidad de la luz, diría yo.

—Mi vida ha cambiado.

Eve lo miró, con los azules ojos llenos de preocupación.

—¿Y?

Dean le acarició el pelo.

—Tengo que irme, cariño. Tengo que cerrar algunos asuntos, tomar algunas decisiones...

Eve le puso un dedo en los labios.

—No sé qué va a ocurrir con Lorna, pero aunque tenga a Roger en su vida, Cam me necesitará aquí —continuó él.

—Sí.

—El verano es una época de mucho ajetreo. Se organizan muchos combates.

—Tu trabajo es una prioridad.

—Y, hablando de prioridades, mi familia... mi familia está aquí.

—La mía también.

Eve apoyó de nuevo la cabeza en el hombro de Dean. Tras un momento de silencio, dijo:

—Ocúpate de lo que tengas que ocuparte, Dean. Pero quiero que sepas que, cuando decidas volver, yo estaré aquí esperándote.

Dos meses después, Dean llamó con los nudillos a la puerta de Eve. Se sentía ridículo vestido con aquellos informales pantalones de pinzas y el polo negro, especialmente con las magulladuras que adornaban su cara de nuevo y el ramo de flores silvestres en la mano. Una complicación tras otra había alargado el tiempo que había pasado fuera. Tenía la sensación de que había transcurrido un año en vez de ocho semanas desde la última vez que viera y tocara a Eve. El cuerpo le dolía de lo mucho que necesitaba hacerle el amor, pero no lo haría. Esperaría. Tenía que decirle, tenía que explicarle muchas cosas.

Quería compartir mucho con ella.

Durante el tiempo que habían estado alejados, se había obligado a concederle espacio a Eve. Sólo la había llamado unas pocas veces. La mayor parte del tiempo habían hablado de Cam y de su relación con Lorna. Era extraño, pero saber que Cam tenía a Roger a su lado lo había aliviado.

Jacki se había quedado junto a su hermana hasta que Dean terminó lo del reality. Y la noche del combate en Atlanta se había llevado una sorpresa al verla entre el público. Juraría que la había oído vitorearle cuando ganó.

Cada vez más impaciente, Dean volvió a llamar a la puerta.

—Ya va, ya va —dijo Eve desde dentro, y segundos después abrió y allí estaba.

Nada más verlo, su rostro se iluminó, pero en seguida se transformó en una máscara recelosa.

—Dean. No sabía que habías vuelto.

Él le entregó el ramo.

—Creo que hacía mucho que te debía esto.

—¿Flores?

—Dijiste que te gustaban mezcladas, ¿no? Flores silvestres.

—Son preciosas.

Decidido a decirle todo lo que tenía que decir antes de que su control se desbordara y terminara comiéndosela allí mismo, Dean empezó:

—También te debo unas cuantas citas, según recuerdo. Pero eso tendrá que ser después.

—¿Después?

Al oír susurros detrás de Eve, en el interior de la casa, Dean hizo una burlona mueca de decepción.

—¿Está aquí tu familia?

—Sí —confirmó ella, contemplándolo de arriba abajo, fascinada—. Al completo.

Las voces se fueron acercando, y de pronto allí estaban todos, delante de él, instándolo a entrar con gran entusiasmo.

Eve se hizo a un lado, impotente, apretando las flores contra su pecho. Sólo se hablaba del combate, de lo fascinante que había sido la gira especial. Dean empezó a relajarse cuando Ted le estrechó la mano entusiasmado mientras le daba la enhorabuena.

Pensó entonces que no era tan malo ver a la familia de Eve. Si todo salía como él esperaba, pronto sería también su familia.

Sentado en el borde de su asiento, Mark dijo:

—Esquivaste todos los puñetazos que te lanzó ese descerebrado y le devolviste derecho tras derecho. ¿Cómo demonios pudiste hacer eso?

—Fue como si aquel tipo telegraficara cada uno de sus movimientos —dijo Eve, recordando lo que Dean le había dicho—.

Cogía impulso antes de cada golpe, apoyando todo el peso de su cuerpo en una pierna. Si no hubiera tratado de noquear a Dean cada vez, habría tenido más éxito.

Él sonrió lleno de orgullo.

—Eso es.

—Iré a poner las flores en agua —dijo Eve, levantándose.

Le hicieron más preguntas, pero en cuanto Eve regresó, Dean le tendió una mano. Eve la tomó y él la acercó hacia sí y la colocó sobre su regazo.

—Lo siento, Crystal —dijo a la madre de Eve.

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—¿Por qué?

—Por no haber ido a tu inmobiliaria cuando compré mi casa aquí, en Harmony.

Crystal abrió mucho los ojos, aún más sorprendida.

—¿Has comprado una casa?

—A unas cuantas manzanas de aquí, de hecho.

—¿Para reformarla? —quiso saber Eve.

—No. —Dean la miró y no pudo evitar besarla. Pero delante de toda su familia tuvo que ser un beso breve—. Es prácticamente nueva. Casi el doble de grande que ésta, y tiene cuatro mil metros cuadrados de terreno. Es bonita.

Eve parpadeó sorprendida y perpleja. Finalmente, movió la cabeza a uno y otro lado, como para aclararse las ideas.

—Entonces, ¿vas a quedarte?

Consciente de que el hermano y el padre de Eve sonreían, Dean la besó de nuevo, demorándose un poco más esta vez.

—Voy a quedarme.

—¿La has amueblado ya? —preguntó Crystal.

Él negó con la cabeza.

—Si Eve se casa conmigo, podrá decidir si quiere que vivamos aquí o allí. Y si quiere que sea allí, puede que le apetezca elegir los muebles.

Eve se quedó muda.

—Pero si vas a casarte con Eve, ¿para qué querías otra casa? —preguntó Mark.

—Para que Eve supiera que tenía opciones. —Le acarició los labios con el pulgar—. Y que también yo tenía opciones.

Con una sonrisa temblorosa, Eve preguntó:

—¿Y tú me has elegido a mí?

—Sí. Y espero que tú también decidas elegirme a mí.

Ted se aclaró la garganta.

—Creo que deberíamos daros un poco de intimidad.

—No me importa —dijo Dean, y lo decía en serio. Al ver que Eve se había quedado callada, le apretó juguetonamente la barbilla—. ¿Sabías que Jacki se va a ir de Harmony?

Ella negó con la cabeza.

—Gregor y ella se van a ir a vivir juntos. Gregor jura que se casaran en cuanto Jacki acepte, pero ella no quiere interponerse en su carrera como luchador.

—¿Se interpondría por casarse con él?

—Pues claro que no. Gregor no tardará en convencerla.

—Cam y Roger piensan quedarse aquí —le informó Eve—. Pero disfrutarán de una larga luna de miel en cuanto se calmen las cosas con Lorna.

Era una situación muy lamentable, pero Lorna no hablaba desde el día de su arresto. Comía muy poco, y se pasaba la mayor parte del día con la mirada perdida. Parecía haberse trastocado.

Las autoridades no tenían muy claro que pudiera soportar el juicio. Dean seguía considerándola un peligro, no sólo para ella misma, sino también para los demás. Era un alivio saber que estaba en una institución, bajo continua supervisión.

Al pensar en lo cerca que había estado de perder a Eve, le levantó el brazo y se lo besó.

—¿Tú ya estás bien?

—No me ha quedado ni siquiera una leve cicatriz —respondió ella con voz tan queda y suave como la de él.

Crystal adoptó una actitud práctica.

—Vale, es hora de irnos.

Mark y Ted tenían millones de preguntas para Dean, pero Crystal era una mujer formidable, y logró llevárselos de allí en menos de dos minutos.

De pie junto a la puerta cerrada, Eve dijo:

—Has vuelto a echar a mi familia.

Dean le cogió la mano y la condujo de vuelta al sofá.

—Me gusta tu familia.

—Y tú les gustas a ellos.

Sonriendo, Dean instó a Eve a sentarse con él en el sofá. Entonces se puso encima de ella y le cubrió la boca en un largo y lento beso que despertó su anhelo, haciéndola jadear. Dean casi se distrajo lo suficiente como para posponer otras cosas más importantes. Pero sabía que no debía hacerlo.

—Se me están arrugando los pantalones—dijo, todavía encima de Eve.

Con mirada distraída, Eve se humedeció los labios y se quedó mirándole los labios.

—Ya me he fijado en tu ropa.

—¿Ah, sí? ¿Y te gusta?

Ella le recorrió los hombros con los dedos mientras fingía considerar la cuestión.

—Ya te dije una vez que estás bien de todas formas. No tienes que cambiar tu forma de vestir para complacerme.

—¿Estás segura de eso? Porque lo haré si es necesario. Si es realmente necesario, claro.

—No lo es en absoluto —respondió Eve con una gran sonrisa.

—Me alegro, porque sólo he comprado éstos —dijo él, respirando aliviado.

Ella trató de besarlo otra vez, pero Dean la esquivó.

—También he adquirido otra cosa.

—¿Qué es?

—No es un anillo, si eso es lo que estás pensando. Tú tienes mucho gusto, y pensé que tal vez te gustaría elegirlo.

Ella parecía un poco decepcionada, pero dijo:

—¿Vamos a elegir un anillo?

—Por supuesto.

Dean hizo que regresaran a la posición de sentados. Se levantó entonces la manga por encima del bíceps y le enseñó a Eve el cambio que había sufrido su tatuaje.

Ella lo miró con los labios entreabiertos.

Añadida a las ramas entrelazadas, había una única margarita, tridimensional, dibujada con una sombra, como si creciera a la luz del sol.

Dean le levantó la barbilla.

—Dijiste que querías margaritas en tu boda, así que pensé que...

Eve se lanzó sobre él, tumbándolo sobre el sofá.

—Te he echado tanto de menos.

Dean la abrazó, pero tenía que terminar.

—Quería que supieras que estoy aquí por ti, Eve. Quiero a mis hermanas, y quiero que formen parte de mi vida. Tú eres parte de ellas, parte de Harmony. —Trató de ordenar sus pensamientos, de hacerse entender—. Pero aunque no lo fueras, seguiría queriendo casarme contigo. Aunque te hubiera conocido entre el público en uno de mis combates creo que te habría querido. Si aún no conociera a mis hermanas, seguiría queriéndote. Aunque...

Eve lo interrumpió poniéndole un dedo en la boca.

—Lo único que tienes que decir es que me amas.

—Te amo.

Eve se acomodó junto a él.

—Yo también te amo, y eso es lo único que importa.

Dean se relajó.

—¿Qué te parece si abro aquí un gimnasio?

Eve tensó los brazos y se elevó por encima de él.

—¿Aquí? ¿En Harmony?

—Para estar cerca de ti.

—Pero... —Algo se le estaba escapando—. ¿No vas a seguir peleando?

—Creo que no. Al menos durante un tiempo.

—Pero eres muy bueno.

Él ahuecó la mano sobre su trasero y sonrió.

—También soy bueno amándote.

—Oh, Dean. No quiero que dejes de pelear por mí —contestó ella, besándolo una y otra vez.

—¿No te parece bien? Estoy redirigiendo mi carrera, algo que ya llevaba pensando desde hacía tiempo. Me gusta demasiado el deporte como para dejarlo por completo, y si recibiera una propuesta realmente importante, puede que logran sacarme de mi retiro. A veces ocurre. Pero por ahora quiero enseñar. Soy todavía mejor enseñando que peleando, y sé que seré un buen entrenador. —Casi para sí, añadió—: Dios sabe que Gregor necesita a alguien que le enseñe.

Eve soltó una súbita carcajada.

Dean disfrutaba mucho de aquel sonido. Entonces maniobró hasta ponerla debajo de su cuerpo, en una posición cómoda y preguntó:

—¿Qué te parece tan divertido?

—Oh, sólo estaba pensando... —Eve lo rodeó con los brazos, la imagen de una mujer feliz—. Seguro que será muy interesante tener a Huracán en Harmony.

—Eso espero —dijo él—. Porque mientras tú estés aquí, no tengo intención de irme a ninguna parte en un futuro próximo.